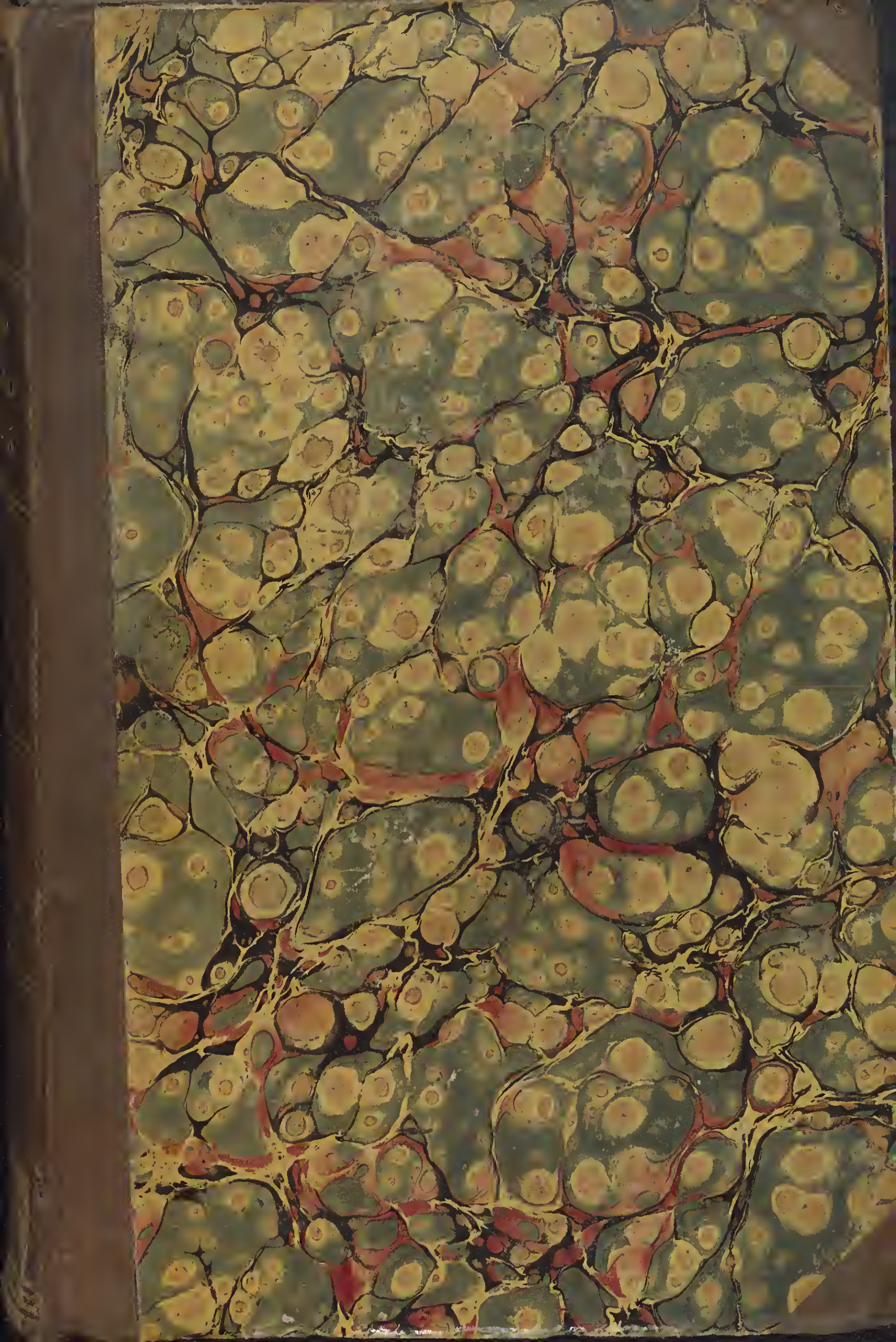
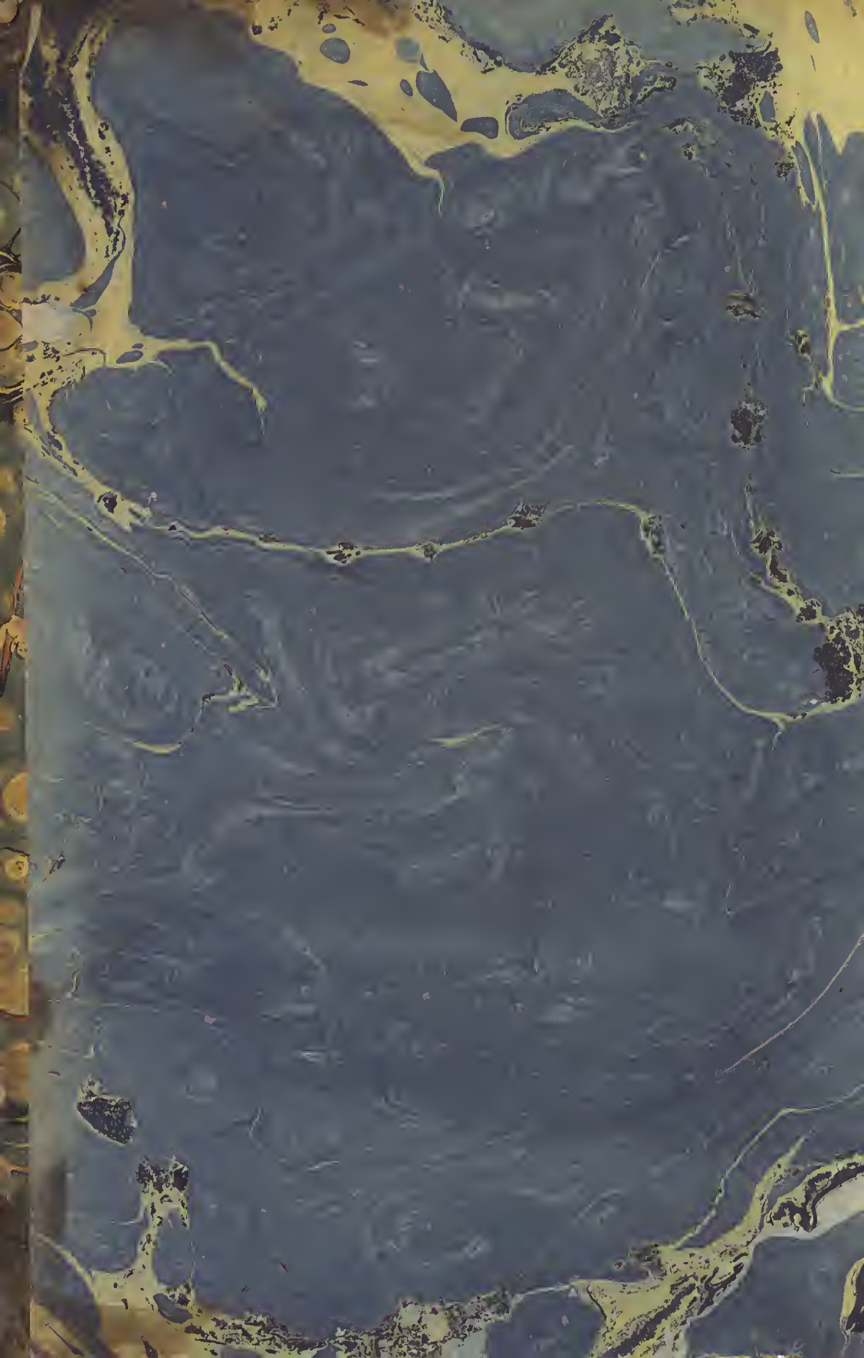
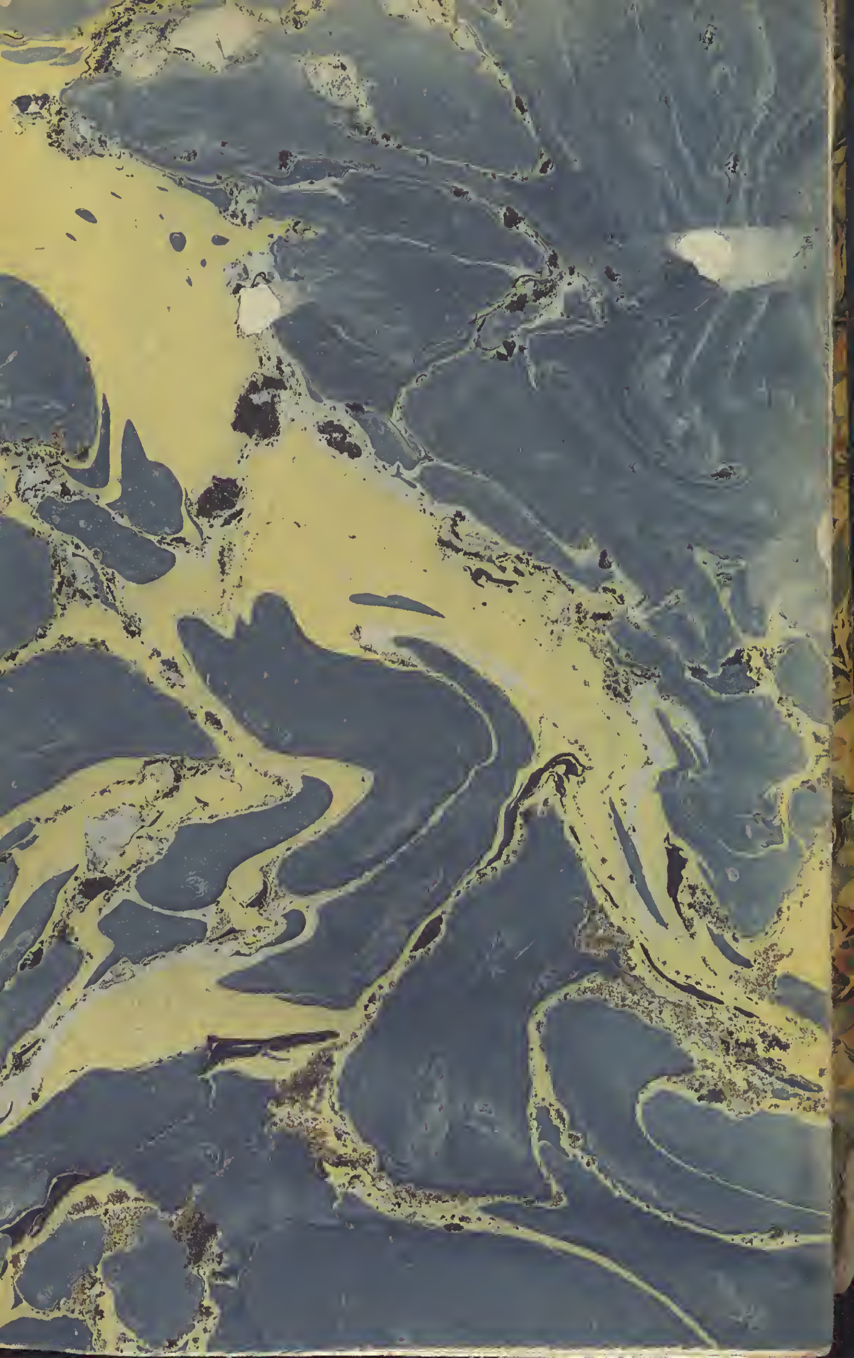






[illegible]

[illegible]

TEATRO ESCOGIDO

DE

FRAY GABRIEL TELLEZ,

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO V.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
=
1840.

1

LA HUERTA DE JUAN FERNANDEZ,

COMEDIA.

PERSONAS.

DOÑA PETRONILA.
LAURA.
DON HERNANDO.
EL CONDE GALEAZO.
TOMASA.
MANSILLA.
ROBERTO.
UN CRIADO.
UN ALGUACIL.
MARCOS. } *mozos de mulas.*
PABLO... }

La primera escena pasa en una venta, mas allá de Valdemoro; el resto de la accion, en Madrid y en una huerta inmediata.

ACTO PRIMERO.

Campo con vista de una venta.

ESCENA I.

DOÑA PETRONILA, *vestida de hombre, y en trage de camino, con botas y espuelas.* TOMASA, *tambien de hombre, y como lacayuelo; el capotillo con muchas cintas.*

TOMASA.

(*Saliendo de la venta.*)
Un cuartillo de cebada
le basta y sobra; que., en fin,
es pollino, y no rocin.

DOÑA PETRONILA.

¿Haceis á Madrid jornada,
gentil hombre?

TOMASA.

A su servicio.

DOÑA PETRONILA.

¿De dónde?

TOMASA.

Hoy salí de Ocaña.

DOÑA PETRONILA.

¿Vais solo?

TOMASA.

No me acompaña
sino un jumento, novicio
en la albarda, porque es nuevo,
y anteayer se destetó.

DOÑA PETRONILA.

Si tres leguas caminó,
no me parece, mancebo,
que es el pienso suficiente
de un cuartillo.

TOMASA.

Coma paja.

DOÑA PETRONILA.

Quien no come, no trabaja.

TOMASA.

Como pobre se sustente;
que no tiene de igualárse,
dando ocasion á la gula,
un asno con una mula.
La paja ha de compararse
en las bestias con el pan,
la cebada con el queso;
y ya sabeis, segun eso,
que es poco el queso que dan.
¿Por qué pensais vos que España
va, señor, tan decaída?
Porque el vestido y comida
su gente empobrece y daña.
Dadme vos que cada cual
comiera como quien es,
el marques como marques,

como pobre el oficial.
Vistiérase el zapatero
como pide el cordoban,
sin romper el gorgoran
quien tiene el caudal de cuero.
No gastara la mulata
manto fino de Sevilla,
ni cubriera la virilla
el medio chapin de plata.
Si el que pasteliza en pelo,
sale á costa del gigote,
el domingo de picote,
y el viernes de terciopelo;
cena el zurrador besugo,
y el sastre come lamprea,
y hay quien en la corte vea
como á un señor al verdugo;
¿qué perdicion no se aguarda
de nuestra pobre Castilla?
El caballo traiga silla,
y el jumento vista albarda;
coma aquel un celemin,
y un cuartillo á esotro den;
porque el jumento no es bien
que le igualen al rocin.

DOÑA PETRONILA.

No os han de faltar molestias,
si no templais ese humor,
y os pudrís reformador,
comenzando por las bestias.
¿Quién diablos os mete á vos,
tan mozo, en esos pesares?
Los vestidos y manjares
comunes los hizo Dios.

TOMASA.

Engañaisos.

DOÑA PETRONILA.

¿Que me engaño?

TOMASA.

Perdonadme esta simpleza.
¿Por qué hizo naturaleza
el tabí, la seda, el paño,

la holanda, el cambray y estopa,
distintos al tacto y vista?
Porque cada cual se vista
segun su estado la ropa.
Dentro de una misma especie
hallareis que el universo
hizo su manjar diverso,
de que cada cual se precie.
El racimo moscatel
y alvillo, que al noble pinta:
la cepa jaen y tinta
para el que rompe buriel.
El noble melocoton,
que deleita al caballero,
con el durazno grosero
para los que no lo son.
La amacena (1) regalada,
que el delicado conozca,
la chavacana, mas tosca,
para el pobre dedicada.
Ofrece una misma granja,
en fé de esta distincion,
para el príncipe el limon,
para el no tal la naranja.
En el campo y el vergel
la primavera arrebola
para el pastor la amapola,
para la dama el clavel.
El jazmin que al muro sobre,
al rico aromas derrama,
al oficial la retama,
tomillo y romero al pobre.
¿Pues por qué ¡cuerpo de tal!
si hizo el cielo distincion
del abadejo y salmon,
no comerá el oficial
aquel que importa á su esfera,
y el pobre jornal que saca?
Paciendo para él la vaca,

(1) La ciruela damascena.

¿ha de gastarse en ternera?
Estan los hombres perdidos.
No lo entiendo, vive Dios.

DOÑA PETRONILA.

Ya se labra para vos
hospital de los podridos.
Dejaos de eso, por mi vida;
que aunque con sal reprendeis,
imposibles pretendeis.
Mientras guisan la comida
en esa venta, y mi mesa
alegrais, á que os convido,
si lo que muestra el vestido
vuestra inclinacion profesa,
decidme de quién sois page.

TOMASA.

Helo sido de gineta
de un capitan que sujeta
la voluntad á mi ultraje.
Alojóse en mi lugar;
(Cabañas de Yepes es)
estuvo en Ocaña un mes;
procuréle regalar
en mi casa labradora,
y el hospedage pagó
en que de ella nos llevó
una hermana que le adora.

DOÑA PETRONILA.

Paga siempre ansí el soldado.

TOMASA.

Salí ofendido tras él,
quejándome, y el crüel
dejóme á un olivo atado.
Sé que en la corte ha de estar,
y voy á darle noticia
al rey, y á pedir justicia.

DOÑA PETRONILA.

Facil la vendreis á hallar;
que la que á Madrid gobierna
no sufre burlas agora.
Buscareis la labradora,
con plumas y galas tierna,

y entre tanto, si quereis
servirme, estareis conmigo.

TOMASA.

Por lo desbarbado, digo
(*Señálase la barba.*)
que igual eleccion haceis.
Vuestro soy desde este dia;
que engendra la semejanza
amor, y tengo esperanza
de que en vuestra compañia
tengo de hallar buen despacho
del agravio que recelo:
ya soy vuestro lacayuelo,
á lo aragonés, regacho.
Mudad, señor, en *tú* el *vos*;
que el vos en los caballeros
es bueno para escuderos.

DOÑA PETRONILA.

Donaire tienes, por Dios.

TOMASA.

¡Oh! pues vereis maravillas,
y sabreis historias largas.

DOÑA PETRONILA.

¿Es tu nombre?

TOMASA.

Hasta aquí, Vargas;
pero para vos, Varguillas.
¿Y el vuestro?

DOÑA PETRONILA.

Don Gomez.

TOMASA.

¡Bravo!
¿La patria?

DOÑA PETRONILA.

Jaen.

TOMASA.

Mejor.
Sereis hombre de valor.

DOÑA PETRONILA.

Téngole; mas no me alabo.

TOMASA.

¿Y á qué á la corte venís?

DOÑA PETRONILA.

A casarme.

TOMASA.

No lo apruebo.

DOÑA PETRONILA.

¿Por qué?

TOMASA.

Porque, apenas huevo,
de la cáscara salís,
y ya aspirais para gallo.
Nazcan las plumas primero;
probad á Madrid soltero;
quizá despues de proballo,
mudareis de parecer.

DOÑA PETRONILA.

Llámame un suegro hacendado,
con un angel que pintado,
aunque le nombran muger,
en belleza es superior.

TOMASA.

Renegad de quien tal pinta:
diz que hay ángeles en cinta
en ese lugar, señor.
Como está Madrid sin cerca,
á todo gusto da entrada:
nombre hay de *Puerta cerrada*;
mas pásala quien se acerca.
Doncella y corte son cosas
que implican contradiccion.

DOÑA PETRONILA.

¿Malicioso?

TOMASA.

Y con razon.
Las ciruelas mas sabrosas,
mientras con su flor se estan,
en el arbol se aseguran;
pero al momento maduran
que á la banasta las dan.
Una doncella en su casa,
ciruela en el arbol es,
que á veces, de treinta y tres,
es con flor, ciruela pasa.

Pero en Madrid no hay ninguna
que sea lo que parece,
porque en naciendo, se mece
en un coche en vez de cuna,
con que á madurarse basta,
cochizando de dia y noche;
que, en fin, doncellas en coche
son ciruelas en banasta.

DOÑA PETRONILA.

Y vos un grande bellaco.
Mucho os tengo de querer.
Vamos agora á comer.

TOMASA.

Si yo de Madrid os saco
madrigado, entendimiento
me prometo.

DOÑA PETRONILA.

Dad cebada
sin tasa en esta jornada,
Vargas, al pobre jumento;
que en llegando á Valdemoro,
le vendereis, y allí habrá
mula en que vais.

TOMASA.

Comprará
quien le ferie un asno de oro
como el que Apuleyo pinta.

DOÑA PETRONILA.

¿Cómo?

TOMASA.

Sabe caminar,
siendo jumento, y callar;
que es gracia de otros distinta.
Que el jumento no merece
nombre de tal, si se halla
de este humor, pues mientras calla
el necio, no lo parece;
y hay otros mil que procuran
cobrar nombre de discretos,
que contra agenos defetos
rebuznan cuando murmuran.
¡Qué de ellos ocupan sillas,

dignos de albardas!

DOÑA PETRONILA.

Comamos.

TOMASA.

Lampiño don Gomez, vamos.

DOÑA PETRONILA.

Sígame, señor Varguillas.

La huerta de Juan Fernandez, estramuros de Madrid.

ESCENA II.

DON HERNANDO, *de jardinero.* LAURA, *de dama.*

DON HERNANDO.

Permitid, Laura mia,
que mis sabrosos males,
de estas flores haciendo tribunales,
sitial y trono de esta fuente fria,
formen de vos querellas,
y os digan mis agravios,
vos la acusada, los testigos ellas;
serviránles de labios
estos claveles bellos,
quejándome de vos por todos ellos.
Tres meses los sayales
en esta huerta, de Madrid recreo,
me ofrecen bienes, y me ferian males.
Jardinero de amor por vos me veo,
vestido de esperanzas,
que en tristes dilaciones
se engolfan, por recelos de mudanzas,
de quimeras de amor, de suspensiones;
y apenas descubierto
de lejos miro el puerto,
cuando vientos contrarios se resuelven
á perseguirme, y á engolfarme vuelven;

porque el amor que mi lealtad conoce,
la playa llegue á ver, y no la goce.
Heredé de mi patria las desdichas
que significa el nombre
que le dió el fundador suyo primero:
Málaga la llamó, porque me asombre,
pues comenzando en *mal*, no tendrá dichas
quien es de las desgracias heredero.
Dí muerte á un caballero
por celos de una dama;
temí á los ofendidos;
partíme á Italia por cohechar olvidos;
amparóme el de Feria, cuya fama,
digna de eternizarse entre pinceles,
vuela, con plumas no, mas con laureles.
Servíle capitan de infantería,
y Marte, fuego que el de amor enfria,
favorable conmigo,
hizo á Milan testigo
de que aunque solo, ausente y desdeñado,
salí, si amante no, feliz soldado.
Acabóse la guerra;
publicóse la paz en el Piamonte;
llamábame mi tierra;
fue forzoso, mudando su horizonte,
pretender en Madrid premios debidos
al riesgo de dos años.
Saqué papeles bien favorecidos
del duque; mas pagaron desengaños
hazañas; que á los fieles
se les vuelen mortajas los papeles.
Nombróme camarada
Pompeyo, vuestro tio, en la jornada
á que le dió motivo vuestro pleito;
díjome que, aunque deudo, os competia,
(en contar mis desdichas me deleito)
porque al condado justa accion tenia,
que en Valencia del Pó, por sucesora
de vuestro padre, vuestro nombre adora.
Llegamos á esta corte,
de quien sois el Apolo, el alba, el norte;
supimos que esta quinta,

que eternos mayos en sus cuadros pinta,
huéspeda os adulaba;
visitóos vuestro tio;
que entre la sangre que el valor alaba,
(puesto que sea el pleito desafio)
pelean los letrados y oficiales,
hacen campos de guerra tribunales,
ejércitos testigos, (1)
y litigan los nobles como amigos.
Merecí, Laura hermosa,
veros para perderme;
que mata el áspid cuando en flores duerme.
Ví en vuestro rostro de clavel y rosa
dorados girasoles;
jazmines en su cuello trasladados;
en vos ví muchos soles,
puesto que en vuestros ojos duplicados;
ví, en fin, la nieve en fuego,
costándome el miraros quedar ciego.
Partióse brevemente
el conde; que vencido
en el pleito presente,
y vitoriosa vos, habeis podido
con la justicia vuestra,
y mas con la hermosura,
dar en la corte muestra
que competir con vos será locura;
pues para dar enojos,
mil *fallamos* pronuncian vuestros ojos.
Quedéme tan sin vida,
que para recobralla,
la libertad perdida
la busca, mas no la halla,
puesto que, jardinero,
entre esperanzas flores, desespero.
Aquí mudando el trage,
cultivaba desvelos,
grosero en el lenguaje;
que en fe de que son rústicos los celos,
celoso yo, aunque en vano,

(1) Verso suplido por el consonante.

por vestirme de celos, soy villano.
Declaréos una tarde
al borde de esta fuente,
que mis pesares en sus risas llora,
mi amor, haciendo alarde
de humilde pretendiente,
y fuéme la fortuna protectora;
pues oyéndome grata,
me hicistes poco á poco,
de puro feliz, loco,
con favores que agora me dilata,
perseguido de agravios y temores,
que ocasionan sin fin competidores;
pero es comun tributo
sembrar flores amor, sin coger fruto.
Tres meses de esperanzas
sirviéndoos entretengo;
recelo las mudanzas
del mar y la muger; y agora vengo,
ó á que os mostreis clemente,
y asegureis partidas
que me baraja tanto pretendiente,
ó á que desesperadas y homicidas
mis ansias y la fe de mis amores,
en flores muera, pues nació entre flores.

LAURA.

¡Ay don Hernando Cortés!
¡qué bien sigues el estilo
de la corte presurosa,
porque te dió su apellido!
A dar fondo á los quilates
de tu amor la fe que al mio,
horas llamarás los años,
si llamas las horas siglos.
¿Dilaciones encareces?
Caro vendes, ó amas tibio,
porque enfermo está el amor
que desmaya á los principios.
Los propósitos jugamos,
y son tan firmes los mios
en materia de quererte,
que por causa tuya olvido

parientes obligaciones,
que en derecho mas antiguo
fundan tálamos deseos,
que si los oigo, no admito.
Sobre palabra se juega;
el crédito tengo rico;
ganancioso te levantas,
cuando cédulas te libro;
que no son ditas quebradas,
pues paga á plazo cumplido
el que es noble, cuando pierde,
por palabra ó por escrito.
Si cultivando esperanzas,
vives labrador fingido,
yo tambien, porque te quiero,
patria dejo y quintas vivo.
¿Qué celos tus flores hielan?
¿qué mudanzas, qué desvios
el fruto te desazonan,
que ya tan cercano has visto?
Tus esperanzas dilata
un amor con artificio,
que intenta probar finezas
de un diamante, al cabo vidrio.
En Madrid me tienen pleitos
de parientes, que enemigos
usurpándome mi estado,
dieron causa á mi camino.
Conde de Valencia fue
mi padre, que á falta de hijos,
cifró en mí la sucesion
de su sangre y apellido.
Criábame yo en Milan
á la sombra y patrocinio
del conde de Monteflor,
que es quien te trujo consigo.
Estaba en mi patria entonces
por alcaide del presidio
que en aquella plaza tienen
las banderas de Filipo,
Alejandro Malatesta,
que hermano del padre mio

por la línea de varon,
alega desvanecido
pertenecerle el condado
que me usurpa; y á los filos
de las armas remitiendo
los derechos de los libros,
de todo se apoderó,
amparándole el castillo
en la posesion violenta
que rehusan sus vecinos.
Viéndome desamparada,
ausente, y favorecido
del duque gobernador
mi contrario, aunque mi tio,
fue forzoso el esconderme (1)
en España del asilo
de su rey y consejeros,
donde descansan peligros.
Hospedáronme há seis meses
cortesanos deudos mios,
con licencia de su dueño,
en este apacible sitio,
digna eleccion de un buen gusto,
donde recreada olvido
los que en Italia curiosos
retratan el paraiso.
Pretensores conterráneos,
que en Madrid despues me han visto,
unos generosos deudos,
otros ilustres amigos,
intentan lícitos lazos,
que pudieran haber sido
prision de mi libertad,
á no haberte conocido.
Obligásteme discreto,
vencísteme comedido,
amásteme recatado,
adeudásteme atrevido,
hasta usurpar mis deseos,
si bien hoy, Hernando, admiro

(1) Tal vez *socorrerme.*

que méritos desquilates,
presuroso y mal sufrido.
Sentencia espero en favor,
que alentada de padrinos,
y segura en mi derecho,
con los jueces solicito.
Mi opositor receloso,
por los que le dan aviso
de la poca accion que tiene,
algunas veces me ha escrito
sobre conciertos, que paran
en que dé la mano á un hijo,
que afirma llegará presto
á esta corte; mas yo digo,
puesto que no le conozco,
que si pleitos dan maridos,
de tan mal casamentero
poca paz me pronostico.
Salga yo con la sentencia,
y entonces, español mio,
tendré caudal que te pague
empeños de amor tan fino;
y entretanto vive cierto
que ni vuelve atras el rio,
ni retroceden los cielos,
ni al viento es veleta el risco,
ni en mí que los aventajo,
y á la eternidad dedico
trofeos de mi firmeza,
mientras su constancia imito,
bronces, aceros, diamantes,
sol, esferas, tiempos, rios,
robles, cedros, lauros, palmas,
muros, torres, peñas, riscos,
mientras mi amor te fio,
tendrán valor constante igual al mio.

DON HERNANDO.

Si deseos dilatados
hallan en tí tal alivio,
dulce empleo de mis ojos,
poco tiempo he padecido.
Mas valen las esperanzas

que en tí logro, los suspiros
que en tí alegro, las sospechas
que en tí aseguradas miro,
que las posesiones de otros.
Liberal premias servicios,
piadosa remedias penas,
pródiga haces beneficios:
injustas mis quejas fueron;
perdon humilde te pido.
Jacob soy; mi Raquel eres;
su amor y paciencia imito.
No trocaré desde hoy mas
estos jardines elísios,
estos dichosos burieles,
estas fuentes y este sitio,
por la silla del imperio,
por los tesoros del indio,
por los brocados del persa,
por las púrpuras del tirio.
Jardinero soy de amor;
mis esperanzas cultivo;
mientras que méritos siembro,
galardones pronostico.
Ven, y haréte un ramillete
de matices, que distintos,
te interpreten mis afetos;
que flores tal vez son libros.
¿Me perdonas?

LAURA.

Amorosa.

DON HERNANDO.

¿Me quieres?

LAURA.

Como al mas digno.

DON HERNANDO.

¿Me pagas?

LAURA.

Castos deseos.

DON HERNANDO.

¿Me llamas...?

LAURA.

Amante mio. (*Vanse.*)

Patio de una posada de Madrid.—Es de noche.

ESCENA III.

DOÑA PETRONILA, *en jubon, con una daga en la mano, corriendo tras* TOMASA.

DOÑA PETRONILA.

¡Vive Dios, que he de matarte!
¿Hay igual atrevimiento?
Dormido yo en mi aposento,
¿osas á tal hora entrarte?
Ladron eres. Tú intentabas
robarme....

TOMASA.

Lo que no hallé.
Téngase vuesamercé:
meta allá la daga.

DOÑA PETRONILA.

Acabas
de descalzarme las botas,
y mandándote cerrar
las puertas, porque á acostar
te vayas, ¿nos alborotas,
asaltándome dormido?
Traidor, ¿qué es de la maleta?

TOMASA.

No es eso lo que me inquieta.
Téngase. ¿Nunca ha leido
del conde Partinuplés,
cuando estaba de amor preso...?

DOÑA PETRONILA.

¿Pues qué tiene que ver eso?

TOMASA.

Oiga, y sabrálo despues.
Enamorábale á escuras
una princesa ó infanta,
de aquellas que el arte encanta,

y buscan las aventuras.
Dábale invisiblemente
de comer y de cenar.
De noche se iba á acostar
con él, (mire ¡qué insolente!)
avisándole del daño
y peligro que corria,
si conocerla queria
hasta que pasase el año.
El pobre conde que á tiento
gozaba oscuros despojos,
quiso, contra el mandamiento
de *no verás*, informarse
si era la dicha persona
arrugada setentona,
que intentaba, con taparse,
pasar plaza de doncella.
Que se durmiese aguardó,
y una linterna buscó
encendida, para vella;
y cuando ya satisfecho
estaba de su cautela
el conde, lloró la vela,
y pringóla medio pecho,
cayendo dos ó tres gotas
que á la dama despertaron;
que es lo mismo que causaron
en mí esta noche tus botas.
Deseos de conocer
lo que eras, y agora he visto,
para servirte mas listo,
me animaron á emprender
la que ves, nocturna hazaña.

DOÑA PETRONILA.

Pues ¿qué has visto tú, traidor,
en mí?

TOMASA.

A Venus y al amor,
que en un cuerpo nos engaña.
Sosiégate, así los cielos
lo que buscas te deparen;
que no ignoro yo que paren

estos disfraces los celos.
Mandásteme descalzarte;
la diestra bota tiré,
y en viendo el meñique pie
con la media, dije aparte:
«¡oh pie digno de un chapin,
que por lo corto das cinco,
mejor fueras para brinco
de un letrado camarin!
¡Válgame el cielo! ¿que esté
en tan chico pedestal
todo un cuerpo? No hará mal
de aqueste pie un puntapié.
Comprárale yo, á ser Fucar;
celebrárale poeta.»
Quité escarpin y calceta,
y ví un juguete de azucar,
una manteca soriana,
un bollo de manjar blanco,
y dije: «¡oh! ¡quién fuera banco
de tal pie cada mañana!»
Tan igual, tan ampollado,
tan tierno, con tanto aliño,
tan melindroso, tan niño,
y, en fin, tan desjuanetado,
que imprimiendo su retrato
en el alma mi aficion,
se calzó mi corazon,
como si fuera zapato.
"¡Vive Dios, (dije entre mí)
pie adarme, que os han criado
mas para alfombra y estrado,
que para que andeis ansí.
Sospechas hembras, dudar
en esto, será mentir:
mejor sois para parir,
mi pie, que para engendrar."
Vuelvo la vista al jubon,
y ví un par de burujones
en forma de naterones,
jubilados del carton.
Miro el cabello al instante,

y advierto que contra el uso,
el artificio le puso
atras, naciendo adelante,
y dije, aunque soy visoño:
«femenina cabellera,
moños tapan la mollera;
pero en cogotes no hay moño.
De vuestro trage y de vos,
ó sueño, ó he colegido,
vos muger, y hombre el vestido,
que sereis comun de dos.»
No quisiste desnudarte
en mi presencia; la puerta
me hiciste cerrar, (mas cierta
ocasion de maliciarte);
que me llevase la llave
y la vela me advertiste;
salí entre confuso y triste;
y mi inquietud, que no sabe
sino allanar trampantojos,
aguardándote adormida,
entró una vela encendida,
y, inquisidores los ojos,
ví lo que el Partinuplés
en la infanta Perdigada.
La cera, de enamorada,
se derritió; y ya tú ves
si llorando sobre tí,
te habia de despertar.
Voces empezaste á dar;
soplé la luz, y salí
al patio, donde procuras
castigarme por curioso.
Yo pequé de malicioso;
pero si no te aseguras,
porque conozco lo que eres,
estálo de mi lealtad;
que si va á decir verdad,
para ser las dos mugeres,
(repara en lo despoblado)
(*La barba.*)
falta tan poco, (te doy

mi fé) que si no lo soy,
lo mas de ello tengo andado;
porque de suerte negocia
lo tiple en mí, (verdad digo)
que estoy, con estar contigo,
en Madrid y en Capadocia.

DOÑA PETRONILA.

En Madrid no lo estarás,
bárbaro, descomedido.
Ya que loco y atrevido
fuiste hoy, aquí morirás.—
Sal de la corte al momento.

TOMASA.

¿No es mejor, si has de fiarte
de alguno...?

DOÑA PETRONILA.

¡Oh villano! parte.

TOMASA.

¿En qué, si vendí el jumento?
Verás, si de mí te encargas....

DOÑA PETRONILA.

¿Que la muerte no te doy?

TOMASA.

Pues á fé que si me voy,
que se ha de acordar de Vargas.
¿Mas que ha de soñar mi nombre?

DOÑA PETRONILA.

¡Oh infame!

TOMASA.

Daré noticia,
pues que me echa, á la justicia,
que hay muger vestida de hombre
en esta posada. A Dios.

DOÑA PETRONILA.

Espera. ¡Ay cielos!

TOMASA.

No quiero.

DOÑA PETRONILA.

Mataréte.

TOMASA.

Pues ya espero,
no me haga mal; que los dos

acompañados podremos
hacer nuestro hecho mas bien.
Yo soy capon muy de bien.
Al capitan buscaremos,
que á mi hermana me llevó,
y si su historia me cuenta,
y algun hombre la hizo afrenta,
fiese de mi; que yo
la sacaré á paz y á salvo.
Ea: ¿quiéreme perdonar?

DOÑA PETRONILA.

No sé.

TOMASA.

Me atrevo á engañar
á un corcobado y á un calvo.

DOÑA PETRONILA.

¿Qué he de hacer?—¿Me guardarás
lealtad y secreto?

TOMASA.

¡Dalle!
¿Eso me ha de decir? Calle.
Chiton eterno: no hay mas.
Haga cuenta que en la hucha
echa lo que me dijere:
mientras que no me rompiere,
ni esto saldrá.

DOÑA PETRONILA.

Pues escucha.
Aquella ciudad que el Betis
pasea, sirve y conquista,
incansable enamorado,
porque en su espejo la mira,
y en fe de que es dama al uso,
con ella prodigaliza
los tesoros que le pechan
paladiones de las Indias,
es, Vargas, mi ilustre patria,
y en ella bien conocida
la nobleza generosa
que dió nombre á mi familia.
A los pechos de mi madre
me dejaron las desdichas

de una juventud traviesa,
que heredé, por ser su hija,
ausentándole una muerte,
si ocasionada, atrevida,
á aquel orbe todo de oro,
hoy español, antes inga.
Crióme el cuerdo recato
de una madre medio rica,
que lloraba, aunque casada,
soledades como viuda,
cuidadosa centinela
en mis acciones y vista,
principalmente en saliendo
de los límites de niña.
Veinte años contaba alegre
mi edad, aunque recogida,
licenciosa por la patria,
(si es bien que culpe su clima)
cuando llegó á casa huesped
un deudo que llamó prima
á mi madre, y la obligó
á regalos y caricias.
De Málaga le trujeron
ocasiones que en Sevilla
le detuvieron un mes,
para mí, Vargas, un dia.
En todo él no permitió
la prudencia prevenida
de mi madre que me viese,
por no ocasionar malicias;
pues si bien ella á su mesa
las cenas y las comidas
se hallaba, encerrada yo,
ocasiones desmentia.
La privacion es deseo;
el deseo solicita
la voluntad, y esta crece
al paso que la limitan.
Contábanme mis criadas
la apacible gallardia
de don Hernando Cortés,
(ansí el huesped se apellida)

y como antojos mugeres
son como el fuego en la mina,
que violentado rebienta,
aunque libre se amortigua,
curiosidades doncellas
accecharon atrevidas
privaciones que las noches
usurpaban á los dias.
Las junturas cohecharon
de una puerta ojos espias,
por donde dieron al alma
pesadumbres en albricias
del deleite de su objeto,
porque en él vieron en cifra
cuantas gracias en Adonis
fabulosas plumas pintan.
Venus yo, si antes Diana,
resplandores maldecia
de la aurora, porque al sol
envidiosa daba prisa.
Desvelando pensamientos
las noches, por celosías,
que en la puerta coadjutoras,
ventanas sostituian,
contemplé diversas veces
venenosa bizarría,
Tisbe ya, por agujeros
mirando y no siendo vista,
hasta que una á su criado
escuché que le decia,
mientras que le desnudaba
estas razones: «Mansilla,
pues se casa doña Ines,
y el oro de don Garcia
rinde un alma interesable,
que se llamaba antes mia,
no mas Málaga, no mas
ciudad, si patria, enemiga,
donde en ferias de mudanzas,
cobra el interes partidas.
Málaga que en *mal* comienza,
los que lloro pronostica;

dorados gustos vencieron
amor, si ya él es alquimia.
Cásese Ines con doblones,
que suelen doblar desdichas,
y obligaciones desprecie
mas seguras por sencillas:
memorias anega el mar,
la ausencia agravios olvida,
la guerra divierte celos,
Italia hazañas alista,
el rey despierta leones
que á las voces de la envidia
la ingratitud piamontesa
para daño suyo incita:
partirme quiero mañana;
plumas que amor afemina,
adornen galas de Marte,
y fieles á su rey sirvan.»
Alentábale el criado,
y yo que amorosa oia
con gusto el que no le amasen,
con pesares su partida;
si le juzgaba primero
por Adonis, ya la envidia
por sol me le retrataba.
¡Qué estrañamente apadrinan
los celos, Vargas, las partes
de la prenda que querida,
cuando se contempla agena,
al deseo añade estimas!
Fuíme á dormir; pero en vano,
pues lloré recien nacidas
esperanzas, que la muerte
se acusaban á sí mismas.
Determinéme, en efeto,
manifestar escondidas
brasas, de quien la vergüenza
y el temor fueron ceniza.
La siguiente oscuridad
aguardaba, que propicia
limitase luz á Febo,
y á mi amor diese osadía,

cuando le traen un papel
á mi madre, donde escrita
la sentencia de mi muerte
ví á don Hernando en su firma.
Disculpábase, ya ausente,
de que ocasiones precisas,
en su honor interesadas,
le ausentaban de Sevilla,
sin permitirle siquiera
pagar á la cortesia
deudas de hospicio y regalo,
(para mí disculpas tibias);
que á la guerra del Piamonte
le llevaban bien nacidas
esperanzas, y lealtades
que hazañosas se autorizan;
que le encomendase á Dios;
porque si le daba dicha,
pensaba pagarla yerno
mercedes que le hizo prima.
Yo triste, ausente y celosa,
poco amé pues quedé viva,
ya martir de sus tormentos,
puesto que en ellos novicia.
Un año de soledades,
y mil de melancolías,
cuanto menos publicadas,
mas crüeles escondidas,
pasé, si bien alentando
esperanzas en reliquias
conservadas con dos pliegos
de Génova y Lombardía,
que á mi madre encaminó,
hasta que tuvo noticia
por otro, que ya en la corte
la cruz roja daba estima
á su pecho y sus hazañas;
y que si, cual pretendia,
fuese el hábito encomienda,
á obligaciones antiguas
grato y noble, procuraba
con su licencia lucirlas,

añadiendo afinidades
á las deudas consanguíneas.
Esperanzas revivieron
en mí, y en ella alegrias,
de saber que caudaloso
estaba mi padre en Lima,
reduciendo hacienda á barras,
con que casándome rica,
la cruz nueva autorizase
el monarca de las minas.
Mézclanse lanas diversas
en el telar de la vida,
unas de color alegre,
otras que tristes lastiman.
Siempre el contento es pechero
del pesar; oye y admira
de esta verdad ejemplares,
Vargas, en la historia mia.
En prosperidad como esta,
llegó aquel infausto dia
en que las olas del Betis,
desde el diluvio homicidas,
cansadas del largo cerco
que há tantos siglos que sitia
nuestra metrópoli España,
asestando baterías,
ya de las pródigas nubes,
ya del mar en aguas vivas,
ya de renteros arroyos
que pechan siempre á sus ninfas,
cañoneando de noche
las celestes culebrinas,
que rayos en vez de balas,
partos abortos fulminan,
al son de atambores truenos,
puertas y muros derriban,
calles y plazas pasean,
casas y templos registran;
y dando á saco riquezas,
huye la plebe dormida,
clausuras vírgenes quiebran,
montes de casas conquistan.

Brazos de mar son las calles,
al Bermejo parecidas,
pues para ahogar Faraones
de endurecida malicia,
no ya vara de piedad,
la vara sí de justicia
levanta Moisés airado,
que en mansiones las divida.
Al mar restituye el Betis
los bienes y hacienda misma
que en veces por tantos años
nos feriaba de las Indias;
y ya enemigo, si amante,
severos reyes imita,
que lo que dan poco á poco,
por junto al privado quitan.
No quiero contar tragedias
con vislumbres de infinitas,
cuando ni plumas se atreven,
ni moldes á referirlas:
las de mi casa no mas
será fuerza que te diga,
como ocasion lastimosa
de mis presentes fatigas.
En la mitad del silencio,
el cuarto donde dormia
mi inocente y cara madre,
le arroja el diluvio encima:
sepultada antes que muerta,
el llanto, alboroto y grita
de domésticos y estraños
con clamores solemnizan
las obsequias funerales
de tanta plebe y familia,
dejando historias al tiempo,
Troya de agua ya Sevilla.
Yo turbada, si ignorante,
y si dudosa, advertida
del daño que todos temen,
bien triste, aunque mal vestida,
á la mas alta azotea
subo; y aguardando arriba

al sol que salió enlutado
por los destrozos que admira,
me pasaron, por mas fuerte,
á la casa que vecina
comunicaba terrados,
de donde ví que enemigas
las nubes, la tierra, el agua,
en un instante me privan
de madre, casa y hacienda,
y ¡ojalá que de la vida!
No encarezco sentimientos,
que es justo que los colijas
de quien á deudas de sangre,
libraba obediencias de hija.
Pasóse la tempestad
al cabo de largos dias;
halléme huérfana y pobre;
y si los males alivian
agenos, yo te prometo
que hallara en otras desdichas
consuelos con que olvidar
las que propias me lastiman;
porque muchos que el dia antes
con los Cresos competian,
el siguiente mendigaban
puerta á puerta su comida.
Yo, en fin, amante, aunque pobre,
(que el firme amor no peligra,
como el falso, en las desgracias,
antes gigante se anima)
en busca de don Hernando,
del modo que ves vestida,
vengo á probar lo que valen
palabras que ya son ditas.
Sé que asiste aquí, no dónde;
mas ya por tí conocida,
de tu lealtad confiada,
quiero ver como averiguan
tu diligencia y mi amor
promesas, que antes escritas,
me causan recelos pobre,
si me aseguraban rica.

Este es, Vargas, mi suceso;
si de mí y de él te lastimas,
ya suelen fidelidades
hallar el premio en sí mismas.

TOMASA.

Yo te prometo, señora,
que no he llorado en mi vida
otro tanto, aunque he escuchado
sermones de disciplina;
pero porque estés mas cierta
del secreto que me fias,
pues tu historia me contaste,
escucha tambien la mia.
En Yepes, emulacion
de Ócaña, una y otra villa
donde muere el vino moro,
porque allá no le bautizan,
me criaron....

(*Ruido dentro.*)

Mas ¿qué es esto?

DOÑA PETRONILA.

Huéspedes nuevos.

ESCENA IV.

EL CONDE GALEAZO *y* ROBERTO, *de camino.* MARCOS. PABLO.— DICHAS.

MARCOS, *dentro.*

Avisa
la patrona, Pablos, que eche
lana blanda y ropa limpia.

PABLO, *dentro.*

Llevaremos al meson
las mulas.

ROBERTO, *dentro.*

Si está dormida,
por ser tarde, la hostalera,
mal almuerzo se me aliña.

MARCOS, *dentro.*

No hay sueño donde hay dinero
advenedizo.

(*Salen el Conde, Roberto, Marcos y Pablo.*)

CONDE.

¡Hola! quita
esas maletas. Roberto,
¿qué hora es?

ROBERTO.

Dice la risa
del alba que son las cuatro.

CONDE.

Fue la jornada prolija:
no me espanto.

MARCOS.

Madalena,
criados, Pedro, Cristina,
bajen á alumbrar al conde.

DOÑA PETRONILA.

(*Aparte á Tomasa.* ¡Conde, Vargas!) Vuesiría
sea mil veces bien llegado.

CONDE.

¡Oh hidalgo! para que os sirva.
¿Sois de casa?

DOÑA PETRONILA.

Huesped soy.

CONDE.

Vuestra presencia autoriza
la opinion de la posada.

PABLO.

¿No hay velas?

UNA VOZ DENTRO.

Suban arriba:
que velas habrá y velones.

ROBERTO.

(*A los mozos.*)
Alto, pues.

MARCOS.

Con menos prisa.

CONDE.

Subo con vuestra licencia.

DOÑA PETRONILA.

Démela vueseñoria
para que vaya....

CONDE.

Eso no.

DOÑA PETRONILA.

Señor....

CONDE.

No, por vida mia.

DOÑA PETRONILA.

Désela Dios muchos años.
(*Aparte á Tomasa.*)
¡Bravo talle!

TOMASA.

(*Aparte á doña Petronila.*)
Huele y brilla.
(*Vanse el Conde, Marcos y Pablo.*)

ESCENA V.

DOÑA PETRONILA. TOMASA. ROBERTO.

TOMASA.

(*A Roberto.*)
Hidalgo, ¿conde? ¿y de qué?

ROBERTO.

Conde, y de Italia.

TOMASA.

¿Y camina...?

ROBERTO.

Aquí no mas.

TOMASA.

¿Y se llama...?

ROBERTO.

Galeazo.

TOMASA.

¿Y á qué, diga,
viene á Madrid?

ROBERTO.

A casarse.

TOMASA.

¡Zape!

DOÑA PETRONILA.

Alto de aquí, Varguillas.



ACTO SEGUNDO.

Sala de la posada.

ESCENA I.

DOÑA PETRONILA *y* TOMASA, *de hombres.*

DOÑA PETRONILA.

Por muerta, Vargas, me cuenta.
No tengo seso, no estoy
en mí.

TOMASA.

¿Qué has visto?

DOÑA PETRONILA.

Ví hoy
otra segunda tormenta
mayor que la de Sevilla.

TOMASA.

¿Mayor?

DOÑA PETRONILA.

Para mis desvelos,
porque es tormenta de celos.

TOMASA.

No se usan en esta villa.
Todo lo que no es dinero
en la corte, no es amor.

DOÑA PETRONILA.

Vargas, de tu buen humor
mas penas sacar espero
que alivios. Déjame agora.

TOMASA.

Pues ¿qué has visto?

DOÑA PETRONILA.

¡Ay cielos! ví
lo que dudosa temí,
lo que mi desdicha llora.

Llevóme el conde consigo
á esa huerta, infierno ya,
á quien Juan Fernandez da
nombre y fama. Yo te digo
que aunque al principio su vista
mis sentidos recreó,
porque en ella se cifró
Chipre, en que Venus asista,
despues que hallé entre sus flores
un áspid que disfrazado
ponzoña á mi pecho ha dado,
y aumentos á mis temores,
volcanes son sus planteles,
incendios sus fuentes son,
tormentos su recreacion,
penas su rosa y claveles.
¡Ay Vargas! quien las cultiva
es don Hernando Cortés.

TOMASA.

¡Jesus! ¿Qué dices? No des
crédito á engaños.

DOÑA PETRONILA.

Ni viva
quien para desdichas nace.
Conocíle jardinero;
que con el trage grosero
le manda amor que disfrace
el fuego de mis querellas.
¿Quién creerá (¡ay fieros rigores!)
que llamas cultiven flores,
y que esten verdes con ellas?
Rogóme el conde que fuese
con él, y sin declararse,
quiso primero informarse
(antes que quien es supiese)
de la belleza de Laura,
con quien amante pleitea,
y si el pincel de su idea
en su original restaura
la hermosura que usurpó
lisonjas á los colores;
porque en cohechos pintores

siempre el interes mintió.
Vióla en el dicho jardin,
que entre unos cuadros abeja,
agravia flores que deja,
y obliga las de un jazmin
á que fundamento den
á un ramillete que aliña,
porque un hilo juntos ciña
celos, amor y desden.
Estaba de jardinero
mi don Hernando Cortés,
(mio no, que de Laura es)
y aunque en disfraz tan grosero,
le conocieron mis males;
que aunque le ví de aquel modo,
amor, espíritu todo,
penetra hasta los sayales.
Escogíala las flores
que su amor le aconsejaba;
las amorosas le daba
para obligarla á favores;
las azules le escondia
por no ocasionar desvelos;
y si flores tienen celos,
yo su amante ¿qué tendria?
Con doméstica llaneza
ví que Laura le trataba,
cuando las flores le daba;
y amor, todo sutileza,
todo industria, todo enredos,
terceras quiso obligarlas;
ella risueña al tomarlas,
y él lisonjero en los dedos.
Que la debió de cohechar
si la adora, ¿qué lo dudo,
pues cuando amor está mudo,
por los dedos suele hablar?
Preguntó el conde quién era
(mientras yo me atormentaba)
la dama que se humanaba,
de aquel jardin primavera.
«La condesa de Valencia

del Pó,» le respondió un page,
«que en Milan con su linage
pleitea sobre su herencia.»
No se atrevió á descubrirse,
puesto que sí á enamorarse;
que amor que sabe arriesgarse,
es cobarde al resistirse.
Juzgó en ella de los cielos
un sol que le deslumbró;
¿qué juzgara, Vargas, yo
que la miraba con celos?
Volvímonos, él perdido
de amor, y yo rematada:
él sin alma allá usurpada,
yo allá y aquí sin sentido.
Hame cobrado amistad
de suerte, que no permite
que de su lado me quite;
ni yo tengo voluntad
de perder su compañia;
porque siempre amigos son
los que de una profesion
llama el sabio *simpatía.*
Amamos en un lugar,
y una misma competencia
nos iguala en la esperiencia
del querer y el envidiar.
Impórtame que le asista,
pues si Laura, cual sospecho,
tiene á mi amante en su pecho,
y él no la pierde de vista,
el conde y yo, que nos vemos
parientes en los cuidados,
amantes y desdeñados,
mejor nos consolaremos.

TOMASA.

Pues no te aflijas ansí,
¡cuerpo de tal! ten valor,
que sin competencia amor,
él mismo se apaga en sí.
Si nunca te vió tu amante,
si lo que le amas ignora,

y vienes á hallarle agora,
con desvelo semejante,
ensayándose á quererte
en agena voluntad,
porque le halle tu lealtad
diestro, cuando llegue á verte,
¿qué temes? Ó ¿qué querias?
¿Que ya en Madrid cortesano
su amor, mano sobre mano,
gastase ocioso los dias?
Déle el gusto puerta franca;
quiera bien, que eso me alegra;
ensaye en la espada negra
tretas que logre en la blanca;
que pues el conde te cobra
voluntad, y aquí ha venido
á título de marido
de Laura, bástate y sobra
que al principio del camino
vida á tu esperanza des.
¿No somos tres? Pues los tres
seremos *tres al mohino*.
Calla, y animosa alienta
el fin de tu pretension.

DOÑA PETRONILA.

El conde es este.

TOMASA.

Chiton,
y corra esto por mi cuenta.

ESCENA II.

EL CONDE.—DOÑA PETRONILA. TOMASA.

CONDE.

Don Gomez, yo te he elegido
por amigo verdadero,
y en fé de serlo, no quiero
que tenga el pecho escondido
secreto para ocultarte.

Ya dije ayer la ocasion
de que en esta confusion
siga á amor y olvide á Marte;
que mi padre aquí me envia
para que pleitos cansados
truequen derechos letrados
en amor; que es prima mia
Laura, y que intente con ella,
casándome, asegurar
lo que ya dudo alcanzar,
por los que vuelven por ella.
Mal su justicia asegura
quien en sus pleitos ignora
que muger competidora
se ampara de su hermosura.
Porque si en mí verlo quieres,
mas efeto he visto hacer
de su cara el parecer,
que mil sabios pareceres.
Llora, encarece y intima;
halla en tribunales gracia;
la belleza es eficacia
que enamorando lastima;
y, en fin, como nacen de ellas
los jueces, templan cuidados;
que no hay tales abogados
como son lágrimas bellas.
Laura en la corte amparada,
por huérfana socorrida,
por hermosa pretendida,
por discreta celebrada,
casi espera en su favor
la sentencia contra mí.
Pues ¿para qué vine aquí,
don Gomez, si su rigor
dos veces me ha de querer
mal, por pobre y por contrario?
La soberbia es de ordinario
con riqueza en la muger.
Volverme quiero sin verla,
ó á lo menos sin hablarla;
que en vano pretendo amarla,

si no espero poseerla.
Hacienda en Italia heredo,
cuando me quiten su estádo,
si no igual á un potentado,
á lo menos con que puedo
vivir, sin necesitar
de parientes caudalosos;
que vengando aquí envidiosos,
duplicaré mi pesar.
Vente, don Gomez, conmigo
á Italia, y verás en ella
la provincia que mas bella
honra á Europa. Por amigo
te tengo; si obligaciones
no te empeñan, sal de España:
confiado me acompaña
de que en todas ocasiones,
como si fueras mi hermano,
en fé de nuestra amistad,
entrarás en la mitad
de mi hacienda.

DOÑA PETRONILA.

Fuera en vano
satisfacer las mercedes
que me obligan tu deudor,
con palabras, si es mejor
el silencio. Desde hoy puedes
hacer esperiencia en mí
de obligaciones de esclavo;
pero ni tu intento alabo,
ni te has de ausentar de aquí.
Prueba tu dicha primero,
informa de tu justicia;
que ni pasion ni malicia
en los jueces considero
de esta corte. ¿Qué escarmientos
tu derecho han desmayado?

TOMASA.

Muera, pues pierde su estado,
con todos sus sacramentos,
¡pesie á tal! vueseñoría.
¿Qué mal nos ha de venir

mayor, señor, que salir
vencidos á sangre fria?
Ame, informe, solicite,
y venga lo que viniere.

CONDE.

Quien mal en Madrid me quiere,
que esté en él no me permite.
Asiste el marques Octavio
en esta corte, enemigo
de mi padre, que en castigo
años há de cierto agravio,
mató al suyo, y le quitó
los estados que tenia.
El marques que pretendia
vengarse, aunque lo intentó,
no pudo, desamparado
de amigos y de caudal;
y viéndose desigual,
de su patria desterrado,
en esta corte pretende
casar con Laura; y si sabe
que aquí estoy, querrá que acabe
el hijo de quien le ofende,
y á ser su competidor
viene agora. No me ha visto
jamás; pero si aquí asisto,
y publicando mi amor
á Laura, quien soy declaro,
por fuerza he de despertar
venganzas que ha de intentar,
como pudiere.

DOÑA PETRONILA.

Eso es claro.

CONDE.

Pues arriesgarme á perder
adonde ganar no puedo,
no es cordura. Si aquí quedo,
por fuerza tengo de ver
sentencias que me den penas,
celos de competidores,
y desdenes vencedores
de quien oye norabuenas

ya del pretendido estado.
Don Gomez, no hay tal remedio
como poner tierra en medio:
yo estoy ya determinado.
Sígueme, y fia de mí
cuanto agora te he ofrecido.

DOÑA PETRONILA.

Yo soy tan agradecido....—
Vargas, déjanos aquí.

TOMASA.

Déjote; allá dentro espero. (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA PETRONILA. EL CONDE.

DOÑA PETRONILA.

Que os he, conde, de pagar
el darme tanto lugar
en vuestras cosas, primero
que nuestra corte dejeis.

CONDE.

¿De qué suerte?

DOÑA PETRONILA.

Oidme agora.
Laura, aunque os vea, ¿no ignora
quien sois, puesto que aquí esteis?

CONDE.

Sí, don Gomez; que en Milan
desde niña se crió,
y yo en Valencia del Pó,
cuyo derecho le dan.

DOÑA PETRONILA.

Del mesmo modo ese Octavio,
por vuestro padre ofendido,
no os conoce.

CONDE.

En eso he sido
venturoso.

DOÑA PETRONILA.

Un medio sabio,
siendo eso así, os asegura
el pleito desesperado
que amenaza vuestro estado.
Si en manos de la ventura
y mias dejais poneros,
no hay aquí que recelar.

CONDE.

Ya vuelve á resucitar
mi esperanza solo en veros;
que no sé qué inclinacion
oculta me pronostica
dichas que me certifica
vuestra mucha discrecion.
Desde que os ví, os quiero bien.

DOÑA PETRONILA.

Pues Laura, conde, se emplea
en amarme, y no desea
sino que en su favor den
esta sentencia enfadosa,
para atropellar amantes
en su pleito negociantes,
y darme mano de esposa.

CONDE.

¿Qué decís?

DOÑA PETRONILA.

Por orden suya
estoy en Madrid cual veis.
Como secreto guardeis,
yo haré que esto se concluya
á vuestra satisfaccion.

CONDE.

¿Que por orden suya estais
aquí?

DOÑA PETRONILA.

¿Pues eso dudais?

CONDE.

De vuestra disposicion
y talle no es maravilla
que Laura esté aficionada.

DOÑA PETRONILA.

Al cabo de su jornada,
hizo noche en esa villa,
que siendo española Atenas,
al Henares nombre da.
Cursaba yo en Alcalá
mas sus riberas amenas,
que sus escuelas famosas:
ví, la noche que llegó,
un alba que se apeó,
entre jazmines y rosas,
de una litera, al ocaso
del mas nombrado meson:
mi estudiosa profesion
le salió cortés al paso.
Acompañéla á una sala
con otros que de mi edad
honraban mi facultad.
Iba vestido de gala;
supe quién era, á qué iba
á la corte; regaléla,
y tomando una vihuela,
ya mi libertad cautiva,
la entretuve hasta cenar.
Convidóme, y acepté;
que estudiantes, ya se vé
que no se hacen de rogar.
Despedíme ya bien tarde,
y ella, toda cortesía,
mientras que me agradecia
cumplimientos, hizo alarde
de vislumbres de aficion:
madrugué por la mañana,
no el alma de todo sana,
y, en fin, hasta Torrejon,
que quiso ó no, fuí con ella
en un caballo prestado;
dióme la litera lado,
y hallé, caminando, en ella
agrados sobre qué hacer
amorosos edificios;
que amor empieza en indicios

fáciles de conocer.
Despedíme allí, y tornéme,
echando á la vuelta menos
el alma, los ojos llenos
de sentimiento. No teme
el amor que es estudiante.
Como sin alma quedé,
cartapacios arrimé,
gradüándome de amante.
Vine á Madrid, visitéla
en la huerta donde vive;
y amor que alegre recibe
el huesped que le desvela,
me ofreció apacible entrada.
Díjela mi calidad,
ponderé mi voluntad,
á servirla dedicada.
Mostró severo el semblante,
reprendióme rigurosa,
y alterada (comun cosa
en todo amor principiante)
fuése fulminando enojos;
puesto que aunque se ofendia,
lo que la lengua decia,
iban negando los ojos.
Escribíla de Alcalá,
no me quiso responder,
volvíla otra vez á ver,
y mas apacible ya,
me permitió visitarla,
como mis atrevimientos
no esplicasen pensamientos.
Prometí de no enojarla,
y callé; que en la mas casta,
(como es la esperiencia juez)
si ha de querer, una vez
que amor se lo diga basta.
De Alcalá á Madrid partidas
y vueltas daban alientos
á amor; que como los cientos,
todo es idas y venidas;
pero nunca la decia

cosa que en mi amor tocase,
con que, aunque disimulase,
sentí yo que lo sentia;
hasta que una vez pedí
licencia para partirme
á Jaen, por escribirme
mi padre esperarme allí
mil de renta, y una dama
para esposa. Aquí fue Troya;
que amor que el secreto apoya,
con celos rebienta en llama.
No pudo disimular:
llenóme de descortés,
aleve, ingrato; y despues,
de media hora de llorar,
me amenazó, si la mano
á otra que Laura no fuese
daba, que me apercibiese
á que la de algun villano
me habia de quitar la vida.
Con esto, y asegurarla
que no mas que por probarla,
fingí mi falsa partida,
quedé en su gracia de suerte,
que amado y favorecido,
al punto que haya salido
en favor suyo la suerte
de la sentencia que espera,
nos hemos de desposar,
y por Italia trocar
patria y profesion primera.
Mándame andar recatado,
porque ocasiones desmienta
de quien amándola, intenta
gozar en dote su estado.
Llegué, como suelo, ayer
á verla, y mudé posada,
por temer que en la pasada
han alcanzado á saber
algo de lo que pretendo:
apeásteos en ella;
y quiso mi buena estrella

que vuestros méritos viendo,
y la merced que me haceis,
amigo y no opositor,
apadriné vuestro amor.
Si celos de mí teneis,
perdeldos; que yo os prometo,
á fé de hidalgo, de dar
trazas que os han de ablandar
á Laura, por mi respeto.
Y si con ella os desposo,
que sí haré, (fiaos de mí)
vereis, conde, que hay aquí
español tan generoso
como el monarca que á Apeles
obligó, y mas á la fama,
que afirma le dió su dama
en premio de sus pinceles.

CONDE.

Don Gomez, no quiera Dios
que os haga yo tal agravio:
no goce de Laura Octavio,
y lograos con ella vos.
Vuestra gentileza es digna
de su discreta eleccion;
pagad su justa aficion,
pues la suerte os es benigna.

DOÑA PETRONILA.

Conde, ó los dos nos partamos
á Italia, ó si sois mi amigo,
callad y haced lo que os digo:
y pues ya comunicamos
las almas, sabed que aquí
tengo prenda á quien le debo
cierta obligacion de nuevo,
que imposibilita en mí
casarme con Laura.

CONDE.

Elijo
lo que me ha de estar tan bien.
¿Que aquí teneis dama?

DOÑA PETRONILA.

En quien

por lo menos tengo un hijo.

CONDE.

¡Jesus! ¿Tan niño?

DOÑA PETRONILA.

Ya estan
examinados de padres
niños, por conocer madres
que fruto á los trece dan.
Como la vida es tan corta,
suple la naturaleza
defetos de su flaqueza,
y plazos el tiempo acorta.
Yo os he de casar en breve
con Laura.

CONDE.

Mucho intentais.
No podreis.

DOÑA PETRONILA.

Porque veais
mi ingenio á lo que se atreve,
escuchad esto que trazo.
A Laura hemos de ir á ver
agora, y ha de saber
que está el conde Galeazo
con ella y que no sois vos,
porque Octavio no os ofenda
cuando vengarse pretenda.

CONDE.

Cosas proponeis, por Dios,
estrañas.

DOÑA PETRONILA.

Soy estudiante.

CONDE.

¿Quién ha de hacer á ese conde?

DOÑA PETRONILA.

En la posada se esconde.

CONDE.

¿Hay don Gomez semejante?

DOÑA PETRONILA.

No digais á la condesa,
la vez que á hablarla llegueis,
que de nuestro amor teneis

noticia.

CONDE.

Advertencia es esa
escusada.

DOÑA PETRONILA.

Pues venid,
y echad á un lado recelos.

CONDE.

¡Ay don Gomez de los cielos!
Dios te me trujo á Madrid. (*Vanse.*)

La Huerta.

ESCENA IV.

DON HERNANDO, *de villano.* MANSILLA.

MANSILLA.

Fuí á Málaga á lo soldado,
con las galas que me diste,
á ver tu madre que triste
por muerto te habia llorado.
Pasé por Yepes y Ocaña,
dos villas de donde el vino
hace perder el camino,
bodegas nobles de España.
Hice noche en una aldea,
donde un meson labrador
(que pudiera ser mejor)
me alojó á la chimenea
en un escaño del Cid.
Sobre cena me pregunta
la familia que allí junta
estaba, si iba á Madrid:
dije que sí, y que de Italia
soldado viejo venia
á la corte y pretendia
una conducta. La algalia

que daba olor al vestido,
(porque esto se le pegó
del ser tuyo) me abonó,
y yo en él desvanecido,
hazañas cuento sin cuento,
que escuchaban abobados;
porque yo á fuer de soldados,
no vivo mientras no miento.
Díjeles, entre otras cosas,
que saliendo á pecorea
á la vista de una aldea,
(que las de allí son famosas)
entré en una casería,
y hallando el horno encendido,
porque no fuí recibido
con amor y cortesía,
al huesped y á su muger
metí dentro, donde asados,
vengaron á mis soldados,
y nos dieron de comer.
Que saliendo al alboroto
los vecinos del lugar,
cuando me iba á acostar,
hallé mi escuadron que roto,
á huir echaba, y que yo
la cabeza derribé
al primero, y esta fue
á dar á otra, y esta dió
en otra, y fue de manera
la cabezada española,
que sin mas golpe, ella sola
derribó toda una hilera.
Creyeron esta aventura,
y otras, que es nunca acabar,
mas que cuando en el altar
las fiestas les echa el cura;
porque chanzas de habladores,
comedias de tramoyon,
ensalmos y coplas, son
evangelios labradores.
Estaba una villaneja
oyendo entre los demas,

tan carihermosa, que atras
las Amarilis se deja.
Fuéronse á acostar al cabo
los viejos, y entre la loza
fregatizando la moza
con tal gracia (no la alabo
cual merece) se quedó,
que si el sol verla pudiera,
para estropajo la diera
su dorado moño. Yo
que la ví ensuciando espumas,
llego por detras quedito,
y el sombrero que me quito,
la pongo con banda y plumas;
y ella entonces, no peñasco,
pero algo requeson ya,
respondiéndome: «arre allá,»
en un espejo, ya casco,
se fue á mirar al candil,
y arrimando la sarten,
dijo: «á ver si me está bien.»
El dimuño que es sotil,
hizo entonces de las suyas,
si Pedro yo de Urdemalas;
y como estrangeras galas
en bobas son aleluyas,
tanto pudieron con ella,
que á los ecos de un "marido
tuyo soy" (hechizo ha sido
que encanta toda doncella)
siendo tálamo el escaño,
la chimenea madrina,
á vista de la cocina,
hubimos año, buen año.
Dueña, aunque no de su casa,
la moza, y ya yo su dueño,
entró el sol antes que el sueño,
y caricuerda Tomasa,
(que este apellido la dan)
me conjuró que cumpliese
mi promesa y que volviese,
en saliendo capitan,

por ella; y á fé de hidalgo,
que he de hacerla mi muger,
si bien esto no ha de ser
mientras capitan no salgo.

DON HERNANDO.

Sí harás; que si yo, Mansilla,
esposo de Laura soy,
y dote honrado te doy,
tu palabra has de cumplilla.
En fin, ¿llegaste á mi casa?

MANSILLA.

¡Ah! sí: olvidábame ya;
pero ¿qué mucho, si está
cosquillándome Tomasa?
Guardéte el mejor bocado
para la postre. Este pliego
te traigo, y en él te llego
á dar plácemes de grado,
puesto que pesares tiene.
Siete mil de renta heredas,
con que consolarte puedas.

DON HERNANDO.

¿Qué dices?—Mas Laura viene.
Retírate.

MANSILLA.

¿Para qué,
si te has de partir al punto,
y la hermana del difunto
te adora?

DON HERNANDO.

Retiraté.

MANSILLA.

¿No sabe que soy tu page?

DON HERNANDO.

Sí; pero maliciarán
los que aquí vienen y van,
si contigo en este trage
me ven hablar; y no quiero
dar ocasion á malicias.

MANSILLA.

Pues prevenme las albricias;
que cuando anochezca espero. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON HERNANDO, *leyendo.*

Llevó el cielo á vuestro primo don Gerónimo, con lastimoso sentimiento de cuantos conocieron su agradable y malograda juventud, sucediendo vos en su mayorazgo, por cláusula que escluye á las mugères y llama al varon mas propincuo. Quisiera pagarle el amor que me tuvo y consolar su hermana, haciéndola esposa vuestra: su hermosura y mi gusto pienso que os dispondrán á lo que os está tan bien. Ella y yo os esperamos; y cuanto mas os detuviéredes, mas sentiremos la falta suya y vuestra ausencia. El cielo os traiga con bien.= Málaga y abril 14 de 1626 años.=Vuestra madre, doña Ana de Zúñiga.

ESCENA VI.

LAURA.—DON HERNANDO.

LAURA, *acabando de leer otra carta.*

Dios os prospere muchos años: Vinaroz y Marzo 29 de 1626.=El Conde Pompeyo, vuestro tio.

LAURA.

Don Hernando.

DON HERNANDO.

Laura mia.

LAURA.

¿Jardinero y con papeles?

DON HERNANDO.

El jardin, filosofia
de amor, en estos planteles
me da licion cada dia.
Letras estas flores son,

donde mi asistencia alcanza
paciencia en la dilacion,
en el temor esperanza,
y paz en la confusion.
Este jardin es mi escuela
donde cursando desvela
el miedo imaginaciones;
sus lazos son mis renglones,
y en sus cláusulas revela
misterios mi amor. Sus hojas
dan materia á mis cuidados,
encendidos con las rojas,
si moradas, aliviados.
Si leonadas son congojas,
ya con las verdes espero;
con las azules me abraso,
con las amarillas muero,
casto con las blancas paso,
y con las pardas me altero.
En las clicies me mejoro,
con las venus me enamoro,
presumo con los narcisos,
y hallando en todas avisos,
sufro, espero, temo y lloro.

LAURA.

Voluntad contemplativa
á sí misma se hará guerra.
Pero ¿cuya es la misiva?

DON HERNANDO.

Carta es, Laura, de mi tierra,
que quiere amor que reciba
cuando vos del mismo modo
leyendo salís, en muestra
de que con vos me acomodo;
pues siendo, en fin, sombra vuestra,
manda que os imite en todo.
Pero en esa, prenda mia,
segun mostrais alegria
repasando sus concetos,
os ponderarán discretos
al autor que los envia.
¿Mas que su ingenio aplaudís?

¿mas que á su dueño estimais?
¿mas que su amor admitís?
¿mas que por él me olvidais,
y á desdeñarme venís?

LAURA.

¿Mas que me habeis agraviado
en pedirme adelantado
los celos que estoy temiendo?
que no entra en casa riñendo
quien no se siente culpado.

DON HERNANDO.

Troquémoslas, pues.

LAURA.

En esta
mostrar lo que os amo puedo,
pues no ha de tener respuesta.
(*Truécanlas.*)

DON HERNANDO.

Y yo en esta; que aunque heredo
por ella, me es tan molesta
esa cláusula postrera,
que á trueco de no cumplilla,
por no perderos, perdiera
la corona de Castilla,
cuando la del mundo fuera.
(*Hernando lee recio y Laura para sí.*)

DON HERNANDO.

La perezosa tardanza de las galeras de Nápoles, sobrina y señora mia, me ha detenido en Valencia dos meses y medio: ya, gracias á Dios, estan en Vinaroz, y yo embarcado en su Almiranta. Llegó en ellas el conde Galeazo Malatesta, primogénito de vuestro opositor, y violento conde de vuestra Valencia del Pó: visitóme, dándome parte de sus deseos, que son reducir á paces amorosas pleitos prolijos. Su presencia, edad, discrecion y cortesía, ademas de ser vos prima hermana suya, si he de hablar desapasionadamente, le hacen mas merecedor de esposo, que de litigante vuestro. Propongo mi parecer; pero subordinado á la discreta eleccion de vuestra prudencia. Él parte á veros con merecidas esperanzas, y yo á mi gobierno: el cielo, sobrina mia, os me deje

ver sin pleitos y con sosiego en vuestro estado; que si tomais mi consejo y es Galeazo vuestro esposo, no tardará mucho, &c.=El Conde Pompeyo, vuestro tio.

LAURA.

De aquí, Hernando, por la cuenta
plácemes podré sacar,
que envidiosa os llegue á dar,
de esta esposa, y de esta renta.
Vuestra madre cuerda os llama;
ya os espera vuestra prima;
el mayorazgo es de estima,
y obligatoria la dama,
por ser hermana del muerto:
madre la casamentera,
vos su deudo, y yo estrangera,
aceptareis el concierto.
Goceisos, señor, mil años.

DON HERNANDO.

Para matarme, uno sobra.
Poned vos, Laura, por obra
consejos, cuando no engaños,
de Pompeyo, vuestro tio,
pues ya vuestro primo viene;
que quien tal padrino tiene,
vencerá el derecho mio.
Pleitos que son embarazo
de la hacienda y la quietud,
atajarlos es virtud,
y mas siendo Galeazo
mozo gallardo, leido,
ilustre, discreto, amante,
vos su sangre; yo ignorante,
desdichado y presumido.
Que quien jardines cultiva
donde malogra sudores
en yerbas que aunque dan flores,
de fruto el tiempo las priva,
cuando en esteril tributo
pague desvelos de amor,
llorará esperanza, flor
que nunca llegó á dar fruto.

¡Qué mal el gozo se esconde
que el corazon manifiesta!

ESCENA VII.

UN CRIADO.—LAURA. DON HERNANDO.

CRIADO.

Galeazo Malatesta,
señora, á quien llama conde
la gente que le acompaña,
entra á hablaros. (*Vase.*)

DON HERNANDO.

Caminó
con alas que amor le dió,
y si vuela, no se engaña.
Él mismo seria el correo
de esa carta precursora.

LAURA.

Retírate, Hernando, agora;
que pues con celos te veo,
ya te confirmo en mi amante;
que los comprara, te juro,
por abonarte seguro,
temerosa no há un instante.
No receles: vuelve á verme;
que yo le despediré
brevemente.

DON HERNANDO.

Pues ¿podré,
hermosa Laura, atreverme
á ausentarme, si esperiencia
tengo que ausencia y muger...?

LAURA.

De un rato ¿qué hay que temer?

DON HERNANDO.

Mucho; que, en fin, es ausencia.

LAURA.

Pues estáte aquí.

DON HERNANDO.

Sí haré;
que hermosura combatida,
á poca distancia olvida,
y apetece lo que vé.

ESCENA VIII.

TOMASA, *de conde, á lo gracioso; como criados suyos* EL CONDE *y* PETRONILA.—LAURA. DON HERNANDO.

TOMASA.

Selencia sea bien llegada,
mande cubrirse selencia;
que ya mi-lencia lo está.
Echóme el conde á galeras,
mi padre, porque llegase
á casarme con la priesa
que requiere esa hermosura,
porque es muy linda selencia.
De Génova me sacó
la capitana ó sargenta....
¿Fué sargenta ó capitana?
Hola, don Gomez, ¿cuál era?

DOÑA PETRONILA.

Sosiéguese vuesiría;
que está turbado.

TOMASA.

Me prueba
la tierra; pero ya caigo:
(tengo la memoria tierna)
vine en una Galeaza,
que seria mi parienta
por lo *Galeazo*, en fin,
y pasando el golfo en ella,
comimos muy mal-bizcocho.
Yo le prometo á selencia
que en esto del bizcochar,
son malas monjas galeras.
Desembarqué en Vino-arroz.

DOÑA PETRONILA.

Vinaroz se llama.

TOMASA.

Bestia,
Vinaroz ó Bindarraez:
¿qué importa mudar dos letras?
Tomamos postas allí;
que fue la invencion mas fiera....
Selencia ¿ha corrido postas?

CONDE.

(*Habla aparte con doña Petronila.*)
Don Gomez, ¿mas que nos echa
á perder este ignorante?

DOÑA PETRONILA.

Dejalde decir simplezas;
que todo esto importa al caso:
vos vereis lo que aprovecha.

LAURA, *aparte.*

¿Qué conde ó qué bernardina
es este, cielos?

DON HERNANDO, *aparte.*

Ya alegran
desmayos mis esperanzas,
casi con recelos muertas.
¡Discreto competidor
nos viene!

TOMASA.

Cincuenta leguas
en tres dias y á la posta,
postillas á posta engendran
en las partes posteriores,
que unas con otras apuestan
á hacer pistos ó ser pastas,
segun blandas se me apestan.
En fin, ambos acerillos,
si no papandujas, brevas,
anoche al cantar los gallos,
llegaron cual digan dueñas;
y yo con la intercesion
del buen tio de selencia,
que se embarcó en mi lugar,
y con cartas me encomienda

á selencia, madrugué (1)
esta tarde; y no viniera,
en verdad hasta mañana,
á no soñar en selencia;
porque las ya dichas postas
pienso que anuncian viruelas,
y estan malas hácia abajo,
con llamarme Malatesta.

LAURA.

Hiciera vueseñoría
una cosa muy discreta
en tardarse allá dos años....
Digo, dos dias. (*Aparte.* Me pega
el mal de sus necedades,
y por necio, le hablo necia.
No sé lo que le responda.)

TOMASA.

Mis baules, que ya llegan,
á selencia le darán
dos celemines de perlas,
medidas por estas manos.

LAURA.

La medida es como vuestra,
señor conde.

TOMASA.

Y pienso yo
que si se miran y piensan,
darán mucho que pensar
á pensamientos.

LAURA, *aparte.*

¡Qué bestia!
¡Piensos todo y celemines!
¡Miren con quien me desea
casar el conde mi tio!
¡En verdad que salen ciertas
las partes de que le abona:
discrecion, cara y presencia!
Debió de ser ironia.

---

(1) *Madrugamos*, dice la primera edicion.

TOMASA.

Tráigola mas una piedra,
para todo mal de hijada
cosa admirable. Selencia
¿es tocada de este achaque?

CONDE.

(*Aparte con doña Petronila.*)
Don Gomez, vuestra condesa
está con razon corrida,
y puesto que os mira tierna,
señal de lo bien que os quiere,
siento mucho el ofendella.
Saquemos de aquí este loco.

DOÑA PETRONILA.

Callad, conde, y no os dé pena.

TOMASA.

(*A don Hernando.*)
¿Sois vos el que legumbriza
lo crítico de esta huerta?

DON HERNANDO.

Yo su jardinero soy.

TOMASA.

¿Hay noria?

DON HERNANDO.

Sin macho en ella;
mas ya no nos hace falta.

TOMASA.

Pues mirad: aunque mas vueltas
deis al rededor vos y él,
sabed que tengo esperiencia
que es necedad, porque saca
agua que para otros riega,
y él á escuras y sediento,
acaba donde comienza.
No seais macho, no seais macho.
Cogedme unas berengenas;
que en Italia no se comen,
y vengo muerto por ellas:
daréiselas á este page.
(*Señalando á doña Petronila.*)
Miralde bien, y haced cuenta
que es mi page, y que mi page

basta que mi page sea.

LAURA, *aparte.*

Este hombre es loco, señores.

ESCENA IX.

MANSILLA.— DICHOS.

MANSILLA.

El marques Octavio espera
que vueselencia le dé
lugar para entrar á verla.

TOMASA, *aparte.*

¡Ah traidor! ya te cogí.

(*A Mansilla.*)

Esperaos: hola. Selencia

(*A Laura.*)

¿tiene este hombre en su servicio?

LAURA.

A casa acude.

TOMASA.

Pues venga
muchas veces á la mia.
Tomad aquesta cadena;

(*Dásela.*)

que os la doy porque sois cosa
de selencia la condesa.

MANSILLA.

Y déme á mí á pies juntillas
vuesiría, vuesa alteza,
celsitud, paternidad,
tú, vos, él, ó reverencia,
el par sin par de esas patas.

TOMASA.

¿Llamaisos?

MANSILLA.

Mansilla.

TOMASA.

Oveja
golosa, y mansa, Mansilla,

mama á su madre y la agena.
Algo me oleis á mamon.
Idme á ver cuando anochezca;
y vos, jardinero hermano,
siempre que mi page os vea,
dalde gusto y regalalde,
y corra esto por mi cuenta;
y pues la aguardan visitas,
quédese con Dios selencia;
que yo la veré mañana,
ó esotro, ó cuando Dios quiera.
(*Vanse doña Petronila, el conde y Tomasa.*)

ESCENA X.

DON HERNANDO. LAURA. MANSILLA.

LAURA.
¿Qué os parece el desposado,
Hernando?

DON HERNANDO, *con ironía.*
Que en competencia
de tal gracia y discrecion,
ya los celos me hacen guerra.

LAURA.
¡No me la hicieran á mí
mas los que de vuestra tierra,
con mayorazgos y primas,
os sacan de mi obediencia!

DON HERNANDO.
El alma sí, mi amor no.
Id, que el marques os espera,
y ojalá, condesa mia,
que como el conde os parezca.
(*Vase Laura.*)

ESCENA XI.

MANSILLA. DON HERNANDO.

MANSILLA.

¿Conde es este?

DON HERNANDO.

Y condenado.

MANSILLA.

Dirás á bobuna eterna.

DON HERNANDO.

¿En qué lo echaste de ver?

MANSILLA.

En que me dió la cadena.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA PETRONILA, *de hombre.* LAURA.

DOÑA PETRONILA.
Que os engañais os prometo.

LAURA.
No me persuadais á mí,
contra lo que escuché y ví,
que es vuestro conde discreto.

DOÑA PETRONILA.
Milagros de esa hermosura
¿á quién no han de hacer turbar?

LAURA.
Ni de mí osaré fiar,
don Gomez, esa ventura,
ni amor, que al principio empieza
á acreditarse turbado,
(porque en todo enamorado
la repentina belleza
reduce á la vista el alma)
despues que vuelve advertido
á su lugar el sentido
que estaba, viéndola, en calma,
deja cuerdo de enmendar
la primera turbacion;
que amor, todo discrecion,
sabe ver y sabe hablar.
Mas vuestro conde, en desprecio
de quien ya le estima en poco,
entró á visitarme, loco,
y salió de verme, necio.

DOÑA PETRONILA.
Los que en su casa asistimos,

y con él comunicamos,
su discrecion admiramos,
y su donaire aplaudimos.
Ni su padre os le enviara,
ni Pompeyo intercediera
á que vuestro esposo fuera,
si, como decís, le hallara
sin partes para agradaros,
y amor para pretenderos.
Turbóse llegando á veros,
ocupóse en contemplaros,
y como el alma dirige
la lengua, y esta olvidó
su accion vital cuando os vió,
¿qué mucho, si no la rige
quien la fia sus concetos,
que en ellos hiciese pausa,
y mientras duró la causa,
le turbasen sus efetos?
Él volverá sobre sí
la segunda vez que os vea.

LAURA.

¡Plegue á Dios que tarde sea!

DOÑA PETRONILA.

Algo teneis vos aquí
que os duele mas, mi señora,
que el conde.

LAURA.

Examinador,
por lo rapaz, hablador,
¿quién os mete en eso?

DOÑA PETRONILA.

Adora
quien sirve, lo que su dueño,
y como tiran sus gages
sus gentil-hombres y pages,
estoy en el mismo empeño
que el señor, que os quiere bien,
y en fé que en celos se abrasa,
los que estamos en su casa
tenemos celos tambien.
Pero, pues os doy enfado,

voime. A Dios.

LAURA.

Volved acá.

DOÑA PETRONILA.

Si el conde en desgracia está
con vos, y soy su criado,
participaré desvelos
de su vana pretension.

LAURA.

Si por participacion
teneis voluntad y celos,
bien me debeis de querer.

DOÑA PETRONILA.

Amor en los semejantes
es mal de participantes.
¡Pudiera yo merecer
igualaros!

LAURA.

¿Hay tal page?

DOÑA PETRONILA.

Tuviera yo calidad
digna de vuestra beldad
en hacienda y en linage;
que entonces.... No digo nada.—
A Dios; que me vuelvo loco.

LAURA.

No os vais: esperaos un poco.

DOÑA PETRONILA.

Quien de mi señor se enfada,
no es razon, siéndole fiel,
que en desprecio de los dos,
me detenga.

LAURA.

Trocad vos
talle y ingenio con él,
y podrá ser que le estime.

DOÑA PETRONILA.

Pues ¿qué le falta á mi dueño?

LAURA.

Lo que á la imágen de un leño:
espíritu que le anime.
Si á vuestro cargo se toma

su amor, en él os mudad,
y vereis mi voluntad.

DOÑA PETRONILA.

Bien se está San Pedro en Roma.

LAURA.

Pues si vos que le servís,
y tan fiel os le mostrais,
aun de palabra dudais
el trueco que resistís,
¿por qué me culpais de ingrata,
cuando audiencia no le doy,
ni le amo, siendo quien soy,
y vos quien le asiste y trata?

DOÑA PETRONILA.

Ahora bien; dadme licencia
de que me transforme en él,
y represente el papel
del dicho conde en su ausencia;
vereis la mucha razon
que me obliga á no trocar
sugetos que han de aumentar
los grados de su pasion.

LAURA.

Vaya; que gusto de oiros,
y el sitio alegre convida
á burlas con que despida
soledades y suspiros.

DOÑA PETRONILA.

¿Ya soy el conde, en efeto?

LAURA.

Por tal el talle os abona;
que aunque en tercera persona,
deseo verle discreto.

DOÑA PETRONILA.

(*Como que llega, con el sombrero en la mano.*)

Vaya, pues.—Pleitos parientes,
por serlo, mas peligrosos,
prima y señora, amorosos,
á atajar inconvenientes,
de Milan me traen á España,
de mi padre persuadido
que amor, que tercero ha sido

de quien con él se acompaña,
pudiera facilitarlos,
á no llegar á impedirlos
celos, que antes de admitirlos,
me ocasionan á llorarlos.
Temeroso del marques
Octavio, mi opositor,
y el enemigo mayor
de mi padre, la causa es
de venir disimulado
en el trage que me esconde,
y que el verdadero conde
del fingido sea criado.
De mí mismo presumido,
tan gallardo me fingí,
que en viéndoos, me prometí
ser luego de vos querido,
y que vuestra libertad,
de ninguno conquistada,
para mí solo guardada,
me rindiera su beldad.
Mas como en Madrid amor,
universal mercader,
todo es comprar y vender,
siendo el gusto corredor;
viendo lo que el vuestro precia
disfraces, sé, Laura hermosa,
que no hay hermosura ociosa,
ni presuncion sin ser necia.
No es el amante primero
que cuadros y engaños traza
quien esperanzas disfraza
en sombras de jardinero;
pero tampoco serán
estas las primeras flores
que á engaños lisonjeadores
ocasion y amparo dan.
Fácil mostraros pudiera,
si secretos revelara,
dama que os desengañara,
y á olvidos os persuadiera;
que en la casa donde vivo

llora cierta doña Ines
de un don Hernando Cortés
traiciones, que os apercibo
para que os den escarmientos;
pues en Málaga engañada,
cuando adquirida olvidada,
á ejecutar juramentos
viene de quien incapaz
del bien que el amor encierra,
huyó á Italia, y por la guerra
trocó promesas de paz.
Petronila hay en Sevilla,
que de su honor acreedora,
los mismos engaños llora;
puesto que con escribilla
que con ella ha de casarse,
en añadiendo á su hacienda
la cruz que espera encomienda,
puede ausente consolarse.
Hablen cartas; que estas dos
(Dale una.)
de Italia á su madre escritas,
aunque son quebradas ditas,
serán desengaño en vos.
Esta escribió de Madrid,
(Dale la otra.)
recien llegado: leeldas.
Si estais celosa, rompeldas;
pero si cuerda, advertid
quien sois y en lo que os estima
quien aunque con vos pleitea,
no ya por dueño os desea,
pero os guarda como á prima,
y ha de vengar vuestro agravio,
cuando á Valencia del Pó
me quiten; que pienso yo,
si sabe el marques Octavio
(que sí sabrá, pues á hablarle
voy, puesto que os favorece)
que os ama quien no os merece,
que en mi favor he de hallarle.
Él hará que la sentencia

que esperais salga por mí;
mas pues á vos os perdí,
¿qué importa pierda á Valencia?
Gozad vuestro disfrazado,
que siembra afrentas en flores,
y haced á un hombre favores
con dos mugeres casado;
que con volverme á Milan,
y avisar á vuestro tio
vuestro amante desvarío,
justas disculpas tendrán
desprecios que solo en vos
malograron mi esperanza.
Mas vos me dareis venganza.—
Postas, hola.—Prima, á Dios.

(*Quiere irse.*)

LAURA.

Espera, escucha.—¿Hay quimeras
semejantes?—Primo, conde,
don Gomez, oye y responde
si estas son burlas ó veras.
Tan á lo vivo te enojas,
de tal modo persüades,
que con mentiras verdades,
si me alegras, me congojas.
Secretos me has revelado
que si mi primo no fueras,
nunca saberlos pudieras.
¿Quién eres, ó quién te ha dado
tan larga cuenta de mí?
¿qué deseos hechiceros,
entre engaños jardineros,
te hicieron curioso ansí?
Si desde Milan veniste,
¿cómo á Málaga llegaste?
¿Qué oráculos consultaste,
que de Sevilla supiste
los agravios que imaginas,
los celos con que me ofendes,
las penas con que me enciendes
con Ineses y sobrinas?
¿Quién en la corte tan presto

te enseñó esa doña Ines?
De don Hernando Cortés
¿quién te ha informado? ¿Qué es esto,
cielos? No puedo negarte
ser esta su firma y letra;
pero quien tanto penetra,
ó se aprovecha del arte
ilícita, ó mi rigor
amante intenta vencer,
porque solo puede hacer
tanta diligencia amor.
¿Eres el conde mi primo?
Sí dices, pues estás mudo.
Ya me alegra lo que dudo;
por tal tu presencia estimo;
tu talle me desengaña,
tu gentileza me obliga;
basta que el alma lo diga.
Quien vino por verme á España,
quien averiguó discreto
traiciones que disfrazadas,
fueron hasta aquí estimadas,
y ya aborrecer prometo,
digno es de correspondencia
igual. Don Hernando, en fin,
lo que sembró en el jardin
cogerá: tenga paciencia,
si cauteloso y astuto,
le ofenden mis desengaños;
que bien es quien siembra engaños,
que en desprecios coja el fruto.
Sácame ya de estas dudas.
Dime si mi primo eres.

DOÑA PETRONILA.

Seré lo que tú quisieres,
si en amor desdenes mudas.
Yo soy el conde Galeazo,
que en tu vista me deleito.

LAURA.

Pues, conde, acabóse el pleito:
la sentencia es este abrazo.
(*Abrázale.*)

El don Hernando Cortés
murió. No puede igualarte.

DOÑA PETRONILA.

Pues hoy ha de visitarte
su ofendida doña Ines,
para que presente veas
quien ausente desatina.
Y la andaluza sobrina
tambien, si hablarla deseas,
está en la corte.

LAURA.

¿Qué dices?

DOÑA PETRONILA.

Esta tarde la verás.

LAURA.

A tí te quiero y no mas.

DOÑA PETRONILA.

Penas han sido felices
las que he pasado hasta aquí,
pues ansí lealtades pagas.

LAURA.

Porque desde hoy satisfagas
agravios, haz prueba en mí
de lo mucho que te quiero.

DOÑA PETRONILA.

El jardinero nos mira.

LAURA.

Pues un rato te retira;
que yo le haré al jardinero
que no engañe sencilleces
estrangeras.

DOÑA PETRONILA.

Voime, pues.

LAURA.

¿Volverás?

DOÑA PETRONILA.

Con doña Ines.

LAURA.

¿Y sin ella?

DOÑA PETRONILA.

Muchas veces. (*Vase.*)

ESCENA II.

DON HERNANDO.—LAURA.

DON HERNANDO.

Dilaciones, mi condesa,
que esperanzas marchitando....

LAURA.

Basta, basta, don Hernando:
de conoceros me pesa.
Estos papeles mirad,
(*Dáselos.*)
y obligaciones cumplid;
que aunque es confusion Madrid,
tiene mucha claridad
su cielo, con que da luz
á engaños y deslealtades.
Empeños y voluntades,
caballero y andaluz,
no son pleitos de acreedores
que se dejan á herederos;
basta que deban dineros
y no paguen los señores,
sin que deban la opinion
engañada por sencilla.
En Málaga y en Sevilla
(será en su Contratacion)
teneis vuestros intereses,
y es bien los correspondais,
si mercader no quebrais
con Petronilas y Ineses,
cuyas esperanzas secas,
aunque aquí las cultiveis,
se quejan de que las deis
engaños por hipotecas.
Mirad que se cumple el plazo
que á estas deudas corresponde,
y que está en Madrid un conde
que es mi primo y es Galeazo,

y llevará mal el veros
aquí desluciendo oficios;
que dicen mal artificios
que suelen dejar dineros.
Escoged entre las dos
la mas hermosa, y salid
de esta huerta y de Madrid,
ó haréos yo salir. A Dios. (*Vasc.*)

ESCENA III.

—

DON HERNANDO.

¿Qué es esto, Laura? ¿Qué es esto,
condesa, señora mia?
¡El pesar del alegria
tan cerca, cielos, tan presto!
Mas quien su esperanza ha puesto
en yerbas que no dan fruto,
¿qué mucho cobre tributo
en flor que facil se pierde,
viva á la mañana y verde,
muerta á la noche y con luto?
¿Qué Ineses, si ya casada
la que adoré, me dejó?
¿Qué Petronilas, si yo,
Laura, el alma os tengo dada?
Dióme en Sevilla posada
mi prima; mas si no ví
su hija, ¿en qué la ofendí?
¿Es la voluntad moneda
con que paga el que se hospeda
regalos? Direis que sí.
Mios los papeles son,
con que Laura me lastima:
escribiólos á mi prima
no mi amor, mi obligacion.
Rigurosa ejecucion,
¿en palabras haces prenda?
Trueque amor, contrate y venda

si al interés se avasalla;
mas no me obligue á compralla,
ausente y sin ver, la hacienda.
¿Quién os pudo á Laura dar,
papeles, mis enemigos?
¿quién en la corte testigos
os hizo de mi pesar?
Celos por averiguar
infiernos son, que no celos:
ó moriré, ó sacarélos
en limpio y sabré mis daños:
que mas valen desengaños,
que morir entre recelos.

(*Quiere irse, y le detiene doña Petronila al salir.*)

ESCENA IV.

DOÑA PETRONILA, *de hombre.*—DON HERNANDO.

DOÑA PETRONILA.

Don Hernando, cierta dama
que en casa del conde vive,
y este papel os escribe,
sobrina vuestra se llama.
(*Dale un papel.*)
No sé yo como ha sabido
que aquí vivís disfrazado:
amor, que es todo cuidado,
vuestro fiscal habrá sido.
Velda; que corre su honor
riesgo agora manifiesto,
y por lo que os toca en esto,
debeis hacerla favor.
La calle de la Gorguera,
enfrente San Sebastian,
buscad; que en ella os dirán
su casa, y ved que os espera;
pues si, como dice, es
sobrina vuestra, y no vais,
aunque Cortés os llamais,
no os tendremos por cortés. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON HERNANDO.

Alto, á ejecutar papeles
que á su madre la escribí,
mis penas la traen aquí,
ya con celos, mas crüeles.
Habrále á Laura vendido
quimeras y obligaciones,
que en sus imaginaciones
engendran desden y olvido.
Mas ¡á Madrid de Sevilla
una muger principal,
sin verme, haciendo caudal
solamente de escribilla!
¡Y en casa del conde! ¡Cielos!
¿Tan presto se han conocido?
Pero si el conde ha sabido
mi disfraz y tiene celos,
no es mucho, amor, que procures
que mi esperanza destrocen;
que en viéndose se conocen
los celosos y tahures.
Sepamos qué determina
de mí, ó qué puede quererme
quien me ejecuta sin verme.
¡Válgate Dios por sobrina!
(Lee.) *La tempestad y inclemencia*
del cielo, en la patria mia
hacienda y madre en un dia
me quitó, no la paciencia.
Solo tengo por herencia
palabras que por escrito
en vuestra sangre acredito;
mas podréisme responder
que del decir al hacer,
don Hernando, hay infinito.
No os quiero yo limitar

gustos que hacen disfrazaros;
solo con veros y hablaros
penas pretendo aliviar.
Mucho tenemos que hablar,
y mucho mas de vos fio.
Duélaos el destierro mio;
y vedme, que es importante,
si no quereis como amante,
á lo menos como tio.
¡Bien mi dicha se restaura
con sobrina sin hacienda,
que desterrada pretenda
hacer competencia á Laura!
¡Y bien á su amor me obliga,
solicitando rigores
de quien esperanzas flores
con menosprecio castiga!
Con Laura me ha descompuesto
doña Petronila, en fin;
su desden secó el jardin
que mi amor habia dispuesto.
Bien podré satisfacerla,
aunque renuncie disfraces,
(que celos paran en paces)
y mas haciendo que á verla
vaya su competidora;
mas ¿cómo podré despues,
celosa de doña Ines,
siempre mi perseguidora,
desmentir tantas sospechas?
ó ¿cómo pudo saber
mi Laura de esta muger,
y de memorias deshechas
fabricar enojos tales?
Mas tambien habrá venido
á Madrid, porque el sentido
me quiten juntos mis males.
Dejemos transformaciones
que tan mal se me han logrado,
y ya mi amor declarado
aliente sus pretensiones.
Veamos esta sobrina

que solicita mis daños;
pagaréla en desengaños
el mal que á hacerme se inclina,
y á Laura reduciré
á que averiguando enojos,
vuelva mi paz á sus ojos;
que si me ama, bien podré.
A Mansilla buscar quiero
para mudar de vestido.—
Esta vez no habeis salido,
amor, diestro jardinero. (*Vase.*)

Campo con vista esterior de la huerta, fuentes y un lavadero.

ESCENA VI.

TOMASA, *de labradora, rebozada con la toca.* MANSILLA.

TOMASA.

Déjeme lavar mi ropa,
le digo, y hágase allá.

MANSILLA.

Vuelve la fachada acá,
y no mires por la popa;
advierte que me destilas
el alma y el corazon.
¡Bien haya quien el jabon
hizo, y inventó las pilas!
Bendito sea el regidor,
que entre floridos matices,
condujo jabonatrices
para que se lave amor.
Ni sus salas ni planteles,
cuadros, estátuas, pinturas,
grutescos, arquitecturas,
rejas, balcones, canceles,
se igualan á la invencion
que en tanta pila dilata

brazos fregones de plata
entre ninfas de vellon.
¡No me hiciera á mí poeta
el Dios rubio, todo cara!
Panegíricos cantara
á la invencion arquiteta
de Juan Fernandez, que aquí,
refugio de mantellinas, (1)
labró pilas cristalinas.
Vive Dios, que cuando ví
gorronas en letanía,
pilones en procesion,
sudando espuma el jabon
entre súcia trapería,
que á fuer de disciplinantes,
con los golpazos que daban,
la pobre ropa llagaban,
y á tí entre tus semejantes
cerniendo jabonaduras,
y amasando camisones,
que dije: «si aquí te pones,
amor, no andarás á oscuras;
que dando ojos por despojos,
aquí por lavar aprisa,
la mas flamante camisa
sale, rota, un Argos de ojos.»
Ea, destapa la boca,
brilladora lavatriz;
no se atreva á la nariz
la descomedida toca:
mira que me estás torciendo
el alma como pañal.

TOMASA.

No lo sabe decir mal
el lacayazo.

MANSILLA.

Ya entiendo:
turron quieres.

---

(1) Lo mismo que fregonas: criadillas.

TOMASA.

El picaño
debe soñarse en la aldea,
huésped de una chimenea,
y adúltero de un escaño.

MANSILLA.

¡Zape! Astróloga acusanta,
¿quién de escaños te informó?
que si la espetera no,
por Dios que eres nigromanta.
¿Quién el soplo vivo fue
de este caso?

TOMASA.

La noticia
que tiene de él la justicia,
á quien aviso daré
de que siendo un ganapan,
con alquilados vestidos
y cuentos no sucedidos,
se vende por capitan,
y labradoras engaña
con plumitas y sombrero.
Todo se sabe, chancero;
parientes tengo en Ocaña.
Tras él vino con su padre
la del escaño; y en otro
cantará, que llaman *potro*,
á las tres ánades madre,
(si nones decir espera)
el que de una cuchillada
sabe dar tal cabezada,
que hilvana toda una hilera.
Pues, míreme aquesta cara.

(*Destápase.*)

MANSILLA.

¡Tomasa del alma mia!
¿tú en Madrid?

TOMASA.

¿Pues qué queria?
¿que la gineta aguardara,
que en almohaza ha trocado?
Aquí en busca suya estoy.

MANSILLA.

Los brazos y alma te doy.
¿Quién tan presto te ha enseñado
á hablar sacudidamente?

TOMASA.

Pues yo ¿cuándo muda he sido?

MANSILLA.

Muger muda no la ha habido;
mas labradora inocente
¡en Madrid (1) deja su casa,
y fullera jaboniza!

TOMASA.

Ansí el amor se desliza.
Quedando cual vió, Tomasa,
y sabiendo padre el caso,
¿qué tenia que esperar?
Sirvo en aqueste lugar
á una dama, toda raso,
y no ha de verme mi aldea
mientras que no desengaño....

MANSILLA.

Querrás decir al escaño,
y madrina chimenea.

TOMASA.

Que vuelvo con mi marido.

MANSILLA.

Si quieres, presto será.
¿Dónde vives?

TOMASA.

Cerca está,
aunque el sitio es escondido.
Yo me le sabré buscar
cuando le haya menester;
que agora no puede ser.

MANSILLA.

¿Pues por qué?

TOMASA.

Es nunca acabar.
No me ronde lavanderas,
ni pilas atisbe, ¿entiende?

(1) Por Madrid.

si es que anochecer pretende
con las costillas enteras;
sino por aquí se esté;
sabrá despues lo que pasa.

MANSILLA.

¿Qué garatusas, Tomasa,
son estas?

TOMASA.

Se las diré
cuando importe.

ESCENA VII.

UN CRIADO.—TOMASA. MANSILLA.

CRIADO.

Don Hernando
en la posada os espera.

MANSILLA.

¿Tenemos nueva quimera?

CRIADO.

Sayales va renunciando,
y viste á lo caballero.

MANSILLA.

Celuchos deben de ser.
(*A Tomasa.*)
¿Me vendrás mañana á ver?

TOMASA.

A las dos.

MANSILLA.

Mucho te quiero;
pero viendo que tu casa
me ocultas, celos me das.
Niña, en un lugar estás
donde por todo se pasa;
no pase todo por tí.

TOMASA.

Ni por él, dándome enojos.
Ponga dieta en los ojos,
ó acordaráse de mí. (*Vanse.*)

Habitacion del Conde.

ESCENA VIII.

DOÑA PETRONILA, *de muger y tapada con el manto.* EL CONDE.

DOÑA PETRONILA.

Ya sabrá vueseñoría
quien soy.

CONDE.

Aunque no me atrevo
á pedir que os descubrais,
en fé que no lo merezco,
ya, mi señora, me ha dicho
obligaciones y empleos
don Gomez, que me aseguran
de competencias y celos.
Sé que doña Petronila
sois, con prendas de por medio
que obligan á que os adore
quien os confiesa por dueño.
Pidióme que os aguardase
aquí; que como le tengo
por tan mi amigo, se ocupa
en dar traza á mis remedios.
Si por serlo suyo yo,
agora obligaros puedo
á que despojando estorbos,
ya que os hablo, pueda veros,
la misma seguridad
y llaneza en mí os ofrezco,
que en don Gomez, vuestro amante;
pero si no gustais de esto,
no pretendo yo enojaros.

DOÑA PETRONILA.

Vuestro término discreto,

mas tiene fuerza de leyes,
conde ilustre, que de ruegos;
mas hoy no puedo serviros:
deslucen mucho desvelos,
y cáusamelos don Gomez.
Con tantos divertimientos
desacreditó su gusto;
y si el rostro agora os muestro,
juzgaréisele estragado;
que no vengo de provecho.
Otro dia os serviré.

CONDE.

Yo, mi señora, os prometo
que si por la muestra saco
lo que me encubre ese velo,
que á don Gomez tengo envidia,
porque el donaire y despejo,
la discrecion y el agrado
que apoyan lo que no veo,
es tal....

DOÑA PETRONILA.

Basta, señor conde.
(*Muestra una mano sin guante.*)

CONDE.

Esa mano que respeto,
por lo grave y por lo hermoso,
proporcionado instrumento
de la cara que adivino,
asegura los recelos
que fingís, porque el criado
nunca se aventaja al dueño.
¿Habia naturaleza,
sábia siempre en sus efetos,
de deshermanar la cara
de tan bella mano y cuerpo?
No, señora, no es posible.
Perdonadme si os desmiento;
que un mentís en tales casos,
servicio es mas que desprecio.

DOÑA PETRONILA.

Yo le estimo por favor,
y ¡ojalá me hiciera el cielo

como vos me imaginais,
pincel vuestro pensamiento!
Compitiera mas segura
con la condesa, á quien temo
las ventajas que la envidio,
y gracias que la concedo.
Solo en la desigualdad
de su amor culparla puedo;
pues condesas y estudiantes
desproporcionan sugetos.
¿Cuánto mejor le estuvieran,
á no pintarse amor ciego,
las prendas que en vos ignora:
conde, galan y su deudo?
Las mugeres, en fin, somos
esfera de los defetos;
como tales elegimos
gustos, no merecimientos.
¡Plegue á Dios que mienta yo,
y que don Gomez, tercero,
tan cerca de los peligros,
no venga á anegarse en ellos!

CONDE.

En esa parte, señora,
perdonadme; que le precio
mas que vos, pues de él confio
lo que en vos dudoso veo.

DOÑA PETRONILA.

Estoy celosa.

CONDE.

Yo y todo;
mas hay dos suertes de celos,
unos nobles y otros no;
y si de Laura los tengo,
en don Gomez los alivio.
Español y caballero,
sabio por la profesion,
y por la esperiencia cuerdo,
ni faltará á mi amistad,
ni despreciará el empeño
con que amor os eslabona,
de los dos hermoso engerto.

DOÑA PETRONILA.
¿Luego díjoos....?
CONDE.
Ya me ha dicho
que es visagra un ángel tierno
de vuestras dos voluntades;
que entre él y mí no hay secretos.

ESCENA IX.

—

ROBERTO.—DOÑA PETRONILA. EL CONDE.

ROBERTO.
(*Aparte al Conde.*)
Vargas me envia á avisar
á vueseñoría que luego
se llegue á la huerta dicha
de Juan Fernandez; que el pleito
salió ya en favor de Laura,
y hay muchas cosas de nuevo
que en el de vueseñoría
nuestro don Gomez ha hecho.
CONDE.
¡Válgame Dios!—Perdonadme,
señora, si agora os dejo;
que en vuestra casa quedais,
mientras con don Gomez vuelvo.
DOÑA PETRONILA.
Ruego á Dios, conde y señor,
que de un próspero suceso
vengan á pedirme albricias,
por la parte que en él tengo.
CONDE.
A Dios.
DOÑA PETRONILA.
Señor, advertid
que aguardo.
CONDE.
Luego volvemos

don Gomez y yo. Quedaos
con esta dama, Roberto. (*Vase.*)

ESCENA X.

—

DOÑA PETRONILA. ROBERTO.

DOÑA PETRONILA.

Hacedme merced, hidalgo,
de llamarme un caballero,
que es mi tio, y en mi busca
llegará á lo que sospecho,
(si no ha llegado) á esta casa.

ROBERTO.

Que me place.

DOÑA PETRONILA.

Y en viniendo,
no dejeis entrar á nadie;
que importa hablarle en secreto.

ROBERTO.

En todo sereis servida. (*Vase.*)

DOÑA PETRONILA.

Amor siempre invencionero,
quimeras todo y embustes,
¿qué fin han de tener estos?
(*Descúbrese.*)

ESCENA XI.

—

ROBERTO. DON HERNANDO, *de rua, con hábito de Santiago.*—DOÑA PETRONILA.

ROBERTO.

(*A la puerta.*)
Aquí está vuestra sobrina:
entrad, y seré portero,
porque ansí me lo ha mandado
la misma. (*Vase.*)

DON HERNANDO.

Guárdeos el cielo.

DOÑA PETRONILA.

¡Don Hernando de mis ojos!
Pues he merecido veros,
ya podré olvidar trabajos
que ocasionan mi destierro.
Aguardando estaba un coche,
(como veis, el manto puesto)
dudosa de que bastasen
papeles y parentescos
á sacaros de hortelano;
y á no venir, os prometo
que pensaba ir en persona,
tio, á haceros un mal tercio.
Habladme, dadme esos brazos;
que por amantes y deudos,
bien los pueda merecer
en albricias de que os veo.—
Parece que os estrañais
de hablarme.

DON HERNANDO.

Fuera yo necio,
si en tantas admiraciones
no me asombrara suspenso.
Vuestra hermosura y agrado
me enmudece, lo primero,
quejoso de que mi prima
tanto bien me haya encubierto.
Lo segundo el ver que aquí
muger de tantos respetos
y nobleza como vos,
se atreva desde tan lejos
á ejecutar cortesías,
que parando en cumplimientos,
fuera fácil descartarlos,
á no cautivarme el veros.
Lo tercero de que esteis,
no huéspeda, pero dueño
de esta casa, donde vive
un conde, y ese estrangero,
de ayer venido. Lo cuarto

que me conozcais tan presto,
sin haberme visto nunca.
Pudiera alegar, tras esto,
agravios no merecidos
con que me habeis descompuesto
con Laura, de cuyo amor
solos ya desdenes medro;
ademas (si no me engaño)
de que en vos la imágen veo
de un don Gomez que me trujo
esta tarde un papel vuestro.
Ved si hay causas de admirarme.

DOÑA PETRONILA.

Un algo nos parecemos
ese page y yo, es verdad;
mas eso, Hernando, no es nuevo.
Murió en Sevilla mi madre
en el rigor de este invierno,
á manos de aquel diluvio
que tantos pobres ha hecho.
Habíame prometido,
enseñándome los pliegos
que de Italia y de esta corte
la enviastes, que en honestos
lazos de amor os tendria
brevemente por mi dueño;
y deseábalo mucho,
obligándoos hasta en esto.
Estaba yo..... (perdonadme
si declaro pensamientos
que la vergüenza hasta agora
tuvo ocultos en mi pecho)
estaba yo enamorada
desde que una noche os vieron
curiosidades prohibidas
que engendraron mis deseos,
(puesto que á puerta cerrada)
por permisiones que el tiempo
supo abrir en sus molduras;
que aun en ellas hay cohechos.
Como os partístes á Italia
aquella tarde sin vernos,

y amor con la privacion
es lo mismo que con celos,
cuanto mas dificultoso
os consideré, dió aliento
á centellas que imposibles,
no pararon hasta incendios.
Sin vos, sin mí y sin mi madre,
vine en vuestro seguimiento
por lo mas, ya que perdí
la hacienda, que fué lo menos:
quiero decir, por el alma;
que ya que mis bienes pierdo,
aunque en ella halle mis males,
busca su consorte el cuerpo.
No faltaron en Madrid
Argos, Hernando, que os vieron
cohechar jardines y flores,
y al conde noticia dieron
de malicias, ya verdades,
que averiguando los celos,
para desmentir peligros,
pararon en embelecos.
Apeóse en mi posada
el dicho conde, y pudieron,
segun él finge, obligarle
mis ojos, que él llama cielos,
á divertirle de Laura;
y esto, Hernando, en tanto estremo,
que informado de quien soy,
en saliendo con un pleito
que importante aqui litiga,
con lícitos himeneos
me ofrece en Italia estados,
y en España pensamientos.
Puso casa, y en un cuarto
de ella dándome aposento,
si amante me solicita,
me honra como caballero.
Para burlarse de Laura,
hizo al page mas grosero
que la viese, falso conde:
ya os hallasteis al suceso.

Tio, mi padre me escribe
que con mas de cien mil pesos
viene á cubrir de diamantes
la cruz que os adorna el pecho.
Si pagais obligaciones,
cuando un conde menosprecio,
y con el nombre de esposo
gustais realzar el de deudo,
dejad pretensiones vanas;
porque os afirmo por cierto
que don Gomez, ese mozo,
á quien dicen me parezco,
tiene en Laura tanta parte,
(pues yo os afirmo, creeldo)
que hay quien ha visto que pasan
de los límites honestos.
Díjele cuanto os queria;
ofreció ser mi tercero;
dióme de sus dichas parte;
y para aliviar sus zelos,
vuestras cartas me pidió,
que á la condesa pudieron
persuadir á los engaños
que lloran vuestros desvelos.
Como en que Laura os olvide
tanto, mi Hernando, intereso,
tambien yo he solicitado
con ella sus menosprecios.
Obligaciones de tio,
promesas de caballero,
correspondencias de amante,
resoluciones de cuerdo,
os intimo; si admitís
la voluntad que os ofrezco,
ni yo lloraré desgracias,
ni vos sentireis desprecios.

DON HERNANDO.

Ahora, sobrina, estas cosas
piden dilacion al tiempo,
informacion á la fama,
y á la prudencia consejo:
tratarémoslas despacio.

Yo vendré á la noche á veros:
quedaos con Dios. (*Aparte.* Muerto voy
de agravios, de amor y celos.) (*Vase.*)

DOÑA PETRONILA.

Esto lleva ya camino.

(*Cúbrese.*)

ESCENA XII.

ROBERTO.—DOÑA PETRONILA.

ROBERTO.

Ya se fue aquel caballero.

DOÑA PETRONILA.

Y el conde se tarda mucho.
Yo tengo la casa lejos.
Sepa si volvió la silla
por mí.

ROBERTO.

Con un escudero,
pienso que os espera abajo.

DOÑA PETRONILA.

Pues diga el señor Roberto
al conde que me perdone;
que mañana le prometo
volverle á besar las manos;
y á don Gomez que le debo
el cuidado con que estuvo
aguardándome al encuentro
para acompañarme; que es
puntualísimo en estremo. (*Vanse.*)

Sala en la casa de la huerta.

ESCENA XIII.

TOMASA *con manto y de dama, muy bizarra.* LAURA, *en cuerpo.*

TOMASA.
Favorece vueselencia
mi humildad como quien es.
LAURA.
Vos, señora doña Ines,
en discrecion y en presencia
mereceis que don Hernando
os adore; y para mí,
quien de vos se olvida ansí,
otras bellezas buscando,
estragado tiene el gusto.
TOMASA.
Aunque peca de inconstante,
es Hernando vuestro amante,
y viéndoos, no fuera justo
que de amor no mejorara;
pues siendo conde con vos,
correspondidos los dos,
no es mucho que me olvidara.
Salistes con la sentencia,
que goceis por muchos años;
sacáronme mis engaños
de Málaga; y la inocencia,
que en las de mi profesion
se funda en recogimiento,
podrá servir de escarmiento,
si no de satisfaccion,
á quien como yo se deja
de palabras engañar.

LAURA.

Don Gomez me vino á dar
cuenta de la justa queja
que don Hernando Cortés
os causa; y tengo noticia
que su amor, todo malicia,
ha alcanzado, doña Ines,
de vos, lo que no se puede
restaurar no siendo esposo
vuestro.

TOMASA.

El amor engañoso
lo que no cumple concede.
A costa de mi vergüenza,
confieso lo que decís.

LAURA.

Si ese derecho adquirís,
la razon, doña Ines, venza;
que yo no he de ser muger
de quien ya para con Dios
está casado con vos:
ya de mí no hay que temer.
Galeazo Malatesta,
aunque oculto á verme vino,
engaños cuerdo previno
de quien ya mi amor molesta.
Es mi primo, y pues salí
en el pleito vencedora,
dándole la mano agora,
verá que hay valor en mí
para pleitear estados,
y amor para restaurar
pérdidas que han de premiar
sus amorosos cuidados.

TOMASA.

Sois vitoriosa y amante.

LAURA.

De mí, Ines, estad segura;
pero no de otra hermosura,
con la vuestra litigante,
que en Sevilla se dejó
engañar cual vos, y agora,

en Madrid competidora,
en tres cartas alegó
palabras que recopila,
y os ha de dar bien que hacer
por ellas. Es la muger
cierta doña Petronila,
su sobrina, y sevillana.

TOMASA.

Siendo primero acrêdor
en esas deudas mi amor,
la justicia tengo llana;
y un testigo de dos años
que traigo á Madrid conmigo.....

LAURA.

Ese es parte y es testigo
que sacará á luz engaños.
¿Es posible que se atreva
quien ansí se ve obligado,
al cielo?

TOMASA.

Un enamorado
tras sí los sentidos lleva.
Bien le pueden disculpar
hermosura, amor y ausencia.

ESCENA XIV.

UN CRIADO.—LAURA. TOMASA.

CRIADO.

Una dama á vueselencia
plácemes le viene á dar
del pleito con que ha salido.

LAURA.

¿Quién es?

CRIADO.

Dicen que se llama
doña Petronila.

LAURA.

Dama

de vuestro ofensor ha sido:
mirad si os dije verdad.
¿Quereis verla?

TOMASA.

No, señora;
que siendo mi opositora,
perderé á la autoridad
que merece vueselencia
el respeto, y no es razon
dar á enojos ocasion.
Irme quiero.

LAURA.

Esa es prudencia.
Mirad que habemos de ser
muy amigas desde hoy.

TOMASA.

Bésoos las manos. Yo soy
vuestra esclava.

(*Vanse Tomasa y el criado.*)

LAURA.

Esta muger
he visto yo no sé dónde:
paréceme que jurara
que se retrató en su cara
la del mentiroso conde.

ESCENA XV.

—

DOÑA PETRONILA, *cubierta la cara.*—LAURA.

DOÑA PETRONILA.

Don Gomez, señora mia,
á quien le debe mi honor
la confidencia y favor
que de él mi esperanza fia,
me mandó que á visitaros
á instancia suya viniese,
y parabienes os diese
de que ya pueda llamaros
condesa suya Valencia.

Goce con su posesion,
digna de tal perfeccion,
otras muchas vueselencia,
y téngame á mí por suya.

LAURA.

Cuenta don Gomez me ha dado
de quien sois y del cuidado
que os trajo á Madrid: arguya
de vuestra belleza agora
mi vista la ingratitud
de una loca juventud
que os ha olvidado. Señora,
apartad del rostro el manto.

DOÑA PETRONILA.

Serviros es mi deseo.

(*Descúbrese.*)

LAURA.

¡Jesus! ¿Qué es esto que veo?

DOÑA PETRONILA.

No me admira vuestro espanto;
que somos muy parecidos
don Gomez y yo.

LAURA.

No sé
si viéndoos, crédito dé
á mi engaño ó mis sentidos.
Admiro tal semejanza.

DOÑA PETRONILA.

Como esa es causa de amor,
solicité su favor,
y vive en él mi esperanza.
Quiso Dios que se apease
en la posada en que moro,
y el menosprecio que lloro
mis desdichas le contase;
y de ellas compadecido
don Gomez, me prometió
socorros que ya cumplió;
pues segun de él he sabido,
ya don Hernando Cortés
no podrá lograr en vos
los engaños que á otras dos

ha hecho.

LAURA.

Una doña Ines,
de Málaga, puede haceros
contradiccion; que de mí
no hay recelos desde aquí,
que os den causa de ofenderos.
Líbreme Dios de tal hombre.

DOÑA PETRONILA.

Ya yo sé que esa muger
esta tarde os vino á ver;
mas no hay porque eso me asombre;
que todos son fingimientos.

LAURA.

Por cierto, si cual la cara,
vuestro derecho os ampara,
que teneis merecimientos
dignos de que don Hernando
mas que á todas os estime.

DOÑA PETRONILA.

Vuestra hermosura reprime
memorias que estoy llorando;
puesto que como os adora
don Gomez.... (el conde digo;
que declarado conmigo,
de todo soy sabidora)
no tengo que temer daños,
aunque sí merecimientos,
pues os darán escarmientos
consejos en desengaños.
¡Dichoso, si ha de ser dueño
don Gomez, de esa beldad!

LAURA.

Vivid con seguridad
de que el amor que le enseño,
no es fingido.

DOÑA PETRONILA.

Sois tan sábia
como hermosa en elegir
tal sugeto.

LAURA.

Séos decir

que el ingrato que os agravia,
aunque se llama Cortés,
desdice de su apellido,
pues que con vos no lo ha sido.
Líbreos Dios de doña Ines;
que por la similitud
que con don Gomez teneis,
deseo mucho que troqueis
en amor su ingratitud.

DOÑA PETRONILA.

No me hagais vos competencia,
que en lo demas no hay temor
que desespere mi amor.

ESCENA XVI.

UN CRIADO.—LAURA. DOÑA PETRONILA.

CRIADO.

A hablar á vuestra escelencia
entra un caballero.

DOÑA PETRONILA.

Dadme
licencia.....

LAURA.

Con que volvais
á verme.

DOÑA PETRONILA.

¿De eso dudais?

LAURA.

Petronila, visitadme;
que os quiero mucho.

DOÑA PETRONILA.

Será
no por lo que yo merezco,
mas por lo que me parezco
al conde que pena os da.

LAURA.

Mucho mereceis por vos;
mucho por él os estimo.

DOÑA PETRONILA.

Sois su dama, es vuestro primo,
y yo vuestra esclava. A Dios.
(*Vanse doña Petronila y el criado.*)

ESCENA XVII.

EL CONDE.—LAURA.

CONDE.

Ya que en el pleito vencistes
justamente, hermosa Laura,
y con Valencia perdí
la libertad, vuestra esclava;
puesto que agora pudiera
dar á mis celos venganza,
apoyando desposorios
de quien amais engañada:
mi noble amor no consiente
que cuando os volvais á Italia,
lleveis menos la opinion
que tarde el tiempo restaura.
El jardinero fingido
que aquí cultivó esperanzas,
cogiendo el fruto en desdenes,
que lastiman, si no matan,
cuenta me ha dado de todo
lo que con don Gomez pasa:
el amor que le teneis,
y, de vos misma olvidada,
las sospechas con que queda
ofendida vuestra fama;
que ya estas fuentes murmuran
lo que estos jardines callan.
Y aunque don Hernando es noble,
no creyera sus palabras,
porque ya yo sé que celos
mentiras y enredos tratan,
si el mismo ingrato don Gomez,
que aposentado en mi casa,

y, amigo falso, en mi pecho,
ocasiona estas marañas,
en vez de terciar mis dichas,
reducirme á vuestra gracia,
y cumplir palabras suyas,
todo engaños, todo caras,
conmigo y con vos traidor,
cuando mas finge que os ama,
mas vuestra opinion desdora,
mas vuestra afrenta amenaza. (1)
Él me contó los sucesos
de Alcalá, donde hospedada,
os lisonjeó atrevido
la noche que á ser vos sábia,
os pudieran persuadir
sutilezas de sotanas
á estudiantes embelecos,
y mentiras gradüadas.
Por orden vuestra se encubre,
mudando en Madrid posadas;
y en vez de cursar escuelas,
cursa aquí materias falsas.
Yo, Laura, soy vuestro primo;
yo el conde soy, que de Italia
á perder paciencia y pleitos,
me trasladó amor á España.
Page es el conde fingido
de don Gomez, que disfraza
para asegurar con vos
su amor y estorbar mudanzas.
Persuadióme á estos enredos,
diciendo que me importaba
encubrirme de enemigos
que antiguos enojos guardan.
Mirad, prima, lo que haceis;
que don Gomez tiene dama

---

(1) En este largo periodo falta una negacion. Parece que debia estar construido del modo siguiente. *No creyera sus palabras...., si el mismo don Gomez...., todo engaños...., en vez de terciar mis dichas...., no desdorase mas vuestra opinion, cuando mas finge que os ama.*

en Madrid, que es madre ya,
y que su esposa se llama.
Cierta doña Petronila
estuvo poco há en mi casa
conmigo, de vos celosa,
y á pedir determinada
á la iglesia le compela
á que cumpliendo palabras
ejecutadas en obras,
tantas quimeras deshaga.
Por lo que á mi sangre debo;
porque os adoro, aunque ingrata,
y por descubrir traiciones
que á luz desengaños sacan,
os vengo á dar este aviso.
Desmentid sospechas falsas,
y pagad merecimientos
de quien os tiene en el alma.

LAURA.

¿Qué Circes, qué Falerinas
pretenden en esta casa
mezclar hechizos en flores,
que tanto embeleco enlazan?
Hombre, que no sé quien eres,
puesto que conde te llamas,
aunque mi primo te finjas,
si don Hernando te paga
mentiras que me propones,
en balde intentas lograrlas,
cuando verdades desmienten
avisos con que me abrasas.
Esa doña Petronila
agora de aquí se aparta,
de don Hernando quejosa,
burlador de su esperanza.
¿Por qué olvidos que le culpan,
contra don Gomez achacas,
si ella misma se hace lenguas
pregonera en su alabanza?
¿Qué estudiantes? ¿qué Alcalá?
¿qué lisonjas? ¿qué posadas?
¿qué amor? ¿qué escuelas son estas

que de jüicio te sacan?
Ya yo sé quien es don Gomez,
por mas que me persüadas
á lo contrario; ya sé
por la firma de tres cartas
lo que don Hernando debe
á hermosuras sevillanas,
y á Ineses aborrecidas,
en su busca cortesanas;
ya sé que el intruso conde
es su page, y que se llama
Galeazo, y es mi primo
el don Gomez que amenazas.
Vete, y dile á quién te envia
cuan mal le salió la traza
con que pensó darme celos,
ó haré, cuando no te vayas,
que tus traiciones castiguen.

CONDE.

¿Qué es esto, cielos? Mi Laura,
mira que tu primo soy.
Permite que satisfaga....

LAURA.

¡Oh bárbaro! ¿Yo tu prima?
Criados, hola.

ESCENA XVIII.

TOMASA, *de conde.*—LAURA. EL CONDE.

TOMASA.

¿A quién llama,
prima y señora, selencia?
¿Quién la ha dado enojo?

LAURA.

Basta;
arrimad, hermano, oficios
que impropiamente os entallan,
pues ya sabemos quien sois.

TOMASA.

¡Cómo! Pues yo ¿quién soy?

LAURA.

Vargas,
page del conde.

TOMASA.

Selencia
miente como una borracha;
que yo don Galeazo soy,
y vine en una galeaza.

CONDE.

Vargas, dejemos las burlas;
y pues fueron á mi instancia
fingimientos sin provecho,
á mi prima desengaña,
que niega que soy yo el conde.

TOMASA.

Idos mucho en hora mala;
que si dais en ser bufon,
no está el tiempo para gracias.
Conde he de ser, vive el cielo,
desde Getafe hasta Francia,
y tan conde, que el mas conde
con desmayos por mí vaya.

ESCENA XIX.

DOÑA PETRONILA, *de hombre.*— DICHOS.

DOÑA PETRONILA.

Prima, ¿qué alboroto es este?

LAURA.

Don Gomez, nos enmarañan
embelecos que no entiendo.
Este hombre que en vuestra casa
teneis, ó el seso ha perdido,
ó pretende que yo salga
del mio. Dice que es él
mi primo, que viene á España
á pretender ser mi esposo,

y que vos.... Pero son tantas
las quimeras que eslabona,
que unas á otras se embarazan.
Pues ya salí con mi pleito,
fingimientos se deshagan,
y renunciando el *don Gomez*,
sepan que os adora Laura
por Galeazo, mi primo.

CONDE.

De mis sentidos me sacan.
¡Cielos! ¿duermo? Dí, traidor,
(*A doña Petronila.*)
¿no me has dicho que estudiabas
en Alcalá, cuando viste
á mi prima, y que una dama
que aquí tienes, con un hijo,
es tu esposa, y que con Laura
me habias de desposar?

DOÑA PETRONILA.

¡Jesus! ¡Las cosas que ensarta!
No os espanteis, prima mia;
que de una enfermedad larga
los lucidos intervalos
que habeis visto, le maltratan.

CONDE.

¡Oh villano! ¡Vive el cielo...!

ESCENA XX.

UN ALGUACIL.—DICHOS.

ALGUACIL.

Que lleve preso me mandan
á Galeazo Malatesta,
que vino á Madrid de Italia.
Vueselencia me perdone;
que todo vendrá á ser nada,
y por saber que es su primo,
tendrá por cárcel su casa.

LAURA.

Pues al conde, ¿qué le imputan?

ALGUACIL.

Una muerte ocasionada
por su padre allá en su tierra;
mas todo en Madrid se acaba.
Díganme, ¿quién es el conde?
(*Al conde.*)
¿Sois vos, señor?

CONDE.

Quien se alaba
de serlo, y con tal blason,
primo le intitula Laura,
es el que teneis presente.
(*Señalando á doña Petronila.*)

DOÑA PETRONILA.

¿Yo conde? ¿Qué me faltaba?
Criado del conde, sí;
que es este.
(*Señalando á Tomasa.*)

TOMASA.

Si hay condes Vargas,
Vargas conde soy desde hoy;
mas si no, dejando chanzas,
nací en Cabañas de Yepes,
y no nacen en *cabañas*,
aunque hay tanto conde agora.

ALGUACIL.

¡Oh! pues si negarlo tratan,
vénganse todos tres presos.

TOMASA.

Señores, que soy Tomasa,
muger de Mansilla.

LAURA.

¿Quién?

CONDE.

¿Vos muger?

TOMASA.

No si no el alba.
Y el don Gomez, si le ojean
á los pies, manos y barbas,
¿quién piensan que es? Petronila.

LAURA.

¿Qué dices?

TOMASA.

La Sevillana.

LAURA.

¡Jesus! Don Gomez, ¿qué es esto?

DOÑA PETRONILA.

Verdades que si adelgazan,
no quiebran.

TOMASA.

Embustes mios
los vuestros desenmarañan.
Don Hernando, salí acá....

ESCENA XXI.

DON HERNANDO.— DICHOS.

TOMASA.

(*Al alguacil.*)
Y arrimad vos esa vara;
que yo os dí la comision,
y quiero residenciarla.
Hernando, esta es la sobrina
con cien mil pesos que en barras
tiene de dote, y cien mil
donaires para adorarla.
Acábense las quimeras.

DON HERNANDO.

Desde que el sol de su cara
miré, ganó su hermosura
desdenes que me asombraban.
Vuestro soy.

DOÑA PETRONILA.

¡Gracias al cielo!

CONDE.

Ya estareis segura, Laura,
de que soy el conde yo.

LAURA.

No será deudor quien paga.

Con la mano desempeño
peregrinaciones y ansias
que habeis pasado por mí.

CONDE.

Ya glorias podré llamarlas.

ESCENA XXII.

MANSILLA.—DICHOS.

MANSILLA.

(*Al salir.*)

No hay dar en todo hoy con ella.

TOMASA.

¡Mansilla!

MANSILLA.

¡Jesus! Fantasmas,
ilusiones, ¿qué es aquesto?
¿Quién hizo conde á Tomasa?

TOMASA.

Amor y bellaquerias
que en Madrid y en huertas pasan,
tan célebres como es esta.

DON HERNANDO.

Alto, reparen desgracias
bodas, y premios dé amor,
mientras nuestra corte alaba
la Huerta de Juan Fernandez,
y suple el senado faltas.

EXAMEN

DE

LA HUERTA DE JUAN FERNANDEZ.

Esta obra de Tellez fue incluida en la *Coleccion general de comedias escogidas* que diversas veces hemos citado; pero la censura mandó dejar en blanco mas de cincuenta versos del drama, inocentísimos algunos, y los demas quizá no tan peligrosos como muchos que corrian impresos con real licencia, y aun se recitaban en el teatro. Copiamos de aquella *Coleccion* el juicio que sigue, porque nos parece bien pensado y escrito; y pondremos á continuacion algunas observaciones de nuestra propia cosecha.

"Aunque esta comedia es esencialmente defectuosa en el plan y economia de la fábula, como la mayor parte de las del Maestro Tirso de Molina, son tantas las bellezas que contiene, que no merecen quedar sepultadas en el olvido. El pensamiento es igual al de otras varias del mismo autor, que se repetia mucho en esta parte, como todos saben. Para pintar hasta donde llega la travesura de las mugeres en aquella ciencia en que la naturaleza las gradua de doctoras desde que empiezan á suspirar en silencio, supone el poeta una joven que se enamora de un hombre; le sigue disfrazada en trage del otro sexo, le indispone con su amada, y á fuerza de engaños y artificios, logra que se despose con ella. La intriga es buena hasta este punto, sin embargo de que, como ya hemos dicho, el argumento está tratado en otras comedias, y de un modo superior en *Don Gil de las Calzas Verdes*. Pero si en esta queria Tirso que triunfase Petronila, ¿por qué dió tanto interés, ó tal vez mayor, á la condesa? ¿Por qué multiplicó de tal modo los enredos, que desfiguran y ofuscan notablemente el último acto, de suerte que apenas su mismo autor puede discernirlos con claridad, cuando bastaba y aun sobraba, con la tercera parte? ¿No era mucho mejor no presentar en la escena tantas veces

á la misma persona, la misma fisonomía, ya vestida de hombre, ya de muger, sin disfrazarla de cualquier modo, obligándonos á suponer, contra toda verosimilitud, que la desconocen siempre? Finalmente, ¿no valia mas no confundir la libertad con la travesura, dando á Petronila un trato menos inmediato con el conde, hacer que no mintiese tanto, fingiéndose deshonrada, con sucesion, &c?"

«Sin embargo de los defectos indicados, no podemos dejar de recomendar al público el primer acto, lleno todo de relaciones, á cual mas largas en verdad; pero no por eso menos graciosas y entretenidas; los donaires y conceptos, ya ingeniosos ó elevados, y demas galas poéticas derramadas con profusion por toda la obra; los primeros amores tan interesantes; los segundos tan graciosos; aquel cuadro bellísimo, aquella situacion encantadora, la Huerta de Juan Fernandez, habitada por una deidad, cultivada por un amante amado, en donde cuanto ven y sienten son flores, en donde solos se bastan á sí mismos, y no hay mas mundo para ellos que su amor y sus esperanzas.... ¡Qué lástima que aquella artificiosa Petronila venga á malquistarlos y destruir tanta felicidad! Pero por otra parte, cuando se reflexiona que sus derechos son mejores que los de la condesa, su pasion mas vehemente, y mayor tal vez su hermosura, segun el efecto que produce, es preciso perdonarla, y perdonar tambien al ingenio que no respetó ni aun la unidad del objeto y del interés, y á pesar de eso nos arrastra al teatro, y nos deleita con la lectura de su obra, despues de haber pasado cerca de doscientos años desde su fallecimiento.»

«¿Qué diremos del fingido conde Galeazo y de sus aventuras, de sus *selencias*, y de aquel

porque para bizcochar
son malas monjas galeras?"

«Si hubiésemos de citar todos los trozos de bella poesía que contiene esta comedia, seria preciso copiar mucha parte de ella. Recomendamos principalmente á nuestros lectores el siguiente:

Mandásteme descalzarte;
la diestra bota tiré,
y en viendo el meñique pie
con la media, dije aparte:
«¡oh pie digno de un chapin,

que por lo corto das cinco,
mejor fueras para brinco
de un letrado camarin! &c.»

«Estos versos y todos los sucesivos, puestos en boca de Tomasa en la escena tercera del primer acto, se hicieron, sin duda, sin levantar la pluma del papel: son admirables, porque las bellezas se suceden unas á otras de tal suerte, que no parece que habla un ser humano. En ellos compite la energía con la fluidez, la propiedad con la armonía, la elegancia con la novedad, la frescura con la riqueza, y finalmente, todas las gracias del estilo, con todos los primores del ingenio y de la elocucion."

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

En esta comedia abundan los disfraces; figuran en ella, en trage distinto del que les corresponde, nada menos que los dos galanes que hay, una dama y una lugareña. Las dos últimas hacen la esposicion, que principia con una plática moral dirigida contra el afan, comun en todas épocas, de quererse igualar el chico con el grande, de no saberse contener en los límites de su estado. La filosofia habla aquí por boca de una villana, órgano al parecer no muy propio. Pudiéramos decir que há dos siglos era no solo lícito, sino casi de obligacion, que el autor de una obra dramática hiciese papel en ella, encubierto con la máscara del gracioso; pero en el caso presente creemos descubrir una intencion cómica que prueba el alto ingenio de Tellez. ¿Quién predica la moderacion en los deseos aquí? ¿quién aconseja que no apetezca golosinas el pobre? Una mozuela de meson que pretende casarse con un capitan. No se puede poner de bulto la universalidad del vicio con mas arte.

Doncella y corte son cosas
que implican contradiccion.—
.... doncellas en coche
son ciruelas en banasta.

Tampoco habla aquí el maestro Tellez; palabras son estas de una aldeana, que afirmando lo que no puede saber, se muestra envidiosilla y murmuradora. Cabañas no

es Madrid; allí no hay coches, y si hubiéramos de juzgar por Tomasa diriamos que no son demasiadamente virtuosas las niñas de aquel pueblo. Si la zorra que perdió la cola en la trampa hubiera emigrado, contaria que en su pais todo el pueblo raposo era rabon. Repetimos que esta censura nos parece solo un rasgo característico lleno de malicia y de propiedad, con respecto al personage en cuya boca se pone.

ESCENA II.

Entre *esperanzas flores*, desespero.

A veces adjetiva Tellez los sustantivos; pero en ninguna comedia tan frecuentemente como en esta. Sin salir del acto primero, encontrará el lector, ademas del ejemplo de arriba, los de *parientes obligaciones*, *tálamos deseos*, *antojos mugeres*, *curiosidades doncellas*, *clausuras vírgenes*, y algun otro. Los seis últimos versos del razonamiento de Laura desdicen no poco de esta bellísima escena lírica.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA PETRONILA.

Yo soy tan agradecido....
Vargas, déjanos aquí.

TOMASA.

Déjote: allá dentro espero. (*Vase.*)

DOÑA PETRONILA.

Que os he, conde, de pagar.... &c.

Paréntesis de mala calidad, porque al llegar al cuarto verso, ya no se acuerda del primero el lector ó el oyente.

ESCENAS II Y III.

CONDE.

Cosas proponeis, por Dios,
estrañas.

DOÑA PETRONILA.

Soy estudiante.

. . . .

Porque chanzas de habladores,

comedias de tramoyon,
ensalmos y coplas son
evangelios labradores.

Dificil es pintar mejor la travesura de la juventud escolástica, y la ignorante credulidad de las gentes del campo.

ESCENA IV.

Dueña, aunque no de su casa, &c.

Si el censor que examinó las comedias de la *Coleccion general*, solamente hubiese mandado suprimir este trozo, no habria motivo para quejarse de su rigor: pero ¿en qué habian pecado los versos siguientes, que quedaron igualmente en blanco en la edicion citada?

Página 10, *línea* 11.
Y vos un grande bellaco.
Mucho os tengo de querer.
Página 13, *línea* 26.
Y mas con la hermosura.... (1)
Página 23, *línea* 11.
Ya que loco y atrevido
fuiste hoy, aquí morirás.
Página 42, *línea* 4.
Cuando me quiten su estado....
Página 42, *línea* 41.
Con todos sus sacramentos.... (2)
Página 52, *línea* 36.
Mas que cuando en el altar (3)
las fiestas les echa el cura.
Página 84, *línea* 19.
A una dama, toda raso.... (4)

ESCENA VIII.

Postillas á posta engendran
en las partes posteriores,
que unas con otras apuestan

---

(1) ¿En qué se ofende á la magistratura española con decir que una muger hermosa que tiene justicia, ha ganado un pleito?
(2) Metáfora comun que nada tiene de irreverente.
(3) El anuncio de una fiesta ¿es acaso artículo de fé?
(4) Es decir, que viste ricamente. ¡Grave crimen en una señora!

á hacer pistos ó ser pastas,
segun blandas se me apestan.

Pensamientos, elocucion y versos, todo aquí es malo. Para hacerse aborrecer ó despreciar de Laura el supuesto conde, no tenia necesidad de decir suciedades; sobraba con los despropósitos que ensarta.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Temeroso del marques....
. . . . . . *la causa es*
de venir disimulado.

Si al *la* precediese un *esta*, tal vez podria pasar la locucion; pero quedaria mejor, si dijera el primer verso: *temor que tengo al marques.*

LAURA.

Espera, escucha.—¡Hay quimeras
semejantes!—Primo, conde,
don Gomez, oye y responde
si estas son burlas ó veras.

El artificioso discurso de Petronila produce en el espectador el mismo efecto mágico que espresan aquí las palabras de Laura.

La Huerta de Juan Fernandez, con poca accion en el primer acto, con mucha en el último, con diálogos larguísimos en todos, es á pesar de esto, en nuestro dictamen, la comedia del maestro Tellez mas rica en poesia.

EL CASTIGO DEL PENSÉQUE,

2

COMEDIA.

PERSONAS.

DON RODRIGO GIRON.	ROBERTO.
DIANA, *condesa.*	PINABEL.. } *caballeros.*
CASIMIRO, *conde.*	FLORO..... } *caballeros.*
CHINCHILLA, *lacayo.*	LEONELO. } *caballeros.*
LIBERIO, *viejo.*	*Acompañamiento.*
CLAVELA, *dama.*	*Soldados.*
LUCRECIA, *criada.*	

La escena es en una ciudad de Flandes, inmediata al mar.

ACTO PRIMERO.

Campo con vista esterior de una ciudad; á un lado la casa de Liberio, estramuros.

ESCENA I.

DON RODRIGO. CHINCHILLA.

CHINCHILLA.
¡Gracias á Dios, señor mio,
que ha permitido que pises
tierra en flamencos paises!
DON RODRIGO.
Mala bestia es un navio.
CHINCHILLA.
Mas que mula de alquiler,

si furiosa se desboca;
pero, en fin, anda con toca.
Lo que tiene de muger,
la deshonra.

DON RODRIGO.

Por la vela,
la llamas muger tocada.

CHINCHILLA.

Y porque, cuando le agrada,
le sirve el viento de espuela.
Dá al diablo tal caminar;
que si una vez tira coces,
no servirá el darle voces,
ni te podrás apear
mientras le dura el enojo;
sino que á la primer suerte,
con ser tan seca la muerte,
has de morir en remojo.
No hayas miedo, aunque lo mandes,
que me mezca la fortuna
segunda vez en su cuna.

DON RODRIGO.

Ya estamos cerca de Flandes (1).
Términos parte con él
y con la antigua Alemaña
esta apacible montaña.

CHINCHILLA.

Flandes todo es un vergel.

DON RODRIGO.

¿Cómo lo sabes?

CHINCHILLA.

Así
se nos vende en nuestra tierra
en lienzos. Allí una sierra;
un ameno valle aquí,
y en él dos gamos corriendo;
(que tambien corren en Flandes
gamos pequeños y grandes.)
Vánle tres galgos siguiendo,

---

(1) Segun se ve despues, quiere decir este verso: ya vamos á entrar en una ciudad de Flandes, ya estamos *cerca de sus puertas*.

y al trasponer de una cuesta,
le atajan dos caballeros,
mostrando en él sus aceros.
Luego, con música y fiesta,
dos damas de cardenillo,
oyendo el amor sutil
de un galan de peregil
con un coleto amarillo,
que asentado en una puente,
(á falta de silla ó poyo)
por donde corre un arroyo
del orinal de una fuente,
en servillas se desvela.
Luego en un jardin estan
tres damas con un galan,
(que tocando una vihuela,
las entretiene despacio)
porque el sol no las ofenda,
mientras sacan la merienda
de un almagrado palacio
con su puente levadiza,
seis torres y cien ventanas.
Acullá danzan pabanas,
que un flamenco solemniza....—
Por cualquier parte que andes,
todo es fuentes y frescura.
Esto es Flandes en pintura,
y por esto, no hay mas Flandes.

DON RODRIGO.

No sabes tú lo que va
de lo vivo á lo pintado.

CHINCHILLA.

A Flandes hemos llegado:
no nos llores duelos ya.

DON RODRIGO.

Si en él no nos va mas bien
que en Madrid, ¡buena venida
hemos hecho, por mi vida!

CHINCHILLA.

Calla, y esperanza ten;
que si eres hijo menor,
y (como tal, maltratado

de un mayorazgo felpado,
rico por ser el mayor)
le heriste, con la licencia
que da un hablar descortés,
de hermanos segundos es
Flandes valerosa herencia.
¿No traes cartas de favor
para el archiduque?

DON RODRIGO.

Sí;
mas basta ser para mí....

CHINCHILLA.

¿Pues de qué tienes temor?

DON RODRIGO.

No está el archiduque en Flandes.

CHINCHILLA.

¡Muy buen despacho, por Dios,
para no tener los dos
un cuatrin!

DON RODRIGO.

Desdichas grandes
me persiguen estos dias.
No hay remedio. ¿Qué he de hacer?

CHINCHILLA.

Si pudiéramos comer
desdichas tuyas y mias,
no echáramos el dinero
menos; porque con mandar
á la huéspeda guisar
cuatro desdichas, primero
que aquellas se digirieran,
(si hay para ellas digestion)
porque hubiera provision,
otras tantas acudieran,
y comiéramos los dos
desde hoy mas nuestras desdichas.

DON RODRIGO.

¿Tantas tengo?

CHINCHILLA.

A ser salchichas,
á vernos viniera Dios.

DON RODRIGO.

No he de ser en todas partes
desdichado.

CHINCHILLA.

Ni hay lugar
donde no sepa llegar
con sus agüeros un martes.
Si caminaran á pie
las desgracias, imagino
que por huir las de un camino,
no nos siguieran.

DON RODRIGO.

No sé,
aunque á Momblan he llegado,
donde me pueda hospedar.

CHINCHILLA.

Si no tienes que gastar,
vamos al meson del prado.

DON RODRIGO.

¿Es tiempo de burlas este?

CHINCHILLA.

¿Pues de qué quieres que sea?

DON RODRIGO.

Cuando algun noble me vea,
podrá ser que dé ó que preste.

CHINCHILLA.

¿*Preste* aquí? ¡Vocablo estraño!
Los negros lo entenderán,
que sirven al Preste-Juan.
Un *preste* hace tanto daño
como tiña ó pestilencia.
De *peste* á *preste* verás
que hay una letra no mas:
en tan poca diferencia,
nadie se querrá apestar
por prestar.

ESCENA II.

ROBERTO.—DON RODRIGO. CHINCHILLA.

ROBERTO.

(*Para sí, en el fondo del teatro.*)
Tarde he venido;
el tiempo me ha detenido;
él me puede disculpar.—
Pero ¡cielos! ¿no es Oton
este que á los ojos tengo?
A famoso tiempo vengo.
Llego á hablalle; que es razon.
Pero no; á su padre quiero
pedille de su venida
las albricias. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON RODRIGO. CHINCHILLA.

CHINCHILLA.

Por mi vida,
que para estar sin dinero,
es nuestra flema muy buena.
Busquemos una hosteria,
pues si en ella el patron fia
sobre prendas cama y cena,
hombre eres de muchas prendas,
pues que tu nombre y blason
es don Rodrigo Giron.
Sobre ellas, pues no hay que vendas,
cenarás.

DON RODRIGO.

Ya que he venido
á Flandes desde mi tierra,
serviré al rey en la guerra;

que el noble que es bien nacido,
solo por sus hechos medra,
y con fama celebrada,
saca fruto de la espada
como Moisés de la piedra.

ESCENA IV.

LIBERIO. CLAVELA. LUCRECIA. ROBERTO.—DON RODRIGO.
CHINCHILLA.

LIBERIO.
(*Hablando con Roberto al salir.*)
¿Oton?

ROBERTO.
Oton digo que es.

LIBERIO.
Si él fuera, ya hubiera entrado.
Mas él es. ¡Ay hijo amado!
(*Llegándose á don Rodrigo.*)
Dame los brazos. Ea pues,
deja á la naturaleza
hacer su oficio de amor.

DON RODRIGO.
¿Hablais conmigo, señor?

LIBERIO.
¿Pues con quién? ¡Buena simpleza!
¿Qué dudas? Dame los brazos.

DON RODRIGO.
Darélos por cortesía.
(*Abrázale.*)

LIBERIO.
¡Hijo mio! ¡prenda mia!
Vuelve, y dame mas abrazos.
Clavela, abraza á tu hermano.

CHINCHILLA, *aparte.*
Hecho me quedo un baulon.

CLAVELA.
Llegad y abrazadme, Oton.

DON RODRIGO.

Yo soy quien en eso gano.
Pero.....

CHINCHILLA.

(*Aparte á su amo.*)
Llega, majadero,
y deja peros ahora.

DON RODRIGO.

Alto; abrazadme, señora.
(*Abrázala.*)

CHINCHILLA.

(*Aparte á su amo.*)
Ese sí que es lindo pero.

LIBERIO.

(*A Lucrecia.*)
Prevéngase su aposento
y cena.
(*Vase Lucrecia.*)

CHINCHILLA.

Si hay que comer,
vamos. (*Aparte.* Dios nos vino á ver.)

LIBERIO.

Loco me tiene el contento.

DON RODRIGO.

¿Qué es esto, señora mia?
Señor, ¿qué es lo que decís?

CHINCHILLA.

(*Aparte á su amo.*)
Calla.

CLAVELA.

¿Que aun os encubris?

DON RODRIGO.

(*Aparte.* ¿Hay mas estraña porfía?)
Yo llego en esta ocasion
desde Castilla.....

LIBERIO.

No quiero
sabella. Entremos primero;
que en buena conversacion,
despues de alzada la mesa,
nos direis ese suceso.

DON RODRIGO.

Señores.....

CHINCHILLA.

(*Aparte á su amo.*)

¿Estás sin seso?
¿De esta ventura te pesa?
Hallas aquí padre y madre,
que comer y que cenar,
cuando acabas de llegar
sin blanca; llámase padre
tuyo un viejo, que en cajones,
para que vivas triunfando,
le deben de estar maullando
gatos llenos de doblones,
¿y escúsaste, mentecato?
Dí que eres Oton, Enrico,
Valdovinos, mono, mico,
Herodes y Mauregato.

LIBERIO.

Si el temor de la desgracia
que de aquí te hizo huir,
hijo, te obliga á fingir,
no temas....

DON RODRIGO, *aparte.*

¿No es linda gracia
aquesta?

LIBERIO.

Porque Roberto
está delante de tí,
¡te disimulas así!

CHINCHILLA.

Sí, por eso se ha encubierto.

LIBERIO.

Ya no tienes que temer.
Cortó el cielo en años breves
la vida al duque de Cleves;
viuda queda su muger,
moza, rica, y por su dote,
condesa de Oberisel.

CHINCHILLA.

(*Hablando aparte á un lado con don Rodrigo.*)

Señor, acota con él,

ó no cenarás gigote.

DON RODRIGO.

¿Pues qué he de hacer?

CHINCHILLA.

Consentir,
comer, conversar, contar,
y á veces disimular,
porque te importa vivir.
Llegó una noche á una venta
un licenciado sin cuarto,
ni blanca; estaba de parto
la ventera, y no habia cuenta
de dalle por ningun precio
un bocado de cenar,
ni cama en que se acostar,
porque era el parto muy recio,
y traia alborotada
la venta. Llegóse y dijo
el estudiante: "de un hijo
la ventera está preñada.
Si quieren que luego pára,
tráiganme tinta y papel,
y un ensalmo pondré en él
de virtud notable y rara."
Escribió solos dos versos;
cosiólo en un tafetan;
sacáronle vino y pan,
y otros manjares diversos;
diéronle paja y cebada
á la bestia; parió luego
la ventera; mas no á ruego
de la oracion celebrada.
Partióse, sin guardar cosa,
el estudiante, estimado
de todos y regalado;
la huéspeda, codiciosa
de ver lo que contenia
la tal nómina ó papel,
tan dichoso que con él
cualquier preñada paria,
abriólo, y vió en él escrito:
"cene mi mula, y cene yo,

siquiera pára, siquiera no;"
y riyeron infinito.
Si padre y madre has hallado,
cene mi amo y cene yo,
siquiera sea, siquiera no,
tu padre, agüelo, ó cuñado.

LIBERIO.

Ea, hijo, ¿qué dudais?

CLAVELA.

Hermano, ¿qué os deteneis?

DON RODRIGO.

Con la salva que me haceis,
pues todos me asegurais,
no es bien que mi fingimiento
dure mas. Vuestro hijo soy.
(*Sale Lucrecia.*)

LIBERIO.

Otras mil veces te doy
los brazos.—El aposento
(*A Lucrecia.*)
¿está prevenido?

LUCRECIA.

Está,
y la cena que se enfria.

DON RODRIGO.

Vamos pues, hermana mia.

CHINCHILLA, *aparte.*

Hermana carnal será.

LIBERIO.

Lucrecia, ten tú cuidado
con este..... ¿Cómo os llamais?

CHINCHILLA.

Chinchilla, porque os sirvais
de mí.

DON RODRIGO.

Es muy leal criado.

LIBERIO.

¿No llevaste, dí, ninguno
de esta ciudad?

DON RODRIGO.

Señor, no.

CHINCHILLA.

En Madrid me recibió
un viernes, dia de ayuno,
que há que dura un año entero:
¡mire qué estraño rigor!
Mas no hay ayuno peor,
que el ayuno del dinero.

LIBERIO.

Entrad, hijo, y descansad.

CHINCHILLA.

(Aparte á su amo.)
¡Ah don Rodrigo! chiton.

LIBERIO.

Hija, á vuestro hermano Oton
le dad la mano, y entrad.

(Vanse don Rodrigo, Clavela, Liberio y Roberto; y al entrarse Lucrecia, la detiene Chinchilla.)

ESCENA V.

—

CHINCHILLA. LUCRECIA.

CHINCHILLA.

Ce: si sabe el A, b, c,
que esta es la tercera letra,
(aunque la muger penetra
otra mejor, que es la D)
dígame, doña rolliza,
su nombre.

LUCRECIA.

Lucrecia.

CHINCHILLA.

Basta.
¿Es Lucrecia por ser casta?

LUCRECIA.

No, sino por ser castiza.

CHINCHILLA.

Dígame por qué ocasion
nuestro dueño se ausentó,

y cuándo huyendo salió
de aquesta insigne region;
que yo no supe hasta aquí
que era de Flandes, ni el nombre
de Oton. Por un gentil-hombre
de Nápoles le serví,
y se llamaba Lisardo.
Sáqueme de aquesta duda;
recetaréle una muda
para ese rostro gallardo.

LUCRECIA.

¿Impórtale mucho?

CHINCHILLA.

Quiero
saber de esto la maraña;
que como vengo de España,
por saber cosas me muero.

LUCRECIA.

Pues sepa (y estéme atento)
que Liberio, mi señor,
es un hombre de valor,
de hacienda y merecimiento.
Tiene una hija doncella,
que es Clavela: ya la vió.

CHINCHILLA.

No es mocosa.

LUCRECIA.

No acertó.
Tiene una falta.

CHINCHILLA.

¿Es doncella?

LUCRECIA.

Sí.

CHINCHILLA.

Pues que tú lo autorizas,
falta es, y mas si hay engaño,
porque hay mugeres ogaño
como puentes levadizas.

LUCRECIA.

Tiene un hijo, que es Oton,
pues que ya sabes su nombre.

CHINCHILLA.

Y no tiene falta el hombre
en talle ni discrecion.

LUCRECIA.

Este tal habrá tres años
que en una casa de juego
mató un hombre, y huyó luego.

CHINCHILLA.

¡Peligros del mundo, estraños!
Pero ¿por qué le mató?
Aunque en el juego se ofrecen
mil cosas que lo merecen.

LUCRECIA.

No fué por el juego.

CHINCHILLA.

¿No?
Prosigue, pues, con tu cuento.

LUCRECIA.

Entró en los trucos un dia,
al tiempo que se decia
un ligero pensamiento
de su hermana; y un privado
de Carlos, duque de Cleves,
parando palabras leves
en obras.....

CHINCHILLA.

Está obligado
á no hablar el que pretende
tomar venganza, y la toma.
La honra es ley de Mahoma,
que con armas se defiende.

LUCRECIA.

Hirió al privado de muerte,
y temiendo la venganza
del duque y de su privanza,
escogió por mejor suerte
el ausentarse de aquí.

CHINCHILLA.

Hizo bien.

LUCRECIA.

Murió el de Cleves,
mudándose en tiempos breves

las cosas.....

CHINCHILLA.

Siempre es así.

LUCRECIA.

Quedó viuda la condesa,
y por no estar bien casada,
el segundarlo la enfada,
y solo el luto profesa,
aunque príncipes y grandes
no dejan de pretendella,
viéndola muchacha y bella,
y que en lo mejor de Flandes
es dote suyo el condado
de Oberisel, sin que quede
hijo alguno que lo herede.

CHINCHILLA.

Sin hueso es ese bocado.

LUCRECIA.

Despues que el duque murió,
no hay quien la venganza pida
á Oton.

CHINCHILLA.

¡Dichoso homicida!

LUCRECIA.

Que aunque en Momblan quedó
un hermano suyo y tal,
que de él la condesa fia
su hacienda y casa, y podría,
por ser hombre principal,
serle de harto daño á Oton,
amor que á imposibles vuela,
le enamoró de Clavela;
y es de modo su aficion,
y lo que á Oton ha deseado,
que ha de dar envidias grandes,
cuando sepa que está en Flandes.

CHINCHILLA.

A buen tiempo hemos llegado.
Y ¿llámase el tal amante
de Clavela....?

LUCRECIA.

Pinabel.

CHINCHILLA.

¿Buen talle?

LUCRECIA.

No hay falta en él.

CHINCHILLA.

Antes que pase adelante,
¿qué hay de mi amor?

LUCRECIA.

¿Qué sé yo?

CHINCHILLA.

¡Ay fregatriz! ese gesto
me ha enamorado.

LUCRECIA.

¿Tan presto?

CHINCHILLA.

Mucho ha que me enamoró
el romance de Lucrecia;
y si viviera Tarquino....

LUCRECIA.

¿Qué?

CHINCHILLA.

Viviera; mas convino
que muriese. Acaba necia;
que tú y yo habemos de ser
en la comunicacion,
como el papel y el borron,
que no se deja raer.
¿Hay ya voluntad?

LUCRECIA.

Tantica.

CHINCHILLA.

¡Qué buenos carrillos! Hinche.

LUCRECIA.

¡Ay qué Chinchilla y qué chinche!

CHINCHILLA.

Chinche que pica.

LUCRECIA.

Y me pica. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON RODRIGO.—CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

Si la historia de Amadís
verdad pudiera haber sido,
si me hubiera convertido,
Chinchilla, en don Belianís,
pudiera ser que entendiera
que andando yo enamorado,
llegué á un castillo encantado;
mudándome una hechicera
talle y cara; mas no es vana
esta historia, si lo fué
esotra, pues que ya hallé
aquí padre y una hermana.

CHINCHILLA.

Un conde Partinuplés
eres.

DON RODRIGO.

Entra y lo verás.

CHINCHILLA.

Alegre y ufano estás.

DON RODRIGO.

No quisiera que despues
pagáramos por entero.

CHINCHILLA.

¿Cómo?

DON RODRIGO.

Si me han recebido
aquí por Oton fingido,
y viniese el verdadero,
¿qué he de hacer?

CHINCHILLA.

Ya se habrá muerto.

DON RODRIGO.

Ademas de que no sé
la causa por que se fué.

CHINCHILLA.

¡Donoso temor por cierto!
De todo estoy informado;
Lucrecia lo desbuchó;
ya sé por qué y cuando huyó
tu original ó traslado.
Vámonos á pasear;
que si has cenado, bien puedes:
no nos oigan las paredes,
que aun ellas saben soplar.

DON RODRIGO.

¡Ay qué Clavela, o Chinchilla!
¡qué amor! ¡qué conversacion!
¡qué cara! ¡qué discrecion!

CHINCHILLA.

¿Hate dado ya papilla?
¿Hay babera?

DON RODRIGO.

No me pesa
del parentesco que he hallado
aquí.

CHINCHILLA.

Habránte preguntado
muchas cosas sobre mesa.

DON RODRIGO.

Muchas.

CHINCHILLA.

¿Y tú respondido
ad Galatas? (1)

DON RODRIGO.

Por no dar
con todo en tierra, y quedar
descubierto y conocido,
les dije que me dolia
la cabeza, y que despues
responderia.

CHINCHILLA.

Esa es
discreta bellaquería.

---

(1) No siempre ha de ser *ad Efesios.*

Mas ¿cómo te has escapado
de los dos?

DON RODRIGO.

Envió por ella,
por lo que gusta de vella,
la condesa deste estado.

CHINCHILLA.

Es una viuda gentil,
segun me han dicho, señor.
¡Ojalá te hiciera amor...!

DON RODRIGO.

¿Qué?

CHINCHILLA.

Aforro de su mongil.
Ven, y daréte razon
de lo que quieres saber.

DON RODRIGO.

En fin, ¿que Oton he de ser?

CHINCHILLA.

Ó ayunar, ó ser Oton. (*Vanse.*)

Sala en el palacio de la condesa.

ESCENA VII.

LA CONDESA, *con unas cartas.* CASIMIRO. PINABEL. FLORO.

CONDESA.

(*A Casimiro.*)
¡Que mi hermano, el duque Arnesto,
con el conde Casimiro
quiera casarme, y para esto
me escriba con vos! Me admiro.
Para casarme es muy presto.
Un año há que visto luto
por mi esposo, y vierto llanto
que no tiene el tiempo enjuto;
y no es bien, cuando él es tanto,

hacer agravio á su luto.
Viuda soy, moza y muger,
con un condado á mi cargo,
que, aunque sola, podrá ser
que con el discurso largo
del tiempo, venga á tener
para regille prudencia;
y cuando esta me faltare,
no está lejos su presencia,
con que los daños repare
de mi poca suficiencia.
Cuanto y mas que mis vasallos
no se quejan hasta ahora
de que no sé gobernallos;
que al fin, como su señora
legítima, sé estimallos.
Pues yo no tengo heredero,
no le estará á Arnesto mal
serlo mio: al fin, no quiero
dar en el mundo señal
de que fue el amor ligero,
que tuve al duque de Cleves,
mi señor, mientras vivió.
Esto quiero que le lleves
por respuesta.

CASIMIRO.

¿Con un *no*
á dar la muerte te atreves
á un enfermo, que contando
los términos de su vida,
el *sí* dulce está aguardando,
la esperanza entretenida
entre las dudas de un *cuándo*?
Por los dos puedes traer
el luto que has escogido,
y vendrá, señora, á ser
por un esposo fingido,
y otro que lo quiso ser.
Mal pagas la voluntad
de Casimiro, á quien llevo
el fin de su verde edad.

CONDESA.

Si no pago como debo
al conde la voluntad,
por no quedar obligada
á pagalla, no la admito.
Yo he quedado escarmentada,
y con deseo infinito
de no vivir mal casada;
y así el conde que encareces,
busque á su contento esposa,
haciendo sus ojos jueces;
porque el casarse no es cosa
que se ha de probar dos veces.
Aquesto escribo á mi hermano,
y aquesto propio le dí.

CASIMIRO.

Mira, señora, que es llano,
que si le niegas el sí
de tu idolatrada mano,
ha de arriesgar (aunque ofenda
al amor, que es su homicida)
su estado, porque se entienda
que quien arriesga la vida
por tí, arriesgará la hacienda.
Mira que te ha de cercar
en Momblan.

CONDESA.

No me amenaces;
que quien no puede obligar
á la voluntad con paces,
con guerra no ha de bastar.

CASIMIRO.

Por rogártelo tu hermano....

CONDESA.

Que no hay ruegos para mí.
Pártete; acaba.

CASIMIRO.

(Desviándose y hablando aparte con Floro.)
¡Qué en vano,
colgada el alma de un sí,
dí entrada al amor tirano!
¡Ay cielo!

FLORO.

¿Qué hemos de hacer?

CASIMIRO.

¿Qué? Morir, desesperar,
rabiar, sentir, padecer.

FLORO.

Mucho puede el porfiar;
pero dáte á conocer;
que si á ver si su belleza
igualaba con su fama
veniste; si amor empieza
á dar materia á tu llama,
y principio á su flaqueza;
el saber que tú has venido,
quizá le dará cuidado;
que si ausencia causa olvido
en (1) el amante obligado,
¿qué hará en el no conocido?

CASIMIRO.

No, Floro; que amor desnudo
con las armas suele hacer
lo que sin ellas no pudo.
A Momblan he de volver
cuando en el silencio mudo
esté el descuido acostado.
Mil tudescos, como sabes,
en escuadron concertado
traigo, que serán las llaves
de su alcázar torreado.
Seré esta noche con ellos
de aquesta Troya Sinon,
y de sus despojos bellos
otro Páris.

FLORO.

La ocasion
te dé, señor, sus cabellos.

(Vanse los dos.)

(1) Del.

ESCENA VIII.

LA CONDESA. PINABEL.

CONDESA.

Nadie espere, Pinabel,
tener de mi esposo nombre,
pues murió el duque con él;
que en la libertad de un hombre
libre, soberbio y crüel,
no estriba bien la flaqueza
de una muger, á quien ves
con mocedad y riqueza;
porque es locura el ser pies
la que puede ser cabeza.
Cansada de estar casada
estoy. ¡Gracias á los cielos,
que no lloro despreciada,
ya desdenes, ya desvelos
de una aficion mal pagada!
Si en el conyugal amor
hubiera penas iguales
para el esposo agresor,
y sus obras desleales
tocaran en el honor,
como las de una muger,
perseverara en los dos
el recíproco querer;
pero que en la ley de Dios
iguales vengan á ser
los delitos del marido
y la esposa, y que en el suelo
haya el vulgo establecido
venganza en leyes del duelo
para el esposo ofendido,
y no para la muger,
esa es terrible crueldad,
suficiente á deshacer
á amor, que sin igualdad,

no sabe permanecer.

PINABEL.

Dios conserve á vuescelencia
en esta opinion honrada;
que es digna de su prudencia.

CONDESA.

El ser dos veces casada
juzga el mundo á incontinencia.
Yo viviré con cuidado
de no adquirir este nombre.

PINABEL.

Si no hay gobierno alabado
en una casa sin hombre,
¿qué hará donde hay un estado?

CONDESA.

Hombre tiene, Pinabel,
aquesta ciudad en vos
para regirse por él;
y gobernando los dos,
seguro está Oberisel.

PINABEL.

A vuestra escelencia beso
los pies por tanto favor.

CONDESA.

De vuestra prudencia y seso
conozco el mucho valor,
y sé que en cualquier suceso
no hará falta el duque muerto
de quien fuistes tan querido.

PINABEL.

Si á servir, señora, acierto
á vuescelencia, habré sido
muy dichoso.

CONDESA.

Aquesto es cierto.

PINABEL.

Y para podello hacer
mejor, pues que vuescelencia
casada no quiere ser,
la vengo á pedir licencia....

CONDESA.

¿Es para elegir muger?

PINABEL.

Es para que intercesora
vuescelencia sea con ella.

CONDESA.

¿Es muy hermosa?

PINABEL.

Señora,
en vuestra presencia bella
no puede serlo el aurora;
mas de vos abajo, vuela
su fama por todo Flandes.

CONDESA.

¿Quién es?

PINABEL.

Clavela.

CONDESA.

¿Clavela?
Méritos tiene muy grandes.
Pero en eso ¿qué recela
vuestro amor? ¿No fué homicida
su hermano del vuestro?

PINABEL.

Fue
el que le quitó la vida,
y con su hacienda heredé
su amor. Quiero que le pida
á su padre vuescelencia,
le mande me dé la mano;
y usando de su clemencia,
alce el destierro á su hermano,
sin hacelle resistencia.

CONDESA.

Envialdos á llamar.

PINABEL.

Ya, señora, eso está hecho,
y poco pueden tardar
los dos.

CONDESA.

En vuestro provecho
sois vigilante.

PINABEL.

En amar

¿quién no lo es?

CONDESA.

La eleccion
que habeis hecho me contenta;
que en belleza y discrecion,
Clavela la fama aumenta
de la flamenca nacion.

PINABEL.

Ella misma entra, señora,
á estimar y agradecer
tal merced.

CONDESA.

Intercesora
con ella os tengo de ser,
pues que tanto os enamora.

ESCENA IX.

LIBERIO. CLAVELA. LUCRECIA.—LA CONDESA. PINABEL.

LIBERIO.

De que tenga vuescelencia
memoria de nuestra casa,
y nos traiga á su presencia,
todos los límites pasa
nuestra dicha.

CONDESA.

La esperiencia,
Liberio, que resplandece
en vos, que tenga memoria
de vuestras canas merece,
y de Clavela, que es gloria,
que como sol resplandece.

CLAVELA.

Por no quedar corta, callo,
estimando la ventura,
que en vos, gran señora, hallo.

CONDESA.

No es bien que tanta hermosura,
y tan prudente vasallo,

dejc de participar
de mi privanza y favor,
y que toda esta ciudad
estime vuestro valor
y alabe vuestra beldad,
y yo, que soy su señora,
no la goce.

CLAVELA.

Mi vergüenza
responderá por mí ahora.

PINABEL.

Su rostro hermoso comienza
á imitar la blanca aurora.

CONDESA.

Ya sé que el dar muerte Oton
á Enrico, de Pinabel
hermano, fue la ocasion
que perdiésedes por él
el favor y estimacion
que el duque, que tiene Dios,
hizo en negocios de peso,
Liberio noble, de vos;
pero aquel triste suceso
podeis convertir los dos
en un pacífico estado,
como querais. Pinabel,
en vez de estar agraviado
y pedir venganza de él,
que alcance me ha suplicado
le dé Clavela la mano.
Ya sabeis que por la suya
regirse mi estado es llano;
y para que restituya
la paz á su muerto hermano,
Liberio, el modo mejor,
y mas comun, es juntar
prendas de sangre y amor,
de quien puede resultar
tanta nobleza y valor.
Pues yo intercedo, no creo
que habrá aquí dificultad.

LIBERIO.

Cuando en tan dichoso empleo
faltara la calidad
y la nobleza que veo
en Pinabel, gran señora,
y no interesara yo
su amistad y paz que ahora
á tan buen tiempo llegó;
basta ser intercesora
vuescelencia para hacer
de nosotros á su gusto.
No tengo qué responder;
solo, si os parece justo,
será con el parecer
de Oton mi hijo que está
en Momblan.

PINABEL.

¡Válgame el cielo!

CONDESA.

Si es discreto, él lo tendrá
por bien.

LIBERIO.

Comunicarélo,
y él vendrá, señora, acá
á besar á vuescelencia
los pies.

CONDESA.

Clavela, ¿no hablais?

CLAVELA.

Si está dada la sentencia
en el pleito que tratais,
gran señora, en la presencia
de mi padre, ¿qué he de hablar?
Serviros solo apetezco.

CONDESA.

Venid, que os quiero enseñar
mi alcázar.

(*Vanse todos, menos Pinabel.*)

PINABEL.

Si es que merezco,
amor, el cielo gozar
de tan bella perfeccion,

términos acorta y plazos;
que es muerte la dilacion
de sus amorosos lazos.
Voy á ver y hablar á Oton. (*Vase.*)

Plaza delante del palacio de la condesa.

ESCENA X.

DON RODRIGO. CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

¿Hay sucesos semejantes?

CHINCHILLA.

Cuando los llegue á saber
Madrid, los ha de poner
en sus novelas Cervantes.
Aunque en el tomo segundo
de su manchego Quijote
no estarán mal, como al trote
los lleven por ese mundo
las ancas de Rocinante,
ó el burro de Sancho Panza.

DON RODRIGO.

Basta, que la semejanza
de este Oton, tan importante
para mi necesidad
y aumento de los cuidados,
hoy libres y enamorados,
tiene toda la ciudad
engañada y persuadida
que soy Oton.

CHINCHILLA.

Lindo cuento
es llegar de ciento en ciento
á darte la bienvenida,
y decir uno espantado:

«¿cómo no me conoceis,
si há tantos años que habeis
mi lado y mi casa honrado?»
Y otro decir: «no entendiera
que con tanta brevedad
las leyes de la amistad,
Oton, el tiempo rompiera;»
y tú mascando entre dientes
ambiguas satisfacciones,
como quien reza oraciones,
dar los brazos á parientes
que en toda tu vida viste.

DON RODRIGO.

Con todos cumplo callando,
lo que dicen otorgando.
Tú en aquesto me metiste.
¿Qué he de hacer?

CHINCHILLA.

El callar sabe
vencer. No ha faltado loco
que viéndote hablar tan poco,
dijo: «¡qué necio y qué grave
que viene el señor Oton!»
Yo respondí, aunque lacayo:
«como Oton no es papagayo,
no habla aquí de ostentacion,
ni hay pena para los mudos.»
Mas nada hubo como ver
el llegarte el mercader
á pedir los cien escudos,
y tú, muy disimulado,
decir: «no penseis, señor,
que como el mal pagador,
de la deuda me he olvidado.
Venid á casa mañana;
que mi padre os los dará.»

DON RODRIGO.

En esto estoy puesto ya.
La hermosura de esta hermana
en Momblan me ha detenido;
que si no, yo deshiciera
con mi ausencia esta quimera.

CHINCHILLA.

¿Hate Cupido escupido?

DON RODRIGO.

Desmandados pensamientos
han dado en ser estudiantes,
y como son principiantes,
andan en los rudimentos.
Pero en escuelas de amor,
con poca dificultad
alcanza en su facultad
borla y grado de doctor
quien, para que no se escuse,
el alma ofrece en propinas.

CHINCHILLA.

Ya parece que declinas
con Clavela á *musa, musæ.*
Pero no querrás pasar
con el estudio adelante,
por mas que seas estudiante.
Si llegas á conjugar
con ella.....

DON RODRIGO.

No sé, por Dios,
lo que te responda en eso.
Que es hermosa te confieso.

CHINCHILLA.

¡Noramala para vos!

ESCENA XI.

—

PINABEL.—DON RODRIGO. CHINCHILLA.

PINABEL.

Los brazos que á la venganza
pudieran dar otro tiempo
debida satisfaccion
y muerte al atrevimiento,
por el amor enlazados
que á prendas del alma tengo,
y de quien vos sangre sois,

para abrazaros ofrezco.
Seais, Oton, bien venido.

DON RODRIGO.

¿Qué es esto, señor? Teneos.
Chinchilla, huyamos de aquí;
que cada instante me veo
en un mar de confusiones.

CHINCHILLA.

(*Aparte á don Rodrigo.*)
Con la industria y el silencio
podrás salir bien de todo.
Disimula, si eres cuerdo.

PINABEL.

Si pesadumbres pasadas,
que en paces trocar deseo,
os obligan á no hablarme,
romped al enojo el velo;
que en mí no bastan agravios
de un hermano, por vos muerto,
á que, olvidadas pasiones,
no os salga, Oton, al encuentro.
Los cielos quieren que sea
amigo y pariente vuestro.
No negueis á Pinabel
lengua y brazos.

CHINCHILLA.

(*Aparte á su amo.*)
Ya dí en ello.—
Este es, señor, el hermano
de aquel muerto caballero,
causa de ausentarse Oton,
y de todo este embeleco.
Háblale y dále los brazos,
pues ya te he contado el cuento
de la historia.

DON RODRIGO.

Pinabel,
si he dudado en responderos,
la novedad lo ha causado
que en vuestras palabras veo,
y aguardo de vuestras obras.
¡Gracias á Dios y á los tiempos,

que mudan las voluntades!
(*Abrázale.*)

PINABEL.

La priesa de mis deseos
atropella las palabras.
Sabed que el amor, tercero
entre enojos criminales,
eternas paces ha puesto
en pasiones ya olvidadas;
y, hablando claro, yo quiero
á vuestra hermana Clavela
tanto, como al movimiento
circular el primer móvil,
y como la piedra al centro.
La condesa mi señora,
á mi intercesion y ruegos,
se la pidió á vuestro padre,
y respondió el cortés viejo
á medida de mi gusto,
(como de su entendimiento
y prudencia se esperaba)
á vos, Oton, remitiendo
la ejecucion de mi dicha;
pues siendo noble, no creo
dejareis de efetüarla,
y estimar mi sangre y deudo.
Vamos, amigo, á palacio,
donde Clavela y Liberio
con la condesa os aguardan.

DON RODRIGO.

(*Aparte con su criado.*)
¡Ay Chinchilla! ¿qué es aquesto?

CHINCHILLA.

Atambores en cuaresma.

DON RODRIGO.

(*Aparte.* Por la puerta de los celos
entré en vuestra casa, amor:
no saldré de ella tan presto.)
La dicha que se nos sigue
á nosotros en teneros
por pariente y por amigo,
es notorio y manifiesto.

Cuanto á esta parte, no hay duda
sino que seré el primero
que por honrar nuestra sangre,
trate vuestro casamiento.
Solo hay un inconveniente,
que la industria hará ligero,
suspendiendo algunos dias
las bodas.

PINABEL.

Siglos eternos
serán los breves instantes.
Pero ¿qué estorbo hay?

DON RODRIGO.

Yo vengo
de Madrid, corte de España,
patria y madre de estrangeros.
Profesé en ella amistad
con un noble caballero,
que porque en Flandes nació,
quiere bien á los flamencos.
Es don Rodrigo Giron
su nombre, á quien amo y quiero
como á mí mismo, porque es
conmigo un alma.

CHINCHILLA, *aparte.*

Y un cuerpo.

DON RODRIGO.

Mil veces, comunicando
los dos, le dije el suceso
que me desterró de Flandes,
la hermosura encareciendo
de Clavela de tal suerte,
que aunque el amor que es perfeto
entra al alma por los ojos,
aquella vez entró dentro,
como fé, por los oidos;
y fue con tan grande estremo,
que está pretendiendo un cargo
en Flandes, solo por esto.
Prometíle á la partida,
por la fé de caballero,
si hallaba á Clavela libre,

aguardar un año entero
su venida, sin casalla;
pero en Madrid, que es el cielo
de ocasiones amorosas,
y yo ausente, que era el cebo
de su amor, ya habrá el olvido
con él sus milagros hecho;
que á la mudanza en la corte
la dan casa de aposento.
No he dicho nada hasta ahora
á mi padre; que lo dejo
para tratarlo despacio,
por ser negocio de peso.
Escribiréle esta noche
que Clavela, como es cierto,
está con vos concertada;
y aunque las bodas suspendo,
por guardalle la palabra,
se han de poner en efeto.
Que suelte, y dé al desposorio
lugar. ¿Qué decís?

PINABEL.

Que temo
de mi desdicha que venga
á estorbar mi casamiento
don Rodrigo, con las alas
de sus mismos pensamientos,
que le traerán por los aires,
para que llegue mas presto.
(*Tocan arma dentro.*)
Pero ¿qué alboroto es este?

DON RODRIGO.

Tocar á rebato siento.

PINABEL.

¡Válgame Dios! ¿qué será?

ESCENA XII.

LEONELO.—DON RODRIGO. PINABEL. CHINCHILLA.

LEONELO.

¡Notable caso!

PINABEL.

Leonelo,
¿qué enemigos nos asaltan,
cuando estamos libres de ellos?

LEONELO.

El Palatino del Rin,
Casimiro, que viniendo
curioso ó enamorado
hoy á Momblan encubierto,
á saber por esperiencia
si son encarecimientos
ó verdades los que alaban
nuestra condesa hasta el cielo;
perdido por su hermosura,
y á su amor correspondiendo,
conforme su pretension
y cartas del duque Arnesto;
en saliendo de Momblan,
con un escuadron tudesco,
que en el bosque le esperaba,
la vuelta ha dado, resuelto
de conquistar por las armas
la que no alcanzaron ruegos;
y no ha sido poca dicha
de que no haya entrado dentro,
cogiéndonos descuidados.

PINABEL.

¿Hay mayor atrevimiento?
Pero la condesa es esta.

ESCENA XIII.

LA CONDESA. ACOMPAÑAMIENTO.—LOS MISMOS.

PINABEL.

Señora.....

CONDESA.

¿Que el mensagero
era del duque mi hermano
Casimiro, el conde?

LEONELO.

El mesmo
que nuestra ciudad asalta.

CONDESA.

Como no asalte mi pecho,
poco importa. Pinabel....

DON RODRIGO.

Los pies, gran señora, beso
á vuescelencia.

CHINCHILLA, *aparte.*

¡Por Dios,
que es gentil hembra en estremo
la viuda!

CONDESA.

¿Sois vos, Oton?

DON RODRIGO.

Y humilde vasallo vuestro.
(*Aparte al criado.*)
¡Qué hermosa muger, Chinchilla!

CONDESA.

Mucho me he holgado de veros.
Yo prometí á vuestro padre
daros, Oton, en viniendo,
la plaza de secretario.
Ya podeis servirla. (1)

DON RODRIGO.

Vuelvo

(1) Hemistiquio suplido.

á besar á vuescelencia
los pies.

CHINCHILLA.

(*Aparte con su amo.*)
Hucha de secretos
eres. ¿Qué seré yo?

DON RODRIGO.

Calla.

CONDESA.

¿Querrá el conde poner cerco
á Momblan?

LEONELO.

Así se dice.

CONDESA.

Id, Pinabel, repartiendo
soldados por las murallas;
que los que en presidios tengo,
y los que de los estados
del duque mi hermano espero,
humillarán la arrogancia
de aqueste amante soberbio.
(*Vase Pinabel.*)

ESCENA XIV.

LA CONDESA. DON RODRIGO. LEONELO. CHINCHILLA. ACOMPAÑAMIENTO.

DON RODRIGO.

Si en vez del papel y tinta
que me dais sin merecello,
me concedeis, gran señora,
que escriba con el acero
hazañas con que os sirvais,
con vuestra licencia trueco
la plaza de secretario
por la de soldado vuestro.

CONDESA.

Secretario y capitan,
podeis ser. Venid; tratemos

lo que importa en este caso,
porque sepa el conde necio
que si en la constancia imito
á la viuda de Siqueo,
en fortaléza la igualo.
(*Vase con su acompañamiento.*)

ESCENA XV.

—

DON RODRIGO. CHINCHILLA.

DON RODRIGO.
¡Hay tal muger! ¡hay tal cielo!

CHINCHILLA.
¿Qué te parece?

DON RODRIGO.
Un milagro,
y entre crepúsculos negros
de aquel luto, me parece
un sol que está amaneciendo.

CHINCHILLA.
¿Hate enamorado ya?

DON RODRIGO.
¿Tengo yo merecimientos
para tal ángel?

CHINCHILLA.
Patudo.
¿Y Clavela?

DON RODRIGO.
En ese empleo
me ocuparé, que es mi igual.

CHINCHILLA.
¡Bueno ha estado el embeleco
con que á Pinabel burlaste!

DON RODRIGO.
El amor es todo enredos.

CHINCHILLA.
Vamos, señor secretario.

DON RODRIGO.
Si me fia sus secretos,

mil veces dichoso yo.

CHINCHILLA.

Chamuscado te has al fuego
de la viuda.

DON RODRIGO.

Así es verdad.

CHINCHILLA.

Parecerás pie de puerco.

DON RODRIGO.

¿Por qué?

CHINCHILLA.

Porque se chamusca.

DON RODRIGO.

¡Ay viuda hermosa!

CHINCHILLA.

¡Ay babero!



ACTO SEGUNDO.

Jardin de la condesa.

ESCENA I.

LA CONDESA.

Yo os prometí, mi libertad querida,
no cautivaros mas, ni daros pena;
pero promesa en potestad agena,
¿cómo puede obligar á ser cumplida?
Quien promete no amar toda la vida,
y en la ocasion la voluntad enfrena,
seque el agua del mar, sume su arena,
los vientos páre, lo infinito mida.
Hasta ahora con noble resistencia
las plumas corto á leves pensamientos,
por mas que la ocasion su vuelo ampare.
Pupila soy de amor; sin su licencia
no pueden obligarme juramentos.
Perdonad, voluntad, si los quebrare.

ESCENA II.

CLAVELA.—LA CONDESA.

CLAVELA.
(Sin ver á la condesa.)

Todas las veces que á mi hermano veo
tan discreto, apacible y cortesano,
se vá la voluntad del pie á la mano,
y sale de su límite el deseo.
Como hermano le quiero; mas no creo
que es bastante el amor, cuando es de hermano,

á dormir tarde, á despertar temprano,
ni á ver cual con sus ojos me recreo.
Decid vos la verdad, desnudo ciego;
que aunque en amor de hermano no hay cautela,
me dan que sospechar tantos desvelos.
«La sangre hierve (me direis) sin fuego.»—
Sí; pero amor de hermano no desvela,
y cuando desvelara, no da celos.

CONDESA.

Clavela.

CLAVELA.

Señora mia.

CONDESA.

Despues que en mi casa estás,
y con tu presencia das
tregua á mi melancolía,
cuanto tú mas la deshaces,
mas la aumentan mis cuidados,
que en esta guerra engendrados,
no admiten medios de paces.
Ninguna cosa me agrada.

CLAVELA.

No fueras tú tan prudente,
á no tener al presente
pena de verte cercada.

CONDESA.

(*Aparte.* ¡No lo estuviera yo mas
de alterados pensamientos,
que, todos atrevimientos,
no vuelven un paso atras!)
Sentémonos aquí un rato,
pues contra agravios del sol
nos sirve de quitasol
el compuesto y verde ornato
de estos jazmines y nuezas,
que con apacibles lazos
traen estos muros en brazos,
formando calles y piezas.

CLAVELA.

En aqueste cenador
hay sillas.

CONDESA.

Siéntate en una.

CLAVELA.

No hagas á mi fortuna,
señora, tanto favor.
En el suelo estaré bien.

CONDESA.

Gocemos de la llaneza
que alborota la grandeza
de palacio. No nos ven
criados que nos murmuren.
Siéntate, Clavela, aqui.

CLAVELA.

Aunque no hay partes en mí
que esta merced aseguren,
por servirte, te obedezco.
(*Siéntanse.*)

CONDESA.

¿Quieres bien á Pinabel?

CLAVELA.

Si he de tener dueño en él,
y por tu mano merezco
darle el título de esposo,
cuando impedimentos quite
mi hermano que los permite,
querelle bien es forzoso.

CONDESA.

¿Forzoso dices? Amor
no es perfeto, si es forzado.
Si anduviera amor armado,
llevárase por rigor:
desnudo nos da señales
que quien le ha de conquistar,
Clavela, ha de pelear
con él con armas iguales.

CLAVELA.

Si Casimiro advirtiera
en eso, no te cercara.

CONDESA.

Es necio, pues no repara
que amor, que es niño, se altera
de ver espadas desnudas.

CLAVELA.

Sí, porque es de la paz dueño.

CONDESA.

El ver á amor tan pequeño
materia ha dado á mis dudas;
porque siendo tan antiguo
cuanto há que el mundo es amante,
ya pudiera ser gigante;
pero despues que averiguo
que entra por la vista amor,
y que tan pequeña puerta
la entrada hace mas incierta,
cuanto es el que entra mayor,
no me causa espanto el ver
que á ser niño amor se aplica;
pues se desnuda y achica,
Clavela, para caber
mejor, pequeño y desnudo,
por entrada tan estrecha.
Pues si el conde se aprovecha
de las armas, cuando pudo
dejar marciales despojos,
y pide en la vista entrada,
no es bien que entre con la espada;
que me sacará los ojos.
Amor, Clavela, es ladron;
siempre se entra sin rüido,
y así del conde atrevido
venganza me dará Oton,
en quien miro, te prometo,
un gallardo capitan,
un cortesano galan,
un secretario discreto,
y un... (*Aparte.* ¿Dónde vais? Deteneos,
pensamientos mal nacidos;
que os arrojais atrevidos
tras desbocados deseos,
que os tienen de despeñar.)

CLAVELA.

Por la parte que me cabe
de que vuecelencia alabe
mi hermano, á poderle dar

la corona de Alemaña,
honrándose en su cabeza,
aumentara su grandeza;
aunque despues que de España
vino Oton tan mejorado
en valor y cortesía,
discrecion y gallardía,
la merced con que le ha honrado
vuescelencia, la merece.

CONDESA.

Es muy sazonado Oton;
muy buena conversacion
tiene..... (*Aparte.* Y muy bien me parece.)
Holgárame de saber
qué dama es la que entretiene
sus penas, por ver si tiene
tan buen gusto en escoger
como en lo demas.

CLAVELA.

¿Quién duda
que no querrá ser Oton
en la mejor perfeccion
imágen compuesta y muda?
No creo que el pensamiento
tan divertido tendrá,
que algun tiempo no tendrá
para algun atrevimiento
digno de tan buen sugeto;
pero Oton es tan callado,
que hasta ahora no ha pagado
censo á nadie su secreto.
(*Aparte.* Mucho se informa de Oton
la condesa, y la eficacia
con que conserva su gracia,
unos lejos de aficion
descubre de cuando en cuando.
Celos, si sois adivinos,
sospechando desatinos,
la verdad vais apurando.)

CONDESA.

(*Aparte.* Mucho, amor, manifestais
mi fuego: pues sois su centro,

alma, amad puertas adentro.
¿Para qué lo pregonais?
Pero sois fuego que apura
verdades contra el sosiego,
y direis que nunca el fuego
supo profesar clausura.
Divertir quiero á Clavela;
no sospeche que amo á Oton.)
Si en materia de aficion
cursara el conde la escuela
de cortesía, y dejara
las armas, pudiera ser
que mereciera vencer,
y mi rigor se ablandara;
que no me pareció mal
cuando desde las almenas,
dando vidas á sus penas,
del muro hizo tribunal.
Buen talle tiene.

CLAVELA.

(*Aparte.* Eso sí.)
¿Que tan bien te pareció?

CONDESA.

Despues que el duque murió,
no casarme prometí;
pero esto de no tener
herederos.....

CLAVELA.

Deja achaques;
que cuando sin ellos saques
á luz tu amor, merecer
puede el conde Casimiro
que digas te ha desvelado
mas de una vez, y que has dado
por él mas de algun suspiro.

CONDESA.

No tanto.

CLAVELA.

¿Por qué razon?
¿Hay mas gallardo sugeto,
mas valiente, mas discreto?

CONDESA.

Sí, Clavela.

CLAVELA.

¿Quién?

CONDESA.

Oton.

CLAVELA.

¿Oton mas que el conde? (*Aparte.* ¡Ay cielos!)

CONDESA, *aparte.*

Desvelos, ¿quereis callar?
¿Que no os puedo refrenar?

CLAVELA, *aparte.*

Despertad otra vez, celos.

CONDESA.

Si ello va á decir verdad,
bien quiero al conde, Clavela;
lo demas todo es cautela:
yo le tengo voluntad;
y si desden he fingido,
es porque el conde en rigor
no diga, pudiendo amor,
que Marte me dió marido.
Esto solo me hace esquiva,
pues si me viene á vencer,
no me tendrá por muger,
sino solo por cautiva.
Por esto deseo que Oton
le venza y traiga á mis ojos,
y entre soberbios despojos,
humille su presuncion.
Podrá ser que entonces pruebe
dichas, que ahora no es justo,
porque agradezca á mi gusto
lo que á sus armas no debe.
Esto es verdad, en rigor.

CLAVELA.

Tu deseo veas cumplido.

CONDESA.

No piense, si no es vencido,
verse el conde vencedor.

CLAVELA, *aparte.*

Alguna satisfaccion

teneis ya, niño tirano.
¡Que me dé celos mi hermano!

CONDESA, *aparte.*

¡Que quiera yo bien á Oton!

(*Suenan cajas.*)

ESCENA III.

SOLDADOS. PINABEL. LIBERIO. CHINCHILLA, *y detras con baston,* DON RODRIGO.—LA CONDESA. CLAVELA, *que se sienta en el suelo.*

DON RODRIGO.

Ya el conde Casimiro ha levantado
el cerco, escelentísima señora,
no voluntariamente, mas forzado
de nuestra suerte, siempre vencedora.
La vuelta da á su tierra castigado,
como merece, quien os cerca ahora
de armas, mereciendo esa belleza
cercos de oro que ciñan la cabeza.
El deseo que anima mi ventura,
para que os sirva, ardides me ha ofrecido
con que rendir al conde, que procura
esposa conquistada, amor vencido.
Salí amparado de la noche escura,
que apadrina al amante prevenido,
y á la puerta que el mar combate á besos,
mil hombres embarqué, diez tiros gruesos.
Fue Pinabel su capitan valiente,
si cortesano en paz, diestro en la guerra;
y alargándose al mar circularmente
dos millas de distancia, saltó en tierra.
Sacó las piezas luego, echó la gente,
y por las faldas de una cana sierra
marchó hácia el campo, las banderas bajas,
sin dar licencia á vocingleras cajas.
Un hora antes que el alba pise flores
llegó á vista del campo, á quien incita
el sueño con quiméricos vapores;
y como Gedeon al madianita,

al son de las trompetas y atambores,
«viva Diana, la condesa,» grita,
escupiendo las piezas de campaña
pelotas para chazas de esta hazaña.
El campo cercador y ya cercado,
con Casimiro, (digo yo, despierto;
que no duerme el amante descuidado)
con mas voces y gritos que concierto,
á la defensa acude alborotado;
que para mas temor, tuvo por cierto
que el duque vuestro hermano á socorreros
venia, dando acero á sus aceros.
Yo entonces, que aguardaba prevenido
en la ciudad el venturoso efeto,
abro las puertas, la campaña mido,
y al enemigo ejército acometo.
De franjas de oro guarnecia el vestido
á Flora hermosa el dios pastor de Admeto,
cuando entre sangre, muertos y alboroto,
vió el conde, no su amor, su campo roto.
En fin, huyó, dejándose á los ojos
del mismo sol, cubierta la campaña
de muertos, de banderas, de despojos,
testigos nobles de esta ilustre hazaña.
Así el amor castiga los enojos
que el conde os dió, quedando en Alemaña
publicando la fama sus delitos;
que tambien tiene amor sus sambenitos.

CONDESA.

Oton, á vuestros hechos inmortales
la fama ofrezca plumas y pinceles,
si para celebrallos son iguales (1)
versos de Homero, imágenes de Apeles;
que cívicas coronas y murales,
de grama, de oro, robles y laureles,
no bastan á premiar vuestra persona,
si mis brazos no os sirven de corona.

(*Abrázale.*)

(*Aparte.* ¡Ay amor! deteneos; que los lazos
rompeis del alma, donde os tuve preso.)

(1) Son bastantes.

DON RODRIGO.

Si mi cuello coronan vuestros brazos,
los premios, las coronas intereso
de la triunfante Roma. Estos abrazos
¿qué triunfos no aventajan?

CLAVELA, *aparte.*

Pierdo el seso,
celos rabiosos: nunca Oton viniera,
si en daño mio tal favor espera.

DON RODRIGO.

Á Pinabel se debe, gran señora,
esta vitoria.

CONDESA.

Ya yo sé que tengo
en él un gran vasallo, y desde ahora
premios de amor que goce le prevengo.
Pues á Clavela por esposa adora,
ella le premie.

PINABEL.

A suplicaros vengo
que á su hermano mandeis que acorte plazos,
pues no quiero mas premio que sus brazos.

CONDESA.

Alcaide de Albareal quiero que sea
Pinabel desde hoy.

PINABEL.

¡Mercedes tantas,
gran señora!

CONDESA.

A Clavela doy la aldea
en dote, de Belflor.

CLAVELA.

Ya te adelantas
á Cleopatra magnífica. (*Aparte.* No vea
mi amor en su poder, estrellas santas,
Pinabel mientras viva, ó de la mia
el curso corte en flor la muerte fria.)

CONDESA.

Liberio, que tal hijo nos ha dado
para defensa nuestra y honra suya,
será gobernador de mi condado,
porque en sus canas su valor se arguya.

LIBERIO.

Con que él os sirva á vos quedo yo honrado:
su dicha á vuestra fama se atribuya.

CONDESA.

Y á vos, que del valor sois un trasunto,
os quiero yo pagar, Oton, por junto.
Pensando estoy qué os dar. (*Ap.* ¡Ay quién pudiera
hacerle de mí misma eterno dueño!)

DON RODRIGO.

Del sol hermoso la dorada esfera,
no os sirviendo, será premio pequeño.

CONDESA.

(*Aparte.* Quiero huir de mi misma; que ligera,
por los ojos el alma ardiente enseño.)
Venid, porque Momblan, Oton, os goce,
pues por su defensor os reconoce.

CHINCHILLA.

¿Pues cómo? ¿De Chinchilla no hay mas cuenta,
que en esta guerra desplumó la fama?

CONDESA.

¿Pues qué habeis hecho vos?

CHINCHILLA.

Eso me afrenta.
Quité ayer los cordeles á mi cama,
y juntando seis mil ciento y sesenta
chinches que, como celos á quien ama,
pican, marchando fuí, (¡gran maravilla!)
con tanta chinche, el capitan Chinchilla.
Ellas y yo vencimos, y quisiera,
en premio de ser yo tan gran soldado,
me hiciera vuescelencia...

CONDESA.

¿Qué?

CHINCHILLA.

Me hiciera
tabernero mayor de este condado.

DON RODRIGO.

Necio, vete de ahí.

CONDESA, *aparte.*

¡Ay! ¡quién pudiera,
Oton, hacerte conde! ¡Que á un criado
tenga yo amor! El verlo me enloquece;

mas es bizarro Oton: bien lo merece.

(*Vanse todos, menos don Rodrigo y Chinchilla.*)

ESCENA IV.

DON RODRIGO. CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

¡Ay Chinchilla! si en los ojos
el amor su idioma tiene,
y á quien á mirallos viene,
habla regalos ó enojos,
y en las amorosas dudas
son sus niñas hechiceras,
cuando callan, mas parleras,
porque hablan por señas mudas;
ya la condesa Diana,
leyendo sus ojos bellos,
me ha dicho cosas por ellos
divinas. No hay lengua humana
tan discreta y elegante,
aunque á la de Tulio esceda,
que en un año decir pueda
lo que ellos en un instante.
¡Qué de cosas me ha advertido!
¡qué de regalos me ha hecho!
¡qué bien me mostró su pecho!
¡qué bien me ha favorecido!
Loco estoy.

CHINCHILLA.

Mira que son
quimeras todas y antojos.

DON RODRIGO.

Si hay retórica en los ojos
con colores de aficion,
yo sé bien que no me engaño:
lenguage es este de amor.

CHINCHILLA.

Basta, que eres Galaor.
Bien habrás mudado ogaño

cien damas. ¿Qué yerbas pisas?
¿quién te ha vuelto camaleon?
En un año ciento, son
aun muchas para camisas.
¿No te estaba bien Clavela,
muger rica y principal,
en sangre y amor tu igual?
Que en sabiendo la cautela
con que finges ser su hermano,
y que eres en vez de Oton,
un castellano Giron,
del de Osuna el mas cercano,
mienta yo, si no imagino
que olvidando á Pinabel,
te hiciera dueño en vez de él,
de su talle peregrino.
Vuelve á casa, pan perdido:
Clavela te está mejor.

DON RODRIGO.

No menosprecio su amor,
pues que tengo entretenido
á Pinabel: mientras sé
si me tiene voluntad
la soberana beldad
de la condesa, podré
contemporizar, Chinchilla,
con Clavela.

CHINCHILLA.

¡Plegue á Dios
que no volvamos los dos
trasquilados á Castilla!
Ya es de noche.

DON RODRIGO.

No es posible
que pueda dormir quien ama.
Al terrero de mi dama,
no en la cama aborrecible,
me tiene de amanecer.
Dame otra capa y sombrero.

CHINCHILLA.

¿No quieres cenar primero?

DON RODRIGO.

No, Chinchilla.

CHINCHILLA.

¿Sin comer
amas? ¡Lindo desvarío!
Tú te pondrás presto flaco,
porque sin Ceres ni Baco,
dicen que amor tiene frio. (*Vanse.*)

Plaza delante del palacio de la condesa.—Noche.

ESCENA V.

CASIMIRO. FLORO.

CASIMIRO.

Floro, en vano me aconsejas:
si á la muerte de un rigor
estoy, ¿no será mejor
morir delante estas rejas?
Oiga este muro mis quejas,
pues aquestas piedras frias
á mis malogrados dias
obsequias haciendo estan:
quizá las ablandarán
las tristes lágrimas mias.

FLORO.

Refrena el atrevimiento
con que en las manos te pones
de Diana.

CASIMIRO.

En sus prisiones
moriré, Floro, contento.
Entre estas piedras intento
escoger sepulcro igual
á mis penas, Floro leal,
para que mi ingrata bella
conozca que si no en ella,

en piedras hacen señal.
Palma ingrata, cuyo fruto
no goza el dueño en su vida,
¿por qué, si sois homicida,
dando muerte, os poneis luto?
¿Por qué no pagais tributo
á amor, cuyo tribunal
tiene imperio universal?
¿Cómo puede, ingrata, ser
que tenga en todos poder,
y en vos nunca, por mi mal?

ESCENA VI.

CLAVELA, *á una ventana del palacio.*—CASIMIRO. FLORO.

CLAVELA, *sin ver á nadie.*
En vano, locos desvelos,
prueba á dormir mi temor;
que no tiene mucho amor
quien puede dormir con celos.
¡Que me hayan dado los cielos
un mal con pension tan fiera,
que aunque sin remedio muera,
no me consientan hablar
á quien me pueda quejar
que estoy enferma siquiera!
Mi hermano me tiene loca
de amor y celos: ¿no es mengua,
amor, que os ate la lengua,
y os tape el temor la boca?
Quejándose, el fuego apoca
de la fiera calentura
el enfermo que procura
sanar; mas ¡ay suerte avara!
que mal que no se declara,
dificilmente se cura.
¿Con qué cara será justo
que me atreva á declarar

con mi hermano? No ha lugar:
pensarlo me causa susto.
¿Es bien pagar tal pension,
mi ciega y nueva pasion?
Decilde vosotros, ojos,
la causa de mis enojos;
que la lengua no es razon.

CASIMIRO.

Los acentos de unas quejas
oigo, Floro, á una ventana
del palacio de Diana.

FLORO.

Suyas son aquellas rejas.
Quejaráse desvelada
entre sus damas alguna
contra el amor y fortuna,
ó celosa, ó desdeñada.

CASIMIRO.

Pues déjamela escuchar;
que si desdichas agenas
disminuyen propias penas,
los dos podremos llorar
á versos la tiranía
de este amor, que puede tanto;
que hasta en la pena y el llanto
consuela la compañía.

CLAVELA, *aparte.*

Hablar siento en el terrero;
saltos me da el corazon.
¿Si adivina que es Oton,
y muere del mal que muero?
La condesa le ha mirado
con tan eficaz afeto,
que si al paso que es discreto,
es Oton considerado,
ya habrá su amor conocido;
y no pienso yo de Oton
que perderá la ocasion,
favorable al atrevido.
¿Si le quiere bien? Querrá,
y tras querer bien, ¿quién duda
que amante al terrero acuda,

si ya entre los dos no está
concertado que á estas horas
le venga á este puesto á hablar?
Mi mal quiero averiguar.
¡Ay sospechas embaidoras!
Caminante que anda á escuras,
astrólogo que esperiencias
conoce por consecuencias,
médico por conjeturas,
en vano pienso que trazo
averiguar mis desvelos;
que de ordinario los celos
ven por tela de cedazo.

ESCENA VII.

—

DON RODRIGO, *de noche.* CHINCHILLA.—CLAVELA. CASIMIRO. FLORO.

DON RODRIGO.

(*Hablando con su criado sin reparar en nadie.*)
Chinchilla, aguárdame aquí.

CHINCHILLA.

¿Con qué brasero á los pies?
¿Piensas tú que Flandes es
Madrid ó Sevilla? dí.
En mayo estamos, y nieva
como por la Candelaria.

DON RODRIGO.

Siempre has de ser de contraria
opinion.

CHINCHILLA.

Párate y prueba.
¿Tú no ves con cuanta prisa
el cielo á la tierra llana,
porque es domingo mañana,
la está vistiendo camisa?
Los hielos ¿no te congojan,
ni el ver que aquí á todas horas
son las nubes cardadoras?

Mira los copos que arrojan;
mira asomar, por gateras
de nubes despedazadas,
estrellas, de puro heladas,
temblando. ¿No consideras
tú cual estan, señor mio?
Pues crê que aunque estrellas sean,
parece que centellean,
y es que tiritan de frio.

DON RODRIGO.

Gente ha venido al terrero.
¡Válgame Dios! ¿quién será?

FLORO.

(*Hablando aparte con el conde.*)
Rondantes tenemos ya.

CASIMIRO.

Apártate aquí; que quiero
saber, Floro, si la dama
que se quejaba, le espera,
y quien es él.

FLORO.

Considera,
señor, que á la puerta llama
del alba, el sol.

CASIMIRO.

No amanece.
¿No dejaste el barco atado?

FLORO.

Junto á este muro bañado
del mar, que besos le ofrece.

CASIMIRO.

Déjame ahora; que presto,
dando los remos al mar,
nos pueden asegurar.
(*Apártanse á un lado.*)

DON RODRIGO.

Despejado me han el puesto.
No les debe de importar
este sitio lo que á mí.

CLAVELA.

¡Ay! ¡si fuese Oton!

DON RODRIGO, *aparte.*

Yo oí
de una reja á Oton nombrar.
¡Cielos! ¿hay dicha mayor?

CHINCHILLA, *aparte.*

¡Pese á los hielos judios!
Tiritando con dos frios,
de la nieve y del temor,
¡y alcahuete centinela!

(*Paséase.*)

Eso sí; pasear y dalle,
por no pasmarme en la calle;
pues no he cenado cazuela.

DON RODRIGO.

(*Aparte.* ¿Qué dudo? ¿No puede ser
que sea la condesa? No.—
¿Si me quiere? ¿Qué sé yo?
¿No soy hombre? ¿no es muger?
Llego.) ¡Ah de arriba!

CLAVELA.

¿Quién llama?

DON RODRIGO.

Oton, que ausente merece
que de él se acuerden.

CLAVELA, *aparte.*

Parece
que es mi hermano.

DON RODRIGO, *aparte.*

¿Si es mi dama?

CLAVELA.

¿Sois vos, Oton?

DON RODRIGO.

Sí, señora.
Vos ¿quién sois?

CLAVELA.

Mirad primero
qué gente está en el terrero.

DON RODRIGO.

Dos estaban aquí ahora;
pero ó se fueron, ó yo
con la mucha escuridad,
no alcanzo á vellos.

CLAVELA.

Llegad
mas cerca.

DON RODRIGO, *aparte.*

¿Que mereció
esta suerte mi ventura?
¿Que esto mi amor interesa?
(*Aparte.* Sin duda que es la condesa.)

CLAVELA.

¡Cómo! ¿En noche tan escura,
rondando vos? Mucho gana
conmigo vuestra opinion.
Buen amante haceis, Oton.

DON RODRIGO.

En palacios de Diana,
nunca falta lúz, señora.

CLAVELA.

Agora no hay luz ninguna;
que está enlutada la luna
por el sol que muerto llora.

DON RODRIGO.

¡Ay! ¡quién pudiera enjugar
sus lágrimas!

CLAVELA.

Vuestra dama
¿tan pocas por vos derrama,
que os deseais ocupar
así en lágrimas agenas?

DON RODRIGO.

Á merecer yo saber
quien sois vos, pudiera ser
que os declararan mis penas
si son agenas ó no
las lágrimas que deseo
enjugar.

CLAVELA.

Á lo que veo,
la dama que os mereció
es dama de la condesa.

DON RODRIGO.

Tan su querida, que alcanza
harto mas que mi esperanza.

CLAVELA.

Si quereis que en esta empresa
os sirva yo de tercera....

DON RODRIGO.

No admite de su favor
tercero el juego de amor.
Pero para que no muera
del deseo que me abrasa,
¿queréisme vos declarar
quien sois?

CLAVELA.

No os ha de importar.—
Una dueña de su casa.

DON RODRIGO.

Dueña, porque la señora
sois de esta casa.

CLAVELA.

Eso no.

DON RODRIGO.

¡Pluguiera á Dios, como yo
os conozco á vos ahora,
quisiésedes conocer
vos un pecho agradecido!

CLAVELA.

¡Qué mal me habeis conocido!
La condesa no es muger
que á tal hora habia de estar
en ventanas del terrero,
siendo viuda.

DON RODRIGO.

Yo no quiero
la ocasion averiguar;
pero á veces el leon
huye cuando no le ven;
y la condesa tambien
conservará su opinion
en público; pero á solas,
¿qué perderá porque aquí
se divierta?

CLAVELA.

¿Hácenlo así
las viudas españolas?

DON RODRIGO.

Españolas y alemanas.—
¿Quereis no hacerme penar?

CLAVELA.

¿Pues habíaos yo de hablar
de noche por las ventanas,
si la que vos pensais, fuera?

DON RODRIGO.

Y aun por ver que lo negais,
mas mi sospecha aumentais.

CLAVELA.

Ahora bien, Oton, no quiera
el cielo que á quien me ha dado
vitoria y libertad hoy,
tenga suspenso. Yo soy
la condesa de este estado.

CASIMIRO.

(*Aparte con Floro.*)
¡Ay Floro! ¿No escuchas esto?
Sin duda tiene aficion
la ingrata condesa á Oton.
Él me ha vencido, él me ha puesto
en este estado. ¿Será
justo que le demos muerte?

FLORO.

Señor, tu peligro advierte.

CASIMIRO.

No hay temer peligros ya.
Con las alas del batel
volveremos por el mar:
la noche nos da lugar,
y prisa el odio crüel
que á Oton tengo.

FLORO.

Espera un poco;
satisfácete primero
de á quien ama.

CASIMIRO.

Si eso espero,
fuerza será el verme loco.

DON RODRIGO.

No en balde el alma adivina,

contra la sospecha vana,
hermosisima Diana,
conoció la luz divina
que eclipsa el funesto luto
que traeis.

CLAVELA.

Nuevos cuidados,
para el sosiego pesados,
han usurpado el tributo
que al descanso paga el sueño.
No puedo pegar los ojos.

DON RODRIGO.

¡Ay! ¿quién de aquesos enojos
supiera quien es el dueño?
¿Quereis decírmelo á mí?

CLAVELA.

Vos la ocasion de mi bien
sois, y de mi mal tambien.

CASIMIRO, *aparte.*

¿Esto escucho?

DON RODRIGO.

¿Cómo así?

CLAVELA.

De mi bien, porque vencido
habeis al conde, que á amor
quiere obligar con rigor,
sabiendo que el bien nacido
con alhagos y blandura
se deja mejor llevar;
de mi mal, porque el pesar
que al conde distes, procura
desvelarme como veis.

DON RODRIGO.

¿Pesar del conde os desvela?

CLAVELA.

Con vos no ha de haber cautela;
y pues ya lo mas sabeis,
¿veis el aborrecimiento
que al conde he mostrado, Oton?
¿veis que arriesgo mi opinion,
huyendo mi casamiento,
rebelde, por resistir

las armas con que pretende
el amor con que me ofende?
Pues mas hago en reprimir
desvelos que han de vencer
al cabo.

CASIMIRO, *aparte.*

¡Ay piadosos cielos!
Esto ¿es verdad?

DON RODRIGO.

(*Aparte.* Viles celos,
¿esto venimos á ver,
y me dejais con la vida?
¡Ay esperanza engañada,
tan despacio conservada,
y tan aprisa perdida!)
Pues si quereis bien al conde,
y su valor y grandeza
con vuestro estado y riqueza
igualmente corresponde,
señora, y el duque Arnesto,
vuestro hermano, os ha pedido
que le admitais por marido;
siendo el medio tan honesto,
¿por qué le habeis despreciado,
y vuestro rigor le ofende?

CLAVELA.

Porque por armas pretende
lo que se ha de hacer de grado.
Amor se cobra por plazos,
(como censo), por desvelos,
suspiros, penas, recelos;
pero no á fuerza de brazos;
que es dios, y ha de poder mas.
Si el conde querer supiera,
menos armado viniera;
que no se rindió jamas
Cupido á Marte, y es loco
quien inquieta su sosiego;
que amor, del modo que el fuego,
se introduce poco á poco.
A fé que si por despojos
de vuestra vitoria, Oton,

en prueba de su aficion,
trujérades á mis ojos
al conde preso y rendido,
que sospecho de mi amor
que viéndose vencedor,
se sujetara al vencido.
¡Ay Oton! si en lugar vuestro
el conde me oyese,...

CASIMIRO.

(*Aparte con Floro.*)
Floro,
¿diré á voces que la adoro?
¿daré del gozo que muestro
señales? ¿diré quien soy?

FLORO.

Calla.

CASIMIRO.

¿Qué espero? ¿qué aguardo?

CLAVELA.

¿Hay príncipe mas gallardo
que el conde en el mundo hoy?
Del imperio es eletor,
y pretendiente tambien.

DON RODRIGO.

En fin, vos le quereis bien,
que es la ventura mayor.
(*Aparte.* ¡Ay de mí!)

CHINCHILLA.

(*Aparte.* ¡Que el cielo esté
echando chuzos aquí,
y se esten los dos así,
sin porqué ni para qué!
Maldiga Dios tal paciencia.
Aquesto va muy despacio;
alborotar á palacio
quiero, fingiendo pendencia.
Meto mano.)—Perro, advierte
(*A voces, dando cuchilladas al viento.*)
que es de Chinchilla esta espada.—
Muere.—De esta cuchillada,
le espeto.—¡Ay!—Díle la muerte.

CLAVELA.
¿Qué rüido es este? ¡Ay cielos!
CHINCHILLA.
Muera. (*Vase.*)
CLAVELA.
Oton, mirad por vos,
y guardad secreto.
DON RODRIGO.
A Dios. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CLAVELA, *á la ventana.* CASIMIRO. FLORO.

CLAVELA.
Yo he dado gentiles celos
á Oton, y quizá por ellos
mudará de parecer;
que no querrá pretender
de Diana los ojos bellos,
compitiendo con el conde;
mas ¿qué os aprovecha, amor,
el ser vos enredador,
si un imposible os responde
que no puedo, aunque á mi hermano
adore, ser su muger?
Mas direis que quereis ser
el perro del hortelano.
(*Quítase de la ventana.*)

ESCENA IX.

CASIMIRO. FLORO.

CASIMIRO.
¿De qué sirve el encubrirme?
¡Ah mi condesa! ¡ah mi bien!
luz esos ojos me den.
El conde soy; á rendirme

vengo á esos pies. Yo fui necio
en pretender conquistaros
por armas: con adoraros
por sol de divino precio,
con veros no mas, Diana,
pudiera alegre vivir:
solo por mí sé decir
que fue cólera alemana.
Mas, mi bien, yo aguardaré
desde aquí, si he sido loco,
un año, un siglo, y es poco.

FLORO.

Aqueso sí, cansaté;
que una hora há que se quitó
de la reja la condesa.

CASIMIRO.

O muros, ¿cómo no os besa
quien en vosotros oyó
tal favor? o rejas mias,
cera sois, no hierro duro.

FLORO.

Deja las rejas y el muro,
y mira que desvarías.

CASIMIRO.

Si la condesa ha propuesto,
viéndome á sus pies rendido,
darme el nombre de marido,
volveréme al duque Arnesto,
y pediréle perdon;
y cuando me le conceda,
procuraré que interceda
con la condesa. Razon
será que á los bellos pies
de Diana, humilde pida
ó que me quite la vida,
ó lo que mas cierto es,
me dé con Oberisel
la gloria que merecí.

FLORO.

¿Quieres que nos vamos?

CASIMIRO.

Sí.

Desata, Floro, el batel.
¿Que intenté con mano armada
venceros, viuda constante?
¡Mal haya, amen, el amante
que quiere muger forzada! (*Vanse.*)

ESCENA X.

—

DON RODRIGO. CHINCHILLA.—CASIMIRO, *dentro.*

DON RODRIGO.

¡Vive Dios! si no mirara
el amor que me has tenido,
y lo mucho que te debo,
loco, necio, sin jüicio,
que te cortara las piernas,
y sirvieras de castigo
y venganza á mis agravios.

CHINCHILLA.

¿Así se pagan servicios?
¿Qué te he hecho?

DON RODRIGO.

¿Qué, cobarde?
Fingir, borracho ó dormido,
cuando estoy con la condesa,
pendencias vanas.

CHINCHILLA.

¡Bonito
soy yo para fingimientos!
¿Qué habia de hacer, si vino
al encuentro.....?

DON RODRIGO.

¿Quién, borracho?
Dílo presto.

CHINCHILLA.

Vino el vino,
ó un gigante con cien pies,
doce brazos, mil colmillos,
seis gaznates, diez quijadas,
un ojo, y tres colodrillos.
Díjome: "suelta la capa."

Respondíle yo: "hace frio."
Dióme una coz, y dejóme
la chinela en el ombligo;
eché mano....

DON RODRIGO.

Calla, infame.

CASIMIRO, *dentro.*

A Dios, palacios propicios,
donde vive mi condesa;
que antes de un mes, Casimiro
será su dichoso dueño.
Voga, Floro.

DON RODRIGO.

¡Ay Dios! ¿Qué he oido?
¿Dijo *Casimiro*?

CHINCHILLA.

Sí,
Casimiro la voz dijo.

DON RODRIGO.

¿Luego Casimiro ha estado
aquí?

CHINCHILLA.

¡Y cómo! Todo ha sido
encantamentos; que andan
estantiguas ó estantiguos.

DON RODRIGO.

¿Si vino á hablar la condesa,
llamado, el conde atrevido?
Mas pues aquí le aguardaba,
llamado por ella vino.
¡Oh altanera presuncion!
¡qué presto por vos imito
á Luzbel en el caer
de la altivez de mí mismo!

ESCENA XI.

—

LA CONDESA, *á la ventana.*—DON RODRIGO. CHINCHILLA.

CONDESA, *aparte.*

Voces oigo en el terrero,
y á esta ventana he sentido

hablando no sé yo á quien.
Desvelos y desatinos
engañan mi pensamiento.
¿Cómo, amor, si os pintan niño,
no dormís? ¿cómo, si viejo,
teneis de mozo los brios?

DON RODRIGO.

Alto, pensamientos locos,
hagamos cuenta que ha sido
lo que por mí pasó, un sueño;
de la memoria os despido.
La condesa es muy discreta;
Casimiro, el conde, digno
de su hermosura y estados;
gócense años infinitos;
que á Clavela por hermosa,
por hija de un padre rico,
por discreta y principal,
desde aquí otra vez elijo.
¿Declararéle quien soy?
¡Ay cielos!

CONDESA, *aparte.*

Entre suspiros
oigo quejas lastimadas,
aunque el por qué no percibo.
¿Quién será? ¡Válgame el cielo!

CHINCHILLA.

Escucha; que aun no se ha ido
tu dama de la ventana;
que la luz que por resquicios
de nubes nos da la luna,
nos muestra lejos y visos
de una dama en embrion.

DON RODRIGO.

¿Mi dama? ¿qué dices?

CHINCHILLA.

Digo
que habemos de amanecer
como besugos.

DON RODRIGO.

Si es ido
el conde, ¿qué aguardará

la condesa?

CHINCHILLA.

Un romadizo.

(Don Rodrigo se acerca á la ventana y Chinchilla se arrima á una pared.)

DON RODRIGO.

¡Ah de la reja!

CONDESA.

¿Quién llama?

DON RODRIGO.

¿Cómo habeis desconocido
á Oton, que ahora os hablaba?
¡Tanto rigor! ¡tanto olvido!

CONDESA, *aparte.*

¡Oton aquí y á tal hora,
y que hablaba en este sitio
con dama de mi palacio!
¿Qué es aquesto, celos mios?
Fingirme Clavela quiero.
Amor, ¿tan en los principios,
en celos vais dando de ojos?
¿Qué haré yo, pobre, que os sigo?

DON RODRIGO.

¿Ya, señora, no me hablais?

CONDESA.

Si no os hablo, hermano mio,
es porque estoy enojada
con vos, y mucho he sentido
que con vuestras dilaciones
Pinabel pierda el sentido,
entre esperanzas dudosas.
Perdonadme si esto os digo;
que la vergüenza á la noche
licencia, Oton, ha pedido.

DON RODRIGO.

¡Cómo! ¿pues sois vos Clavela?

CONDESA.

Clavela soy, que he venido
á entretener esperanzas
de quien padece el martirio
de un año de noviciado,
sin ser en amor novicio.

Aqui á Pinabel espero.

DON RODRIGO.

¿Quereisle mucho?

CONDESA.

Infinito;
que es muy galan Pinabel,
muy discreto y bien nacido.

DON RODRIGO.

Alto, pues; si eso es así,
desde aqueste lugar mismo
me parto, por desdichado,
al desierto del olvido;
mas porque sepais primero
las desgracias que han seguido
mi suerte desde la cuna,
(¡ojalá que hubiera sido
mi sepulcro juntamente!)
yo no soy, (verdad os digo)
no soy vuestro hermano Oton.

CONDESA.

¡Cómo! ¿Estais en vos?

DON RODRIGO.

Perdido
estoy; mas esto es verdad.
Madrid, corte de Felipo,
Clavela, es mi patria ingrata,
y mi nombre don Rodrigo
Giron: de reyes desciendo,
no obstante que el cielo quiso
hacerme tan desdichado,
señora, cuan bien nacido.
Tengo un hermano mayor
con un mayorazgo rico,
de quien cobraba alimentos
muy cortos y muy reñidos.
Tratábame mal mi hermano;
sufríle mil desatinos,
por ser menor y mas pobre;
mas como no es infinito
el sufrimiento en un hombre,
acabóse en fin el mio.
Descompúsose una vez

demasïado; reñimos,
sin ser bastantes terceros;
con que dejándole herido,
fue fuerza salir de España,
pobre y desapercebido.
Vine á Flandes confiado
en cartas de deudos mios
para el archiduque Alberto;
llegué á Momblan de camino;
tuvístesme por Oton,
que si me es tan parecido
en desdichas como en cuerpo,
poco su fortuna envidio.
Porfiastes de manera,
Liberio que era su hijo,
y vos que era vuestro hermano,
que obligado y persuadido
de porfias y pobrezas,
la necesidad me hizo
contemporizar con todos.
Yo, Clavela, os he querido
de modo, que he dilatado
la boda, como habeis visto,
de Pinabel, siendo yo
aquel caballero mismo
que fingí esperar de España;
bien que intentos atrevidos
me prometieron quimeras,
que por serlo, no las digo.
Pero pues á Pinabel
amais, como me habeis dicho,
y yo que soy caballero,
engañaros no permito,
á España quiero volverme;
que si en ella y aquí he sido
desdichado, mal por mal,
moriré entre mis amigos.
A Dios, mi fingida hermana.

CONDESA.

Esperad. (*Aparte.* ¡Cielos benignos!
detenédmele.) No os vais;
que ya seais don Rodrigo,

como decís, ó ya Oton,
con juramento os afirmo
de no amar á Pinabel;
antes si sé y averiguo
que no soy hermana vuestra,
os daré de esposo mio
mano y palabra, á pesar
de desdichas y peligros.

DON RODRIGO.

Clavela, ¿será esto cierto?

CONDESA.

Como el volar sucesivo
el tiempo, como el correr
para su centro los rios.

DON RODRIGO.

Pues, querida esposa, á Dios.

CONDESA.

A Dios, esposo querido.
Fingid que sois vos mi hermano.

DON RODRIGO.

Solo en amaros no finjo.

CONDESA, *aparte.*

Porque no se me ausentase,
quimeras le he prometido,
que no cumplirá Clavela,
si yo puedo.

DON RODRIGO.

Dueño mio,
á Dios.

CONDESA.

A Dios, mi español.
(*Aparte.* Amor, de este laberinto
me sacad.)

DON RODRIGO.

Chinchilla, vamos.

CHINCHILLA.

Por Dios, que me habia dormido.

ACTO TERCERO.

Sala de palacio.

ESCENA I.

LA CONDESA. CLAVELA.

CLAVELA.
Mucho madrugas.
CONDESA.
Clavela,
tengo bastante ocasion.
CLAVELA, *aparte.*
Si es la que el alma recela,
cuidados serán de Oton,
que á mí tambien me desvela.
CONDESA.
¿Qué dices?
CLAVELA.
Que Pinabel,
en cuya ausencia suspiro,
es con mi sueño crüel,
como tú con Casimiro.
CONDESA.
Hoy te has de casar con él.
CLAVELA.
¡Cómo, señora!
CONDESA.
No es justo
que Oton haga tanto daño
á la esperanza y al gusto,
que quiera que aguarde un año,
conociendo tú el disgusto
que causa su dilacion.
Esto pide Pinabel.

CLAVELA.

Sí; mas mira....

CONDESA.

No es razon
que cuando tú seas Raquel,
quiera ser Laban Oton,
de un favor enamorado;
pues ni hay Lia, ni paciencia,
ni es Oton suegro pesado;
aunque poca diferencia
irá de un suegro á un cuñado.
Yo he conocido el pesar
que á tí tambien te atormenta,
y acabas de confesar;
y pues corre por mi cuenta,
hoy te le pienso aliviar.

CLAVELA.

Sí; mas ¿la palabra dada
á don Rodrigo Giron.....?

CONDESA.

¡Oh lo que pecas de honrada!
En viniendo, dirá Oton
que fuiste por mí forzada
á casarte.—¿Dónde vas?

CLAVELA.

Voy á traerte los guantes.

CONDESA.

Hoy la mano le darás.

CLAVELA, *aparte.*

Daréla á la muerte antes.
Clavela, á morir: no hay mas. (*Vase.*)

ESCENA II.

LA CONDESA.

¿Que no ha de bastar valor
para resistir desvelos?
Pero entre espinas de celos,
¿cuándo sosegó el amor?
Quiero dormir, y es peor,

pues si goza mi cuidado,
durmiendo, el sabroso estado
que intenta mi atrevimiento,
despierto, y da mas tormento
el bien despues de soñado.
¿Que con fuerza tan estraña
un español me avergüence?
Pero ¿qué no rinde y vence
la gala y valor de España?
Si con una ilustre hazaña
no volveis por vos, honor,
decilde á vuestro temor
que os ha un español rendido;
pues es honra del vencido
la opinion del vencedor.
¿No es noble el español?—Sí;
mas ¡ay esperanza necia!
Quien á un príncipe desprecia,
¡se rinde á un vasallo así!
Yo me acuerdo que leí
que con ánimo constante,
á un leon, á un elefante,
rinde un pequeño animal:
venza, pues, con honra igual
á un loco conde mi amante.

ESCENA III.

—

DON RODRIGO.—LA CONDESA.

DON RODRIGO.

Á que firme las libranzas
que me mandó vuescelencia,
he venido á su presencia.
(*Aparte.* ¡Ay difuntas esperanzas!)

CONDESA.

¿Libranzas traeis, Oton?
(*Aparte.* ¡Ojalá en ellas hallara
libranza yo, que librara
mi afligido corazon!)

¿Cómo venís tan temprano?

DON RODRIGO.

Porque me han dicho, señora,
que por imitar la aurora,
al sol ganastes de mano,
levantándoos antes que él.

CONDESA.

Oton, no puedo dormir.

DON RODRIGO.

Teneis mucho que advertir;
que el regir á Oberisel
no da cuidado pequeño.
(*Aparte.* Un mal tenemos los dos.)

CONDESA.

Dadme algun remedio vos,
si le sabeis, para el sueño.

DON RODRIGO.

No le hay para esas ojeras,
sino es que le dan los cielos,
porque no dan sueño á celos
jarabes de adormideras.

CONDESA.

¿Cèlos yo?

DON RODRIGO.

Quien tiene amor,
mal sin celos vivirá.
Como el conde ausente está,
venturoso sucesor
del duque, harán lo que suelen
los celos, que en los amores
pintan con falsos colores
pensamientos que desvelen
la mas segura lealtad;
porque celos entre amantes
son como los caminantes,
que pocos cuentan verdad.

CONDESA.

(*Aparte.* Clavela le habrá contado
que amo al conde Casimiro.)
Oton, segun lo que miro,
vos estais escarmentado
del mal de los celos fiero.

DON RODRIGO.

¿Yo celos, señora mia?

CONDESA.

¿Qué sirve callar de dia
lo que de noche el terrero
sabe, y vos decís en él?

DON RODRIGO.

¿Celos yo? No sé hasta aquí
de quien los tenga.

CONDESA.

Yo sí.

DON RODRIGO.

¿Vos? ¿De quién?

CONDESA.

De Pinabel.

DON RODRIGO.

¿No es amante de mi hermana?
¿Qué celos me puede dar?

CONDESA.

No lleguemos á apurar
mas verdades; que no es vana
aquesta imaginacion,
aunque vivais con cautela.

DON RODRIGO, *aparte.*

¿Mas que le ha dicho Clavela
que no soy su hermano Oton?

CONDESA.

Mañana se han de casar
ella y Pinabel, sin falta.

DON RODRIGO.

¿Y si mi palabra falta?

CONDESA.

Por mí, no importa faltar
una palabra.

DON RODRIGO.

Hela dado
á don Rodrigo Giron,
caballero de opinion,
y á quien estoy obligado.

CONDESA.

Vos ¿no gustais que se haga,
Oton, este casamiento?

DON RODRIGO.

Quitando este impedimento,
justo es que se satisfaga
á Pinabel, que es mi amigo.

CONDESA.

Pues si gustais, Oton, vos
de que se casen los dos,
tambien gusta don Rodrigo.

ESCENA IV.

CLAVELA, *con unos guantes en una salvilla.*—LA CONDESA. DON RODRIGO.

CLAVELA.

(Aparte al salir.)
¡Tan de mañana mi hermano
con la condesa!

CONDESA.

¿Qué es eso?

CLAVELA.

Los guantes son. (*Aparte.* Pierdo el seso.)

CONDESA.

Salte allá fuera.

CLAVELA, *aparte.*

¡Que en vano
entre mis sospechas temo!
¡Ay ciego y desnudo Dios!
(Da los guantes á la condesa y se retira.)

ESCENA V.

LA CONDESA. DON RODRIGO.

CONDESA.

(Calzándose los guantes.)
Mucho me espanto de vos,
Oton, que siendo el estremo
de cortesía, no hayais
en los ojos de una dama,

que sé yo que os quiere y ama,
visto lo que si estimais,
os ha de estar mas á cuento
que el amor que pena os da.

DON RODRIGO.

Señora, de ayer acá
me ha mandado un pensamiento
que no dé crédito á ojos.

CONDESA.

¿Por qué?

DON RODRIGO.

Porque prometieron
lo que despues no cumplieron,
dando principios á enojos.
Y mentir quien ama es mengua.

CONDESA.

Pues vos ¿cómo habeis sabido
que esos ojos han mentido?

DON RODRIGO.

Porque lo dijo la lengua.

CONDESA.

No tengo por discrecion
dar á la lengua mas fé
que á los ojos, pues se ve
por ellos el corazon.
Vos teneis poca esperiencia
en ciencia de ojos.

DON RODRIGO.

Sí tengo,
gran señora, pues que vengo
á saber por esperiencia
lo que al conde Casimiro
amais.

CONDESA.

¿En mis ojos?

DON RODRIGO.

Sí:
en ellos su dicha vi,
(*Aparte*. y en ellos mi muerte miro.)

CONDESA.

Alto: pues vos lo habeis visto,
al conde debo de amar.

(*Aparte.* No quiero mas declarar
el ciego amor que resisto.)
¿No es galan el conde, Oton?

DON RODRIGO.

Pues á vuestro amor se iguala,
¿qué mas dicha? ¿qué mas gala?

CONDESA.

Mudemos conversacion.
No paseis mas adelante.

DON RODRIGO, *aparte.*

¿Qué querrá decir por esto
la condesa?

CONDESA.

No me he puesto
jamas tan estrecho guante.

DON RODRIGO, *aparte.*

¡En qué nueva confusion,
alma, volvèmos á entrar!

CONDESA.

No me le puedo calzar:
calzádmele vos, Oton.

DON RODRIGO, *turbado.*

¿Yo, señora? Aqueso no;
que os burlais.

CONDESA.

Acabad, necio,
que es el cordoban muy recio,
y no tengo fuerzas yo.

DON RODRIGO.

Pues tal dicha he merecido,
gozarla y serviros quiero.

(*Llega turbado, y se le cae la capa y el sombrero.*)

CONDESA.

Alzad del suelo el sombrero.—
La capa se os ha caido.—
¿Turbaisos?

DON RODRIGO.

Es amor niño,
y túrbase.

CONDESA.

¿Qué decís?

DON RODRIGO.

Que nunca, si lo advertís,
la turbacion tuvo aliño.

CONDESA.

¿Pues de qué os turbais?

DON RODRIGO.

¿Es poco
tocar la mano, señora,
al sol, la luna, al aurora?
Si nieve entre llamas toco,
¿no es justa mi turbacion?

CONDESA.

Acabad ya, lisonjero.

DON RODRIGO.

Calzaros quiero primero
el dedo del corazon.

CONDESA.

¿Para qué?

DON RODRIGO.

Para obligalle
con la lealtad que le enseño.

CONDESA.

Si el corazon tiene dueño,
¿de qué sirve sobornalle?

DON RODRIGO.

¡Dueño!

CONDESA.

El conde Casimiro.

DON RODRIGO.

No cabe el guante, señora.
(*Aparte.* ¡Ay de mí!)

CONDESA.

Tirad agora.

DON RODRIGO.

Romperéle, si le tiro,
(*Aparte.* al paso que mi esperanza;
que aunque la barra tiró
cuanto pudo, la rompió
mi mortal desconfianza.)

CONDESA.

En fin, ¿me viene pequeño
el guante?

DON RODRIGO.

Cual mi ventura,
(*Aparte.* que aunque igualarme procura
con el valor de su dueño,
es imposible alcanzalle.)

CONDESA.

¿Quién hay, Oton, que no sepa,
que para que un guante quepa,
no hay cosa como picalle?

DON RODRIGO.

Puede venir tan pequeño,
que el picalle sea escusado.

CONDESA.

Dadme vos que esté picado;
que vendrá sin duda al dueño.

DON RODRIGO, *aparte.*

¡Cielos! ¿es favorecerme
esto, ó burlarse?—No sé.
¿Si necio presumiré
que todo aquesto es quererme?
Pero si con la condesa
habló el venturoso conde,
si con él se corresponde,
si ella misma lo confiesa,
¿hay claridad mas obscura?
¿hay obscuridad mas clara?

CONDESA.

(*Aparte.* Amor que así se declara,
ya toca en desenvoltura.
Yo volveré sobre mí.)
Oton, si el conde viniera
tan picado, que estuviera
rendido y sujeto aqui,
alcanzara por amante
lo que por soldado no.

DON RODRIGO, *aparte.*

¡Ah, cielos! ya declaró
la enigma obscura del guante.
Volvamos, loca porfia,
á casa la libertad;
que es lo demas necedad.

ESCENA VI.

CLAVELA.—LA CONDESA. DON RODRIGO.

CLAVELA.

Albricias, señora mia.

CONDESA.

¿De qué? ¿Ha venido mi hermano?

CLAVELA.

No; mas tu esposo ha venido.

CONDESA.

¿Cómo? ¿Pues ha merecido
ese título hombre humano,
sino el duque? Loca, necia....

CLAVELA.

El ver que le quieres bien,
y que es público tambien
que como á esposa te precia,
y á darte la mano viene,
me ha obligado á anticipar
el nombre que le has de dar,
y él por tan seguro tiene.

CONDESA.

¿Hay hombre mas atrevido?

DON RODRIGO.

Si ha dicho vuestra escelencia
que el venir á su presencia
enamorado y rendido
le ha de ser de mas provecho
que armado con gente tanta,
¿por qué le culpa, y se espanta?
Lo que deseaba ha hecho.

CONDESA.

No todo lo que se dice
se desea siempre, Oton;
de la lengua al corazon
hay mil leguas; contradice
la lengua al alma mil veces.
Vamos; que el conde verá,

si persuadido á eso está,
en los ojos, que son jueces
del pensamiento, el rigor
de una enojada muger;
y á no estar en mi poder,
y deslustrar mi valor,
viniendo de paz, prendelle,
yo le hiciera castigar.

DON RODRIGO, *aparte.*

¿Quién os sabrá contentar,
mugeres?

CONDESA.

Yo voy á velle
contra mi gusto. Esos guantes,
porque del mio lo son,
picad entre tanto, Oton,
y no os asombren gigantes,
pues torres la industria escala,
sin reparar en su altura;
que en mano de la ventura
un pastor á un rey iguala. (*Vase.*)

ESCENA VII.

—

CLAVELA. DON RODRIGO.

DON RODRIGO, *aparte.*

¿Otra vez volveis, engaños,
á despertar mi sosiego?
¿Otra vez soplais el fuego
que apagaron desengaños?
Eso no; ya el conde vino
anoche, y le prometió
ser su esposo; oílo yo:
lo demas es desatino.
Palabra me dió Clavela
de ser mi esposa: ¿qué aguardo?

CLAVELA, *aparte.*

Amor, ¿por qué me acobardo?
¿Declararéme?

DON RODRIGO.

(*Aparte.* ¿Hablaréla?)
Mi bien.....

CLAVELA.

¿Mi bien? No se llama
así la hermana.

ESCENA VIII.

—

LA CONDESA.—CLAVELA. DON RODRIGO.

CONDESA.

¿Qué haceis
los dos aquí? (*A Clavela.*) Ven conmigo.

CLAVELA.

(*Aparte.* ¿Qué es esto, amor enemigo?
¿Siempre estorbos me poneis
para declarar mi llama?)
¿Qué dices?

CONDESA.

Conmigo ven,
y esta noche te preven
á dar la mano á quien te ama.

DON RODRIGO.

Señora....

CONDESA.

Aqueste es mi gusto,
y hoy se ha de ejecutar.

DON RODRIGO.

¿Pues será justo quebrar....?

CONDESA.

Ya sea justo, ya sea injusto,
esta noche te dispon
á dar esposo á tu fama;
que ya yo he buscado dama
á don Rodrigo Giron.

(*Vanse las dos.*)

ESCENA IX.

—

DON RODRIGO.

«¿Que ya yo he buscado dama
á don Rodrigo Giron?»
Pues ¿quién le dió comision,
si no conoce á quien ama
don Rodrigo, en prevenir
dama para él? Mas Clavela
mis secretos le revela,
aunque procura fingír.
Siendo don Rodrigo Oton,
si la condesa me ama,
guardaráse para dama
de don Rodrigo Giron.
Pero ¿cómo puede ser,
si Casimiro ha llegado,
por la condesa avisado,
á quien ya llama muger,
y una noche en el terrero,
junto á la lengua del mar,
le oí yo mismo alabar,
arrogante y lisonjero,
que le amaba la condesa?
Ella misma ha confesado
que toda el alma le ha dado;
y pues ella lo confiesa,
no pasemos adelante,
engañosas conjeturas.
Mas ¡cielos! ¿las picaduras
y la pequeñez del guante....?—
No es aficion, sino es sueño.
¿Hay mas confuso cuidado?—
«Dadme vos que esté picado;
que yo haré que venga al dueño.»
Todas estas muestras son
que se guarda, porque me ama,
la condesa para dama
de don Rodrigo Giron.

ESCENA X.

PINABEL. CHINCHILLA.—DON RODRIGO.

PINABEL.

Pues, Oton, ¿vos aquí tan melancólico,
cuando todo Momblan se regocija
de ver á Casimiro tan gallardo,
que todo el mundo le echa bendiciones?
Salir á recebir á quien ha sido,
si ahora vencedor, vuestro vencido.

DON RODRIGO.

No sé qué pesadumbres interiores
me tienen, Pinabel, desazonado
para cosas de gusto. El conde venga
con bien, para que goce á la condesa.

PINABEL.

Segun vos lo decís, mostrais que os pesa.

DON RODRIGO.

¿Á mí pesar? ¿Por qué?—¿Y han ya llegado
á palacio?

PINABEL.

Ya estan en la gran sala,
cercados de parientes y de amigos.
Salióle á recebir á la escalera
Diana, entre la nieve de sus tocas
deshojando claveles la vergüenza,
que á verle se asomó por sus mejillas.
Hincóse el conde de rodillas luego,
diciéndole turbado: «gran señora,
por imitar á Dios de todos modos,
si soberbio y armado me humillastes,
humilde y desarmado, premio aguardo.
Por preso vuestro vengo; que intereso
ser vuestro esposo ya por vuestro preso.»
Ella entonces, no sé si desdeñosa,
(propiedad de muger cuando mas quiere)
le dió la mano y dijo: «no permita
vuestra escelencia, cuando está en su casa,

hincar rodillas á quien mandar puede.»
Y no dando respuesta á las razones
tocantes á su amor y alegres bodas,
alzando al conde, de miralla ufano,
le dió lugar para besar su mano.

DON RODRIGO.

¿La mano le besó?

PINABEL.

Y al lado suyo
se entraron en la sala, donde un pliego
abrió del duque Arnesto, en que le ruega
se case con el conde Casimiro,
diciéndole que escribe al mismo punto
que se pone á caballo, porque quiere
venir á ser padrino de estas bodas.

DON RODRIGO.

(*Aparte.* Ea, juntaos, desdichas; venid todas.)
En fin, ¿que la condesa muestra gusto
con el dichoso conde?

PINABEL.

¿Pues no es justo?

DON RODRIGO, *aparte.*

¡Ay vanas esperanzas malogradas!

PINABEL.

Aunque ocupada, Oton, con tantas cosas,
mira con tal cuidado por las mias,
que acaba de advertirme que esta noche
quiere que dé la mano á vuestra hermana,
responda ó no responda don Rodrigo;
que gusta que á sus bodas se anticipen
las mias, y á pesar de la mudanza,
la posesion destierre á la esperanza.
Y aunque querello la condesa sobra,
estimo de manera vuestro gusto,
que no quiero sin él ninguna dicha;
puesto que ya debeis de estar cansado
de dilaciones de este don Rodrigo,
y el sí le concedais por ser su amigo.

DON RODRIGO.

Pinabel, no há dos horas que una carta
de don Rodrigo tuve, en que me avisa
que en Momblan ha de estar esta semana.

Mirad ¿cómo os podré dar á mi hermana?

PINABEL.

Facilmente podeis, si la condesa
me desposa esta noche; que forzado,
ni podeis hacer mas, ni estais culpado.

DON RODRIGO.

La condesa en sabiendo que está en Flandes
don Rodrigo Giron, no le hará agravio,
ni á mí me querrá dar tal pesadumbre.

PINABEL.

Siempre vos la mostrais en cosas mias;
y si por ser yo hermano del difunto,
os parece que sea yo heredero
del odio que le habeis, Oton, tenido,
podrá ser que lo sea en su venganza.

DON RODRIGO.

Habladme, Pinabel, con mas templanza.

PINABEL.

¿Qué templanza merecen vuestros humos?
¿Vos entendeis que yo no los conozco?
Ya sé que os prometeis sin fundamento
condados que soñais, y que perdida
está por vuestro talle alguna dama,
con quien haciendo al conde competencia,
pasais de la merced á la escelencia.
Tambien sé que el negarme á vuestra hermana
es porque imaginais no ser iguales
mis prendas á las vuestras; que un cuñado
de un duque, potentado de Alemania,
(como vos soñais ser) querreis que sea
algun emperador, y aun será poco.
Quedaos para arrogante, necio y loco;
que ni Clavela es digna de llamarse
mi esposa, ni de vos hay que hacer caso,
que sois loco de atar. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON RODRIGO. CHINCHILLA.

CHINCHILLA.

Deten el paso,
liebre, conejo, y triunfe la espadilla:
sabrás quien es el capitan Chinchilla.

DON RODRIGO.

Déjale; que padece el mismo daño
que yo. De celos muero, celos tiene;
no me espanto que diga disparates.

CHINCHILLA.

Si no se va, por Dios que hay carambola.
Cambrones lleva bajo de la cola.

DON RODRIGO.

Voy á ver á Clavela; que si el conde
viene á ser, como dicen, de Diana
amado dueño, con Clavela pienso
el tropel aplacar de mis desdichas,
pues todas mis venturas son tan cortas.

CHINCHILLA.

Cuando hay falta de pan, buenas son tortas. (*Vanse.*)

ESCENA XII.

CASIMIRO. FLORO. PINABEL.

PINABEL.

Diérale yo el bien venido
á vuescelencia, señor,
si hubiera para bien sido,
y no impidiera su amor
un loco desvanecido.
Vuescelencia crê que viene
á gozar en esta empresa
dichas que por ciertas tiene:

pues si ama á la condesa,
para gozarla conviene
dar primero muerte á Oton,
que es pesado impedimento
de su justa posesion.

CASIMIRO.

¿Cómo así?

PINABEL.

Trae pensamiento
(que á esto llega su ambicion)
de ser en Oberisel
conde.

CASIMIRO.

¿Oton?

PINABEL.

Oton, que loco
sitial previene y dosel,
y todo lo juzga poco,
no siendo debajo de él
esposo de la condesa.

CASIMIRO.

¿Pues tiene ella de él memoria?

PINABEL.

Como en la pasada empresa,
de vos alcanzó vitoria,
no le castiga, ni aun pesa
á Diana de que intente
lo que imposible ha de ser,
y mas teniéndoos presente.

CASIMIRO.

¡Ah mudanzas de muger,
ya en menguante, ya en creciente!
¿Que Oton loco y arrogante,
osa hacerme competencia?
¡Él de la condesa amante!
No hay sufrimiento y paciencia
para agravio semejante.
Matarle será mejor.

FLORO.

Advierte lo que hacer quieres.

CASIMIRO.

Esto conviene á mi honor.

¡Ah liviandad de mugeres!
Siempre escogeis lo peor.

PINABEL, *aparte.*

Así la arrogancia vana,
Oton, sé yo castigar
de una locura liviana.
La vida te ha de costar
no haberme dado á tu hermana. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

LA CONDESA.

¿Es posible, rapaz ciego y desnudo,
cuando el seso por un español pierdo,
que á mis locuras se resista cuerdo,
y á mis palabras contradiga mudo?
Declarado se ha el alma, cuanto pudo
permitir la vergüenza sin acuerdo.
Si es español y amante, ¿cómo es lerdo?
Si amor habla por señas, ¿cómo es mudo?
Aquí está el conde, el duque viene á verme,
que quiere darme esposo aborrecido,
y de pensallo, la esperanza muere.
Decilde, amor, que acabe de entenderme;
pero no se dará por entendido;
que es peor sordo el que entender no quiere.

ESCENA XIV.

DON RODRIGO.—LA CONDESA.

DON RODRIGO.

Dícenme que vuescelencia
me llama.

CONDESA.

¿Yo? ¿Para qué?

DON RODRIGO.

¿No? Luego yo me engañé

Voime con vuestra licencia.

CONDESA.

Ya que estais aquí, no os vais.
¿Cómo, si el conde ha venido,
y la causa habeis sabido,
el parabien no me dais?

DON RODRIGO.

Sea, señora, para bien.

CONDESA.

¡Qué breve me le habeis dado!
¿Habeis los guantes picado?

DON RODRIGO.

Si ya el conde os quiere bien,
á quien sirvieron de enîma,
¿para qué los guantes son?

CONDESA.

Decís bien: teneis razon.
Es vuestro ingenio de estima.
(*Aparte.* Amor, declararme quiero.
Mas la lengua no osará,
porque el temor le pondrá
freno: á la industria prefiero,
que es madre de la ocasion.)

DON RODRIGO, *aparte.*

¿Que así esta muger pretenda
burlarme, y que no lo entienda
mi dudosa confusion?

CONDESA.

(*Aparte.* Pintaba cierto discreto,
retratando á la vergüenza,
un billete que comienza
á descubrir su secreto;
y yo para descubrir
este secreto crüel,
me he de valer de un papel.)
Traed recado de escribir.

DON RODRIGO.

Voy por él. (*Vase.*)

CONDESA.

¿No es gran crueldad
callar el enfermo triste,
si en el principio consiste

la mayor dificultad?
Animo imposibles venza;
que si es el comenzar
la mitad del negociar,
lo mas hace el que comienza.
(*Saca don Rodrigo recado de escribir.*)

DON RODRIGO.

Aquí está lo necesario
para escribir.

CONDESA.

La opinion
que de vuestra discrecion
tuve siempre, secretario,
me obliga á fiar de vos
cosas de honor y recato;
y lo que aquí veis que trato,
querria que entre los dos
se quedase.

DON RODRIGO.

Por mi parte
seguro el secreto está.

CONDESA.

El conde ha venido ya;
el duque á casarme parte.
El deseo y la ocasion
ahora ofrecen lugar,
que despues han de estorbar
mi hermano y la dilacion.
El asegurarla es bien.
¿No os parece?

DON RODRIGO.

El fin espero.

CONDESA.

Un papel escribir quiero
por vos, á quien quiero bien.

DON RODRIGO.

¿No es al conde?

CONDESA.

Es, y no es.

DON RODRIGO.

¿Es y no es, gran señora?

CONDESA.

Sí, porque no es conde ahora;
pero serálo despues.

DON RODRIGO.

No entiendo esa enîma yo.

CONDESA.

El papel os le d'rá.

DON RODRIGO, *aparte.*

¡Cielos! esto ¿qué será?

CONDESA.

Comenzad.

DON RODRIGO.

Si os escribió
vuestro hermano, el duque Arnesto,
que por esposo admitais
al conde, ¿de qué dudais?

CONDESA, *aparte.*

¡Que aun no me entienda con esto!
¡Hay desventura mayor!

DON RODRIGO.

«¿Es y no es?» ¡Qué contrario
modo de hablar!

CONDESA.

Secretario,
no es para bobos amor.
Poco despuntais de agudo.

DON RODRIGO.

Indignos merecimientos
acobardan pensamientos.
¡Dichoso el conde, que pudo
llamarse, desde que vino,
esposo vuestro!

CONDESA.

¿Eslo ya?

DON RODRIGO.

Poco menos.

CONDESA.

De aquí allá
hay mil leguas de camino.

DON RODRIGO.

¿Luego no le amais?

CONDESA.

Yo.... sí.

DON RODRIGO.

¿Pues qué leguas puede haber?

CONDESA.

¿Qué quereis? ¿No puede ser
que Dios lo estorbe?

DON RODRIGO.

Es así.

CONDESA.

Pues no pierda la esperanza
el que la puede tener.

DON RODRIGO.

(*Aparte.* ¡Válgate Dios por muger,
por amor y por mudanza!)
Señora....

CONDESA, *aparte.*

Aquí se declara.

DON RODRIGO.

¿Tendria algun fundamento
mi atrevido pensamiento,
si viéndoos, imaginara
que al conde soy preferido?

CONDESA.

¡Vos! ¿Tan galan os pintais?
Arrogante y necio andais.
Sois un bárbaro atrevido.

DON RODRIGO.

(*Aparte.* ¡Oh nunca yo hubiera hablado!)
Suplícoos me perdoneis.

CONDESA.

Escribid; que bien sabeis
lo que há que estais perdonado,
y en lo que os estimo y precio.
(*Aparte.* Hombre que ha dudado ya
que le quiero bien, será
si me pierde, un grande necio.)

DON RODRIGO, *aparte.*

Entre miedos y esperanzas,
me traeis, amor sutil,
puesta mi vida en el fil
de estas dudosas balanzas.

¿Qué pensais hacer de mí?
¿Tuvo mas dudas Teseo
en su intrincado rodeo?

CONDESA.

¿No escribís?

DON RODRIGO.

Señora, sí.

CONDESA, *dictando.*

Mi bien......

DON RODRIGO.

¡Señora!

CONDESA.

No os llamo,
sino digo que escribais
mi bien.

DON RODRIGO, *escribiendo.*

Tierna comenzais.

CONDESA, *dictando.*

Con tan grande estremo os amo.....

DON RODRIGO, *escribiendo.*

Os amo.

CONDESA.

¿A quién amais vos?

DON RODRIGO.

Os amo he puesto, señora.

CONDESA.

¿A mí?

DON RODRIGO.

Yo repito ahora
lo que he escrito; aunque, por Dios,
que si haceis los ojos jueces,
ellos dirán mi delito.

CONDESA.

Poned *os amo.*

DON RODRIGO.

Ya he escrito....

CONDESA, *dictando.*

Os amo yo.

DON RODRIGO.

¿Tantas veces?

CONDESA.

¿Qué se os da á vos que sean tantas?

DON RODRIGO, *aparte.*

Entre esperanzas, desvelos,
tantas dudas, tantos celos,
ciego amor, ¿por qué me encantas?

CONDESA, *dictando.*

Que por ver si me amais vos,
dando á mis cuidados fin,
esta noche en el jardin
seré vuestra esposa. A Dios.

DON RODRIGO.

Escrito está ya.

CONDESA.

El tercero,
Oton, habeis vos de ser.

DON RODRIGO.

¡Dichoso quien merecer
pudo tanto, que es primero!

CONDESA.

Cerralde. Bien está así.
Y daréisele: ¿entendeis.....?

DON RODRIGO.

Sí, señora.

CONDESA.

A quien sabeis
que me quiere mas que á sí. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON RODRIGO.

«¡A quien sabeis que me quiere
mas que á sí!» Luego soy yo.
Pero ¿por qué me escribió,
si á mí en su amor me prefiere?
¿No me hablara, si es que muere
del mal que muero? Mas venza
un papel, pues que comienza
á ser de mi amor la suma,
porque en los nobles, la pluma
es lengua de la vergüenza.
Pero no será ¡ay de mí!

sino el conde á quien escribe;
que si por amarla vive,
amarála mas que á sí?
Pero ¿cómo será así,
Si aguarda al duque su hermano,
solo para dar la mano
al conde, ¡cielo! ¿á qué fin,
llamándole á su jardin,
quiere hacer su amor liviano?
Por ella el conde ha venido;
que le quiere ha confesado;
y querrá, pues fué el llamado,
hacerle hoy el escogido.
Pero si fuera querido,
preguntada, respondiera
que le amaba, y no dijera
con tan ambiguo sentido
aquel *es y no es* dudoso.
¿Hay mar mas tempestüoso,
con mas confusa ribera?
No es posible, ni imagino
que á Casimiro escrito há,
pues dijo que de aquí allá
hay mil leguas de camino.
¡Pues qué! ¿diré que soy dîno
de gozalla yo? ¡Ay de mí!
que aquí la sentencia oí
de mi arrogante interes.
Decidme, cielos: ¿quién es
quien la quiere mas que á sí?

ESCENA XVI.

CASIMIRO. FLORO.—DON RODRIGO.

FLORO.

(*Hablando con el conde aparte.*)
Aqui está Oton; pero mira
primero lo que has de hablar.

CASIMIRO.

No hay que advertir ni mirar;
que no tiene ojos la ira.

DON RODRIGO, *aparte.*

El conde ha venido aquí:
decid, obscuro papel,
¿sois para mí ó para él?
¿Quién la quiere mas que á sí?

CASIMIRO.

Oton.....

DON RODRIGO.

Gran señor.....

CASIMIRO.

En vos
sé yo que tuve un testigo,
cierta noche que conmigo
fué piadoso el ciego dios,
de la mucha voluntad
con que estando ausente yo,
á mi amor favoreció
la condesa.

DON RODRIGO.

Así es verdad.

CASIMIRO.

¿Ella no os lo dijo?

DON RODRIGO.

Sí.

CASIMIRO.

Tambien habreis visto, Oton,
de mi larga pretension
que la quiero mas que á mí.

DON RODRIGO.

Si mas que á vos la quereis,
aunque mi mal solicito,
á vos viene el sobre escrito....

CASIMIRO.

Esto mejor lo sabeis
que yo, pues que lo confiesa
Diana.

DON RODRIGO.

Digo que sí.
Quien la quiere mas que á sí

sois vos, y ansí la condesa
os escribe este papel.

CASIMIRO.

¿Para mí?

DON RODRIGO.

¡Pluguiera á Dios
que no fuera para vos!

CASIMIRO.

(*Aparte.* Engañóme Pinabel.)
¿Que es de la condesa?

DON RODRIGO.

Sí;
mandóme que le escribiese,
y que yo mismo le diese
á quien la ama mas que á sí.
Y pues vos venís por él,
y esas señas me habeis dado,
vos conde sois el llamado.
Gozad dichoso el papel.

(*Dásele y se aparta del conde.*)

CASIMIRO, *aparte.*

¿Qué oís, confusos deseos?

DON RODRIGO, *aparte.*

¡Ay de quien se ha de matar,
si el conde llega á gozar
la gloria de sus empleos!

CASIMIRO.

Floro, mira si estoy loco.

FLORO.

De cólera y sin razon
lo estabas poco há.

CASIMIRO.

Perdon
le pido. En tiempo tan poco,
¿tal premio mi amor recibe?

FLORO.

Aun no has llegado á saber
lo que dice.

CASIMIRO.

Quiero ver
lo que mi condesa escribe.

(*Lee para sí.*)

DON RODRIGO, *aparte.*

Si no sois, Clavela, vos
saludable contrayerba
contra la ponzoña acerba
de estas desdichas, por Dios
que muero infelicemente.

CASIMIRO, *acabando de leer.*

Dando á mis cuidados fin,
esta noche en el jardin,
seré vuestra esposa. Miente
quien dice que la muger
es liviana, es inconstante;
que es bronce, marmol, diamante,
y mas firme viene á ser.
Diana es la discrecion,
la hermosura, la nobleza,
la gracia y la gentileza,
el donaire, la sazon.....

FLORO.

Señor, basta.

CASIMIRO.

Oton leal,
mi estado es tuyo desde hoy;
tú eres el conde, yo soy
mucho menos que tu igual.
Dame los brazos, los pies....
Pero todo aquesto es poco.
Dame....

FLORO.

Señor, ¿estás loco?

CASIMIRO.

¿No lo he de estar? ¿no lo ves?
Llegó mi ventura al fin.
Ven; que el amor me da priesa.

FLORO.

¿Dónde?

CASIMIRO.

A ver á mi condesa,
que me aguarda en el jardin.
(*Vanse Casimiro y Floro.*)

ESCENA XVII.

DON RODRIGO.

¡Cielos! ¿á ver su condesa
que le aguarda en el jardin?
¿Que la ha de gozar, en fin,
aunque la adoro, y me pesa?
¿Que tanto bien interesa
por la letra de un papel,
que leyó su dicha en él,
estando mi suerte en duda?
Nunca el conde á verla acuda,
si el conde no es dueño de él.
Si viene el duque mañana,
¿qué prisa, cielos, es esta?
Necio he sido; no hay respuesta,
porque á no querer Diana
que yo la ocasion gozara,
y el papel para mi fuera,
por su mano le escribiera,
y con otro le enviara.
El conde ha de ir á las doce,
como el papel lo advirtió;
anticiparéme yo
luego, porque no la goce,
ó moriré si me engaño
en saber que soy querido.
Amor, ya que necio he sido,
suelde la industria este daño.

ESCENA XVIII.

CHINCHILLA.—DON RODRIGO.

CHINCHILLA.

En todo este santo dia

no te he visto.

DON RODRIGO.

Ni podrás
agora.

CHINCHILLA.

Pues ¿dónde vas?

DON RODRIGO.

¡Ayuda, presteza mia!—
Aguárdame en el terrero.

CHINCHILLA.

Tres dias há que no cenas
ni comes.

DON RODRIGO.

Manjar de penas
es solo el que busco y quiero.

CHINCHILLA.

¿Anda bueno el dios machin?
¿Dónde vas con tanta priesa?

DON RODRIGO.

Voy......

CHINCHILLA.

¿Vas......?

DON RODRIGO.

A ver mi condesa
que me aguarda en el jardin. (*Vase.*)

CHINCHILLA.

Él se fué á mudar vestido,
y yo me habré de quedar,
como suelo, á repasar
cuentas de lo que he bebido.
¡Válgate el diablo, el terrero,
lo que das en perseguirme!
Pues ¿si tengo de dormirme?
Pues sí chero; pues no chero. (*Vase*)

Vista esterior del jàrdin de la condesa.—Noche.

ESCENA XIX.

CASIMIRO. FLORO.

CASIMIRO.
¿No son las doce?
FLORO.
¡Las cuántas?
Ni las diez.
CASIMIRO.
Quien ama, cuente
horas, amor, de relojes
que cuestan caro si mienten.
Sabes tú que la condesa,
con ver que su hermano viene
con tanta priesa á casarme,
un dia esperar no puede,
y que esta noche me manda
la venga á ver, ¡y tú quieres
que aguarde la flema yo
de un reloj, porque se hiele,
y por no dar, no reciba
mi amor el premio que tiene
tan cierto! La diligencia
siempre gana y nunca pierde.
FLORO.
En fin, ¿á entrar te dispones?
CASIMIRO.
A entrar me dispongo. Vete.
FLORO.
¿Quieres que te aguarde aquí?
CASIMIRO.
No, porque si pasa gente,
darás lugar á malicias.

FLORO.

Guíete el amor, si puede
un ciego guiar á otro. (*Vase.*)

ESCENA XX.

CHINCHILLA.—CASIMIRO.

CHINCHILLA.

(*Aparte al salir.*)

Mi señor sin duda es este.

CASIMIRO.

Allí está la cerca baja:
trepando por los laureles
que estan pegados al muro,
podré saltar facilmente.

CHINCHILLA.

(*Con recato al conde, desde lejos.*)

¡Ah, señor! ¿no me conoces?

CASIMIRO.

(*Sin oir á Chinchilla.*)

Noche propicia y alegre,
no salga en un año el sol
en los brazos de su oriente,
porque ni mi amor estorbe,
ni mi silencio despierte.
¡Dulce esposa! ¿que en tus brazos
antes de un hora he de verme? (*Vase.*)

CHINCHILLA.

¡Ah, señor! ¡Señor!—Zampóse.
Si la condesa le quiere,
y entra á gozalla, no dudo
que don Rodrigo ha de hacerme,
en casándose con ella,
archibodeguero siempre,
y de Lucrecia Tarquino.

ESCENA XXI.

DON RODRIGO.—CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

(*Sin ver á Chinchilla.*)
Si era para mí el billete,
y necio al conde le dí,
goce su amor en papeles,
y yo por obra advertido,
mi cortedad necia enmiende.
Dos horas antes del plazo (1)
vengo; y si Diana duerme,
(que con amor no es posible)
mis suspiros la despierten.
Vos, jardin, habeis de ser
tálamo amoroso y verde
de mis dichas. Subir quiero.

CHINCHILLA, *aparte.*

Hácia mí un gigante viene.
¡Válgame Dios! ¡Que haya santos
abogados de los dientes,
de las tripas, de la hijada,
de las bubas y la peste,
y no haya santo abogado
del miedo que un hombre tiene!
Pero no hay santo cobarde;
que quien se salva es valiente.

DON RODRIGO.

¡Hola! ¿Quién va?

CHINCHILLA, *aparte.*

Ya me ha visto.

DON RODRIGO.

¿Quién sois? ¡Hola!

CHINCHILLA.

Quien quisiere,
porque á los hombres de paja

---

(1) Aqui se da por supuesto que el billete de la condesa designaba hora : el lector no la hallará.

cualquier nombre les conviene.

DON RODRIGO.

¿Sois señor, ó sois criado?

CHINCHILLA.

Criado he sido tres veces;
una de Dios; de mi madre
otra, que me dió su leche;
y otra (que nunca lo fuera)
de un amo que aquí me tiene,
mientras se calienta él,
como cantimplora en nieve.

DON RODRIGO.

¿Es Chinchilla?

CHINCHILLA.

¿Es don Rodrigo?

DON RODRIGO.

¡Borracho!

CHINCHILLA.

¿Tan presto vuelves?
Cortos fueron los oficios;
amante eres diligente.
Pero pues tan presto sales,
algo ha habido. ¿Qué hay? ¿qué tienes?
¿Hante sentido en palacio,
ó la viuda no te quiere?

DON RODRIGO.

¿Estás borracho? ¿Qué dices,
que tantas cosas revuelves
unas con otras?

CHINCHILLA.

¿Qué digo?
¡Bueno será que lo niegues!
¿No acabas de entrar ahora,
por entre aquellos laureles,
al jardin de la condesa?

DON RODRIGO.

¿Yo?

CHINCHILLA.

No, sino el mequetrefe.
¿Pídote yo la alcabala?
¿Vengo por los alquileres,
que me niegas lo que he visto

por estos ojos ó ojetes?

DON RODRIGO.

¿Hombre hay dentro del jardin?

CHINCHILLA.

Hombre y tan hombre, que viene
á mostrar que es para hombre.

DON RODRIGO.

¡Ay cielos! el conde es este,
¿Tú le viste entrar?

CHINCHILLA.

Yo mismo,
no há un cuarto de hora, y dejéle
porque pensé que eras tú.

DON RODRIGO.

¡Oh celos! ¡oh amor aleve!
Yo tengo la culpa, yo,
y pues la tengo, no quede
vida en mí tan desdichada.
Mas vale darme la muerte.

CHINCHILLA.

¿Tenemos ya carambola?

DON RODRIGO.

¡Que yo al conde el papel diese
que era para mí! ¡Mal haya
quien ama, y la ocasion pierde!
(*A gritos.*)
¡Ah del parque! ¡ah de palacio!
¡ah del jardin! ¡Hola! Gente,
jardineros....

CHINCHILLA.

No des voces.

DON RODRIGO.

¡Pues qué! ¿quieres que rebiente?
Déjame, pues por mi causa
perdí la ocasion alegre
de mis dichas, que dé alivio
á mis ansias de esta suerte.
Arboles, ¿no veis vosotros
por los ojos de hojas verdes,
que mi amor se llama á engaño?
Si el conde entró, detenelde.
Flores, volveos espinas;

así nunca el mayo fertil
de los brazos de Amaltea
vuestros valles frescos deje.
Creced, arroyuelos claros,
haced mares vuestras fuentes,
para que el conde no pase,
y si pasare, se anegue.
Pero todos direis y justamente,
que muera el que una vez la ocasion pierde.
Yo la perdí, yo el ignorante he sido;
solo puedo quejarme de mí mismo.

CHINCHILLA.

Aquí nos han de matar,
si das voces, imprudente.
Las puertas abren del parque;
por ellas sale gran gente:
Casimiro y la condesa,
enlazando manos, vienen
oyendo de sus vasallos
venturosos parabienes.

DON RODRIGO.

Para mí son paramales.
¡Ay celos! ¡ay rabia! ¡ay muerte!
y ¡ay de mí! que ya no hay
industria que me remedie.

ESCENA XXII.

LIBERIO. PINABEL. CLAVELA. LUCRECIA. CASIMIRO *y* LA CONDESA, *de las manos.* ACOMPAÑAMIENTO.—DON RODRIGO. CHINCHILLA.

CONDESA.

Lo que os escribió mi amor,
en fé del mucho que os tiene,
conde y señor, vuestra esposa,
fue acelerado accidente;
que sin consultar al alma
los deseos, impacientes
de esperar términos largos,
juzgan siglos horas breves.

Mas no es razon que en secreto
vuestra firmeza se premie,
cuando en público desea
esta ciudad que celebre
el amor entre los dos,
los deseos escelentes
de Casimiro y Diana,
que el alma y mano os ofrece.
Por eso desde el jardin,
donde amor, que nunca duerme,
cogiéndoos en él, ha sido
hoy cazador diligente,
os traslado á mi palacio,
para que como merece
vuestra constancia, Himeneo
coyundas de amor nos eche.

CASIMIRO.

¡Venturosas dilaciones,
que, en fin, dulce esposa, tienen
tan apacible remate!
y yo ¡dichoso mil veces,
que esta mano he merecido!

CONDESA.

(*Aparte.* Pues el cielo así lo quiere,
loco amor, salid del alma.)
¡Oton! ¿aqui estais? (*Aparte con él.* Quien tiene
entendimiento tan corto,
que para corto se quede.)

DON RODRIGO.

Siempre hablastes por enigmas.

CONDESA.

Siempre el cuerdo las entiende.
¡El papel distes al conde!
¡Agudeza fué prudente!

DON RODRIGO.

Pensé que era para él.

CONDESA.

¿Hombre érades de *penséque*?
(*A Casimiro.*)
Vamos, venid, conde mio.

DON RODRIGO.

(*Aparte con la condesa.*)
¿Aqueste pago merece
mi amor?

CONDESA.

Así se castigan
necedades de un *penséque.*

CHINCHILLA.

(*Aparte con su amo.*)
¿*Penséque* ibas á decir
ahora?

DON RODRIGO.

Déjame. ¿Quieres
que me mate?

CHINCHILLA.

Tú no sabes
la descendencia y parientes
del *penséque*, que en el mundo
tantos mentecatos tiene,
dando piensos de cebada;
que es bien que á *penséques* piensen.

CONDESA.

Ya, conde y señor, que sois
mi esposo, y el duque viene
á celebrar nuestras bodas,
quiero, primero que llegue,
hacer con vuestra licencia,
otras segundas que alegren
las vuestras.

CASIMIRO.

Vuestra hermosura
lo que mas gustare ordene.

CONDESA.

Clavela se ha de casar
con quien sé yo que la quiere
desde que á esta tierra vino.

PINABEL.

Yo, gran señora, soy ese.

CONDESA.

No es sino este caballero.
(*Por don Rodrigo.*)
Los dos desposarse pueden.

LIBERIO.

¿Con mi hijo?

CLAVELA.

¿Con mi hermano?
(*Aparte.* ¡Ojalá nunca lo fuese!)

CONDESA.

No es Oton el que pensais
todos, el que veis presente.

CLAVELA.

¿Pues...? (1)

CONDESA.

Don Rodrigo Giron;
que el verdadero Oton viene
en servicio de mi hermano,
y es quien por él intercede.

LIBERIO.

Clavela, si esto es así,
por vuestro esposo se quede;
que de hijo á yerno va poco.

CLAVELA.

La mano le doy mil veces.

DON RODRIGO.

Yo á vos con ella mi vida,
pues por vos á cobrar vuelve
el sosiego que perdió.

PINABEL.

Pues ¿este pago merecen
mis servicios, gran señora?

CONDESA.

Para que en parte se premien,
mi prima Laura será
vuestra esposa.

PINABEL.

Ya no puede
osar quejarse mi agravio,
pues me haceis vuestro pariente.

DON RODRIGO.

Yo he de partirme á Castilla
con mi esposa....

---

(1) ¿Pues quién?

CONDESA.

Sois prudente.

DON RODRIGO.

Por no tener á mis ojos
el castigo del penséque.

CONDESA.

Diez mil ducados os doy.

CHINCHILLA.

¿Y á mí?

CONDESA.

Dos mil.

CHINCHILLA.

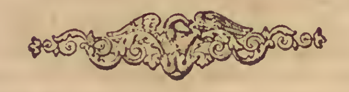
Dios te deje
llegar á ver choznos viejos.—
Señora Lucrecia, llegue,
y déme esa mano.

CASIMIRO.

Vamos,
primero que en Monblan entre
hoy el duque, á recibille.

DON RODRIGO.

El cuerdo amante escarmiente
en mí, y goce la ocasion;
porque al que cual yo la pierde,
le cabrá parte conmigo
del *Castigo del Penséque.*



EXAMEN

DE

EL CASTIGO DEL PENSÉQUE.

Castigo supone naturalmente culpa: una accion dramática, cuyo desenlace es una pena, debia preparar la falta desde el principio, y establecer relaciones entre el juez y el reo. Si Tellez trató de pintar un novicio en amores, que perdiese por su inesperiencia la mano de la muger que le amaba, tan tarde aguardó á desenvolver esta idea, que la encerró casi en el acto tercero, el cual, y las escenas últimas del segundo, son lo mejor de la comedia. La timidez é indecision de don Rodrigo, y la lucha entre la inclinacion y la vanidad de la condesa, estan bien descritas, aunque no con tanta viveza como en el *Vergonzoso en Palacio*, quizás atendiendo al distinto desenlace que el autor se propuso. Muger que ha declarado su afecto á un hombre sin ser entendida, picada en lo mas vivo del amor propio, dirá siempre lo que Diana: «quien tiene entendimiento tan corto, pague su necedad." Parécenos, empero, algo desacertado el haber escogido para protagonista un personage que por su nacimiento, por la educacion que debia de haber recibido, y por su residencia en la corte, reunia muchos títulos para mostrarse mas práctico en negocios de galantería: si Chinchilla, cuando le acusaba de haber tenido en un año cien damas, decia la verdad, de esperar era que no se turbase delante de la condesa hasta el punto de dejar caer capa y sombrero. El mismo Tellez, convencido acaso despues de esta reflexion, escribió la *Segunda Parte del Penséque*, con ánimo de desagraviar airosamente á los Girones: sin embargo, las escenas de los guantes y de la carta estan llenas de chiste, y todo el acto último de interes y movimiento.

Los caracteres del Conde y Clavela parecen harto débiles: venir embajador de sí mismo el primero, sitiar la ciudad, y llegar por la noche, sin saber cómo, hasta el

palació de Diana, son acciones de un botarate mas bien que de un príncipe. Las ocurrencias de Chinchilla generalmente valen muy poco. Pinabel tiene cierto aire flamenco, y se encuentran acá y allá en la comedia ciertas pinceladas con intencion de dar al cuadro algun colorido local, cosa nada comun en nuestro antiguo teatro. El diálogo de los primeros actos se resiente de frialdad, y la versificacion de todo el drama dista mucho de la que luce en la *Huerta de Juan Fernandez.*

El pensamiento sobre que gira el acto primero, y que nada tiene que ver con el *penséque*, pues es la fortuna *impensada* de parecerse el español don Rodrigo al flamenco Oton, invisible para los espectadores, sirvió á don Agustin Moreto para escribir una de sus mas famosas comedias, el *Parecido.* Acaso tuvo presente tambien la *Entretenida* de Cervantes, como Tellez tendria los *Menechmos* de Planto, ó la imitacion hecha por Timoneda; pero lo que Moreto aprovechó del *Castigo del Penséque* salta á los ojos. En su obra hay un don Fernando de Ribera, que fugitivo de Sevilla por unas cuchilladas, se halla en Madrid sin dinero y con hambre. Hállale en la calle de las Infantas un caballero, que acercándosele admirado y gozoso, y dándole á boca llena el nombre de don Lope de Lujan, le dice que va á anunciar su llegada á don Pedro de Lujan, su padre; nueva que debe regocijarle como á quien hacia catorce años que no sabia de un hijo. Don Pedro, guiado por aquel caballero, y engañado por la semejanza como él, se lleva á don Fernando á su casa. Doña Ines, hija de don Pedro, aunque pretendida de otro galan, se prenda del supuesto hermano. Ya esta leve indicacion manifiesta que Moreto corrigió muchos descuidos en que Tellez no habia reparado. En efecto, si no es imposible que se semejen en el rostro dos personas de distintas naciones, hay una cosa en que jamas podrá equivocarse una con otra, el acento, el habla. ¿Cómo habian de creer los parientes y amigos de Otón que aquel en tres años de ausencia no mas, se hubiese españolizado de suerte, que en nada se diferenciase de un hijo de Madrid? Moreto salvó este inconveniente con mucho arte; hizo españoles á los dos parecidos, y el dejo andaluz de don Fernando podria pasar muy fácilmente por hábito contraido en América. Para salvar al protagonista de los apuros en que habia de verse cada vez que le ha-

blasen de acontecimientos que no podia ignorar el hijo verdadero, finge el criado que don Fernando, de resultas de una enfermedad, habia perdido la memoria. La aficion que doña Ines cobra al que cree hermano suyo, es mas creible tambien que la de Clavela. Doña Ines era niña cuando partió á las Indias don Lope; y requebrada por don Fernando al salir de una iglesia, se habia pagado mucho de la discrecion y gallardía del forastero, sin presumir que aquel hombre le estuviese unido por los vínculos de la sangre. Clavela no amaba á Oton al tiempo de su fuga, y tres años despues le ama, representado por don Rodrigo. Finalmente, Moreto no debe á Tellez el pensamiento mas cómico de su obra, el de haber introducido en ella al hijo verdadero, á quien todos desconocen y burlan. No obstante, acaso sin el *Castigo del Penséque*, no existiria el *Parecido*, pieza muy superior á aquella, pero hija suya.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

CHINCHILLA.

Y comiéramos los dos
desde hoy mas nuestras desdichas.

DON RODRIGO.

¿Tantas tengo?

CHINCHILLA.

A ser salchichas,
á vernos viniera Dios.

Moreto dice en la primera escena del *Parecido*.

DON FERNANDO.

Oye, Tacon, mi desdicha,
ya que es preciso el sabella.

TACON.

Pues me desayuno en ella,
díla, y hágote salchicha.

La única cosa en que Tellez se aventaja á Moreto en esta comedia, es en la esposicion; pues aunque no esté escrita con grande aliño, tiene el mérito de ser breve, clara y natural. Tacon se pone á hablar con los espectadores, diciéndoles:

Señores,
este caballero mozo

que hoy se apea en esta villa,
es, porque vean su quimera,
don Fernando de Ribera,
de los guapos de Sevilla.

Don Fernando hace poco menos: la prolija relacion que encaja al criado, se la debia de haber hecho en el camino: un diálogo sobre el motivo de la venida á la corte, instruia mas verosimilmente al espectador.

ESCENA IV.

Llegó una noche á una venta....

El cuento es divertido; pero largo é impropio para un aparte.

ESCENA V.

Que aunque en Momblan quedó....

No sabemos qué ciudad sea esta de Flandes. Si el estado de *Oberisel* que aquí se menciona, es el de *Over-Issel*, allí ni en tiempo del archiduque Alberto ni antes, habia príncipe propietario. Licencias de este género, por nadie censuradas antiguamente y ahora por todos, se las toman á cada paso los estrangeros, cuando escriben novelas ó dramas de argumento español. En todas partes cuecen habas.

ESCENA X.

Mas nada hubo como ver
el llegarte el mercader
á pedir los cien escudos.

A este breve rasgo, en el cual aquí apenas se repara, sustituye Moreto una escena digna de Molière. Fórmanla el criado y el padre.

TACON.

¿Vé usté aquel hombre tan fiero,
que á reñir con él se atreve?
Pues es un hombre á quien debe
mi amo un poco de dinero;
y él á mi amo antes debia
dineros que le pagaba,
y siempre que le encontraba,
al punto se los pedia;

mas despues que le pagó,
mi amo el deudor vino á ser,
y no hay modo de poder
cobrar de él.

DON PEDRO.

Pues ¿por qué no?

TACON.

Se olvidó que le debia.

DON PEDRO.

Pues ¿cómo no se olvidó
de lo que el otro debió,
pues siempre se los pedia?

TACON.

Por eso á reñir se mueven.

DON PEDRO.

Y es razon que se los pida.

TACON.

De lo que debe se olvida;
mas no de lo que le deben.

. . . .

Cien escudos son, no mas.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

El ver á amor tan pequeño
materia ha dado á mis dudas.

Estos pensamientos ingeniosos y falsos, si no se espresan concisamente y en tono de chanza, disgustan. En una redondilla se podia decir que con menos bulto, mejor entra el amor por los ojos.

ESCENA III.

No bastan á premiar vuestra persona,
si mis brazos no os sirven de corona.

La condesa abraza á don Rodrigo porque vuelve victorioso y porque le parece bien: la semejanza ninguna parte ha tenido en esta inclinacion. Si el alboroto del acto primero hubiera sonado cuando don Rodrigo decia que venia á militar á Flandes; si se hubiese mezclado entre los de-

fensores de Diana, y distinguídose notablemente, hubiera podido hallar cabida en el palacio y en el corazon de aquella señora, sin cenar el gigote del buen Liberio. No diremos que haya dos acciones en esta comedia, sino que hay un episodio muy largo, que retarda el movimiento de la accion principal.

ACTO TERCERO.

ESCENA X.

Pues, Oton, ¿vos aquí tan melancólico....

Casi todos los versos de esta escena son flojos: sin la dificultad de la rima no sabian escribir nuestros dramáticos antiguos. Los romances mejores de Tellez son aquellos en que elige un asonante escaso.

ESCENA XII.

Conviene . . .
dar primero muerte á Oton.

No hay, en cuanto habla Pinabel en toda la comedia, una espresion por la cual aparezca este rasgo de venganza propio del caracter de tal persona.

ESCENA XXI.

Aquí me tiene,
mientras se calienta él,
como cantimplora en nieve.

Acerca de esta y otras porquerias que mas adelante dice Chinchilla, recordaremos lo que espusimos en el examen de *Ventura te dé Dios, hijo*, refiriéndonos á una situacion análoga.

QUIEN CALLA, OTORGA,

COMEDIA:

SEGUNDA PARTE

DEL CASTIGO DEL PENSÉQUE.

PERSONAS.

AURORA, *marquesa.*
NARCISA, *su hermana.*
DON RODRIGO GIRON.
CARLOS, *conde.*
ASCANIO, *marques.*
CHINCHILLA, *lacayo.*
BRIANDA, *dueña.*
TEODORO, *caballero.*
SIRENA. . } *damas.*
ARMINDA. }
DOS CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Saluzo.

ACTO PRIMERO.

Jardin del palacio de la marquesa, el cual linda con el campo.

ESCENA I.

AURORA. NARCISA. BRIANDA.

AURORA.
¡Qué necio y qué porfiado!

NARCISA.
Por fuerza ha de ser lo uno,
si es lo otro.

AURORA.

¿Hay tal enfado?
¡Hola! no entre aquí ninguno;
esté ese jardin cerrado.
Salid vos tambien afuera;
guardá la puerta.

BRIANDA.

¡Portera,
siendo dueña! ¿Hacerme quiso
angel de este paraiso?
En mi mocedad sí fuera;
pero cuando dan despojos
al tiempo, que no resisto,
mis años, y mis enojos...!
Hasta agora, ¿quién ha visto
angel con tocas y antojos? (*Vase.*)

ESCENA II.

AURORA. NARCISA.

AURORA.

¿Qué es lo que Carlos pretende
con tanta embajada, hermana?

NARCISA.

Escribiendo se suspende
de amor la llama tirana,
que en tu memoria la enciende.
Mientras no te vé, te escribe,
y en respuestas que recibe,
apoya ausencias crüeles;
que la esperanza, en papeles
tal vez, como joya, vive;
y fiado en el concierto
y palabra que le dió
mi padre, tiene por cierto
ser tu esposo.

AURORA.

Ya murió
mi padre, y con él se ha muerto
cualquier derecho y accion

que alegue en la pretension
de mi amor; pues si le dí
esperanzas con el sí,
fue mas por obligacion
de una forzada opinion,
que por gusto y voluntad.

NARCISA.

Contra tí das la sentencia.

AURORA.

¿Por qué, si mi libertad
queda libre, con la herencia
de este marquesado absuelta?

NARCISA.

Nunca la palabra suelta
quien estima su valor.

AURORA.

Dísela como menor;
libre soy, y estoy resuelta
á no cumplirla; esto es cierto.
Déjame, hermana, gozar
de mí misma, pues se ha muerto
mi padre; que no he de hallar
en medio del golfo el puerto.
No cautives mi cuidado
de ese modo; que no es justo
que intente el conde, pesado,
oprimir leyes del gusto,
por sola razon de estado.
La voluntad ha de hacer
esta eleccion; que á no ser
ella la casamentera,
la cruz que hace amor ligera,
de plomo, haráme caer.

NARCISA.

¿Tan mal el conde te está,
mancebo, galan, discreto,
y que en Borgoña podrá,
si llega su amor (1) á efeto,

---

(1) *Mi* pone la primera edicion: si Tellez lo escribió así, quiso decir: *el ruego de mi amor*, del cariño que te tengo.

(que si eres cuerda, sí hará)
con este estado y el suyo,
casi un reino hacer?

AURORA.

Concluyo
que en mí imposibles conquista.
Amor entra por la vista,
no por el abono tuyo.
No le he visto, y así trato
no ser conmigo crüel,
si mi libertad maltrato.

NARCISA.

Ya sustituye por él
este gallardo retrato.

AURORA.

Pinturas encarecidas,
y verdades, imagino
que vienen á ser, oidas,
como nuevas de camino,
mentirosas ó añadidas.
Pintar y escribir es ciencia
de adular con elocuencia;
porque en materia de amores,
los poetas y pintores
tienen de mentir licencia.
¡Bueno es que al pintor pagase
retrato el conde, que fuese
bastante á que me obligase,
y que al pincel permitiese
que sus faltas retratase!
Yo á lo menos, no lo creo,
ni pienso dar fé al traslado,
si el original no veo;
que es retrato este pagado,
y no puede venir feo.

NARCISA.

Ya yo sé que el interes
hace, cuando Apeles es,
por ser su pincel de oro,
de un Polifemo un Medoro;
mas cuando crédito des
á la fama, que acrecienta

del conde alabanzas sumas,
yo sé que estarás contenta.

AURORA.

Es la fama toda plumas,
¡y no quieres tú que mienta!
¿De plumas no es el pincel?
Luego mentiras me ofrece.

NARCISA.

Milagros me cuentan de él.

AURORA.

Si á tí tan bien te parece,
cásate, hermana con él.

NARCISA.

Si fuera marquesa yo....

AURORA.

¿Luego solo en eso estriba
tu voluntad?

NARCISA.

¿Por qué no?
Lo mas á lo menos priva.

AURORA.

Heredera te dejó
de sus tesoros mi padre;
y del dote de mi madre,
joyas, riquezas y bienes,
tanta hacienda á tener vienes,
que como el conde te cuadre,
te igualas casi á mi estado.

NARCISA.

No es bien, siendo yo menor,
casarme antes, ni le ha dado
al conde pena mi amor:
sola tú le das cuidado.

AURORA.

Pues aunque así de él te avisa,
no me encarezcas sus quejas,
ni me cases tan aprisa;
que ese oficio es de muy viejas,
y tú eres niña, Narcisa.
Ayer dejamos el luto
con que el paternal tributo
pagamos al fin del año;

gocemos, pasado el daño,
de la libertad el fruto.
Esto de casarse, hermana,
ha de tener ocasion;
no como fruta temprana,
que cogida sin sazon,
ó sale insípida ó vana.

NARCISA.

Muy alegórica estás.
No tratemos de esto mas.
El conde sufra y perdone,
hasta que amor te sazone;
que agora ni aun hojas das.

AURORA.

Mudemos plática, hermana,
y no te acuerdes mas de él.
Dí qué te escribe Diana,
condesa de Oberisel.

NARCISA.

Es la hermosura alemana.
A un don Rodrigo Giron,
español y caballero,
me encomienda.

AURORA.

Su opinion
le ha dado el lugar primero
entre los de su nacion.
Lo mismo me pide á mí,
porque ha de venir aquí,
y de verle me holgaré;
que ya sus amores sé.

NARCISA.

Cosas notables oí
de ese español, si es que son
verdaderas.

AURORA.

La condesa
le tuvo tanta aficion
como la fama confiesa;
y á aprovechar la ocasion,
dicen que de Oberisel
fuera conde, y de Diana

esposo.

NARCISA.

Para ser él
español, nacion que gana
por atrevida el laurel
de Marte, como el de amor,
milagro es que tal valor
haya, por corto, dejado
perder tal muger y estado.

AURORA.

¿Gozóle el conde? Mejor.
(Óyense voces dentro.)

PRIMERA VOZ.

Mataldc.

SEGUNDA.

Al agua se echó.

TERCERA.

Disparalde las pistolas.

CUARTA.

Venturas son españolas.
La cerca, leve saltó.

QUINTA.

El jardin de la marquesa
le ha dado seguro puerto.

SESTA.

¡Que no le hubiéramos muerto!
¡Ah mal cumplida promesa!

ESCENA III.

—

DON RODRIGO, *la espada en la mano.*—AURORA. NARCISA.

AURORA.

¿Qué es esto? Hombre, ¿dónde vas?—
Retírate, hermana mia.

NARCISA.

¿Hay tan notable osadía?
¿Sabes acaso que estás
en el jardin, reservado
solo á la marquesa Aurora?

DON RODRIGO.

Lo que la ignorancia ignora,
mi ventura ha declarado.
Damas suyas debeis ser,
ya que las señoras no;
y no poco feliz yo,
si la mereciese ver.

AURORA.

¿Tanto vuestra dicha gana, (1)
solo en ver á la marquesa?

DON RODRIGO.

Sí, en verdad.

AURORA.

Pues yo soy esa.

DON RODRIGO.

A vos me envia Diana.

AURORA.

¿Cómo venís de esa suerte?

DON RODRIGO.

Envidiosos lisonjeros,
por quitarme el bien de veros,
han querido darme muerte.
Pero este jardin que en ser
vuestro da clara señal
de que es noble y es leal,
me vino á favorecer
contra la pasion violenta
que envidiosa me persigue,
de quien para que os obligue,
será razon daros cuenta.
Nací en España noble, no dichoso,
(si en mis desgracias mi fortuna fundo)
de madre ilustre y padre generoso,
Rodrigo en nombre, en sucesion segundo.
Mi hermano, mayorazgo caudaloso,
me forzó á que buscase por el mundo
correspondiente estado á mis intentos,
huyendo sus escasos alimentos.

---

(1) Se ha puesto esta redondilla para suplir algunos versos que faltan aquí, segun se ve despues, en los cuales diria Aurora que ella era la marquesa.

Troqué por Flandes mi famosa tierra,
donde hermanos segundos no heredados
su vejacion rediman en la guerra,
si mayorazgos no, siendo soldados.
Entré en Oberisel, en cuya sierra,
metrópoli Momblan de sus estados,
el tribunal de su gobierno elige,
corona muros y flamencos rige.
Varios sucesos, que prolijos dejo,
me dieron á Diana por señora,
condesa suya, de quien es bosquejo
el sol que montes raya y valles dora.
Con luto viudo, de cristal espejo,
que el ébano guarnece, del aurora
emulacion hermosa parecia,
noche á su amor, á sus amantes dia.
Pusiérame silencio su respeto,
si ella misma al partir no me mandara
que os contase esta historia, y el secreto
la fama, en fin muger, no profanara.
Su secretario me hizo, y en efeto....—
Quédese aquí, señora; que repara
su autoridad mi lengua, si os da aviso....

AURORA.

Ya hemos sabido lo que Diana os quiso.
Proseguid vuestra historia, don Rodrigo:
pues ella os lo mandó, decí adelante,
sino es que en el suceso á que os obligo,
sois relator tan corto como amante.

DON RODRIGO.

Serviráme el contalla de castigo.
Pero, en fin, venturoso aunque ignorante,
Diana entre confusos pensamientos,
me dió favor, si no merecimientos.
Peleaban en ella justamente
vergüenza y aficion: obligaciones
de su estado y viudez la hacian prudente;
el deseo animaba persuasiones;
ya desdeñoso honor, ya amor clemente,
divisas en contrarias opiniones,
tal vez neutral, y tal determinada,
nave era de huracanes asaltada.

De aquestos dos principios tan distantes,
nació un misto, á sus causas parecido,
que en mí influyó contrarios semejantes,
juzgándome ya humilde, ya atrevido.
Méritos niños admiré gigantes,
y gigante valor lloré abatido,
nube á su sol, que sus colores viste,
si amante, alegre; si severa, triste.
De aquesta suerte amándome en confuso,
y yo en confuso acciones imitando,
esfinge, enigmas á mi amor propuso,
intérpretes deseos despeñando.
¡Qué de veces el alma á ver se puso,
por ser vista, en los ojos; y mirando
desde ellos mi inquietud y sus enojos,
Edipos de la lengua eran mis ojos!
Geroglífico, en fin, mi amor, vivia,
atrevido cobarde; pues si hablaba
á Diana y su amor agradecia,
rayos de enojo airada fulminaba;
si otra beldad mi pena entretenia,
celosa atrevimientos castigaba;
deletreando enigmas mi sentido,
mas desdeñado, cuando mas querido.
Vino á Momblan entonces Casimiro,
Palatino del Rhin, á ser su esposo.
Si fue llamado ó no, no sé; aunque admiro
natural en muger tan caviloso.
Resuelto, pues, la libertad retiro;
triste, si alegre; libre, si celoso;
parabienes la doy, y cuando pienso
que libre estoy, me deja mas suspenso.
Equívocas razones me responde,
con que me desespera en la esperanza.
Pregúntole si tiene amor al conde;
dice que sí y que no. ¿Qué ingenio alcanza
la paradoja que este caos absconde,
ó quién vió tal firmeza en tal mudanza?
En fin, me llama, y amorosa esquiva,
al conde manda que un papel escriba.
Lo que me nota, asiento, y sin nombralle,
su bien le llama, su esperanza y vida,

y porque en ella intenta aseguralle,
á su jardin de noche le convida.
Remátale con esto, y al cerralle,
me encarga.... (¡Ay ocasion, por no entendida,
malograda!) Encargóme que le diese
á quien mas que á sí mismo la quisiese.
Fuése con esto: ved ¡cuál quedaria
en tanta confusion mi entendimiento!
"Si á quien la quiere mas que á sí (decia)
viene el papel, mi ardiente pensamiento
la adora mas que el indio al rey del dia.
Mas ¡ay soberbio y loco atrevimiento!
Si Casimiro la ama, en tal estrago,
él recibe el papel, yo el porte pago."
Mil veces le abro, desenvuelvo y miro,
cerrándole otras tantas: ya interpreto
en mi favor mi enigma; ya suspiro,
de mil contrarios mísero sujeto.
Celoso en esto llega Casimiro,
y díceme: «español, si sois discreto,
bien sabeis que en aquesta noble empresa,
mas que á mí mismo quiero á la condesa."
—«Si mas que á vos la amais, conde, (repito)
cebad en su hermosura el feliz fuego
de amor; que en mí el de celos solicito.»
El papel (¡qué ignorancia!) al conde entrego,
diciendo: «á vos os llama el sobre escrito."
Leyóle, estremos hizo, ofreció abrazos,
dando á larga esperanza cortos plazos.
Entróse en el jardin, y á sus umbrales
lloraba yo ocasion tan mal perdida,
cuando los dos salieron en iguales
lazos, que unieron dos en una vida.
Vióme Diana, y aumentó corales,
no sé si vergonzosa ó ofendida,
diciéndome: «¡el papel al conde distes!
Mostrado habeis cuan poco me quisistes.»
—«Pensé que el conde.... dije; y con desprecio
me ataja, replicando: «Don Rodrigo,
¿hombre sois de *pensèque*? Ya no os precio
como hasta aquí; perdido habeis conmigo.
Si os disculpais con el *pensèque* necio,

sírvaos vuestro *penséque* de castigo,
y mi amor en el conde gustos trueque;
que esto merece amante de *penséque*.»
A Casimiro elige por consorte.
Intentéme casar con una dama
que un tiempo fue de mi esperanza norte;
pero celosa, (efetos de quien ama)
el casamiento impide, y de su corte
salir me manda, y para vos, madama,
este pliego os escribe en favor mio,
testigo de mi loco desvarío.

(*Dásele.*)

La dama, que mi esposa creyó en vano
ser, en vez de Diana, mi partida
culpa llorosa, llámame tirano,
deshonras finje, quéjase ofendida.
Su persuasion, en fin, forzó á su hermano
que me asalte con otros, y la vida
me quiten, que á esos pies humilde puesta,
su historia y mi desdicha os manifiesta.

AURORA.

La primer vez, don Rodrigo,
que ha perdido la ocasion
con merecido castigo
hombre de vuestra nacion,
es esta: la opinion sigo
que por acá España tiene.
En mi casa os estareis,
donde una plaza os previene
la encomienda que traeis
de mi prima. ¡Ojalá enfrene
la ausencia vuestro pesar!
Llegad, don Rodrigo, á hablar
á mi hermana, intercesora
vuestra.

DON RODRIGO.

Dadme, gran señora,
esos pies.

NARCISA.

A restaurar
penas de vuestro suceso
id; que ya dicho lo habia

la fama.

DON RODRIGO.

Los pies os beso.

NARCISA.

Ya Diana, prima mia,
con quien nuevo amor profeso,
escrito nos ha á las dos,
intercediendo por vos.
Por quien sois y por Diana,
os hará merced mi hermana.

DON RODRIGO.

Mil años os guarde Dios. (*Vanse.*)

Sala en el palacio de la marquesa.

ESCENA IV.

CARLOS *y* TEODORO, *de camino.*

CARLOS.

Tanto resistir, Teodoro,
Aurora, ¿qué puede ser?
¡Un año de padecer,
habiendo dos que la adoro!
No es posible que no tenga
cautiva la libertad
en agena voluntad.
Esto me obliga á que venga
á hacer yo mismo esperiencia
de mis venturas ó engaños.
No sé que en propios ó estraños,
con tener tanta licencia
la vulgar murmuracion,
haya hasta agora notado
de amante á Aurora, ni dado
indicios á mi opinion.....

TEODORO.

Antes contra su aspereza
murmuran cuantos la ven
que en ella corra el desden
parejas con su belleza.

CARLOS.

Pues ¿por qué ingrata y severa,
mi esperanza desanima?

TEODORO.

Porque en mucho mas se estima,
señor, lo que mas se espera.
Y siendo así, no es acierto
el que has hecho, en no querer
darte agora á conocer.

CARLOS.

Yo he de servir encubierto
á la marquesa, Teodoro,
y averiguar de esta suerte
si ageno amor la divierte.

TEODORO.

Yendo contra tu decoro,
y sirviendo á quien espera
admitirte por señor,
desdices de tu valor.

CARLOS.

Mis sospechas considera,
y verás cuan cuerdo fuí
en venir á averiguallas.

TEODORO.

Pues ¿no basta asegurallas,
señor, la palabra, dí,
de Aurora y su padre?

CARLOS.

Es viento
la palabra en la muger.

TEODORO.

¿De qué modo lo ha de ser
para tí, si el testamento
del muerto marques dispone
que te desposes con ella?

CARLOS.

¡Qué bien! Como eso atropella,

Teodoro, un *Dios te perdone.*
Si no me ama, no intento
pleitear con su desden;
ni á mí me puede estar bien
casarme por testamento;
que el casarme no es herencia.

TEODORO.

Es concierto entre los dos.

CARLOS.

Yo he de saber, vive Dios,
por qué es tanta resistencia.
Cánsate ya de cansarme.
Cartas traigo en mi favor
de mí mismo.

TEODORO.

¡Estraño humor!

CARLOS.

Agora audiencia ha de darme,
que ya las cartas leyó,
y su criado he de ser.

TEODORO.

¿Pues no te ha de conocer?

CARLOS.

Jamas Aurora me vió.

TEODORO.

Tu retrato la enviaste.

CARLOS.

Si la doy, cual pienso, enojos,
no habrá puesto en él los ojos.

TEODORO.

¿Y si te ama, y te engañaste?

CARLOS.

Entonces podré seguro
descubrirme y desmentir
sospechas, que han de salir
con la verdad que procuro.

TEODORO.

Alto; pues que das en eso,
sirve á quien has de mandar.
¡Qué dificil es de hallar
sabio rico, amor con seso!

ESCENA V.

DON RODRIGO. ASCANIO.—CARLOS. TEODORO.

ASCANIO.

(Hablando con don Rodrigo cerca de la puerta, y distantes ambos del conde y Teodoro.)

Dias há que he deseado,
señor don Rodrigo, veros,
serviros y conoceros;
que la fama que os ha dado
la que habeis vos conseguido,
y por Italia os alaba,
á estimaros me inclinaba;
y pues ya se me ha cumplido
este deseo, desde hoy
os rindo una voluntad
sujeta á vuestra amistad.

DON RODRIGO.

Yo solo el dichoso soy,
señor secretario; en eso
tanto mas interesado,
cuanto me habeis obligado
con la merced que confieso,
y la esperiencia hará llana.

ASCANIO.

En una casa vivimos,
y á una señora servimos,
cuya hermosísima hermana,
ya que llego á descubriros
secretos.....—Mas por agora
se quede; que sale Aurora.
Mucho tiene que deciros
el alma.

ESCENA VI.

NARCISA. AURORA, *con una carta.*—DON RODRIGO. ASCANIO. CARLOS. TEODORO.

AURORA.

¿Sois vos por quien
el conde Carlos me escribe?

CARLOS.

Soy, señora, el que apercibe
un alma.... y no dije bien;
que mas hablo como amante,
que como el que á servir viene.

AURORA.

Turbado estais.

CARLOS.

¿No conviene
que quien tiene al sol delante,
ó á lo menos al aurora,
no ciegue cuando la vea?—
Soy quien acertar desea
á serviros, gran señora.

NARCISA.

(*Hablando aparte con Aurora.*)
Advierte, hermana, que tienes
al conde Carlos delante,
al retrato semejante.

AURORA.

(*Aparte á Narcisa.* Con mi sospecha convienes.
Disimula agora.) El conde
me escribe en vuestro favor;
y como há de ser señor
de este estado, corresponde
con lo mucho que le quiero,
pues me envia adelantado
en vos tan noble criado.

CARLOS.

Mostrar que lo soy espero,
agradándoos, gran señora.

AURORA.

Dispone mi amor con vos;
que sois un alma los dos,
segun me avisa; y agora,
aunque el casarme dilato,
Ludovico, he de mostrar
con vos lo que sé estimar
sus cosas.

CARLOS, *aparte.*

No vió el retrato
que la envié, pues ansí
me desconoce.

AURORA.

Yo he puesto
casa que á mi gusto cuadre.
Los criados de mi padre
eran viejos, y molesto
su modo de gobernar:
con cargos que les he dado
en lugares de este estado,
podrán todos descansar,
y yo renovar oficios.
Pues ya por mi cuenta tomo
vuestro aumento, mayordomo
de mi casa os hago.

CARLOS.

Indicios
dais de la correspondencia
con que paga vuestro amor
el del conde, mi señor.

AURORA.

Pues que vuestra suficiencia
abona, muy bien se emplea
la plaza en vos que os he dado,
porque su mayor privado,
mayor en mi casa sea.

CARLOS.

Bésoos los pies.

AURORA.

Don Rodrigo,
por lo mucho que os estima
Diana, y por ser mi prima,

cuyo gusto alabo y sigo,
os hago mi maestresala.

DON RODRIGO.

Como á serviros acierte,
será dichosa la suerte
que en ese oficio señala,
gran señora, mi ventura.

AURORA.

El oficio de trinchar
consiste en saber buscar,
español, la coyuntura.
Curioso es, aunque ordinario:
veré si en provecho vuestro,
sois maestresala mas diestro,
que entendido secretario. (*Vase.*)

NARCISA.

Esto es tocar en la historia
de vuestro amor, don Rodrigo.

DON RODRIGO.

No *pensé que* en mi castigo,
fuera á todos tan notoria.

NARCISA.

¿*Penséque* otra vez decís?
Dejad *penséques* avaros,
que os han salido muy caros,
si á restaurallos venís. (*Vase.*)

DON RODRIGO, *aparte.*

Basta; que á todos ofrezco
materia en que satiricen
mi cortedad; mas no dicen
aun lo menos que merezco.
Mi *penséque* se ha estendido
por todo el mundo.

CARLOS.

(*Hablando aparte con Teodoro.*)
Teodoro,
mas sospecho lo que ignoro.
¡Que no me haya conocido
Aurora! No pongas duda
de que de mí no se acuerda.

TEODORO.

Tu industria, no sé si cuerda,

prosigue; que con su ayuda
podrás salir de este abismo.

CARLOS.

Yo procuraré saber
la verdad, pues vengo á ser
mayordomo de mí mismo.

(*Vanse Carlos y Teodoro.*)

ASCANIO.

Don Rodrigo, ya el palacio
esfera de los dos es;
yo os vendré á buscar despues;
que os tengo que hablar despacio. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CHINCHILLA.—DON RODRIGO.

CHINCHILLA.

¡Señor de mi corazon!
La priesa que traigo es tanta,
de verte, que no hago poco
en no entrar en esta sala
con mula, freno y cojin.
¿Es posible que te hallas
sin Chinchilla en el Piamonte?
Pon juntas esas dos patas
en mis labios.

DON RODRIGO.

¡Mi Chinchilla!

CHINCHILLA.

Patea aquestas quijadas,
ó déjamelas besar.

DON RODRIGO.

Presto volviste de España.

CHINCHILLA.

Si estaba sin tí, ¿qué mucho?
Al viento merced y gracias,
que á la nave en vez de velas,
le prestó ligeras alas.
¿A qué veniste á Saluzo,

cuando entendí que te hallara
en Momblan, y de Clavela
dueño, cón estado y casa?

DON RODRIGO.

Gustos son de la condesa.

CHINCHILLA.

Tiene por nombre Diana,
y hasta en las obras la imita,
si es que lloras sus mudanzas.
Luego que á Momblan llegué,
y supe que en él no estabas,
sin aguardar de Clavela
quejas, ni de amigos cartas,
fié al camino deseos,
la paciencia á las jornadas,
la bolsa á las hosterias,
y á diez postas las lunadas,
que vienen cual digan dueñas,
por no decir batanadas,
y mecidas (sin ser niño)
las tripas y las entrañas.

DON RODRIGO.

¿Viste en Madrid á mi hermano?

CHINCHILLA.

Tan cercado de mohatras,
cargado de pretensiones,
y enmarañado de trampas,
que no le dieron lugar
para hablarme dos palabras.

DON RODRIGO.

¿No te preguntó por mí?

CHINCHILLA.

Casi no.

DON RODRIGO.

¿Cuál fué la causa?

CHINCHILLA.

Reliquias que habrán quedado
de la pendencia pasada,
y el imaginar que iba
por tus alimentos.

DON RODRIGO.

Basta.

Escusa tiene, si debe.

CHINCHILLA.

Fuera de que en toda España
tu crédito está perdido.
La culpa tiene tu fama;
que *el castigo del penséque*
y *ocasion perdida*, pasa
de boca en boca en la corte.
El *para poco* te llama.

DON RODRIGO.

¿Que mis amores se saben
allá?

CHINCHILLA.

Saben que á Diana
perdiste, y á Oberisel,
por ser corto y para nada.
Hizo un diablo de un poeta
de tu historia una desgracia,
una comedia en Toledo,
El castigo intitulada,
del Penséque, que ha corrido
por los teatros de España,
ciudades, villas y aldeas;
y aunque ha sido celebrada,
todos te echan maldiciones,
porque siendo español, hayas
afrentado á tu nacion,
y con ella la prosapia
de los Girones; que dicen
que ninguno de esa casa
supo perder coyuntura
en amores ni en hazañas,
sino eres tú.

DON RODRIGO.

Y dicen bien.

CHINCHILLA.

Yo la ví en Guadalajara
representar á Balvin;
y en saliendo con sus calzas,
hecho lacayo Chinchilla,
subióseme la mostaza
á las narices, y estuve

por darle una cuchillada.
En fin, no hay pensar volver
mientras vivas, á tu patria,
si tu *penséque* no enmiendas,
porque en ella no te llaman
ya don Rodrigo Giron.

DON RODRIGO.

¿Pues....?

CHINCHILLA.

Caballeros y damas
don Rodrigo del Penséque.

DON RODRIGO.

¡Bueno mi crédito anda!
¿Qué hay en la corte de nuevo?

CHINCHILLA.

Muchas cosas, que es contallas
un proceder infinito;
mas diréte las que bastan.
Hay en la calle Mayor
joyerias en que se halla
mucha carne de doncella,
y aunque esta vale barata,
se vende en cintas.

DON RODRIGO.

Esa es
color, por grave, estimada.

CHINCHILLA.

Doncellas que andan en cinta,
y se venden, tripulallas.—
Calles que de puro enfermas,
por los licores que exhalan
sus perfumeras nocturnas,
se han abierto, á fuer de damas,
fuentes que aumentan sus lodos;
porque afrentándose el agua
de vivir en arrabales,
ya se ha vuelto cortesana.—
Una plaza generosa.

DON RODRIGO.

Dime mucho de esa plaza.

CHINCHILLA.

Que está, sin ser despensero,

á puras sisas medrada.
No hay en la corte muger
que peque ya de liviana,
porque tódas traen firmezas
al cuello, si no en el alma.
Anda lo azul tan valido,
que hubo viejo que esta pascua
sacó, por vivir al uso,
azul cabellera y barba.
La multitud de los coches,
en Egipto fuera plaga,
si autoridad en Madrid.
No se tiene por honrada
muger que no se cochea;
y tan adelante pasa,
que una pastelera dicen
haber comprado una caja,
tirada de dos rocines
que traen la harina que gasta,
en que sábados y viernes
se pasea autorizada;
pero en viniendo el domingo,
hasta el fin de la semana,
trueca el coche por el horno,
y el abano (1) por la pala.
Los mozos que pastelizan,
son cocheros por su tanda;
con que nuestra pastelera
va, aunque gorda, sancochada.
No hay mal que por bien no venga:
dígolo, porque afrentadas
las damas de andar á pie,
salen menos de sus casas.—
Una premática nueva
ha salido de importancia,
en materia de reforma.

DON RODRIGO.

Eso será, si se guarda.

(1) Abanillo, abanico.

CHINCHILLA.

Mandan que todos los hombres
que de cincuenta no pasan,
cuando en coches anduvieren,
no puedan llevar espadas.

DON RODRIGO.

¿Por qué?

CHINCHILLA.

Danlos por enfermos,
y quieren por esta causa,
que se entienda andar en coches
lo mismo que andar con bandas.
Han replicado los mozos
que como há tanto que andan
en coches, no tienen uso
de caballos (¡qué ignorancia!).
Por lo cual se les concede
que por cuatro meses vayan
en sillones ó en jamugas,
escusando que no caigan.—
Item: que todo doctor
cure á destajo, y por tasa
concierte la enfermedad,
sin que pueda cobrar blanca
mientras no se levantare
el enfermo de la cama
sano y bueno; y si muriere,
que pague el tal doctor mandan
la botica y sepultura.

DON RODRIGO.

¡Con qué cuidado curaran,
á ejecutarse esta ley!
¡Con qué tiento recetaran!

CHINCHILLA.

Item: que los sastres corten
ropas, vestidos y galas
en presencia de sus dueños,
y que delante de él traigan
los aforros, hilo y seda,
vivos, pasamanos, franjas,
y todo junto lo pesen,
porque despues de acabada

de coser la dicha ropa,
por peso vuelvan á darla
á su dueño, y con el doblo
restituyan lo que falta.

DON RODRIGO.

No fuera mandato injusto.

CHINCHILLA.

Al menos, si no se guarda,
habíase de guardar.—
Esto es lo que en Madrid pasa,
y otras cosas que no cuento.
Yo te las diré mañana.

ESCENA VIII.

ASCANIO.—DON RODRIGO. CHINCHILLA.

ASCANIO.

¿Qué haceis, don Rodrigo, aquí,
cuando estan todas las damas
de la marquesa en el parque,
por balcones y ventanas
tirando á los gentil-hombres
de Aurora pellas que abrasan
de amores, con ser de nieve?
Dejad memorias pasadas;
andad acá por mi vida,
y entre nieves sepultaldas.
Vereis á Narcisa hermosa,
que de una fuente de plata
saca pellas, que son negras,
puestas en sus manos blancas.

DON RODRIGO.

Como son carnestolendas,
y aqui se usa celebrarlas
con aplauso y regocijo,
por limones y naranjas,
de que el Piamonte es esteril,
tiran pelotas nevadas,
esmeriles de hermosuras,

que las libertades matan.

ASCANIO.

Huevos hay de azâr tambien.

CHINCHILLA.

¿Qué mas azar ni desgracia,
que tirar pellas de nieve,
que han de resolverse en agua?
Si hubiera pellas de vino,
yo las sorbiera de chaza;
pero ¡de nieve y con huevos
sin yemas! Algun sin alma.

ASCANIO.

¿Quereis venir, don Rodrigo?

DON RODRIGO.

Vamos; que entre nieve tanta
templaré incendios de amor,
ya que la ausencia no basta.

ASCANIO.

Aquí hallareis contrayerba,
si fue veneno Diana,
que cure vuestra memoria. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

CHINCHILLA.

Todo es frio en esta casa.
El primero, en cuanto es nieve
su dueño: Aurora se llama,
que aun por el verano hiela.
Si son gallinas sus damas,
huevos ponen; mas son hueros,
pues que vienen llenos de agua.
¡O botas de San Martin!
¡o espuelas de Rivadavia!
¿Quien para pasar el puerto
de tanta nieve, os calzara!
que á falta de tal almilla,
tiritando llevo el alma. (*Vase.*)

ESCENA X.

AURORA. NARCISA.

NARCISA.

En fin, ¿te parece bien
el conde Carlos?

AURORA.

Agora
que la voluntad no ignora
lo que ya los ojos ven,
mejor á Carlos recibó.

NARCISA.

Era tu desden ingrato.

AURORA.

Fué amante muerto el retrato;
mas eficaz es el vivo.
La fineza del venir
disfrazado á verme, hermana,
á quererle bien me allana.

NARCISA.

Luego ¿podréle decir
que se descubra?

AURORA.

Es muy presto.
Pues en nuestra casa está,
mejor, Narcisa, será,
(ya que en él mi gusto he puesto)
fingiendo no conocelle,
examinar su aficion,
inquirir su condicion,
y entre tanto entretenelle.

NARCISA.

En fin, ¿por razon de estado
quieres amar?

AURORA.

Si ha de ser
mi esposo, y yo su muger,
¿no es mejor que examinado

á elegir el alma venga
el dueño que ha de adorar,
que no por necia llorar,
cuando remedio no tenga?
Prueba un caballo primero
quien le compra, qué tal sale,
con costar, el que mas vale,
solo un poco de dinero.
Y un marido de por vida,
á precio de mil cuidados,
¡quiéres tú que á ojos cerrados
se entre en casa!

NARCISA.

Apercebida
muger eres.

AURORA.

Y es razon
que cuando venga á casarme,
no tenga de quien quejarme,
sino es ya de mi eleccion.
Catorce años en Jacob
hizo Raquel esperiencia
para casarse.

NARCISA.

Paciencia
fue mayor que la de Job.

AURORA.

Y cuerdo su sufrimiento;
porque hay tanto que saber
de un hombre, que es menester
tan largo conocimiento.
Yo sé que en aqueste estado
pocas mal casadas vieran,
si los maridos tuvieran
un año de noviciado.
Pero ¿qué te ha parecido
del español?

NARCISA.

Eleccion
tan digna de la aficion
que Diana le ha tenido,
que no mereció el suceso

con que su amor castigó.

AURORA.

Bien la condesa eligió.
Su buen gusto te confieso;
pero no iguala al de Carlos.

NARCISA.

Cualquiera comparacion
es odiosa, y tu aficion
no acertará á compararlos.
Si va á decir la verdad,
el haber sabido, hermana,
que le quiso bien Diana;
la nobleza y calidad,
que de su linage cuentan;
las hazañas que le abonan;
los ojos que no perdonan
ocasiones que atormentan;
la española bizarría,
que en él por mi daño ví,
no sé lo que han hecho en mí,
que no soy la que solia.

AURORA.

Dí que estás enamorada,
y acaba.

NARCISA.

Mas cuerda soy.
Enamorada no estoy.
Pero....

AURORA.

¿Qué?

NARCISA.

Estóile inclinada.

AURORA.

¿Tan presto?

NARCISA.

Amor reina, Aurora,
y llegando hoy de camino,
antes la fama previno,
que fue su aposentadora.

AURORA.

¡Buena escusa!

NARCISA.

La que has dado,
para no casarte luego
con el conde, por mí alego.
Él, hermana, es tú criado,
y tambien lo es don Rodrigo;
si el casamiento dilatas
porque examinalle tratas,
yo tambien tus pasos sigo.
Tambien le examinaré
con prudencia y con secreto,
si es tan cuerdo y tan discreto;
y cuando tu gusto esté
para el conde sazonado,
el mio lo vendrá á estar,
y nos podemos casar
cada cual con su criado. (*Vase.*)

ESCENA XI.

AURORA.

Narcisa ama á don Rodrigo.
¡Oh riguroso poder
de la envidia en la muger!
¡qué de ello puedes conmigo!
Cuando yo le aborreciera,
para adoralle, bastara
que mi hermana le alabara,
y conmigo compitiera.
Al conde empecé á querer,
á pesar de mi rigor,
siendo efímera su amor,
pues que se muere al nacer;
y este español que ha venido
á despertar mi cuidado,
ausente tan alabado,
y ya presente, querido,
da materia á mis desvelos,
y los del conde deshace;

que amor de la envidia nace,
cuando es hijo de los celos.
Mas pues despierta á quien duerme,
y descuidada me avisa
de aquesta suerte Narcisa,
á su amor he de oponerme,
poniendo en su curso freno,
que sus principios reprima;
porque, en fin, en mas se estima
lo que está en poder ageno.

ESCENA XII.

BRIANDA.—AURORA.

BRIANDA.

Si se quiere entretener
agora vuestra escelencia,
una apacible pendencia
en el parque podrá ver
desde aquestas celosías,
que entre nuestras damas pasa,
y gentil-hombres de casa.
Ellas tiran alcancías
de nieve, y ellos por dar
aromas á los balcones,
tiran dorados limones,
pomas y huevos de azàr.

AURORA.

¿Y está el maestresala entre ellos?

BRIANDA.

Sí señora.

AURORA.

(*Aparte.* No quisiera
que entre tantas damas viera
de alguna los ojos bellos.
¡Que pueda la envidia en mí
tanto! ¿Qué es aquesto, cielos?
Antes que amor, ¿tengo celos?
Mi muerte en este hombre vi.)

¿No podré verlos, Brianda,
bien desde mi camarin?

BRIANDA.

Su balcon sale al jardin,
donde estan todos.

AURORA.

Pues anda,
llévame una fuente allá
de pellas.....

BRIANDA.

Yo voy por ellas.

AURORA.

Sin que sepan que las pellas
son para mí.

BRIANDA.

No sabrá
ninguno para quien son. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

—

AURORA.

De allí los veré encubierta.
Impórtame que divierta
este hombre; que la ocasion,
en los ojos poderosa,
puede en alguna beldad
ocupar su voluntad,
y tenerme á mí celosa.
Hombre á quien quiso Diana,
digno es de estimacion.
Si es español y Giron,
no le merece mi hermana.
Ya sea amor, ya frenesí,
ya condicion de muger,
ó á ninguna ha de querer,
ó me ha de querer á mí. (*Vase.*)

Jardin.

ESCENA XIV.

DON RODRIGO. CHINCHILLA.

DON RODRIGO.
Chinchilla, ¡qué bellas damas
tiene la marquesa!

CHINCHILLA.
Bellas;
mas hielan con tantas pellas
el alma.

DON RODRIGO.
De amor las llamas
se aumentan con esta nieve.

CHINCHILLA.
Si fuera el amor agora
de gusto de cantimplora,
á fuer de señor que bebe
nieve en verano é invierno,
el brindis de tu aficion
pudiera hacer la razon;
que ya te imagino tierno.
Mas yo que lo bebo puro,
aborrezco amor nevado;
que ha de estar por fuerza aguado,
y así escusalle procuro.

DON RODRIGO.
¿No es Narcisa hermosa dama?

CHINCHILLA.
Bien te holgaras de pasar,
puesto que ha dado en nevar,
su puerto de Guadarrama.
¿Hubo pellita?

DON RODRIGO.
Y en ella

fuego que el alma traspasa;
que tambien la nieve abrasa.
De alquitran fue aquella pella;
no de nieve.

CHINCHILLA.

¿Ya tenemos
bobuna? Pues ¿la condesa?

DON RODRIGO.

Siendo imposible su empresa,
y la ausencia toda estremos,
Narcisa ha de ser triaca
del veneno de su amor.

CHINCHILLA.

Bien dices, porque un dolor
con su contrario se aplaca.
Si te abrasó su hermosura,
Narcisa como discreta,
mientras pellas te receta,
tu fuego con nieve cura.

DON RODRIGO.

No hay tal (1) Narcisa en el mundo.

CHINCHILLA.

¿Mas que habemos de tener,
señor, por esta muger
otro penséque segundo?

(Tiran del palacio una pella que da en el sombrero á don Rodrigo.)

¡Ay!

DON RODRIGO.

¿Qué ha sido?

CHINCHILLA.

Pella fué.

DON RODRIGO.

Derríbame á mí el sombrero,
¡y quéjaste, majadero!

CHINCHILLA.

De verla venir me helé.
Esa celosía abrió
una mano de cristal,
y á fé que no acierta mal.

(1) Otra tal, otra como.

DON RODRIGO.

Espera. Un papel venia
dentro.

CHINCHILLA.

¡Ingeniosa cautela!

DON RODRIGO.

¿Hay invencion semejante?
Ya tienen alma las pellas.

CHINCHILLA.

Preñadas, como doncellas
al uso, estan: no te espante.
Mas, por Dios, que es maravilla
que esté, hasta la nieve helada,
en este tiempo preñada.

DON RODRIGO.

¿Lêré?

CHINCHILLA.

Pues.

DON RODRIGO.

Oye, Chinchilla.
(*Lee.*)

Cierta dama de palacio, lisonjeada de muchos por hermosa, y que quiere fiar de vuestro buen gusto la certeza de si lo es ó no, tiene el suyo puesto en vos; y por inconvenientes que al presente instan, importa por ahora no darse á conocer, hasta que el tiempo haga alarde de su vista, como ahora de su voluntad. No dispongais de la vuestra, que como forastera andará buscando posada, hasta que sepais si es á vuestro propósito la que tantos pretenden, y vos solo mereceis. El cielo os guarde.

¿Hay mas estraña aventura?

CHINCHILLA.

Las tuyas siempre lo son.

DON RODRIGO.

¿Ya empieza otra confusion?

CHINCHILLA.

Esta por Dios, que es escura.

DON RODRIGO.

¿Si es Narcisa?

CHINCHILLA.

Puede ser.

DON RODRIGO.

¡Ay! ¡qué dicha, si fuera ella!

CHINCHILLA.

Alcahueta hizo una pella;
mas ¿qué no hará una muger?

DON RODRIGO.

Apenas de un laberinto
salgo, ¡y en otro me veo!

CHINCHILLA.

Si no eres mejor Teseo
que en el otro, aunque distinto,
en aqueste, vive Dios,
que ha de haber *segunda parte*
del penséque. Industria y arte
nos han de hacer á los dos
dichosos: sirve y pretende,
y date por entendido;
que muger ilustre ha sido
esta nuestra dama duende,
si crédito hemos de dar
al modo con que te escribe.

DON RODRIGO.

Si es Narcisa, ya apercibe
el alma centro y lugar,
en que como dueño asista.
A la condesa he olvidado.

CHINCHILLA.

Libranzas amor te ha dado:
mas no son á letra vista,
pues á tu dama no ves.

DON RODRIGO.

Habré por fé de querella.

CHINCHILLA.

¡Válgate el diablo por pella!
Amante eres piamontés.
Aunque no se manifieste,
finje amarla, si regala.

ESCENA XV.

AURORA.—DON RODRIGO. CHINCHILLA.

AURORA.

(*Quitando á don Rodrigo el papel de las manos.*)
¿Qué haceis aquí, maestresala?

DON RODRIGO.

Estoy.....

AURORA.

¿Qué papel es este?

DON RODRIGO.

No sé, por Dios: en el suelo
le hallé, y alzándole acaso......

CHINCHILLA, *aparte.*

¡En la trampa al primer paso!
Despedidura recelo.

AURORA.

La letra conozco bien.

DON RODRIGO.

(*Aparte á su criado.*)
Lêle.

CHINCHILLA.

¡Y cómo! y muy despacio.

AURORA.

(Lee.) *Cierta dama de palacio,*
lisonjeada ¡oh! ¡qué bien!
de muchos....

CHINCHILLA.

(*Aparte á su amo.*)
Si no te escapas,
que hay fraterna, es cierta cosa.

AURORA.

(Lee.) *Lisonjeada.... por hermosa....*

CHINCHILLA.

(*Hablando aparte con don Rodrigo.*)
¡Al primer tapon zurrapas!

DON RODRIGO.

¿Hay igual desgracia?

AURORA.

(Lee.) *Quiere*

fiar de vuestro buen gusto.....

CHINCHILLA.

(*Aparte con su amo.*)
Amor que empieza por susto,
bueno va, si no se muere,
ó nos envia á los dos
á alon.

DON RODRIGO.

¿Quieres callar, necio?

CHINCHILLA.

Ya lee paso, ya recio.

AURORA.

(Lee.) *Tiene el suyo puesto en vos.....*
¡Qué dama tan de repente!

CHINCHILLA.

(*Aparte á su amo.*)
Para copla no era mala;
por Dios, señor maestresala,
que se le arruga la frente.
Algun sin alma que aguarde
lo que esperamos los dos.

AURORA.

(Lee.) *Tantos pretenden, y vos
mereceis. El cielo os guarde.*
Esta casa, don Rodrigo,
está poco acostumbrada
á libertades, criada
toda su gente conmigo.
No es Saluzo Oberisel:
escarmentad; que por Dios,
que otra vez haga de vos
lo que de aqueste papel.
(*Rásgale.*)

CHINCHILLA, *aparte.*

¡Zape!

AURORA.

Andad. (*Aparte.* Bueno va ansí,
que si en ser curioso da,
por lo menos no sabrá
que soy yo quien le escribí.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

ASCANIO.

Amor, vuestro absoluto y real respeto,
de conde de Monreal, me ha transformado
en secretario; de señor, criado:
vuestro fuego es la causa, yo el efeto.
En la contemplacion de tal objeto,
secretario me hiciera mi cuidado
de mí mismo, si no hubieran llegado
á profanar los cielos mi secreto.
Mira Narcisa apasionadamente
á don Rodrigo, para darme enojos,
y en vano, siendo así, callar presumo.
Es mina amor, y es fuerza que rebiente,
cuando no por la boca, por los ojos,
él convertido en fuego, ellos en humo.

ESCENA II.

AURORA. NARCISA.—ASCANIO.

NARCISA.

(Hablando con su hermana, sin ver á Ascanio.)
Anda, hermana; que estás ya
demasiada.

AURORA.

Yo digo
la verdad.

NARCISA.

Si don Rodrigo

á mi amor materia da,
¿qué pierdo en querello?

AURORA.

Mucho.

ASCANIO, *aparte.*

Basta, que vienen las dos
tratando del ciego dios.
¿Esto veo? ¿aquesto escucho?
¡Desiguales competencias!
Narcisa se ha declarado;
el español es amado;
no hay que hacer mas esperiencias.
Caballero es don Rodrigo:
voy á probar su valor,
y si puede en él amor
mas que la lealtad de amigo. (*Vase.*)

ESCENA III.

—

AURORA. NARCISA.

NARCISA.

Don Rodrigo es principal,
y es Giron, que le engrandece;
ya sabes tú que ennoblece
su casa con sangre real.
¿Qué defeto hallas en él,
sabiendo que quiso, hermana,
su esposo hacerle Diana,
condesa de Oberisel?

AURORA.

Es estrangero.

NARCISA.

¿Qué importa?
Nunca las personas reales
se casan con naturales.

AURORA.

De ejemplos, Narcisa, acorta;
que esposo te dan los cielos
de mas valor é importancia.

Yo intento casarme en Francia,
y has de imitarme.

NARCISA.

¿Son celos,
por tu vid?

AURORA.

¿Yo? ¿De quién?

NARCISA.

Del español que procuras
desacreditar.

AURORA.

Locuras.

NARCISA.

Yo sé que le quieres bien.

AURORA.

Desterrarle he de mi estado,
si con tan bajas quimeras,
en ese error perseveras.

NARCISA.

¿Luego al conde has olvidado
de Borgoña, mayordomo
de tu casa y voluntad?

AURORA.

Hombre de mas calidad
ha de ser mi esposo.

NARCISA.

¿Cómo?

AURORA.

Pretende monsiur de Guisa
darme el alma con la mano,
y Federico, su hermano,
intenta tambien, Narcisa,
ser tu esposo. Porque veas
cuan diversos pensamientos
solicitan tus intentos,
las cartas quiero que leas
que los dos nos han escrito
en orden á esto.

NARCISA, *aparte.*

Envidiosa
de la suerte venturosa
con que mi amor solicito

con don Rodrigo, pretende
divertirme de él Aurora;
pero engañaréla agora.

AURORA.

¿Qué respondes?

NARCISA.

Que me ofende
tu mudable condicion.
¿A Carlos no te inclinabas,
cuando vino, y ponderabas
su buen talle y discrecion?
Pues ¿quién te mudó tan presto,
que el de Guisa te aficio na

AURORA.

La fama que lo pregona,
en tal opinion ha puesto
al duque de Guisa, hermana,
que le quiero bien. Duquesa
vengo á ser, si soy marquesa:
ya ves lo mucho que gana
nuestra casa, y el valor
que á su sangre corresponde;
lo que va de un duque á un conde,
y cual me estará mejor.

NARCISA.

¿Al conde olvidas?

AURORA.

Pues bien,
¿qué quieres decir en eso?

NARCISA.

Pues la verdad te confieso,
y ya no le quieres bien,
¡cuánto mejor te estará,
si eres duquesa de Guisa,
el ver condesa á Narcisa
de Borgoña!

AURORA.

¿Cómo?

NARCISA.

Ya
puedo declarar contigo
mis amorosos desvelos.

Por no dar causa á tus celos,
fingí amar á don Rodrigo,
siendo el conde de Borgoña
quien mi amor tiranizó,
desde que el alma bebió
por los ojos su ponzoña.
Mas pues este estorbo cesa,
segun tu eleccion me avisa,
y casándote tú en Guisa,
me puedes hacer condesa,
déjame á Carlos, Aurora,
y deberéte este estado;
que yo he visto en su cuidado
que te olvida y que me adora.

AURORA.

Si yo á quien soy no mirara,
te cerrara, necia, loca,
con un candado la boca,
y la lengua te cortara.
¿Tú tienes atrevimiento
tan soberbio y licencioso,
que á quien me da por esposo
de mi padre el testamento,
oses mirar?

NARCISA.

¿Ya me alegas
testamentos? ¡Buena estás!
Si al duque elegido has,
y á su amor el alma entregas,
no sé por dónde ni cómo
de mí puedas agraviarte.

AURORA.

¿Tú conmigo has de igualarte?

NARCISA.

¿Es mucho que á un mayordomo
pretenda, cuando tú cobras
á un duque?

AURORA.

No lo verás.

NARCISA.

Si como á menor me das
alimentos de tus sobras,

¿en qué te igualo? ¿No dejas
Carlos?

AURORA.

¿Yo?

NARCISA.

Ahora acabas
de afirmar que al duque amabas,
y que olvide me aconsejas
por su hermano á don Rodrigo.

AURORA.

Mis sospechas lo fingieron,
porque en tus intentos vieron
la traicion que usás conmigo;
que ni el de Guisa me ha escrito,
ni otra sino yo ha de ser
del conde Carlos muger.

NARCISA.

Pues ya, hermana, nó compito
contigo: satisfacerte
de mi buen gusto podrás,
si á don Rodrigo me das,
pues quedo de aquesta suerte
yo casada y tú contenta,
y á España me partiré.

AURORA.

Los ojos te sacaré
primero que tal consienta.

NARCISA.

Si no hay Federico ya,
y tú al conde Carlos quieres,
cuando al español me dieres,
¿qué hay perdido?

AURORA.

No tendrá
tan mal gusto don Rodrigo,
si á Diana quiso bien,
que satisfechos esten
sus pensamientos contigo.

NARCISA.

Si no estriba mas que en eso
la causa de tus enojos,
ya me han dicho á mí sus ojos,

que mi amor le quita el seso.

AURORA.

¿Tú á don Rodrigo?

NARCISA.

Trinchando,
en verme se divirtió
hoy, y un dedo se cortó,
y aun yo le oí suspirando
decir entre llanto y risa,
baja la voz y compuesta:
«amor que sangre me cuesta,
compasion dará á Narcisa!»
Yo entonces tomé la presa
que tanto mal vino á hacer,
y un lienzo dejé caer
á sus pies junto á la mesa,
que creyendo ser Brianda
suyo, en viéndole, le alzó,
y dándosele, esmaltó
su noble sangre en mi holanda.
Mira en esto lo que infieres,
y si el ser mi esposo es llano,
pues yendo el lienzo á su mano,
me he casado por poderes.

AURORA.

Cortaréte yo la tuya,
y saldrá tu industria vana.

NARCISA.

Pues acabemos, hermana,
y este pleito se concluya;
que estás terrible conmigo;
y tengas gusto ó pesar,
yo me tengo de casar
con Carlos, ó don Rodrigo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

AURORA.

¿Qué mudanzas, decid, envidia mia,

son estas, que á mi amor hacen Proteo?
¿Cuándo os pensais quietar, loco deseo,
que amais, no la eleccion, mas la porfia?
Al conde quiero ya, que aborrecia,
porque Narcisa pone en él su empleo;
al español me inclino, porque veo
que en ella amor, y celos en mí cria.
Sombra soy de mi hermana: á cualquier parte
que va su voluntad, doy en seguilla;
y sin amar, amor me da desvelos.
Mas si tu hacienda entre los dos reparte
mi padre aun hasta aquí, ¿qué maravilla
que ella heredé el amor y yo los celos?

ESCENA V.

DON RODRIGO, *con un lienzo atado en la mano izquierda.*— AURORA.

DON RODRIGO.
¿Qué manda vuestra escelencia?

AURORA.
Mucho debeis, don Rodrigo,
pues no hago en vos un castigo
ejemplar, á mi paciencia.
Agradeced á mi prima
y al amor que os ha tenido.....

DON RODRIGO.
No sé en qué os haya ofendido.

AURORA.
Que á no saber en la estima
que con ella habeis estado,
yo escusara la ocasion
que dais á mi indignacion.

DON RODRIGO.
Pues yo ¿en qué....?

AURORA.
¿No os he avisado
que las damas de mi casa
las pretensiones no admiten

que los palacios permiten,
cuando el uso por ley pasa?

DON RODRIGO.

Pues ¿en qué, señora, escedo
á lo que vos me mandastes?

AURORA.

¡Lindamente os enmendastes!
Agradecéroslo puedo.
Basta, que contra la fama
que en esta casa ofendeis,
dais en galan, y teneis
dentro en mi palacio dama.

DON RODRIGO.

¿Dama yo?

AURORA.

Pues os escribe
y os correspondeis los dos,
siendo cortesano vos,
¿quién duda que no recibe
de sus papeles respuesta?

DON RODRIGO.

Alma de una pella fué
el que aquella tarde hallé,
que haciendo en el parque fiesta
á vuestras damas, la nieve
me tiraron, y leí;
mas ni al dueño conocí,
ni habrá quien contra mí pruebe
que despues que vuescelencia
sin culpa me reprendió,
haya pretendido yo
con alguna diligencia
saber quien la dama ha sido;
de que estoy tan ignorante,
cuan libre de ser su amante.

AURORA.

Buena escusa habeis fingido.
Pues si acabo de cogella
este segundo papel,
¿podeis escusar en él
el aviso de la pella?

DON RODRIGO.

¡Segundo papel á mí,
gran señora!

AURORA.

Tomad, velde;
si no me creeis, leelde;
que agora se le cogí,
y si con él no os convenzo,
y responder no podeis,
pues que cortado os habeis
la mano, envialda el lienzo.
Mas bien podreis; que no ha sido
la derecha la cortada;
que esa estará reservada
para ser agradecido.

DON RODRIGO.

Si conozco á esa muger,
si la he visto, si la he hablado,
un traidor disimulado
me mate, y no llegue á ver
mi patria; de mí murmure
el que mas mi amigo fuere;
los estudios que escribiere,
un idiota los conjure;
el que anduviere conmigo,
cuando esté ausente, me ofenda;
pleitee, sirva, pretenda....

AURORA.

Leed, leed, don Rodrigo.

DON RODRIGO.

Pues vos me lo mandais, leo;
puesto que á creer me incita
que vive en la ley escrita
quien me escribe y nunca veo.
(Lee.) *Don Rodrigo, amor os llama*
para poco, *pues no os mueve*
un papel que envuelto en nieve,
disfrazó en ella su llama.
Buscad curioso la dama
que, descuidado ó cobarde,
os busca, y manda que aguarde
amor, niño incencionero,

á una reja del terrero
esta noche.=El cielo os guarde.
De aquí puede colegir,
señora, vuestra escelencia
mi descuido y negligencia,
y si he intentado salir
del límite que me puso
en el primero papel.

AURORA.

La que os muestra amor en él,
y agora os tiene confuso,
es mi sangre, y tan hermosa,
que no es mucho, si la veis,
que la condesa olvideis
por ella. Ha de ser esposa
de un ilustre potentado,
con quien casarla pretendo;
y así del amor me ofendo
que os muestra y he castigado.
Cuando la cogí el papel,
de tal suerte la reñí,
que temerosa de mí,
os quisiera dar en él
veneno: hame prometido
de olvidar vuestra aficion,
y por aquesta ocasion,
á mostrárosla he venido.
No vais, Rodrigo, al terrero
esta noche, ni ofendais
su secreto, si os preciais
de leal y caballero;
porque si os vé diligente
en averiguar quien es,
será dificil despues
lo que agora fácilmente
se remediará en los dos.

DON RODRIGO.

Digo que sea así, madama.

AURORA.

Lo que no se ve, no se ama.
Yo sé que si la veis vos,
no ha de ser despues posible

el dejalla de querer.

DON RODRIGO, *aparte.*

¡Válgate Dios por muger,
cuanto alabada, invisible!

AURORA.

Dadme ese lienzo que es suyo.

DON RODRIGO.

Está sangriento, señora.

AURORA.

Haréle quemar agora;
que así principios destruyo
que puedan dar ocasion
á que yo viva ofendida.
Mostrad. ¿Es algo la herida?

DON RODRIGO.

No, señora.

AURORA.

Este liston,
en vez de lienzo os atad.

(*Dale uno.*)

DON RODRIGO.

¡Tanto favor!

AURORA.

No es favor
ocasionado de amor,
sino de necesidad.
Mirad que me prometeis
de no salir al terrero
esta noche.

DON RODRIGO.

Solo quiero
daros gusto.

AURORA.

Acertareis.

DON RODRIGO.

No intento mas que serviros.

AURORA, *aparte.*

¡Ay sangre! ¡qué poco á poco
me abrasais! Pues que ya os toco,
¿quién bastará á resistiros?
Ni ¿cómo tendré sosiego,
si cuando el alma os conserve,

la sangre sin fuego hierve,
y hoy venís á sangre y fuego? (*Vase.*)

ESCENA VI.

—

CHINCHILLA.—DON RODRIGO.

CHINCHILLA.

Esta casa ¿está encantada?
Vive Dios, que es en Saluzo
de casta amor, de lechuzo.

DON RODRIGO.

¿Qué es eso?

CHINCHILLA.

¡Oh señor! no es nada.
Acá nos lo habemos yo
y una dama piamontés,
que al conde Partinuplés
á escuras encantusó.

DON RODRIGO.

¿Díceslo por mí?

CHINCHILLA.

Y por todos
los pecadores, amen.
Amante soy yo tambien;
los mismos pasos y modos
de tus confusiones sigo,
porque de una misma traza
vayan la mona y la maza.

DON RODRIGO.

¿Estás loco?

CHINCHILLA.

Verdad digo.
Sin mí, y entre cuatro dueñas,
(¡mirad con quién y sin quién!)
y tres doncellas tambien,
(digo doncellas por señas;
que en lo demas no me meto)
en la antecámara estaba,
y con ellas conversaba,

mas compuesto que un soneto.
Mira si en amar te imito.

DON RODRIGO.

¡Ay, Chinchilla! si supieras
mi confusion....

CHINCHILLA.

¿Hay quimeras
nuevas?

DON RODRIGO.

Otra vez me ha escrito
mi encubierta dama.

CHINCHILLA.

¿Agora?

DON RODRIGO.

Y me espera en el terrero
esta noche.

CHINCHILLA.

¿Por febrero?
Gatuno es tu amor.

DON RODRIGO.

Aurora
le cogió el papel, y airada,
leyéndole, me obligó
á no amalla.

CHINCHILLA.

¿Cómo no?

DON RODRIGO.

Dice que está concertada
con un potentado.

CHINCHILLA.

Bien:
¿y descubrióte quien era?

DON RODRIGO.

¡Dichoso yo, si eso hiciera!
Hame mandado tambien
que ni saber solicite
quien es, aunque viva en duda,
ni que aquesta noche acuda
al terrero.

CHINCHILLA.

A tal embite,
mal harás en no querer.

DON RODRIGO.

Pintómela tan hermosa,
que dice es dificil cosa,
viéndola, no la querer.
Riñó con ella celosa,
segun me lo afirmó aquí.

CHINCHILLA.

¿Celosa de ella, ó de tí?

DON RODRIGO.

Es cosa dificultosa.
Que no la vea me avisa.

CHINCHILLA.

¡Válgame Dios! ¿Quién será?

DON RODRIGO.

Por las señas que me da,
yo sospecho que es Narcisa.

CHINCHILLA.

De esa estoy yo sospechoso.

ESCENA VII.

—

ASCANIO.—DON RODRIGO. CHINCHILLA.

ASCANIO.

Don Rodrigo, de vos vengo
muy sentido, y sé que tengo
ocasion de estar quejoso.

DON RODRIGO.

Declarad aquesa enîma;
que todos hablais aquí
misterios.

ASCANIO.

Desde que os ví,
os he tenido en la estima
que vuestro valor merece.

DON RODRIGO.

Y yo obligado os estoy.

ASCANIO.

Pero el no saber quien soy,

justa disculpa os ofrece.
Oid aparte.
(*Sepáranse de Chinchilla Ascanio y don Rodrigo.*)

MONREAL.

por su conde me respeta;
y amor, que cetros sujeta,
y al oro iguala el sayal,
me enamoró de Narcisa
de la suerte que sabeis,
pues en su casa me veis
sirviendo.

CHINCHILLA.

(*Llegándose á los dos.*)
Cuéntelo aprisa;
que es ya de noche, y tenemos
mucho que hacer.
(*Retírase.*)

ASCANIO.

Competencias
que entre nuestras ascendencias
pasaron á los estremos
de bandos y enemistades,
me han quitado la esperanza
con que el matrimonio alcanza
dulce union de voluntades.
Amor, por esta razon,
manda que en su casa viva
secretario, donde escriba
sus tormentos mi pasion.
Y como los celos ven
cosas que les dan enojos,
dáisme á entender en los ojos
que Narcisa os quiere bien.
Aquesto es verdad, por Dios.

DON RODRIGO.

¿Qué es lo que decís?

ASCANIO.

Yo digo
lo que he visto, don Rodrigo.
No há media hora que á las dos
(digo á Aurora con su hermana)
ví riñendo, y que decia

que de vuestra gallardía,
digna eleccion de Diana,
vuestro valor y nobleza,
tan enamorada estaba,
que haceros dueño intentaba
del oro de su belleza.

DON RODRIGO, *aparte.*

¡Gracias á Dios, que he sacado
en limpio este borrador!

ASCANIO.

¡Mirad qué tal es su amor,
y si me habeis agraviado
sin culpa! aunque desde agora
podré quejarme de vos.

DON RODRIGO.

Ni yo le he hablado, por Dios,
hasta aquí, ni de señora
madama (1) entendí jamas
que Narcisa se mudara;
mas pues así se declara,
fiad, conde, desde hoy mas,
que no halleis en mí ocasion
de sospecha, ni de celos.

ASCANIO.

Han guarnecido los cielos,
amigo, vuestro *giron*
del oro mas acendrado
que apuró la cortesía.
Ya sabeis la historia mia;
y en esa fé confiado,
fio mi dicha de vos.
Sois generoso, y discreto;
no agravïeis mi secreto,
ni nuestra amistad. A Di s. (*Vase.*)

(1) Ó equivale á título y quiere decir *marquesa*, ó es una errata.

ESCENA VIII.

DON RODRIGO. CHINCHILLA.

CHINCHILLA.
¿Qué tenemos?
DON RODRIGO.
De hoy comience
mi dicha con claridad;
que en cosas de voluntad,
lo cierto es, viva quien vence.
CHINCHILLA.
¿No me dirás lo que ha habido?
DON RODRIGO.
Lo cierto es que soy amado
de Narcisa, y que el cuidado
de mi amor pagado ha sido.
No me preguntes mas.
CHINCHILLA.
Quiero, (1)
como tú contento estés,
y no lloremos despues.
¿Habemos de ir al terrero?
DON RODRIGO.
¿Eso dudas?
CHINCHILLA.
Noche es ya.
DON RODRIGO.
Prevenme espada y rodela.
CHINCHILLA.
Yo seré tu centinela;
pero Aurora ¿qué dirá?
DON RODRIGO.
Lo que quisiere, y tambien
Ascanio, si me condena;
que por pretension agena
no he de dejar yo mi bien. (*Vanse.*)

---

(1) Quiero obedecerte, servirte, &c.

Vista esterior del palacio.—Es de noche.

ESCENA IX.

AURORA, *á una ventana.*

Si siempre la privacion
fué aumento del apetito,
y que aquí venga limito
á don Rodrigo Giron,
no perderá la ocasion,
que con los estorbos crece,
é imposibles apetece;
pues con amor, donde anima,
lo dificil tiene estima,
y lo fácil desmerece.
Ya, envidia, os habeis trocado
por otro afeto mayor:
envidia, ya sois amor,
verdadero y declarado.
Harto caro os ha costado,
pues sabeis, alma rendida,
que él dió sangre, y vos la herida;
mas pues sangre le costais,
nadie diga que no vais,
por lo menos, bien vendida.

ESCENA X.

DON RODRIGO. CHINCHILLA.—AURORA.

CHINCHILLA.
¡Cuerpo de Dios con la noche!

DON RODRIGO.
¡Brava oscuridad, Chinchilla!

CHINCHILLA.

Para ensartar avalorios,
ó afeitar barbas, es linda.

DON RODRIGO.

¿Si habrá venido al terrero
esta nuestra dama en cifra,
por quien ando mas confuso
que un poeta academista?

AURORA.

Ce: ¿es don Rodrigo?

CHINCHILLA.

Con *ce*
desde aquellas celosías
te llama una dama trasgo:
celos temo que te pida.

AURORA.

¿Sois vos, español?

DON RODRIGO.

No sé
si soy yo, señora mia,
ó si mi amor encantado
me ha transformado en vos misma.
¡Qué de ello que me costais!

AURORA.

Pues yo ¿qué os cuesto?

DON RODRIGO.

Dos riñas
de Aurora, sin conoceros.

AURORA.

Lo mas caro, en mas se estima.
¿Estais muy enamorado?

DON RODRIGO.

Puesto que lo estoy de oidas,
si la que imagino sois,
el alma os tengo rendida;
aunque si de los favores
que me haceis, es bien colija
sus efetos mi esperanza,
todas paran en desdichas.

AURORA.

¿Por qué?

DON RODRIGO.

El primero es de nieve:
juzgad, cuando amor se cria
entre llamas, si será
posible que helado viva.

AURORA.

Con amor, la nieve abrasa,
y sin él, el fuego enfria:
no amais, si la nieve os hiela.

DON RODRIGO.

Todo aqueso es tropelía.—
Escribísme que quereis
saber si os miente el que os pinta
tan hermosa, y que yo sea
jüez que el pleito difina.
Y sabiendo que ha de ser
el proceso vuestra vista,
no os viendo, ¿de qué manera
os he de guardar justicia?

AURORA.

Hay tantos impedimentos
en casa, y puede la envidia,
que de vos algunos tienen,
tanto....

DON RODRIGO.

¿De mí?

AURORA.

Que me obliga
á que de vos me recate.

DON RODRIGO.

¿De qué suerte?

AURORA.

Me castigan
porque ayer os escribí
otro papel.

DON RODRIGO.

¿Quién podia
por eso á vos castigaros?

AURORA.

Quien os recela, y os mira
con pasion, y es poderosa.

DON RODRIGO.

¿Es la marquesa?

AURORA.

¿Y no es digna
de vuestro amor la marquesa?

DON RODRIGO.

Es su hermosura divina;
mas dicen que adora á Carlos.

AURORA.

No sé en eso lo que os diga;
pero sé de que le pesa
que os pretenda y que os escriba.

DON RODRIGO.

Y vos proseguís, señora,
estos amores tan tibia,
que cuando con imposibles,
de verdaderos se animan,
jurais de olvidarme.

AURORA.

¿Yo?

DON RODRIGO.

La marquesa así lo afirma.

AURORA.

¿Y no mienten las marquesas?

DON RODRIGO.

No ignoro yo que hay mentiras
en las cortes, tituladas,
mercedes y señorías;
mas de Aurora no lo creo.

ESCENA XI.

ASCANIO.—AURORA. DON RODRIGO. CHINCHILLA. *Despues* CARLOS *y* TEODORO.

ASCANIO.

(*Sin ver á nadie.*)
Celos, como sois espías,
al desengaño esta noche
servid de postas perdidas.

(*Salen Carlos y Teodoro.*)

CARLOS.

(*A Teodoro, sin ver á nadie.*)

Yo he de averiguar agora
lo que no puedo de dia,
y saber si á la marquesa
otro amante desatina.

TEODORO.

¿No te asegura su hermana?

CARLOS.

Mis recelos imaginan
que en otra parte se abrasa
quien conmigo está remisa.

CHINCHILLA, *aparte.*

De dos en dos van viniendo,
ó rondantes ó estantiguas
de palacio. Haceos allá,
ó hacedme lugar, esquinas.

DON RODRIGO.

En fin vos me quereis bien;
pero mi amor no os obliga
á que me digais quien sois.

AURORA.

Recelo, cuando os lo diga,
que me aborrezcais por fea.

DON RODRIGO.

Eso no; que os apadrina
de la marquesa el abono;
pues de suerte os acredita
en discrecion y belleza,
gracia, sazon, bizarría,
que tiene por imposible
que la libertad no os rinda,
si os veo.

CARLOS.

(*Hablando aparte con Teodoro.*)

¿Qué te parece,
Teodoro? ¡Si se confirman
mis sospechas, con la noche,
tercera de estas visitas!
Agora importa saber
quien son los que solicitan

hipócritas voluntades,
disimuladas de dia.

TEODORO.

No es la marquesa, á lo menos.

CARLOS.

Mucho de una muger fias,
ocasionada por moza,
y peligrosa por rica.

ASCANIO, *aparte.*

Un hombre habla en el terrero,
y una dama desde arriba,
acrecentando sospechas,
mí esperanza desanima.
¡Válgame Dios! ¿quién será?

DON RODRIGO.

Por mas que el recato finja,
con que de mí os encubrís,
por Dios, que estais conocida.

AURORA.

¿Pues quién soy?

DON RODRIGO.

Si me jurais,
como la verdad os diga,
no negarla, os lo diré.

AURORA.

Confesarélo, por vida
de la cosa que mas quiero.

DON RODRIGO.

Pues digo que sois Narcisa.

ASCANIO, *aparte.*

¡Ay cielo! ¿qué es lo que escucho?
¡Ay alma siempre adivina!

AURORA.

¡Jesus! ¡qué lejos que dais
del blanco!

DON RODRIGO.

Es ciego el que tira;
pero yo sé que lo acierto.

AURORA.

¿Pues qué ocasion os obliga
á creer tal disparate?

DON RODRIGO.

Amor, cuya monarquía
mis cortos merecimientos
á vuestro valor sublima.

AURORA.

Pues ¿quiéreos Narcisa á vos?

DON RODRIGO.

Y de suerte, que ofendida
la marquesa, ó envidiosa
de que papeles me escriba,
hoy ha reñido con ella.
Acabad, señora mia;
que quien oyó la pendencia,
lo que me quiere me avisa.

ASCANIO, *aparte.*

Esto es hecho; el español
es este: lo que temia,
averigüé. ¡Qué indiscreto
es quien de estrangeros fia!

DON RODRIGO.

Confesadme que sois vos.

AURORA.

¿He de confesar mentiras?

DON RODRIGO.

Vuestra vida habeis jurado.

AURORA.

No lo soy, por vida mia;
que Narcisa quiere al conde.

DON RODRIGO.

¿Qué conde es este?

AURORA.

Aquí habita
cierto conde disfrazado,
á quien amorosa mira
la dama que os desvanece.

ASCANIO, *aparte.*

Yo soy ese, no hay quien viva,
conde, en casa, sino yo.

CARLOS.

(*Aparte á Teodoro.*)
¿Mas si me amase Narcisa,
viendo que estoy en su casa,

Teodoro, como este afirma?

DON RODRIGO.

Díjome que érades vos
su sangre.

AURORA.

¿Pues no podia,
en fé de aquesa verdad,
ser yo la marquesa misma?

CARLOS.

(*Aparte con Teodoro.*)
Teodoro, ¿no escuchas esto?

TEODORO.

Bien puede ser que se finja
la que no es: escucha y calla.

DON RODRIGO.

La marquesa es prenda digna
del amor del conde Carlos.

AURORA.

Y si fuese yo la misma,
¿pesáraos de que os amara?

DON RODRIGO.

No es mi estrella tan benigna,
que tal ventura merezca;
puesto que yo ví una cinta,
que coronando esperanzas,
dió salud á cierta herida.

AURORA.

Pues tampoco soy Aurora,
porque esa á Carlos dedica
la libertad, que á su fama
há tanto que está ofrecida.

CARLOS.

(*Aparte con Teodoro.*)
¡Eso sí, locos deseos!

TEODORO.

¡Cuál estabas ya!

CARLOS.

Sin vida,
sin seso, sin esperanza.

DON RODRIGO.

¿Quién sois, pues?

AURORA.

Soy de dos primas
que en palacio tiene, una.
Entre Sirena y Arminda,
¿cuál os parece mejor?

DON RODRIGO.

¿Qué sé yo?

ASCANIO, *aparte.*

Si no es Narcisa
la misma que estoy oyendo,
y las esperanzas mias
saben que es de un conde amante,
disfrazado por servilla,
¿qué tengo mas que esperar?
Si mi ventura averigua
su seguridad mañana,
yo, amor, os prometo albricias. (*Vase.*)

CARLOS.

(*Aparte á Teodoro.*)
Teodoro, yo he de saber,
primero que se despidan,
quien son los que me atormentan,
aunque me cueste la vida.
Ven y calla.

TEODORO.

Callo y voy. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

AURORA. DON RODRIGO. CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

Pues ni ruegos ni porfias
bastan con vos, vive el cielo,
que he de volverme á Castilla.
A Dios, oscura señora.

AURORA.

Escuchad.

DON RODRIGO.

Vamos, Chinchilla.

AURORA.

Esperad un poco.

CHINCHILLA.

Esperen
los judios su Mesías.

DON RODRIGO.

Si no me decís quien sois,
perdonad; que martirizan
tantas tinieblas á un alma.

AURORA.

Esperad, pues, que os lo diga.

DON RODRIGO.

Ya espero.

AURORA.

La que mañana,
cuando Aurora salga á misa
con sus damas, como suele,
al entrar de la capilla
tropezase, yendo vos
á tenella, y con fingida
industria os dejare un guante,
esa es la que os desatina.—
Y con esto, á Dios.

(Retírase de la ventana.)

ESCENA XIV.

DON RODRIGO. CHINCHILLA.

CHINCHILLA.

Metióse.

DON RODRIGO.

Alto; ello va por enigmas.
Paciencia.—¿Qué dices de esto?

CHINCHILLA.

¿Qué diablos quieres que diga?

DON RODRIGO.

¿Tienes gana de acostarte?

CHINCHILLA.

No será con las gallinas;
mas con los mochuelos sí.

DON RODRIGO.

¡Oh si el sol se diese prisa,
para echar ya confusiones
á una parte!

CHINCHILLA.

¡Oh si una silla
te echase amor, con su freno!

DON RODRIGO.

Anda, necio.

(Vase don Rodrigo, y por una reja baja se asoma Brianda y coge de la capa á Chinchilla.)

ESCENA XV.

BRIANDA.—CHINCHILLA.

BRIANDA.

Ce: ¡ah Chinchilla!

CHINCHILLA.

¿Ah Chinchilla, y á estas horas?

BRIANDA.

No te vayas.

CHINCHILLA.

¿Quién me tira?

BRIANDA.

Quien te adora.

CHINCHILLA.

¿A mí á-dorar?
¿Estoy en la platería?

BRIANDA.

Sosiégate.

CHINCHILLA.

¿Pues quién eres,
alma, ó cuerpo?

BRIANDA.

¿Ya te olvidas
de la dama que esta noche
te ofreció á escuras la vida,
y te tomó de la mano?

CHINCHILLA.

Dí lo que quieres, aprisa.

BRIANDA.

Que me quieras.

CHINCHILLA.

¿Eres dueña,
ó doncella? ¿vieja ó niña?
¿blanca, negra, moza, ó ama,
hija, madre, grande ó chica?

BRIANDA.

Soy tamaña, que pudieran
traerme al cuello por higa,
si el cristal fuera azabache.

CHINCHILLA.

Serás dama cristalina.
¿Llámaste?

BRIANDA.

Con *Brí* comienza
mi nombre, y su *don* encima.

CHINCHILLA.

¿*Don* con *Brí*? *Doña Bríbona*,
si ya no eres *doña Brízna*.
¿*Doña Brígida*?

BRIANDA.

Tampoco.

CHINCHILLA.

¿Estás en la letanía,
ó en el *líbera nos*, *Domine*?

BRIANDA.

No hay sabello, aunque porfias,
mientras no me prometieres
ser mi marído.

CHINCHILLA.

(*Aparte.* ¡A tu tia!)
¿Al matrimonio te acoges?
¿No son primero las vistas?

BRIANDA.

Yo sé que no te arrepientas.

CHINCHILLA.

Ahora bien, para que diga
de sí ó no, dame esa mano.

BRIANDA.

De esposa os la doy.

CHINCHILLA.

¡Qué fria,
qué flaca, y qué floja está!
y en fin, para ser Francisca,
¡qué de nudos de cordon
traen los dedos por sortijas!
¡Vive el cielo, que parecen
manojo de disciplinas,
ó espárragos de Portillo,
si no son de cañafístola!

BRIANDA.

No hagas caso de las manos;
que aunque me desacreditan,
lo demas es de manteca.
Toca la fisonomia.

CHINCHILLA.

Cariredonda pareces.

BRIANDA.

¿Pues es malo?

CHINCHILLA.

En redondillas
me enamoras, vive Dios.
(*Le tienta los anteojos.*)
¡Ay!

BRIANDA.

¿Qué ha sido?

CHINCHILLA.

¡Antojadiza!

BRIANDA.

Tráigolos, por el sereno,
de noche,

CHINCHILLA.

¿Y te melindrizas?
¡Bueno! ¿Son negros, ó zarcos?

BRIANDA.

Negros.

CHINCHILLA.

¿Mucho?

BRIANDA.

Como endrinas.

CHINCHILLA.

Pues serán espadas negras;

que por ser amor esgrima,
se ha puesto, por no lisiarme,
antojos por zapatillas.

BRIANDA.

¿Qué buscas?

CHINCHILLA.

Lo que no hallo;
la narigacion.

BRIANDA.

¿No atinas
con ellas?

CHINCHILLA.

No.

BRIANDA.

Aquestas son.

CHINCHILLA.

¿Estas romas?

BRIANDA.

¿Qué querias?

CHINCHILLA.

A Roma me voy por todo.
Por Dios, si te arromadizas,
roma dama, que no topes
que tirar, sino es con pinzas.
Mona hay que las trae mayores.

BRIANDA.

¿Pensabas que era judia?

CHINCHILLA.

No; mas redonda, y sin ellas,
cara tienes de boñiga.
Sutiles ginetes son
los antojos, pues encima
pueden tenerse, aunque vayan
á la gineta, ó la brida.
¿Hay tal esterilidad
de narices en las Indias?
Puedes pretender, por chata,
una plaza de cacica.
¡Válgate el diablo por roma!

BRIANDA.

Si él me viera, no diria
tantas faltas.

ESCENA XVI.

CARLOS. TEODORO, *y* ACOMPAÑAMIENTO, *con hachas.*— CHINCHILLA.

(Vase Brianda en el momento que Chinchilla la ve á favor de la luz.)

CARLOS.
Alumbrad.

CHINCHILLA.
¡Jesus! ¡Ánimas benditas!
¿Qué he visto?

CARLOS.
¿Quién sois? Teneos.

CHINCHILLA.
¿Hay tal vision, tal harpía,
tal cigüeña blanca y negra,
tal urraca, ó golondrina?
Yo me muero, pues ví al diablo
á la muerte, á Celestina,
y á una dueña, que es peor.
¡Válgate el diablo por niña!

CARLOS.
¿Qué haceis á tal hora aquí?

CHINCHILLA.
Pecados, señor, hacia,
los mas chatos y asquerosos
que la inquisicion castiga.

CARLOS.
¿Hónrase bien el palacio
de la marquesa, Chinchilla,
hablando agora á sus damas?

CHINCHILLA.
¿Damas? ¡Blasfemia! ¡heregía!

CARLOS.
¿Quién hablaba aquí con vos?

CHINCHILLA.
Una rapaza, que tia
dicen que fué de Adan y Eva.

CARLOS.

Y vuestro señor ¿seria
el presumido galan,
que de noche solicitá
las damas que no conoce?
¿Quién era ella?

CHINCHILLA.

Si á la mia
se parece, la tarasca
del *Corpus Christi* seria.

CARLOS.

Decid quien es, y advertid
que la marquesa me envia
á averiguar la verdad.

CHINCHILLA.

Pues vuesa merced la diga
que yo estoy espiritado
de una vision ó estantigua,
que agora de ver acabo;
que me echen agua bendita,
conjurándome, y despues
sabrá que la que venia
á tentarme, empieza en *Bri*,
y tiene su don encima.

TEODORO.

Esa fué doña Brianda.

CHINCHILLA.

Doña avestruza seria.

CARLOS.

¿Y la que habló á don Rodrigo?

CHINCHILLA.

Vuesas mercedes me sigan,
y sabránlo si me alcanzan.
¡Dueñas! el cielo os maldiga.

CARLOS.

(*Hablando aparte con Teodoro.*)
Celos de este español llevo.

TEODORO.

¿De qué, si él ama á Narcisa,
como á tí las dos hermanas?

CARLOS.

No tengo yo tanta dicha.

ACTO TERCERO.

Sala del palacio.

ESCENA I.

AURORA. CARLOS.

CARLOS.

Esto es lo que me escribe,
y pidiéndoos licencia, os apercibe
que á Narcisa, señora,
elige por esposa.

AURORA.

El conde ¿ignora
que por el testamento
de mi padre, ha de ser el casamiento
conmigo?

CARLOS.

No pretende
daros Carlos disgusto.

AURORA.

¿En qué se ofende?

CARLOS.

Piensa que quien dilata
sus bodas tanto, no con gusto trata
tomar seguro estado,
ó en otra parte emplea su cuidado;
y como amor es prisa,
vuestra tibieza ha hecho que en Narcisa
se mude el que le abrasa;
que si el sugeto trueca, no la casa;
que siendo hermana vuestra,
lo que estima al marques difunto muestra.

AURORA.

¡Notable amor sin duda
es el de Carlos, pues así se muda!
Las firmes aficiones
se suelen arraigar con dilaciones.
Si él de veras amara,
deseos á imposibles aumentara.
¿Qué celos su paciencia
combaten? ¿qué desden? ¿qué competencia?

CARLOS.

Todo le da cuidado,
y mas el sospechar que no es amado;
que amor, todo deseos,
atajos busca, pero no rodeos.

AURORA.

Y vos tan diligente
haceis sus partes, que aunque viva ausente,
no lo parece.

CARLOS.

¿Cómo?

AURORA.

Amante hablais, mejor que mayordomo.
¿Quién duda que Narcisa
os tiene cohechado y os avisa
que en plumas y papeles,
al conde Carlos le sirvais de Apeles,
pintándola tan bella,
que su mudable amor mejore en ella?

CARLOS.

Si tal al conde he escrito.....

AURORA.

Su mudanza causó vuestro delito;
mas no ha de hallar colores
con que disculpe Carlos sus amores.
Escribilde que venga
luego á Saluzo, y liberal prevenga
galas de boda y fiesta,
si solo dilacion su amor molesta;
porque al punto que llegue,
la mano le daré, porque sosiegue.

CARLOS.

Yo en persona pretendo

ganar estas albricias; que sintiendo
prorogar su esperanza,
su temor escribió, no su mudanza,
que á Narcisa queria;
mas yo sé, gran señora, que mentia. (*Vase.*)

ESCENA II.

AURORA.

¿Qué os importa que mi hermana
ame al conde, alma envidiosa?
Yo no puedo ser esposa
de dos; esto es cosa llana.
Mas ¡ay violencia tirana!
aunque amor os aconseja,
siempre me tendreis con queja;
porque el que á escoger se anima,
aunque lo que escoge estima,
suspira por lo que deja.
Dejo á Carlos cuando escojo
al español. ¿Qué he de hacer,
si el conde en otro poder,
iguala el gusto al enojo?
Venga Carlos, pues me arrojo
á tan atrevido acuerdo,
y amor entre loco y cuerdo,
no los suelte de la mano;
pues si alegra lo que gano,
causa envidia lo que pierdo.

ESCENA III.

BRIANDA.—AURORA.

BRIANDA.

Ya es hora que vuescelencia
salga á misa, si ha de oilla,

porque espera en la capilla
el capellan.

AURORA, *aparte.*

No hay paciencia
que sufra esta competencia.
Narcisa por darme pena,
competir conmigo ordena;
mas venceré su porfia;
que prenda que ha sido mia,
no es bien que la envidie agena. (*Vanse.*)

Galería de palacio, con entrada á la capilla.

ESCENA IV.

DON RODRIGO. CHINCHILLA.

CHINCHILLA.

Ya dicen que la marquesa
con sus damiselas sale
á misa.

DON RODRIGO.

Como señale
quien es la que en tal empresa
me promete, con el guante,
aclarar mi confusion,
venturosa la ocasion
que espero.

CHINCHILLA.

Encantado amante
has sido; mas vive Dios,
que si la dama que esperas,
y tan bella consideras,
hoy nos iguala á los dos,
y es tan pobre de narices
como la que anoche ví,
que he de reirme de tí.

DON RODRIGO.

¡Qué de disparates dices!
Anda, necio.

CHINCHILLA.

¡Oh qué Narcisa,
qué Aurora en ella verás!
Ofrézcola á Satanás.

DON RODRIGO.

Oye, que salen á misa.

ESCENA V.

AURORA. ACOMPAÑAMIENTO.—DON RODRIGO. CHINCHILLA.
Despues NARCISA, BRIANDA *y* ACOMPAÑAMIENTO.

CHINCHILLA.

Aurora viene delante.

DON RODRIGO.

Hasta en esto ha sido Aurora.

CHINCHILLA.

Ten cuenta si cae agora,
y al tenella, te da el guante.

DON RODRIGO.

No tengo tal dicha yo:
Carlos sí, que es quien la iguala.

AURORA.

¿Qué haceis aquí, maestresala?

DON RODRIGO.

Como tanto madrugó
vuescelencia, imaginé
que fuera salir queria,
y á acompañarla venia.

AURORA.

Anoche me desvelé,
y por eso he madrugado.
Mal, don Rodrigo, he dormido.

DON RODRIGO.

¡Dichoso el que ha merecido
desvelar vuestro cuidado!

AURORA.

¿No venís á misa?

DON RODRIGO.

Espero
que vos entreis, gran señora.

AURORA.

¡Ah! sí.

CHINCHILLA.

(*Aparte con su amo.*)
Aquí tropieza agora.

DON RODRIGO.

¿Quieres callar, majadero?
(*Vase Aurora con su acompañamiento.*)

CHINCHILLA.

¡Malos años! ¡y qué tiesa
que se entró! ¿Mas que ha almorzado
asadores? Ya has sacado
que no será la marquesa.

(*Salen Narcisa, Brianda y acompañamiento, y cruzan la escena para entrar en la capilla.*)

DON RODRIGO.

Que es Narcisa. ¿Tú no adviertes
el amor con que me mira?

CHINCHILLA.

Flechas con los ojos tira,
que dan vidas, y dan muertes.
¡Dichoso tú, si tropieza!—
(*Narcisa y su acompañamiento entran en la capilla.*)
Pero ¡por Dios, que ha pasado
mas tiesa que un empalado!
Hecha es toda de una pieza.

CHINCHILLA.

Mi dueña desnarigada
quedó.

BRIANDA.

(*Tropezando junto á don Rodrigo.*)
¡Jesus sea conmigo!
¡Ay! Téngame, don Rodrigo.
Rompióse la capellada
del chapin. A no estar vos
aquí, cayera.

(*Aparte á él.*)
Cumplido
queda así lo prometido
anoche, del guante. A Dios.
(*Le deja un guante, y vase.*)

ESCENA VI.

DON RODRIGO. CHINCHILLA.

CHINCHILLA.
¿Dejóte el guante?
DON RODRIGO.
Dejóme
el demonio que te lleve.
CHINCHILLA.
¿Esta fue la de la nieve?
Sarna es amor, que la come.
DON RODRIGO.
¡Vive Dios, si no pensara
que Narcisa por probarme,
ha querido así burlarme,
que con la dueña, abrasara
esta casa!
CHINCHILLA.
Estáte en eso,
y entre tanto, el guante ten.
DON RODRIGO.
¡Oh! ¡un rayo le abrase, amen!
(*Arrójale.*)
CHINCHILLA.
¿Le arrojas? ¿Estás sin seso?
Guárdale, y luego averigua
la confusion de tu queja;
pues es reliquia, por vieja,
de la imagen del Antigua.

ESCENA VII.

ASCANIO.—DON RODRIGO. CHINCHILLA.

ASCANIO.

En fin, don Rodrigo, en vos
degeneró la nobleza
de España, con la firmeza
que la amistad en los dos
fundó, y tuvo por segura.
¡Buen amigo hicistes hoy!

DON RODRIGO.

(*Aparte*. Para el humor con que estoy,
¡viene á buena coyuntura
este necio!) Pues de mí
¿qué queja, conde, teneis?

ASCANIO.

Lo que á escuras pretendeis,
como amor es llama, ví
anoche, con el castigo
que os dió la que imaginastes
ser Narcisa, y no acertastes.
¡Paga de un ingrato amigo!

DON RODRIGO.

¿Pues quién os dijo de mí
tal mentira?

ASCANIO.

Quien hablaba
con vos, y os desengañaba
del soberbio frenesí
que á Narcisa os prometió.

DON RODRIGO.

En fin, ella os quiere bien:
daros puedo el parabien.
Una dama me escribió;
y ni yo sé quien es ella,
ni vos podeis con razon
tenerme en mala opinion:
hacedme vos conocella,

y en su presencia vereis
cuán poco culpado estoy.

ASCANIO.

Satisfecho, español, voy;
mas agora no podeis
saber quien la dama fue;
que así se lo he prometido.
(*Aparte.* Que hablé con ella he fingido:
mal decírselo podré;
pero pues Narcisa es cierto
que me quiere, necio estoy
en no decirle quien soy.)
A Dios, don Rodrigo. (*Vase.*)

DON RODRIGO.

Muerto
de celos y confusion
me deja este hombre.

CHINCHILLA.

Sí hará;
pero el guante bien podrá
servir de declaracion
en tan confusa demanda.
Mas ¿sabes lo que imagino?
Que somos tres al mohino,
y nos revuelve Brianda.

ESCENA VIII.

NARCISA. BRIANDA.—DON RODRIGO. CHINCHILLA.

NARCISA.

(*Hablando con Brianda á la puerta de la capilla.*)
En fin, se ha ya declarado
mi hermana; ya al conde quiere,
y á los demas le prefiere,
pues á Carlos ha mandado
que á Borgoña parta luego,
para que al conde prevenga
que al punto á Saluzo venga
de boda.

BRIANDA.

A escribirle un pliego
se entró, acabada la misa.
Para en uno son los dos.

NARCISA.

Don Rodrigo, ¿aquí estais vos?
¿Qué tristeza es esa?
(*Aparte á Brianda.* Avisa
al secretario, y ve luego;
que á Carlos quiero escribir
á quien adora mi fuego.)
(*Vase Brianda.*)
¿No me hablais? ¿No respondeis?
¿En qué os habeis divertido?

DON RODRIGO.

Siempre vive mi sentido
en la confusion que veis.
Perdonadme, gran señora,
si en quimeras ocupado
se descuida mi cuidado
de hablaros.

NARCISA.

Mi hermana Aurora
se nos casa, maestresala;
por el de Borgoña envia
para darnos un buen dia.
Nuestra corte está de gala;
no esteis triste solo vos;
que del bien de la marquesa
nos dais señales que os pesa.

DON RODRIGO.

Mil años los guarde Dios.
¡A mí pesarme! ¿Por qué?

NARCISA.

Vuestra tristeza responde
por vos.

DON RODRIGO.

Y el amor de un conde,
que en vuestros ojos se ve,
me dice tambien á mí
que presto segundareis
bodas, con que os igualeis

á las suyas.

NARCISA.

¿Cómo así?
¿Quiere casarme mi hermana
con algun conde?

DON RODRIGO.

Encubierto,
por vuestra hermosura muerto,
lo que yo he perdido gana,
y ya os llama su muger.

NARCISA.

No os entiendo.

DON RODRIGO.

¡Bien, por Dios!

NARCISA.

Si fuérades conde vos,
Rodrigo, pudiera ser.

DON RODRIGO.

¿Cómo es esto?

CHINCHILLA.

(*Aparte á su amo.*)
¡Vive Cristo,
señor, que es esta la dama;
que adivinaste y nos ama!
Ya de mis burlas desisto.
¿No ves el favor que te hizo?
Declárate.

DON RODRIGO.

Gran señora,
no soy conde; pero agora
ese favor solenizo,
puesto que yo sé de vos
que del fuego en que me abraso
olvidada....

CHINCHILLA.

(*Aparte á su amo.*)
Al caso, al caso.
Al punto, ¡cuerpo de Dios!

DON RODRIGO.

Estimais otro trasunto,
(mejor diré original)
que del conde de Monreal

trasladais.

CHINCHILLA.

(*Aparte á su amo.*)
Al caso, al punto.

NARCISA.

¿Qué Monreal? ¿qué conde es ese?
Don Rodrigo, ¿estais en vos?

CHINCHILLA.

Mi amo....

DON RODRIGO.

¡Ah loco!

CHINCHILLA.

Por Dios,
que ha de oillo, aunque te pese.—
Narcisa, (*á ella*) en breves razones,
quiere con cuerdos avisos
impriminos seis Narcisos,
y vestillos de *girones*.
Daos las manos; que es descanso
decir de presto sí ó no....—
Pero Aurora nos cogió.—
Yo hablé por boca de ganso.

ESCENA IX.

—

AURORA.— NARCISA. DON RODRIGO. CHINCHILLA.

AURORA.

¿Que *síes* ó *noes* son estos?

CHINCHILLA.

El sí que has dado alababa,
al conde, aquí, y ponderaba
que *síes* y *noes* prestos
son cuerdos, si es que penetras
la brevedad con que puso
el *sí* ó *no* la ley y el uso,
pues tiene solas dos letras.

AURORA.

¿Quién os mete en alaballos
á vos, para que igualeis

sillas que en doseles veis,
con las sillas de caballos?

CHINCHILLA.

Con mi señor vengo yo....

AURORA.

No entreis otra vez aquí;
que si entrais y hablais así....

CHINCHILLA.

Yo me voy entre *sí* y *no*. (*Vase.*)

AURORA.

Traedme un búcaro de agua,
maestresala.

DON RODRIGO.

Voy por ella. (*Vase.*)

ESCENA X.

AURORA. NARCISA.

El fuego que te atropella,
y en tí desatinos fragua,
Narcisa, me ha de obligar
á que este español destierre
de Saluzo.

NARCISA.

Cuando yerre
en hablalle, si á casar
con el conde te dispones,
y por él has enviado,
ya, Aurora, pasa el cuidado
que siempre en mis cosas pones,
de hermana á mas que enemiga;
y no por sello mayor,
has de usar de ese rigor,
si la envidia no te obliga..

AURORA.

Ven acá: ¿quieres al conde?

NARCISA.

Quísele; mas ya no sé.

AURORA.

Pues al conde te daré,
si á tu gusto corresponde,
cuando venga.

NARCISA.

Y eso ¿es justo?

AURORA.

Yo quiero, por tu provecho,
si Carlos te ha satisfecho,
perder, hermana, mi gusto.

NARCISA.

¿Y tú?

AURORA.

Con monsiur de Guisa,
de las flor-de-lises sol....

NARCISA.

¿Y qué harás del español?

AURORA.

Desterraréle, Narcisa.

NARCISA.

Mal podrás si anda contigo,
y en tu voluntad se esconde.
Cásate tú con el conde,
y déjame á don Rodrigo. (*Vase.*)

ESCENA XI.

AURORA.

Como él me dejara á mí,
sí hiciera. ¡Ay envidia mia!
si ya sois amor, ¿quién fia
tan grande hazaña de sí?
Sin duda que don Rodrigo
á Narcisa el alma ha dado;
mas si él me lo ha confesado,
¿qué dudo?—¿Qué es lo que digo?
Declárese mi aficion;
que ya no es razon, deseos,
que ameis por tantos rodeos,
cuando aprieta la ocasion.

ESCENA XII.

SIRENA, *con un búcaro de agua en una salvilla, y* DON RODRIGO, *con una tohalla.*— AURORA.

DON RODRIGO.
Esta es el agua, madama.
AURORA.
¿Por qué vos no la traeis?
DON RODRIGO.
En palacio, ya sabeis
ser costumbre que una dama
sirva siempre á su señora
la copa, no el gentil-hombre.
AURORA.
¡Qué bien os cuadra ese nombre!
(*Aparte.* Un sol es, si soy Aurora.)
(*Prueba el agua.*)
¿Qué agua es esta?
SIRENA.
¿Qué ha de ser?
La que de ordinario bebes,
de canela.
AURORA.
¿Tú te atreves
de ese modo á responder?
Si la probaras primero,
tu oficio hicieras mejor.
DON RODRIGO.
Pues ¿qué tiene?
AURORA.
Mal sabor.
Echaros la culpa quiero
á vos de esto, maestresala.
DON RODRIGO.
Yo, señora, la tendré,
puesto que antes la probé,
y no me pareció mala.

AURORA.

¿No? Pues probalda, tened;
probalda otra vez.

DON RODRIGO.

No es justo
que aquí....

AURORA.

Veré si en mi gusto,
ó en el vuestro va. Bebed.

(*Echa don Rodrigo un poco de agua en la salvilla, y la bebe.*)

¿Por qué en la salva la echais?

DON RODRIGO.

¿Habia de beber yo
por el barro?

AURORA.

¿Por qué no?
¡Qué escrupuloso que estais!

DON RODRIGO.

A los señores de salva,
se les hace de este modo.

AURORA.

Hoy sois ceremonias todo.
¿No está salada?

DON RODRIGO.

En la salva
no sabe, señora, á sal.
Buen sabor tiene, por Dios.

AURORA.

Siempre os sabe bien á vos
lo que á mí me sabe mal.

DON RODRIGO, *aparte.*

¿Qué es esto?

AURORA.

Dalda acá. Digo
(*Bebe otra vez.*)
que hecha una salmuera está.

DON RODRIGO.

El búcaro lo estará.

AURORA.

Probalda en él, don Rodrigo.
Tomad, bebed por aquí.

DON RODRIGO.

Gran señora....

AURORA.

No os turbeis.

DON RODRIGO.

Pues ¿por dónde vos bebeis...?

AURORA.

Sí, por donde yo bebí,
porque no lo atribuyais
á melindre.—¿Qué os parece?

DON RODRIGO.

El barro la sal ofrece;
justamente me culpais.
(*Aparte.* ¡Vive Dios, que sabe bien!
pero por no desmentilla,
el humor he de seguilla.)
¿Traerán otra?

AURORA.

No me den
mas agua, y con ella pena.

DON RODRIGO, *aparte.*

De esto, amor, ¿qué colegís?
¿qué imaginais? ¿qué decís?

AURORA.

Quítamela allá, Sirena.
(*Vase Sirena.*)

ESCENA XIII.

AURORA. DON RODRIGO.

AURORA.

Podrá ser que el nuevo estado
que al conde mi amor propone,
don Rodrigo, desazone
mi gusto, y que esté salado,
sin que lo esté la bebida.

DON RODRIGO.

Eso, señora, será,
puesto que en Carlos podrá

cobrar la sazon perdida;
que adora á vuestra escelencia,
y es á su valor igual.

AURORA.

No me estaba el conde mal,
si yo tuviera esperiencia,
en esto de amar, mayor;
pero en mi vida he querido;
y entrarse luego un marido
en casa, es grande rigor,
sin venir por sus cabales;
quiero decir por desvelos,
rondas, competencias, celos,
y otras finezas iguales.

DON RODRIGO.

Yo así lo entiendo, señora.

AURORA.

Vos que á Diana servistes,
y en Momblan su amante fuistes,
podeis enseñarme agora,
primero que el conde venga,
qué es amar, qué es tener celos,
porque en aquestos desvelos
esperiencia mi amor tenga;
que si va á decir verdad,
á los que aman así envidio.

DON RODRIGO.

De *arte amandi* escribió Ovidio;
pero todo es falsedad;
que el amor y la poesía,
por arte no satisfacen,
porque los poetas nacen,
y el amor amantes cria.

AURORA.

El natural perficiona
el arte.

DON RODRIGO.

Es, señora, así.

AURORA.

Amo al conde que no ví,
porque la fama le abona:
que me perficione quiero

el arte agora por vos.
Solos estamos los dos:
enseñadme á amar, primero
que venga; que sois discreto.
Yo deseo estar celosa.

DON RODRIGO.

Vos deseais una cosa
harto terrible, os prometo;
pero ¿cómo, gran señora,
quereis que os enseñe yo
lo que no sé?

AURORA.

Quien amó,
jamas los celos ignora.
Tracémoslo así los dos:
vos el conde os fingireis,
que me amais y pretendeis;
y yo celosa de vos,
porque hablar de noche os ví
con cierta dama, á reñiros
vengo; por ver si á pediros
celos acierto.

DON RODRIGO.

Sea así,
pues que vos de eso gustais.

AURORA.

Empiezo, pues, mi quimera:
veamos de qué manera
de mi enojo os disculpais.—
Cuando á Saluzo venistes,
conde, y á servirme entrastes,
á darme envidia empezastes,
que en aficion convertistes.
Celos tuve de mi hermana,
que á darme celos se atreve,
y envuelto mi amor en nieve,
correo de una ventana
fue, que un papel os llevó:
enigma, cuyo secreto
acertara el que es discreto;
mas no lo merecí yo.
Creistes ser de Narcisa,

aumentando mis enojos,
sin conocer por los ojos
lo que el amor os avisa;
y de suerte os persuadistes
á que mi hermana habia sido,
que en miralla divertido,
la mano ayer os heristes.
Echóos un lienzo á los pies,
que os dió creyendo Brianda
ser vuestro, y gozó su holanda
la sangre que yo despues,
trocada por un liston.
Con aquel favor creyera
avisaros, si no viera
de cuan poco efeto son
con vos escuros favores.
Si he de creer el *castigo*
del penséque, don Rodrigo....
digo, Carlos.... que en amores
sois tan corto, como largo
en hazañas y valor.
Viendo en vano aquel favor,
en un papel os encargo
que vais de noche al terrero,
donde os espera amorosa
la dama que está celosa,
y entre nieve os dió el primero.
Y despues de ponderarlos,
y aumentar vuestra aficion,
privándoos de la razon,
don Rodrigo.... Digo, Carlos.—
De ordinario me equivoco,
cuando trato de los dos;
mas yo cuando estoy con vos,
del conde me acuerdo poco.

DON RODRIGO.

Antes que pase ese cuento
adelante, sepa yo
si hablais con el conde ó no;
que aunque á Carlos represento,
parece que vais conmigo
relatando mi suceso.

AURORA.

Mis celos ensayo en eso;
que ignorando, don Rodrigo,
los que Carlos no me ha dado,
quiero en los vuestros probar
si los sé pedir y dar.

DON RODRIGO.

(*Aparte.* ¿Hay amor mas enredado?)
¿Yo, en fin, la materia doy
á vuestros celos agora,
verdadera, gran señora,
y un conde de burlas soy?

AURORA.

Tomad en aqueste paso,
pues representais á dos,
lo que veis que os toca á vos,
y de esotro no hagais caso,
y vaya el cuento adelante.

DON RODRIGO, *aparte.*

¡Válgate Dios por muger
tan dificil de entender!

AURORA.

Fuistes, cortesano amante,
al terrero; y en sus rejas,
creyendo hablar á mi hermana,
mi esperanza hicistes vana,
y acrecentastes mis quejas.

DON RODRIGO.

¿Luego érades vos, señora,
la que hablábades conmigo?

AURORA.

Fínjolo así, don Rodrigo.
No me interrumpais agora.—
Vos que entre tanta quimera,
Teseo segundo fuistes,
impaciente me pedistes
que os declarase quien era.
Y yo de cifras cansada,
dije que el siguiente dia,
si la marquesa salia,
con otras acompañada,
á su capilla, la dama

que junto á vos tropezase,
y un guante suyo os dejase,
esa daba á vuestra llama
materia. Fuíme con esto;
pero cuando salí á misa,
agraviada que en Narcisa
vuestros gustos hayais puesto,
á Brianda le mandé
que cayendo, os diese el guante,
y con burla semejante,
burlas de mi amor pagué.
Mas pues en ella se funda
vuestro amoroso interes,
y pudiendo ser marques,
por una hermana segunda
á la primera dejais,
quedaos para inadvertido,
corto, desagradecido,
pues sin entrambas quedais;
pues casándonos las dos,
y desterrándoos de aquí,
yo quedo vengada así,
y como mereceis vos.

(*Hace que se va.*)

DON RODRIGO.

¡Señora! ¡señora mia!
Oid en burlas ó en veras,
disculpas que verdaderas,
amorosa el alma os fia.
A no tener yo por cierto
que era otro el dueño querido
por vuestro gusto elegido,
por vuestra belleza muerto;
á creer que aquella nieve
de vuestra mano salió;
que aquel papel escribió;
que el liston que el alma os debe,
fue favor mas que piedad;
que en las rejas del terrero
volvistes cera el acero,
las tinieblas claridad;
que adorara considero,

sin dar causa á vuestras quejas,
nieve, papel, liston, rejas,
noche, tinieblas, terrero,
celos, pendencias, castigo,
disgustos, enîmas, guante....

AURORA.

Basta, basta. ¿Hablais amante
como conde, ó don Rodrigo?

DON RODRIGO.

¿Qué sé yo? Decildo vos.

AURORA.

Como Carlos ha de ser,
porque esto se venga á hacer
mas al propio entre los dos.

DON RODRIGO.

De cualquiera suerte gano
en la merced que me haceis.

AURORA.

Pues si enojada me veis,
¿no fuera bien que una mano
me tomárades y en ella
imprimiérades los labios?
Disculpárades agravios,
enterneciéndoos con ella.
A ser como vos el conde,
tan poco sabrá obligar,
como vos representar.

DON RODRIGO.

Mi cortedad os responde;
pero yo me enmendaré.
(*Le va á tomar la mano.*)

AURORA.

Tarde me la habeis pedido.
(*Mudando de repente de accion y tono.*)
Bien mis celos he fingido.
A Carlos escribiré
que á desposarse mañana
venga, pues mi mayordomo
le despacho.

DON RODRIGO.

¡Ay cielos! ¿Cómo
esto oigo ahora?

AURORA.

Mi hermana
os quiere bien, yo lo siento....
No me deis pena, Rodrigo.
Mirad que otra vez os digo
que de aqueste fingimiento,
mentiroso y verdadero,
lo que os está bien tomeis.

DON RODRIGO.

¿Cómo, si á Carlos quereis....?

AURORA.

Quiero; pero no le quiero. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON RODRIGO.

«¡Quiero; pero no le quiero»
cuando por Carlos envia!
¿Qué es esto, confusion mia?
Esperando, desespero.
Que me quiere considero;
que no me quiere me avisa
el ver que con tanta prisa
á Carlos envia á llamar.
Caribdis es de este mar
Aurora, y Scila Narcisa.
En eleccion tan oscura,
necedad es no escoger
la hermosura y el poder,
mas que sola la hermosura.
Si el atreverse es ventura,
y esta consiste en hablar,
yo me voy á declarar
con Aurora, gane ó pierda;
que no es la vergüenza cuerda,
que se pierde por callar.
Sin decirme sí ni no,
se fué: pues si no me amara,
con enojo me mirara;

amorosa me miró.
Al mayordomo llamó;
que va por el conde advierto;
callando, ¡cielos! me ha muerto;
pero no pienso olvidalla;
pues si dicen que *quien calla,*
otorga, que me ama es cierto. (*Vase.*)

ESCENA XV.

ASCANIO. CHINCHILLA.

CHINCHILLA.
En fin, ¿no te has atrevido
á hablar á Narcisa?

ASCANIO.
No.

CHINCHILLA.
Mal has hecho.

ASCANIO.
Ya sé yo,
Chinchilla, que soy querido.

CHINCHILLA.
Pues viene el conde, no es mala
esta ocasion; que á rio vuelto....
et cœtera.

ASCANIO.
Estoy resuelto.
Ya que eres del maestresala
tan querido, que te fia
su pecho, he de confiarte
mi deseo.

CHINCHILLA.
A declararte
comienza, pues.

ASCANIO.
Este dia
estará Carlos aquí.

CHINCHILLA.
Adelante.

ASCANIO.

La marquesa
se ha de casar con la priesa
que sabes.

CHINCHILLA.

Todo es así.

ASCANIO.

Narcisa me quiere bien.

CHINCHILLA, *aparte.*

Tal te dé Dios la ventura.

ASCANIO.

Las fiestas dan coyuntura
á mis amores.

CHINCHILLA.

Pues bien....

ASCANIO.

Si de boda á vella voy,
en dia de boda y fiesta,
y mi amor le manifiesta,
en tal ocasion, quien soy,
¿quién duda que ha de olvidar
bandos y guerras odiosas,
y con paces amorosas,
á Narcisa me ha de dar?
¿Qué te parece?

CHINCHILLA.

Estremado
arbitrio.

ASCANIO.

Dí á don Rodrigo,
pues es mi mayor amigo,
la traza que en esto he dado.

CHINCHILLA.

Yo voy.

ASCANIO.

Haz, amor, que goce
mi dicha con trazas nuevas.

CHINCHILLA, *aparte.*

¡Muy gentil despacho llevas,
cuando ella no te conoce! (*Vanse.*)

Sala.

ESCENA XVI.

AURORA. DON RODRIGO.

AURORA.

Al fin, esta noche el conde
tiene de entrar.

DON RODRIGO, *aparte.*

No hay hacer
que me venga á responder
á propósito. ¿Por dónde
la podria yo obligar
que me diga de sí ó no?

AURORA.

Por esto no se partió
el mayordomo.

DON RODRIGO, *aparte.*

¿Hay pesar
que al mio igualarse pueda?

AURORA.

Al amanecer me escribe,
don Rodrigo, que apercibe
su entrada, y cuando suceda
así, no sé si será
bien que para recibille,
madrugue tanto.

DON RODRIGO.

Escribille
vuestra escelencia podrá
agora la bienvenida,
y yo le daré el papel
cuando venga.

AURORA.

Bien: en él
queda esta falta cumplida.

DON RODRIGO.

A llamar al secretario
voy, pues.

AURORA.

Estando los dos
aquí, y escribiendo vos,
no es esotro necesario;
cuanto y mas que de mi mano
será escribirle forzoso
á quien me la da de esposo.

DON RODRIGO.

Todo amor es cortesano.
En tan lícitos favores
licencia teneis, señora.

AURORA.

La primer vez será agora
que escribo cosas de amores.
Yo no le sabré notar;
esto quiero que hagais vos:
vaya el papel por los dos.

DON RODRIGO, *aparte.*

¿En esto habia de parar
mi ambicioso pensamiento?

AURORA.

¿Qué decís?

DON RODRIGO.

Que se haga así.

AURORA.

Traed el recado.

DON RODRIGO.

Aquí
está todo. (*Aparte.* ¡Ay pensamiento!)

AURORA.

Decid; que yo escribiré,
y advertid que vaya tierno
y grave.

DON RODRIGO, *aparte.*

Si en un infierno
me veo, ¿qué le diré?

(*Nota don Rodrigo, y escribe Aurora.*)

Conde de mi vida, . . yo vivo muriendo;
no espereis favor, . . mientras que callando,
en ausencia amor, . . pena me estan dando;
que es niño y olvida. cifras que no entiendo.
Amo, y no sois vos. . quien mi mal ignora,
de quien me enamoro. mi vida maltrata.
El dueño que adoro, . hable, pues me mata.
Esto basta. A Dios. . La marquesa Aurora.

AURORA.

Pues yo, Rodrigo, escribí
lo que notado me habeis,
leelde agora, y vereis
si está bueno.

DON RODRIGO.

Dice así.
(*Léele.*)

AURORA.

Antiguos los versos son.

DON RODRIGO.

No es bien que pierdan por eso.

AURORA.

Que me agradan os confieso,
por dalles vos opinion.
Cerralde y dádsele vos,
pues llevársele quereis.
(*Corta el papel don Rodrigo de alto á bajo en dos partes.*)
¿Cortaisle? ¿Qué es lo que haceis?

DON RODRIGO.

Un papel divido en dos.

AURORA.

¿Qué decís?

DON RODRIGO.

Vereislo ahora.

AURORA.

¿Pues qué intentais con cortarlos?

DON RODRIGO.

Este ha de ir al conde Carlos,
y este á la marquesa Aurora.
Vos el uno le escribís,
y yo, señora, os escribo
el otro: dicha recibo,
si á su sentido acudís.

AURORA.

El papel del conde Carlos,
en dos papeles diversos,
hará, cortados los versos,
dos sentidos.

DON RODRIGO.

Si mirarlos
gustais, vereis, gran señora,
lo que en uno y otro digo.

AURORA.

Sutileza es, don Rodrigo,
que no la he visto hasta ahora.

DON RODRIGO.

Como serviros deseo,
novedades he buscado,
que os declaren mi cuidado.
Este es del conde.

AURORA.

Este leo.

(Lee.) *Conde de mi vida,*
no espereis favor,
en ausencia amor;
que es niño y olvida.
Amo, y no sois vos
de quien me enamoro,
el dueño que adoro.—
Esto basta. A Dios.
Bueno está: en todo sois diestro.
Mas de vuestro ingenio fio
que pensaba.

DON RODRIGO.

Este es el mio.

AURORA.

Leamos, pues, este vuestro.

(Lee.) *Yo vivo muriendo,*
mientras que callando,
pena me estan dando
cifras que no entiendo.
Quien mi mal ignora,
mi vida maltrata;
hable, pues me mata,
la marquesa Aurora.

DON RODRIGO.

Si pueden mas por escrito
mis penas que de palabra,
y en vos mi esperanza labra
la dicha que solicito,
no divirtais la respuesta
que espero callando agora:
respondedme, gran señora;
que poco un *sí* ó un *no* cuesta.
Por no entender un papel
de la condesa, perdí
el bien que pretendo aquí,
olvidando á Oberisel.
En un jardin me esperaba,
ganando la bendicion
un conde, con la ocasion
que sus cabellos me daba.
Otro conde os da la mano;
yo iré, si me amais, en fin,
á ver si en vuestro jardin
la ocasion al conde gano.
Y advertid que si callais,
suspendiendo al que os adora,
quien calla, otorga, señora,
y así á todo os sujetais.
Dad claridad, si os obligo,
á tinieblas tan crüeles.

AURORA.

Buenos estan los papeles.
Mucho sabeis, don Rodrigo. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON RODRIGO.

Alto; ella ha dado en callar.
Ó por sin seso me tiene,
ó mi amor á otorgar viene.
¡Vive Dios, que he de probar
yendo al jardin á esperalla,

pues confuso me dejó,
si soy venturoso yo,
ó si otorga amor quien calla! (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

CARLOS. NARCISA. ARMINDA *y* ACOMPAÑAMIENTO.

NARCISA.

Pues á Saluzo ha venido
tan presto vuestra escelencia,
corta ha sido la jornada;
vuestro amor estaba cerca.

CARLOS.

Y tanto, que en vuestra casa
me partí, Narcisa bella,
de mayordomo que he sido,
á ser marques.

NARCISA.

¡Diligencias
de amor, dignas de estimarse,
pues disfrazando grandezas,
para ser mayor en todo,
fuistes mayordomo en ella!
No os aguardaba tan presto
mi hermana; mas cuando os vea,
estimará agradecida
su dicha y vuestra presteza.
Goceisla por muchos años.
Avisen á la marquesa.
¡Hola!

ARMINDA.

En el jardin entró.
Yo voy á darle estas nuevas,
y á pedirle las albricias.—
Pero, pues sale ella mesma,
esposo y albricias gana.

ESCENA XIX.

AURORA *y* DON RODRIGO, *de las manos.*—DICHOS.

DON RODRIGO.

(*Hablando con Aurora á la puerta, antes de reparar en los demas personages de la escena.*)

Si así alcanza quien espera,
si así amor que calla, otorga,
si así servicios se premian,
esposa del alma mia,
píntese el amor sin lengua,
con corona la esperanza,
laureada la paciencia.

AURORA.

(*A los del acompañamiento.*)
¡Hola! Llamen á Narcisa,
para que á mi esposo vea,
y á mi amor dé parabienes,
á pesar de sus sospechas.

NARCISA.

(*Adelantándose hácia su hermana.*)
Ya se los he dado yo,
y teniendo en tu presencia
al conde Carlos tu esposo,
que muchos años lo sea,
podrás cumplir mi esperanza.

AURORA.

¿Qué es esto?

CARLOS.

Estas son finezas
de un amor, por vos premiado,
que á besaros los pies llega.

AURORA.

Mayordomo, ¿qué quereis
decir por eso?

CARLOS.

Ya cesan
disfraces: el conde soy,

que disimulada y cuerda,
sé yo que habeis conocido.
Besar mis labios merezcan
cristales de tal Aurora,
porque yo su Endimion sea.

AURORA.

Seais, conde, bien venido;
que yo sé que la nobleza
de mi señor el marques,
de veros aquí se huelga,
porque huésped tan ilustre,
honrando las bodas nuestras,
festeje nuestra ciudad.

CARLOS.

¿Qué decís?

AURORA.

Narcisa, llega,
habla al marques don Rodrigo.

CARLOS.

¿Cómo es eso? Antes que sepa
mi agravio el mundo, tendrán
satisfaccion mis ofensas.

AURORA.

Conde, pues vos me perdistes,
y Narcisa y su belleza
os enamora, gozalda,
pues así cumplida queda
su ventura y vuestro gusto.

CARLOS.

Primero que tal consienta.....

AURORA.

Estando en Saluzo, conde,
no es bien que de esa manera
hableis.

CARLOS.

¡Con un maestresala!
¿Qué desigualdad es esta?

AURORA.

Mayordomo tambien fuistes.
Poca ventaja se lleva
un oficio á otro.

DON RODRIGO.

Aquí,
generoso conde, pueda
mas el valor que la espada,
que el enojo la prudencia.
La mano me ha dado Aurora,
y yo, si reprimis quejas,
con los brazos os ofrezco
una amistad verdadera.

CARLOS.

Mucho alcanzan cortesías.
Pues el cielo así lo ordena,
y Narcisa es tan hermosa,
no quiero muger por fuerza.

NARCISA.

Yo soy vuestra humilde esclava.

ESCENA XX.

CHINCHILLA, *y luego* ASCANIO.—DICHOS.

CHINCHILLA.

Plaza.....

AURORA.

¿Qué es aquesto?

CHINCHILLA.

Afuera;
que entra el conde de Monreal.....

DON RODRIGO.

¿Estás en tí, loco?

CHINCHILLA.

Que entra
el conde de Monreal, digo,
á casarse con Belerma.....,
Con Narcisa, iba á decir.

(*Sale Ascanio.*)

ASCANIO.

Si enojos, bandos y guerras,
en amistades y amor
es justo que se conviertan,

por albricias, bella Aurora,
del esposo y de la vuestra,
dad al conde de Monreal
á Narcisa, pues por ella
vuestro secretario ha sido.

AURORA.

Con transformaciones nuevas,
habemos tenido en casa
del Piamonte la nobleza.
Las paces que me pedís,
yo las otorgo contenta;
pero no puedo á Narcisa.
Pedilde á Carlos licencia;
que es ya su esposa.

ASCANIO.

¿Y vos no?
¿Qué marañas son aquestas?

DON RODRIGO.

Yo soy, conde, el venturoso
que alcanzo tan árdua empresa.

CHINCHILLA.

¡Cuerpo de Dios! ¿Eso dices,
y á Chinchilla de dar dejas
tus pantorrillas y brazos?
¡Por Dios, que es linda tu flema!

ASCANIO.

Pues Narcisa me engañó,
¿qué tengo de hacer? Paciencia.
La vuelta á mi tierra doy.

DON RODRIGO.

Pues otorgó la marquesa,
callando, mi firme amor,
llámese aquesta comedia,
Quien calla, otorga, senado,
satisfaciendo con ella
al Castigo del Penséque,
pues no es necio quien se enmienda.

EXAMEN

DE

QUIEN CALLA, OTORGA.

Por la relacion que Chinchilla hace á su amo en la escena sesta de esta comedia, se ve la celebridad que la *Primera Parte del Penséque* obtuvo en los teatros de España, viviendo Tellez: la que con iguales aplausos veíamos representar no há muchos años, era la *Segunda*. Una y otra composicion han tenido su época de gloria: el *Parecido* de Moreto oscureció á la una; la otra brillaba, sin que le hiciese sombra *el Vergonzoso en Palacio*. El pensamiento de ambas es uno, si terminado en la primera con un escarmiento para el protagonista, coronado en la última con un triunfo. La situacion de don Rodrigo tambien es idéntica: amado por dos damas, no está cierto de la inclinacion de ninguna. Hay aquí asimismo dos condes encubiertos, pero ambos de humor menos belicoso que el palatino del Rhin. Ascanio, que se persuade que le basta venir disfrazado á casa de la marquesa, para que se prende de él la muger á cuya mano aspira, aun sin haberse declarado con ella; que se hace amigo de un estrangero, y le confia su amor, sin qué ni para qué, (como si el ser conde, decir cumplimientos y no hacer cosa alguna, hubiese de producir grandes resultados) pudiera ser un personage muy cómico: tal como está delineado, no es nada. Narcisa, tan enamoradiza como todas las damas de Tellez, hace aquí el papel de Clavela; pero como hermana de Aurora, tiene mas energía. Chinchilla y Brianda, aunque divierten, son dos personages grotescos. En cuanto á los dos principales, (don Rodrigo y la marquesa) merecen particular atencion. Don Rodrigo ha aprendido algo en el palacio de Diana. Instruido por sus reveses, no sacrifica ya su dicha ligeramente: disimula con Ascanio, y resiste al conde de Borgoña. ¡Triste es que la escuela del mundo enseñe la mentira! El caracter de Aurora nos parece mas original que el de Diana, y mas noble: sus caprichos, no

obstante, son muchos y raros. Tellez los quiso justificar, haciéndola decir que ella amaba, *no la eleccion*, *mas la porfia*. Las alternativas ó vaivenes de su amor, hijo de la envidia, recuerdan frecuentemente á la Diana de Belflor, que pintó Lope en *el Perro del Hortelano*. Comparando las dos partes del *Penséque*, hallamos en la segunda mas unidad en la accion, mas igualdad en la versificacion y lenguaje, algo mas pulso en el manejo de los caracteres: los defectos de plan, las concesiones violentamente exigidas al espectador, y las faltas de verosimilitud, son las mismas en un drama y en otro. Hasta se parecen en ser los mejores actos de ambos los dos terceros. No hay aficionado al teatro que no se acuerde del efecto que producian la famosa escena entre don Rodrigo y Aurora ensayando el paso de celos, las equivocaciones de la marquesa trocando adrede los nombres de sus dos galanes, y la carta con dos sentidos, que rasgada por medio, servia á don Rodrigo de declaracion para con la marquesa, y de repulsa para su competidor.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

La comedia principia en un jardin, que debe estar cubierto de nieve, segun se ve mas adelante: hubiera sido conveniente decir á qué habian bajado á él Aurora y Narcisa.

ESCENA III.

Ya desdeñoso honor, ya amor clemente,
divisas en contrarias opiniones,
tal vez neutral, y tal determinada,
nave era de huracanes asaltada.

Creemos que el sentido de estos versos, para que tengan alguno razonable, ha de ser el siguiente: *Ya desdeñoso* el *honor*, *ya clemente* el *amor*, (ablativos absolutos) *divisas* de *opiniones contrarias*, Diana.... *era nave asaltada de huracanes*.

Pero son tantos y tan groseros los descuidos que se notan en la impresion de esta comedia, (la cual debió hacerse por algun manuscrito defectuoso) que sin temeridad

grande pudiéramos sospechar si el primer monosílabo de los versos copiados arriba seria una errata. Poniendo *al* en lugar de *el*, y variando la puntuacion, el pensamiento aparece mas claro.

Al deseo animaba persuasiones
ya desdeñoso honor, ya amor clemente,
divisas en (*de*) contrarias opiniones:
tal vez neutral, y tal determinada,
nave era de huracanes asaltada.

ESCENA IV.

Otra duda del propio género ocurre aquí con respecto á los primeros versos de Carlos. Les hemos puesto unos puntos suspensivos al fin, como si faltara alguna redondilla; pero realmente la situacion, la lógica, y todo el giro de la escena pedian que fuese Teodoro quien dijera los diez versos que hay desde: *No sé que en propios ó estraños*, hasta el de: *parejas con su belleza.* En tal caso, el *mi* seria una errata en vez de *tu.*

ESCENA V.

El personage de Ascanio es enteramente inútil en la comedia.

ESCENA VII.

¿Qué hay en la corte de nuevo?

Crítica de costumbres, desigualmente desempeñada, que á pesar de no ser muy oportuna, se aplaudiria mucho en tiempo del autor, principalmente lo del coche de la pastelera, y las jamugas para los pisaverdes.

ESCENA X.

Catorce años en Jacob
hizo Raquel esperiencia
para casarse.—
Paciencia
fue mayor que la de Job.

Graciosisima réplica. Narcisa no era muger afecta á esperiencias tan largas: bien se echa de ver en su repentina inclinacion á don Rodrigo.

ESCENA XIV.

Esa celosía abrió
una mano de cristal,
y á fé que no acierta mal.—
Espera. Un papel venia
dentro.—¡Ingeniosa cautela!

Invirtiendo las palabras del primer verso, y leyendo: *abrió esa celosía*, tendremos uno, aunque defectuoso, que rime con el cuarto; pero el quinto queda siempre aislado entre dos redondillas. Aquí hay una laguna que no se puede llenar en conciencia.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA V.

¿Qué manda vuestra escelencia?

No sabemos que S. E. haya llamado á don Rodrigo.

ESCENA VI.

Sin mi, y entre cuatro dueñas,
mirad con quien, y sin quien,
Dale un liston.
y tres donzellas tambien,
digo donzellas por señas,
Que en lo demas no me meto:
en la antecamara estava,
y con ellas conversava
mas compuesto que un soneto.
Mira si en amar te imito.

Así estan tilde por tilde estos versos en la edicion antigua que nos sirve de original. Si la acotacion que va de bastardilla, no es repeticion de otra que hay en la escena anterior; si Chinchilla da ó presenta un liston á su amo, deberia decir con qué objeto, ó por qué motivo; y no lo hace. Al fin de la escena octava se anuncia que es ya de noche, y en la décimaquinta del mismo acto, la dama arguye á Chinchilla en estos términos:

¿Ya te olvidas
de la dama que esta noche
te ofreció á escuras la vida,
y te tomó de la mano?

Es evidente, pues, que faltan aquí versos; ellos declararian la procedencia del liston.

ESCENAS IX Y XII.

Si siempre la privacion
fué aumento del apetito....

Aurora discurre bien: el avisar á don Rodrigo que tiene dama y reñirle por ello, el rasgarle una carta, darle otra, y encargarle tantas veces que no vaya al terrero, acompañado todo de mil alabanzas de la dama oculta, no puede producir otro efecto en el galan, que escitarle deseos de ver á la incógnita. No es tan natural y verosimil, por cierto, que ni don Rodrigo ni los condes conozcan la voz de la marquesa cuando habla por la ventana del palacio.

¿Quién podia
por eso á vos castigaros?—
Quien os recela, y os mira
con pasion, y es poderosa.—
¿Es la marquesa?— *¿Y no es digna*
de vuestro amor la marquesa?

Esta pregunta con que se desentiende Aurora de la que le hace don Rodrigo, es un rasgo de afecto muy delicado. Tambien respiran ternura aquellos dos versos:

Y si fuese yo la misma,
¿pesáraos de que os amara?

ACTO TERCERO.

ESCENA V.

El tropezon de doña Brianda es una ocurrencia que, aun con ser estravagante, producia buen efecto en el teatro, porque el espectador, habiendo visto pasar á misa á las dos hermanas, estaba tan ageno de esperar que la dueña dejase caer el guante, que se llevaba el mismo chasco que don Rodrigo. La misa, entre paréntesis, dura un momento.

ESCENAS XII Y XIII.

Singular es tambien, pero de mejor caracter, el capricho de Aurora cuando pide de beber. Su objeto es entonces separar á don Rodrigo de Narcisa: el maestresala vuelve despues; pero acompañado. Aurora quiere hablarle á solas: la presencia de la dama testigo desazona el paladar de la melindrosa marquesa. Desde aquí adelante, la comedia va cada vez mejor.

Dad claridad, si os obligo,
á tinieblas tan crueles.—
Buenos estan los papeles.
Mucho sabeis, don Rodrigo.

Este decoroso efugio, este silencio que reune la modestia y la gracia, es el pensamiento mas elevado que hay en la comedia, y uno de los mejores de Tellez.



CORRECCIONES AL TESTO.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Debe decir.*
98	35	Dicen	Dice
241	19	*marques.*	*conde.*

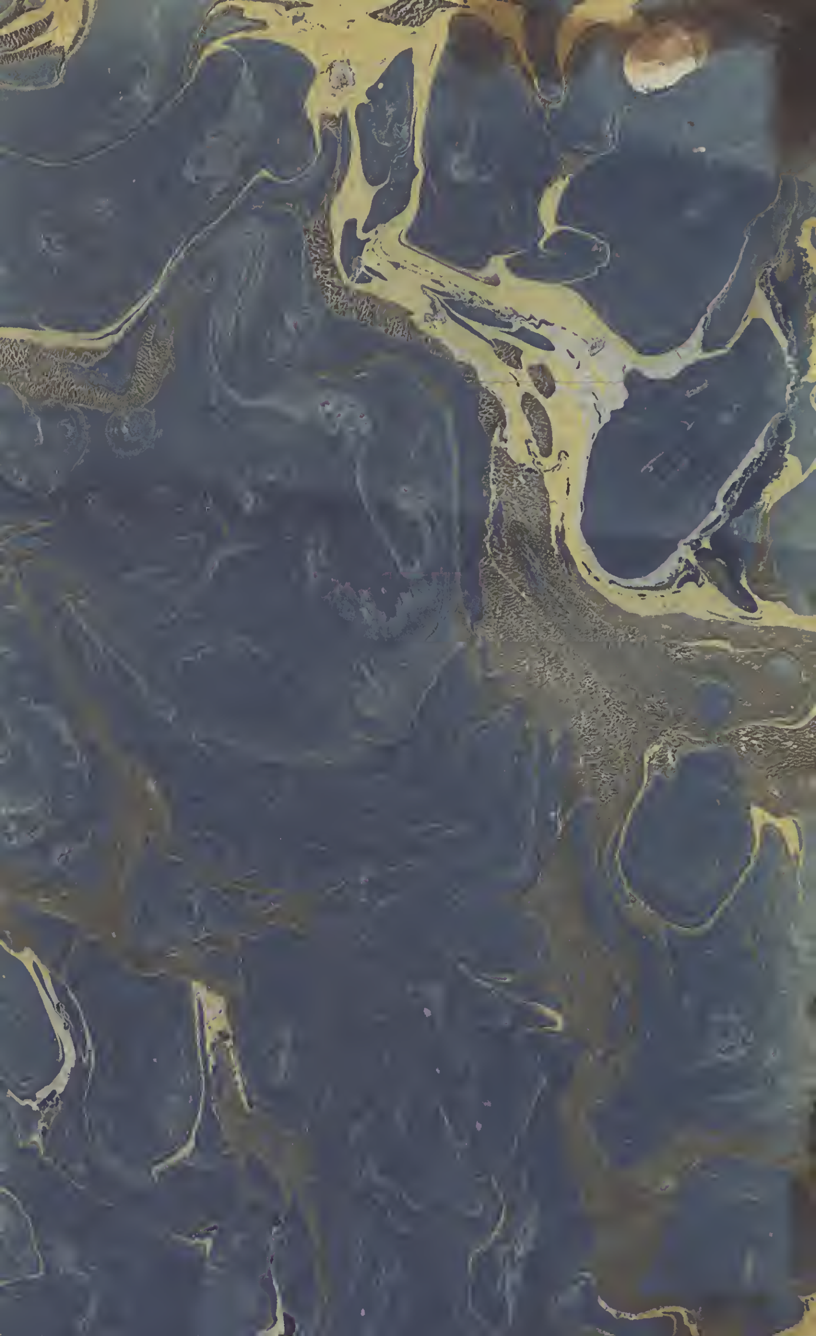
ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
14	34	llamarás	llamaras
100	9	trajo	trujo
132	23	hermana;	hermana
207	9	Salir	Salid
219	4	sí?	sí.
219	5	así.	así?
254	31	basta	basta á

INDICE.

Página.







250
TEATRO
ESCOGIDO
DE TIRSO
5
65